

NUNCA PIERDAS A LAS CARTAS  
CON UN DEMONIO

SOUL **CIRCUS** SERIES

# USHER

KELLY DREAMS



NUNCA PIERDAS A LAS CARTAS  
CON UN DEMONIO

SOUL **CIRCUS** SERIES

**USHER**

KELLY DREAMS



USHER  
SOUL CIRCUS SERIES 2

Kelly Dreams

# **COPYRIGHT**

**USHER**

*SOUL CIRCUS SERIES 2*

© 1ª edición noviembre 2019

© Kelly Dreams

Portada: © adobestockphoto.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la misma sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

## **DEDICATORIA**

*A **Dhya Nocturn**, que se ha convertido en muy poco tiempo en parte de mi vida, de mi familia y en una de mis mejores amigas.*

*Gracias por tu amistad, por tu cariño y por estar ahí.*

## SINOPSIS

Si le dijese que iba a caerle un meteorito encima, **Gwenevere Loft** habría preguntado el día y la hora exacta para apuntarlo en su agenda. Tras lo ocurrido esos últimos tres meses, creía posible cualquier cosa, pero encontrarse jugando a las cartas para saldar una deuda que ni siquiera era suya, era más de lo que podía soportar. Sobre todo porque el croupier resultó ser alguien salido del mismísimo infierno, empeñado en demostrarle que el cielo también podía existir en la tierra.

**Usher** supo que su nueva deudora sería un problema en cuanto la vio llevando zapatillas deportivas en el *Soul Circus Casino*. De espaldas a él, con la larga melena cayéndole por la espalda y vestida de blanco, tal y cómo la había visto en su visión, **Gwen** prometía ser un bonito y divertido desafío. El problema era que jugar con ella lo llevaría a tentar al destino, pues esa dulce y tierna mujer estaba destinada a compartir algo más que un juego de cartas con él, estaba destinada a compartir su futuro.

# ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[DEDICATORIA](#)

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[EPÍLOGO](#)

## CAPÍTULO 1

Era poco probable que hubiese algo más deprimente que reunirse un viernes por la tarde con las damas del club de Bridge de su tía. No, espera, sí había cosas más deprimentes y Gwenevere había pasado por ellas en las últimas cuatro semanas.

¿Dónde había una varita mágica o un agujero bien profundo cuando los necesitabas? La primera podría borrar ese mes de un plumazo y la segunda, en caso de que no encontrase la varita, siempre podía esconderse hasta el día del juicio final.

Su madre solía decir que su nombre iba asociado a la tragedia romántica, pero lo suyo era más bien una tragicomedia que nada tenía de romántica y sí mucho de mal karma. ¿Cómo sino podía llamársele al hecho de que su propia progenitora decidiese casarse por cuarta vez y lo hiciese con el hijo de puta de su exjefe?

—El Apocalipsis, querida, esto es el Apocalipsis.

Sí, claro, y las damas que se sentaban alrededor de la mesa eran los cuatro jinetes, pensó poniendo los ojos en blanco.

—No seas melodramática, Bertha, solo es... un bache inesperado en la puta carretera de la vida.

—La niña está mosqueada.

—Como para no estarlo, su madre se ha liado con el cabrón de su jefe.

—Ex jefe.

—Gwene, un bache inesperado es que se te pinche la rueda del coche en pleno viaje... —le aseguró Gladis, quién casualmente era su tía.

—El que tu madre se líe con tu jefe, quién fue el novio de la que decía ser tu mejor amiga, la cual no solo se folló a tu prometido tres meses antes de la boda, sino que se ha aprovechado de ti, se ha comido tu dinero y por ello estás a punto de perder la casa, no es un bache inesperado, querida, es el anuncio del Apocalipsis.

—Gracias, Elaine, eso me hace sentir mucho mejor —replicó con goteante ironía.

La putada era que todo aquello era cierto.

Su querida y atolondrada madre había conocido a Stuart Clifford en la fiesta benéfica que organizaba la empresa de publicidad para la que había trabajado hasta hacía tres meses. En esos momentos, él y su mejor amiga, Maise Cooper, estaban pasando una mala racha y habían decidido darse un tiempo; o eso es lo que le había dicho ella.

¿Qué probabilidades había de que un tipo de cuarenta y dos años, que salía con un bomboncito de veintinueve, se interesase en una mujer de cincuenta y cuatro? Pues al parecer más de las que habría pensado, dado que ambos se liaron en el cuarto de baño de la puñetera planta en la que se celebraba el evento. Y puestos a hablar de probabilidades, ¿Cuántas probabilidades había que la

«novia» de su ahora ex jefe, fuese a presentarse en la fiesta y se encontrase al tipo con el que salía echando un polvo con la madre de su mejor amiga?

Pues al parecer, todas las del mundo, a juzgar por el maratón de desastres que había comenzado esa noche y culminaron con la que siempre había creído su mejor amiga, montándose en la parte de atrás de su coche con Greg, su novio desde el instituto, con el que iba a casarse en seis meses.

Sin embargo, lo peor todavía estaba por llegar, cosa que descubrió esta misma semana, cuando su abogado la citó en la oficina.

—No, no puede ser verdad. —*Los papeles parecían reírse de ella, un blanco refulgente que contrastaba con el tono amarillo de la carpeta que los contenía—. ¡He pagado religiosamente cada plazo! ¡Es imposible que lleve siete meses de retraso en las cuotas!*

—*Me limito a exponerle los hechos, señorita Loft —le decía el abogado—. El banco no ha recibido un solo pago de las cuotas desde febrero, si el próximo lunes no abona la cantidad establecida, el banco ejecutará la hipoteca.*

—*¿A cuánto asciende la deuda?*

*El hombre señaló con la punta del bolígrafo una cantidad escrita en el documento que hizo que se le parara el corazón.*

—*Tiene que ser una broma.*

—*Me temo que no. —La seriedad de la voz del hombre, así como su lástima, le corroyeron las entrañas.*

No, no había sido una broma, era una pesadilla hecha realidad, una que la tenía ahora mismo contra las cuerdas y sin la más remota idea de cómo salir de esta; salvo la de matar a la hija de puta que se había acostado con su prometido y restregado luego en la cara.

Su amiga desde la universidad, la persona que siempre había estado a su lado en la vida, con quién lo había compartido todo, a quién llegó a considerar una hermana, parecía haberse convertido en una rata almizclera que, no solo había vivido a su costa, sino que también la había desplumado en los últimos meses.

De algún modo, ella y el cabrón de su ex prometido, se habían embolsado el dinero de los ingresos destinados a pagar la hipoteca y se habían encargado de ocultarlo, ya que no había recibido ningún aviso del banco hasta ahora.

Era culpa suya, lo sabía, nunca debía haber dejado la tarea de pagar la hipoteca en manos de esos dos, pero Greg siempre había sido bueno en las finanzas, al contrario que ella, por lo que solía ser quién se encargaba de esas cosas.

Resopló ante el resumen de los desastres que no habían dejado de lloverle, bien mirado, aquello bien podía ser el inicio de su propio Apocalipsis.

—*¿Cassie sigue pensando en hacer ese bodorrio?*

La sola mención de su madre la hizo poner los ojos en blanco, aquel era otro de los escabrosos asuntos que le habían llovido encima los últimos días.

—*No solo sigue pensando en ello, sino que ha aprovechado lo que ya tenía planeado mi sobrina y se ha ido apropiando poco a poco de las cosas.*

—*Yo no lo llamaría apropiarse...*

—*¿Ah, no? —resopló la mujer mirándola de reojo—. ¿Y cómo lo llamarías entonces? Te recuerdo que se ha quedado con tu salón de banquetes, la reserva en la iglesia, la cual ha adelantado, las flores e incluso se le pasó por la cabeza la feliz idea de reformar tu vestido, ya que tú no ibas a ponértelo.*

—*Pun, pun y pun*, eso son tres disparos, cariñito, ya estás muerta y enterrada —soltó Bertha con un dramático suspiro.

—Admitámoslo, Gwen, tu madre se ha comportado como una auténtica perra y quién ha pagado el pato has sido tú —resumió su tía—. Follarse al novio de tu mejor amiga en una fiesta, ¿pero qué tiene esa mujer en la cabeza? Te juro que sigo preguntándome cómo tu padre se casó con ella...

Ese era un misterio que ninguno había podido resolver, lo único que tenía claro es que ambos se habían querido con locura hasta que él las dejó de repente. Su madre había tomado entonces las riendas de su propia vida y había seguido adelante como buenamente había podido, aunque no siempre tomó las mejores decisiones, cómo proclamaban sus tres anteriores matrimonios fallidos.

Cassandra Loft Carson Mills, la cual pronto sería, Cassandra Clifford, se había enamorado y desenamorado con tal facilidad, que había hecho que su hija no creyese en los cuentos de hadas o en el amor del que se hablaba en las novelas.

Cualquier mujer enamorada de su novio o prometido, habría sentido algo cuando se entera de que su hombre le ha sido infiel con otra, ella en cambio, solo había sentido pena de que una relación de tantos años se hubiese echado a perder por la estupidez y resentimiento de su ex mejor amiga.

—Se ha comportado como una adolescente descerebrada y no como una mujer de más de medio siglo.

—Gladis, dicho así suena un poco arcaico, ¿no te parece? —comentó Silvie, quién hasta el momento había guardado silencio, concentrada en barajar el mazo de cartas que tenía entre las manos.

Silvie Close era la más joven del cuarteto del club de Bridge, lo que la situaba en unos maravillosamente bien llevados cincuenta y dos años, pero también era la más estrambótica de todas ellas. Si pensabas en una de esas antiguas pitonisas que leían la bola en una carpa de circo, te venía ella a la mente. Vestía siempre de manera bohemia, con turbante y tantas pulseras en las muñecas que era imposible que no se la oyese llegar desde el otro lado de la sala.

—No, en absoluto, se comporta como una mujer de más de medio siglo —replicó y la señaló a ella—, y mi sobrina va por el mismo camino, lo cual es más que preocupante.

—Yo no voy por su mismo camino.

—No, tienes razón, ella tiene más vida sexual que tú.

Puso los ojos en blanco y optó por no responder, Gladis nunca había tenido pelos en la lengua en lo que se refería al sexo.

—Sea como sea, tu madre se está probando ahora un vestido de novia y tiene suerte de que no haya querido acompañarla, de lo contrario la estaría estrangulando con el velo —sentenció.

—Si Gwene y tú estáis aquí, ¿quién la ha acompañado a la prueba?

*Uh-oh*. La respuesta a esa pregunta iba a desatar un tornado, pero qué demonios, al menos dejarían de fijarse en ella.

—La ha acompañado David.

Su tía resopló como un caballo.

—Señor, era lo que me faltaba, que quiera probarse también un vestido de novia.

*Yaquí vamos*, pensó con un mohín...

—No digas tonterías.

—Solo falta que te coja prestada la ropa, cielo —añadió Elaine con un aspaviento.

—No le sirve.

—Claro que no, tú tienes tetas y él una polla que se ha olvidado por completo para qué sirve —aseguró Gladis con absoluto dramatismo.

—La culpa la tiene la zorra de su ex, lo hartó tanto que ha decidido irse con el otro equipo y que le den por el...

—¡Bertha!

—Cielito, tu hermano es tan gay que le caen las plumas.

Resopló, empezaba a sentir que le palpitaba la cabeza, algo que solía ocurrir siempre que estaba en medio de esas mujeres.

—David no tiene pluma...

—Solo le falta cacarear —le recordó echando por tierra su defensa—. Y además, tiene esa manía de disfrazarse de mujer... todo un arte, la verdad sea dicha.

—Es parte de su trabajo... —replicó utilizando las palabras que a menudo salían de boca de su hermano.

—¿El que utilice tus cosméticos y se maquille incluso mejor que tú es parte de su trabajo? —comentó Elaine.

—Sí, ya sabes que trabaja como *Drag Queen* en un local de esos... —añadió Silvie metiéndose también en la conversación—. ¿Cómo se llamaba?

—No tengo la menor idea. —Y era verdad, tristemente no tenía la menor idea a qué demonios se dedicaba su hermano ahora mismo. Hacía tiempo que ambos se habían distanciado, de hecho, se habían visto más en esas últimas semanas, que en los años anteriores.

—Ay, algunas veces me pregunto cómo tengo tan buena memoria para unas cosas y tan mala para otras —chasqueó la mujer, entonces clavó los ojos en ella—. En cuanto a ti, lo que necesitas es un cambio en tu vida.

—¿Te parecen pocos los que he tenido este último mes? —sonrió de soslayo sin poder evitar que se escuchase la ironía en su voz.

—Esos cambios no cuentan, necesitas algo más sustancioso y definitivo.

—Sí, la lotería del estado me vendría ahora mismo de puta madre.

—El dinero no lo arregla todo, querida —declaró y le indicó la única silla que quedaba desocupada en la mesa—. Vamos, siéntate para que pueda echarte las cartas.

Miró el mazo que había estado barajando e hizo una mueca.

—Ahora mismo, la lotería me arreglaría muchísimas cosas.

—Deja de poner excusas y siéntate —la obligó su tía señalando la silla vacía a su lado—. No te obligaré a formar parte de la partida de Bridge de hoy, pero si Silvie quiere echarte las cartas, es por algo.

—No te hará daño conocer lo que hay en tu porvenir...

Dejó escapar un profundo suspiro y se sentó de golpe, no tenía ganas de discutir con su tía.

—No sé cómo demonios acabáis siempre convenciéndome para formar parte de estas cosas —resopló y miró la baraja de la mujer—. ¿Y bien? ¿Qué tengo que hacer?

—Empieza cortando la baraja y veamos que te depara el futuro.

Una lectura del Tarot no le iba a solucionar la vida, pero tampoco le haría daño. Extendió la mano, tocó el dorso decorado de las cartas y levantó unas cuantas para dejarlas al lado de las que quedaban.

—De acuerdo, dime si ves un maletín lleno de dinero y dónde, para que pueda ir a buscarlo.

## CAPÍTULO 2

La oscuridad se fue abriendo dando paso a la luz, pero esta no era suficiente para ver lo que había más allá. Usher reconocía la frialdad que lo envolvía todo, ese aire helador que le congelaba los pulmones con cada bocanada que daba. No podía permanecer mucho tiempo en ese lugar, debía ver y marcharse.

Fijó la mirada en un punto en el horizonte, con el paso del tiempo había aprendido que era la mejor forma de que las imágenes fluyesen a su alrededor, que mantuviesen ese continuo movimiento que las dotaba de claridad. Como si de un tapiz en un telar se tratase, cada hilo se unió a otro formando un conjunto, una película de la que él solo era un mudo espectador y que traía al presente vislumbres del futuro.

Contempló el porvenir, aquello que el destino estaba dispuesto a enseñarle, reconoció algunas personas, escenas cotidianas que solían desarrollarse en la mansión y en el *Circus*, ignoró las sombras que correspondían a otras que se cruzarían antes o después en su camino y retuvo las cosas importantes que debía recordar.

La luz fue engullendo la oscuridad a medida que las imágenes se diluían, las visiones empezaron a desvanecerse devolviéndole al presente, pero antes de que este lo absorbiera, algo captó su atención.

Reconoció el área central del casino y la mesa de naipes, ella estaba de espaldas a él, vestida de blanco, con una larga melena rubia cayéndole por la espalda y unas... ¿zapatillas deportivas? Tan pronto como vino la imagen se fue y volvió a encontrarse sentado en la mesa del comedor, con la cena delante de sí y la mirada de Gawrin puesta sobre él.

—Esta vez ha sido fuerte, te has ido por completo.

Parpadeó un par de veces para aclararse la mente, hizo una mueca y correspondió a su compañero.

—Algo... captó mi atención —replicó, cogió la copa de vino que permanecía dónde la había dejado y se la llevó a los labios.

—¿Algún nuevo cataclismo del que deba saber?

—No creo que unas zapatillas deportivas inicien un evento de esa magnitud.

—¿Unas zapatillas deportivas?

—Vestía de blanco y estaba en el casino, tiene que ser una deudora.

—¿Con zapatillas deportivas? ¿En el *Soul Circus Casino*? —Su amigo y compañero de casa dejó escapar una sonora carcajada—. A Banca le daría una apoplejía si alguien pone los pies en su castillo con algo menos glamuroso que unos zapatos de tacón.

Y ese era el detalle más curioso de todos, pensó, eso y su presencia delante de la mesa de naipes.

—Alguien está de buen humor esta mañana en la mansión, menos mal —escuchó la voz de Brishen y lo vio atravesar el umbral de la puerta con una indumentaria tan formal que no le cabía la menor duda que acaba de escabullirse de la corte—. Empezaba a echar de menos la corte y eso nunca es buena señal.

—¿Problemas en el paraíso, *flameris*? —se interesó Gawrin.

—Dime que entiendes tú por «paraíso» y luego te respondo.

Las bolsas oscuras bajo los ojos del recién llegado evidenciaban su estado, por no mencionar que un hombre que solía conducirse siempre con corrección y exquisitos modales acababa de dejarse caer sobre la silla como un saco de huesos sin alma.

—¿Quién demonios te ha drenado de esa manera?

—No quieres saber la respuesta, amigo mío —aseguró intercambiando una rápida mirada, entonces acarició la superficie de la mesa con las yemas de los dedos—. Mansión, bonita, ¿me pones el desayuno? Algo que pueda revivir a un muerto, por favor.

Con el dramatismo propio que solía usar la casa con ese habitante en concreto, sonó una típica campanilla a modo de anuncio y acto seguido surgió de la nada un menú completo delante de sus narices.

—Si fueses una mujer, demonio o hembra de cualquier especie follable de carne y hueso, me casaría contigo —aseguró poniéndole ojitos a la comida.

El relámpago que atravesó la habitación seguido de un estruendoso trueno los hizo saltar a todos, las miradas inevitablemente se deslizaron hacia Gawrin quién levantó las manos al momento.

—Eso no ha sido cosa mía.

—Me atreveré a decir que eso es un sonoro y rotundo, «jamás, pero gracias» —murmuró mirando a su compañero.

—No me ofendo, no es cómo si pudiese presentarles a mi corte una casa como prometida —admitió con un ligero encogimiento de hombros. Cogió la servilleta, se la puso sobre el regazo y empezó a dar cuenta del copioso desayuno—. ¿Alguien quiere?

—No, gracias, ya estoy más que servido.

—Demasiado crudo para mi gusto —corroboró y recuperó su copa para darle un nuevo sorbo. El vino era excelente, una cosecha centenaria que no podría catar jamás ningún humano.

—Bueno, ¿alguien va a decirme cuál fue el chiste que os ha puesto de tan buen humor?

—Usher ha tenido uno de sus vislumbres.

—¿Algo que debamos saber y nos ataña a cualquiera de nosotros?

—No —negó con sencillez.

—Vio a una deudora con zapatillas deportivas en el *Circus*.

El gesto de incredulidad en el rostro de Brishen lo decía todo.

—¿En el castillo de su majestad imperial Banca? —Se llevó una mano al pecho en un gesto de lo más dramático—. ¡Corred por vuestras vidas! ¡Ha llegado el Apocalipsis! A la pobrecilla no le dará tiempo ni de mirarse los pies antes de que la conviertan en cenizas.

—Ahora que lo dices, para que eso suceda tendría que entrar en el casino, ¿cómo pasó de la puerta de esa guisa? —añadió Gawrin poniendo en palabras la pregunta que él mismo se había hecho nada más verla.

—Con una invitación.

—Así que esta noche vamos a tener una jornada interesante en el casino. —La apreciación hecha por Brishen carecía de interés alguno.

—Te han jodido a base de bien, ¿eh?

El aludido se limitó a ignorar la pregunta del ilusionista y siguió comiendo.

—¿Cuántas deudas se han contabilizado este mes?

—Déjame ver... —Con un movimiento de los dedos Gawrin hizo aparecer su iPad y comprobó las estadísticas—. A día de hoy... son diez. De esas cuatro ya han sido abonadas, una ha pasado a disposición judicial y de las cinco restantes... dos están en negociación y es posible que se resuelvan con el pago de la deuda, otra está en pleno servicio y el par restante... no hay una respuesta definida.

—Es posible que no haya recibido aún la invitación.

Él negó ante su suposición.

—Según esto, ambas invitaciones han sido recibidas y deben ser contestadas hoy mismo —le informó comprobando sus datos—. ¿Cuál es el nombre de la deudora que viste?

—No lo sé.

La velocidad con la que los dos hombres sentados a la mesa levantaron las cabezas y clavaron sus ojos sobre él fue asombrosa.

—¿Cómo?

—Eso es imposible, Usher.

—No sé su nombre, no lo he visto —admitió y ocultó su preocupación por ese desconocimiento. Por regla general, daba igual que no viese el rostro de la persona, si iba a cruzarse en su camino de alguna forma, su nombre, su rostro, quién era él o ella, eran cosas que sabía al momento.

—¿Qué nombres figuran en los archivos? —Brishen dejó los cubiertos a un lado y extendió la mano para coger la tableta.

—Las dos personas que han recibido las invitaciones y no han pisado aún el Circus son un hombre y una mujer —señaló Gawrin pasándole el dispositivo—. Dado que dices que era una mujer, tiene que tratarse de Erika Marcelo.

El nombre se filtró en su mente arrancando al momento algunos fogonazos de luz de la oscuridad, le mostró escenas parciales, detalles de una vida, pero esa mujer no era la que había visto de espaldas, ella no era la deudora que vislumbró y tampoco tenía nada que ver con ella.

—Erika Marcelo no es la mujer que he visto.

—¿Estás seguro de que la persona que viste con zapatillas deportivas es una deudora?

—Sí, tan seguro como que yo soy el agente que va a recibirla en el *Circus* —admitió sabiendo, en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras, que ese era su futuro.

—Podría ser una de las nuevas jugadoras —sugirió el flameris—. Tendría sentido, si no aparece en la lista...

—Quizá debas detenerla antes de que pierda hasta la camisa —añadió el ilusionista—. Alguien con zapatillas deportivas y en un Casino como el *Soul Circus*...

—Perderá.

—Y no te importa lo más mínimo.

Enarcó una ceja ante el tono preocupado de Brishen.

—¿Por qué habría de importarme que una mujer no sepa retirarse a tiempo? —respondió con palpable ironía—. Ya sabes cómo funciona esto, la humanidad tiene libre albedrío y el *Circus* no puede interferir en él.

—Lo que hace cada vez más interesante el estar del otro lado de la mesa —aseveró Gawrin.

—Por una vez, me gustaría encontrar a alguien que se niegue a apostar.

—El día en que eso suceda, estarás muy, pero que muy jodido, Brish —respondió mirando al demonio a los ojos—. No pidas algo a lo que difícilmente podrás hacerle frente.

Había cosas que era mejor guardarse para uno mismo, pensó al ver el futuro del demonio con total claridad, pues el pronunciarlas en voz alta podía invocar al destino.

—Bueno, sea como sea, esta noche saldremos de dudas con respecto a la chica de las zapatillas deportivas —añadió Gawrin—, y no puedo esperar a ver cómo se resuelve.

Respiró profundamente y sintió cómo se le removía algo por dentro, fuese quién fuese esa mujer, no era algo que pudiera ser resuelto en una sola noche.

## CAPÍTULO 3

—Interesante...

Aquella no era precisamente una palabra que le aportase tranquilidad o seguridad, menos aun cuando venía de la boca de una mujer que le echaba las cartas. Gwenevere miró la disposición de los naipes e hizo una mueca.

—¿Ves algún maletín con mucho dinero?

Levantó la barbilla lo justo para mirarla.

—Hay cosas mucho más importantes en tu camino que un maletín lleno de dinero.

Enarcó una ceja y señaló la tirada con un gesto de la mano.

—¿Ahí ves un camino?

—Sí —declaró segura—. Y no es uno de fácil tránsito, está lleno de baches.

—La historia de mi vida —suspiró con fingida afectación—. No hay más que echarle un vistazo a las últimas cuatro semanas que he pasado para llegar a esa conclusión.

—Gwene, deja de interrumpir y escucha —la sermoneó su tía.

Puso los ojos en blanco.

—Nada va a cambiar lo que ha...

—Una deuda de juego.

—¿Una qué?

—Te sale una deuda de juego, algo que tienes que pagar...

Hizo un verdadero esfuerzo por no poner los ojos en blanco ante tal clarividencia.

—La puta hipoteca de mi casa, pero como no me toque la lotería este fin de semana, me veo viviendo en la calle.

—No, esto es una deuda de juego...

—Claaaaro, como yo hago tantísimas apuestas... —resopló—. A lo único que he jugado esta semana es a la lotería, ya sabéis lo bien que se me da cualquier otro juego de azar.

—Y esa deuda promoverá un encuentro decisivo en tu vida.

—Sí, el encuentro del lunes con el del banco para rogarle que me dé una prórroga para poder hacer frente a la deuda que ha provocado esa hija de la gran puta.

Silvia se la quedó mirando, chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Deberías aceptar la invitación.

—¿Invitación a qué?

Señaló una carta y no pudo evitar un escalofrío al ver el arcano que representaba; *El diablo*.

—Genial, espera que desempolvo la tabla de Guija y hago una llamada a larga distancia, a cobro revertido, eso sí.

Ahora fue la mujer la que puso los ojos en blanco ante su sarcástica respuesta.

—Tienes que aprender a mirar más allá de lo que se ve a simple vista, esta invitación será buena para ti, una oportunidad de cambio —insistió, cogió una carta aquí y otra allí y las recolocó a su conveniencia—. Sí, sin duda esto habla de un cambio favorable, no uno fácil, pero sí favorable y todo viene a raíz de una deuda de juego.

Sacudió la cabeza.

—Yo no he contraído ninguna deuda de juego, Silvie —señaló la tirada con un gesto de la barbilla—. Siento decirte que hoy tus cartas no están precisamente finas.

—Las cartas hablan de una deuda y está relacionada contigo —insistió y su tono fue tan tajante que se vio obligada a dar un paso atrás y cerrar la boca. Esa mujer parecía tener doble personalidad cuando se sentaba delante de su baraja.

—Vale, vale... pues será la deuda de la hipoteca —se encogió de hombros—. De todas formas, ninguna invitación o pacto con el diablo me va a sacar de esta, tendría que producirse un milagro, como el de tocarme hoy la bendita lotería.

—¿Has comprado siquiera un boleto?

Se llevó la mano al bolsillo y sacó la papeleta en respuesta a la pregunta de su tía.

—¿Ves lo desesperada que estoy? —indicó el papel con los números ya rascados—. Ni para un paquete de chicles. Necesito un milagro, Elaine, un puñetero milagro.

—¿Quieres dejar de soltar tacos y hablar como una señorita?

Se echó a reír, su desesperación era tal que ya no podía hacer otra cosa.

—Estoy a punto de perder mi casa y ni una invitación del mismísimo demonio podría evitarlo, así que permíteme que hable como me dé la puta gana.

Echó la silla hacia atrás y se levantó, no podía quedarse toda la mañana allí, tenía que empezar a empaquetar sus cosas y buscar algún lugar al que mudarse. El solo pensamiento le roía las entrañas, había luchado mucho por tener su independencia y ahora esta se veía amenazada desde varios frentes.

—No dejaremos que eso pase, tu madre es en parte culpable de todo lo ocurrido, ella y su nuevo novio deberían ocuparse de tu hipoteca...

—Por encima de mi cadáver —sentenció con rotundidad—. Antes prefiero quedarme en la calle y con lo puesto, que pedirle algo a ella o al imbécil que era mi jefe.

—Gwene, a veces hay que dejar el orgullo de lado y...

—¿Qué orgullo ni qué orgullo? —siseó con evidente ofensa—. Estamos hablando de una mujer que no ha dudado en acostarse con un hombre que tenía pareja, la que entonces era mi mejor amiga, por no mencionar que ella sabía además que era mi puñetero jefe. No es cuestión de orgullo, esto ya es cosa de ausencia de neuronas y vergüenza ajena. No quiero nada de ella, nada en absoluto.

No tenía que añadir nada más, pues el rostro de la mujer acusaba su conformidad y la incomodidad que había en la veracidad de sus palabras.

—¿Qué es lo que tienes pensado hacer?

Se lamió los labios y suspiró.

—Acabar de recoger mis cosas —admitió pensando en todas las cajas que ya había embalado—. El lunes tengo una cita con el banco para pedir una prórroga, pero nada me garantiza que me la concedan, así que antes de que vengan a sacarme por la fuerza, prefiero conservar mi dignidad e irme por mi cuenta.

—Sabes que puedes quedarte conmigo si lo necesitas...

Se limitó a asentir. Sí, lo sabía, pero valoraba demasiado su independencia y vivir con su tía

no era algo que contemplase. Una cosa era quedarse con ella un par de días, más allá de eso, era cómo tentar al diablo y proponerle iniciar la tercera guerra mundial solo para matar el aburrimiento.

—Ya veré cómo me las arreglo —le dijo con lo que esperaba fuese una confiada sonrisa y empezó a despedirse de cada una de las mujeres—. Disfrutad de vuestra partida.

—Cuídate, querida.

—Y recuerda aceptar la invitación —le dijo Silvie recogiendo ya las cartas del tarot—. Quién sabe, quizá debas perder jugando a las cartas, Gwene, la recompensa será mayor si pierdes que si ganas.

—Si me llega dicha invitación, lo tendré en cuenta —sonrió y les dijo adiós con la mano—. Con lo bien que juego, no me costaría mucho perder.

La única decisión que le cambiaría la vida ahora mismo, sería encontrar un maletín lleno de dinero a la puerta del centro social.

## CAPÍTULO 4

Brishen cambiaría sin pensárselo dos veces la *Corte Flameris* por cualquier ciudad del mundo humano. Aquí estaba, paseando cómo cualquiera de los transeúntes con los que se cruzaba, sin identidad, sin responsabilidades, sin tener que preocuparse por otra cosa que el sol calentándole la piel. Nadie salía a su paso preguntándole a dónde iba, ni le recordaba los interminables rituales que debía seguir. Aquí no era el *Gran Lord* de su corte, no era el heredero de un pueblo que odiaba con pasión a los de su clase, que habían bailado sobre el cadáver de su padre; y no es que los culpase, él mejor que nadie sabía lo que era ser su prisionero. Para los humanos, él no era otra cosa que un tipo cualquiera lo que le procuraba una paz y una libertad de la que no había disfrutado en siglos.

Y esa libertad se la debía al ser luminoso que se presentó en la oscuridad de su celda tiempo atrás. Banca se había colado dónde nadie había podido entrar y le presentó una oferta que era difícil rechazar: si aceptaba trabajar para él en el *Soul Circus Casino*, no solo lo sacaría del agujero en el que estaba retenido, sino que lo colocaría en el lugar que le correspondía.

No había sido un mal trato. Interactuar con los deudores y conocer en profundidad a los humanos, lo ayudó a ver el mundo con otros ojos y proporcionar a su corte una visión menos sangrienta que la que había tenido durante el reinado de terror de su antecesor.

Era curioso cómo un demonio podía pasar desapercibido en medio de un puñado de humanos, solo era necesario parecerse a ellos físicamente, ocultar aquellos rasgos que lo delatarían y harían que quisieran huir aterrados, *et voilà*, ya eras uno de ellos.

Las risitas mal disimuladas de un grupo de mujeres que parecía esperar el autobús al otro lado de la calle atrajeron su atención. Caídas de ojos, rosadas lenguas lamiéndose los labios con coquetería, miradas furtivas, todo ello formaba parte de la atracción natural que las hembras de la raza humana sentían hacia ciertos miembros de las distintas razas sobrenaturales. Sonrió de soslayo, les dedicó un picaresco guiño y siguió andando dejándolas acaloradas y suspirando por algo que nunca serían capaces de manejar.

Si bien no era un íncubo, como Fey, sus apetitos sexuales lo llevaban a preferir presas un poco más afines a su naturaleza. Las hembras humanas eran, en la mayoría de los casos, un exótico aperitivo, algo para entretenerse antes del plato principal, pero no dejaban de proporcionarle una satisfacción efímera. De hecho, solo encontraba adecuadas a las deudoras que aceptaba la Arena, quizá porque era el único momento a partir del cual podía dedicarse a ser él mismo mientras cumplía con su trabajo.

Continuó calle abajo con intención de detenerse en su cafetería favorita para degustar un buen cappuccino, uno de los placeres que había descubierto en este mundo y del que se había hecho prácticamente adicto. La terraza estaba llena de gente a pesar de que la mañana no era cálida, el

que esta estuviese acondicionada con estufas para temperar el ambiente otoñal contribuía bastante a tal concurrencia. Sintió el picor típico del deseo procedente de una de las mesas del final, dos mujeres lo miraban, una de ellas con más disimulo que la otra; eran madre e hija. Las ignoró completamente y posó los ojos en la mesa siguiente donde una nerviosa ejecutiva vestida de manera sobria y al mismo tiempo sensual, tamborileaba con los dedos la superficie de la mesa. Tenía un café todavía humeante a su lado, junto al periódico y un bolígrafo con el que había estado haciendo algunas anotaciones en una libreta. No le resultó difícil entrar en su mente ya que había bajado las defensas, sintió su cansancio, su agobio y el remordimiento por algo que no terminaba de... Ah, ya. Al parecer la chica se había pasado de copas la noche anterior y había terminado follándose a una completa desconocida; otra mujer. El hecho de que hubiese disfrutado de ese inesperado interludio había hecho que empezase a plantearse su propia sexualidad.

Dejó vagar la mirada por la terraza hasta encontrarse con alguien saliendo por la puerta de la cafetería, no sabía qué era pero su presencia lo llamó al instante. Llevaba una bufanda alrededor del cuello, las manos desnudas apretando uno de esos vasos de cartón para llevar, mientras unos labios del color de las cerezas se fruncían en una especie de mohín. No pudo ver su rostro con claridad, llevaba encasquetado el gorro de lana hasta debajo de las orejas impidiendo que adivinase siquiera el color del pelo. Había algo familiar en ella, la recorrió con la mirada y entrecerró los ojos al ver que una de sus manos parecía estar marcada con algo negro. No podía verlo bien desde esa posición, así que bajó de la acera con intención de cruzar la calle, pero el chirrido de neumáticos, unido al rugido de los tubos de escape, lo obligaron a frenar.

Varios peatones se vieron obligados a correr para evitar ser embestidos por esos imbéciles. Una mujer cogió a su hija pequeña en brazos y se apartó justo a tiempo, un anciano tuvo que ser ayudado por otro transeúnte librándose también por los pelos del segundo conductor y todo ello mientras los motoristas sorteaban a duras penas a la gente entre carcajadas. Entrecerró los ojos dispuesto a frenarlos a su modo, apenas había levantado la mano para hacerlo cuando un inesperado ciclista apareció doblando la esquina y se encontró con el primero de los motoristas.

—¡Oh Dios mío!

Las palabras de la gente fueron un presagio de lo que ocurrió ante sus ojos, el chirrido de los frenos de la bicicleta, el derrape de las ruedas de la moto y la carrocería impactando contra el suelo arrastrando al motorista, mientras el ocupante de la bicicleta volaba literalmente por los aires tras un primer brutal impacto.

No lo pensó, extensión su poder sobre ella, envolviéndola y protegiéndola en la caída mientras saltaba a la calzada y atravesaba la calle, junto con otro par de individuos, para auxiliar a los accidentados.

—Joder, vaya hostia.

—Llamaré a la policía.

Ignoró las voces a su alrededor y fue directo hacia la ciclista. La chica gimió, girando sobre sí misma, buscando una posición que le permitiese recuperar el aire que le había arrebatado el golpe. Empezó a incorporarse entre siseos hasta quedar sentada y luchó para quitarse el casco de la bici.

—Maldito cabrón... hijo de la gran puta... puto loco...

No pudo evitar sonreír al escucharla, lo último que esperaba era que la hembra tuviese el ánimo suficiente como para maldecir con tal intensidad. Se acercó a ella y retiró la protección que le había evitado daños importantes.

—¿Se encuentra bien?

Consiguió quitarse el casco y levantó la cabeza, el pelo rubio le cayó sobre los hombros, se había raspado la mejilla, pero no parecía nada grave.

—¿De dónde demonios ha salido ese imbécil? —preguntó luchando por ponerse en pie—. ¿Es que ahora regalan permisos de circulación al por mayor?

La vio mirar a su alrededor y soltar un agónico jadeo al localizar lo que había sido su vehículo.

—No, no, no, no... mi bici —gimoteó, se levantó a trompicones y cojeó hasta su transporte, el cual parecía estar bastante entero a excepción del golpe recibido en el manillar y la rueda visiblemente torcida—. No, esto no puede estar pasando. Joder, no puedo tener tan mala suerte. ¿Qué narices he hecho para merecer esto?

Girando sobre sí misma como un resorte, lo miró, lo ignoró con absoluta rapidez y se centró en mirar a su alrededor; no le había duda de que buscaba al culpable de su actual situación.

—¡Tú! ¡Maldito cabrón hijo de la gran puta!

Sin duda la chica sabía cómo insultar, pensó siguiéndola con la mirada mientras se enfrentaba al motorista, un tipo que ya se había quitado el casco y se echaba las manos a la cabeza al ver su moto en el suelo.

—¡Será hija de puta! —masculló el tipo girándose también hacia ella—. ¡Eres una puta psicópata! ¡Mira lo que has hecho! ¡Esto lo pagas!

—A mí no me vengas con amenazas, pedazo neandertal —contraatacó la mujer avanzando como una furia hacia el hombre que le doblaba tranquilamente en tamaño—. ¡Te has saltado un puto semáforo! ¡Te me has echado encima con esa maldita máquina!

—Me has jodido la moto, zorra, así que vas a pagar el arreglo.

—Y una mierda que lo haré —replicó llevándose las manos a las caderas—. No solo no lo haré sino que voy a llamar a la policía...

Dicho eso, le dio la espalda y empezó a buscar en sus bolsillos, momento que aprovechó el motorista para avanzar hacia ella con una obvia intención. Bien, era suficiente, pensó Brishen y estiró el brazo para frenar al individuo.

—Yo no lo haría si fuese tú —le dijo e imprimió en su voz una ligera compulsión, suficiente para una mente tan maleable como la de aquel imbécil—. *De hecho, vas a esperar a la policía y les vas a decir lo que pasó exactamente. Ibas haciendo el idiota con la moto con un amigo y no la viste hasta que fue demasiado tarde, admitirás toda la culpa y le pagarás una nueva bicicleta a la señorita.*

Sus ojos se encontraron y a pesar del primer momento en el que pareció querer objetar, su mirada perdió definición y se limitó a asentir.

—Sí, ha sido... culpa mía —admitió él en voz alta—. Debería hablar con la policía y explicarle que ha sido culpa mía.

Dicho eso, se acercó de nuevo a la mujer, pero esta vez su lenguaje corporal, al igual que sus palabras, hablaban de arrepentimiento y ganas de corregir el error.

«Maestro».

El inesperado susurro le produjo un escalofrío, buscó a su alrededor y encontró al momento su lugar de procedencia. De pie junto a la accidentada bicicleta, si es que podía llamársele estar de pie a la forma en la que parecían flotar las ilusiones de Gawrin, vio a uno de los mensajeros del *Circus*. Todavía no había adoptado una forma que le permitiese interactuar con los humanos, de hecho, en aquellos momentos solo él o *los recaudadores*, como los había bautizado Helena, la compañera de Aric, serían capaces de verle. Entre los pliegues indefinidos de la oscuridad que lo

envolvía emergió una conocida silueta que fue cobrando forma hasta convertirse en algo tangible, los huesudos dedos se dirigieron a la mochila tirada en el suelo e introdujo un sobre en su interior. Realizado su cometido, se esfumó en el aire cómo si nunca hubiese existido.

Brishen se encontró parpadeando una y otra vez, su mirada pasó de la mochila a la bicicleta y de esta a la mujer que, con el móvil en la oreja, escuchaba sorprendida la declaración de culpabilidad del motorista.

Acababa de ayudar a una nueva *deudora* del Circus.

## CAPÍTULO 5

Hablar con la policía resultó tan agotador como entender qué le había golpeado al motorista en la cabeza. El tipo había pasado de ser un completo neandertal, a deshacerse en disculpas y contarle prácticamente los desastres de su vida; como si tuviese poco con los suyos.

Al final el incidente se había saldado con la detención del motorista, el vehículo recogido por una grúa y su bicicleta y ella abandonadas a su suerte. Una rápida revisión hecha por el médico de la ambulancia que habían hecho venir diagnosticó que estaba de una pieza, algo que tampoco podía entender dado lo brutal del impacto, le había dado un par de analgésicos y le dijo que posiblemente sintiese el golpe en los próximos días.

—No debí haberme levantado de la cama —valoró mirando su medio de transporte prácticamente inservible. Tendría que cambiar la rueda e intentar enderezar el manillar, lo que suponía gastos imprevistos y que no podía afrontar—. A lo mejor si lo intento con un martillo...

Un resoplido mitad risa le recordó que seguía en mitad de la acera, se giró y volvió a encontrarse con la mirada de ese modelo de revista que se había quedado con ella desde el momento posterior al accidente. Le había preguntado cómo se encontraba, incluso se había quedado a su lado mientras la atendían en la ambulancia, pero no tenía la menor idea de quién era.

—Quizá la idea del martillo sea un poco extrema —comentó señalando la bicicleta con un gesto de la barbilla—. A menos que quieras cargártela por completo.

—Estoy tentada de hacerlo, pero entonces tendría que recoger los pedazos y llevármelos conmigo —contestó con un ligero encogimiento de hombros—. Un trabajo carente de beneficios.

—Ya veo.

No, dudaba mucho que lo hiciese, alguien como él no tendría los problemas que afrontaba ella ahora mismo.

—No le he dado las gracias por... salir en mi ayuda —comentó y extendió el brazo, teniéndole la mano—. Gracias, señor...

—Flameris, Brishen Flameris —respondió estrechándole la mano con firmeza—. Pero con Brish es más que suficiente.

—Un nombre... poco común.

—Igual que la persona que lo lleva —admitió con tal sinceridad que la cogió por sorpresa—. Y no hay nada que agradecer, es lo mínimo que podía hacer al haber presenciado el accidente.

—Y a pesar de ello, le doy las gracias —aceptó retirando su mano, su contacto era inesperadamente caliente, cómo si ese hombre viviese dentro de un horno—. Será mejor que me lleve esto antes de que vuelva a pensar en el martillo.

Él se limitó a asentir, se llevó las manos a los bolsillos y empezó a retirarse.

—Procura no volver a terminar atropellada, quizá entonces no esté para ayudarte —aseguró y

le tendió al mismo tiempo su propia mochila, algo en lo que no había pensado hasta el momento —. Ten, esto creo que es tuyo.

Parpadeó ante sus divertidas palabras e hizo una mueca.

—Gracias —aceptó cogiendo la mochila—. Haré todo lo que esté en mi mano, señor Flameris.

Él se limitó a asentir, le dio la espalda y levantó una mano a modo de saludo.

—Hasta pronto, Gwenevere.

Se lo quedó mirando mientras se alejaba con paso tranquilo, mezclándose con los demás transeúntes hasta que su obnubilado cerebro cayó en la cuenta de algo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —murmuró para sí, consciente de que ella no se lo había dado. Bajó la mirada hacia su mochila e hizo una mueca al ver la etiqueta con su nombre, apellidos y dirección colgando de ella—. Por supuesto, cómo sino iba a saberlo.

Sacudió la cabeza en un intento por aclararse la mente, volvió a mirar la destartada bicicleta y resopló.

—Va a ser un camino un pelín largo —suspiró colgando una de las asas de la mochila en el manillar solo para que esta se deslizase hacia el suelo derramando su contenido—. Vale, de puta madre. Por qué no te rompes ya para rematarla, ¿eh?

Cogió la vieja y gastada mochila y empezó a introducir sus cosas cuando sus dedos tocaron un sobre de color negro con su nombre escrito en pulcra letra de color blanco.

—¿Qué es esto? —Le dio la vuelta y frunció el ceño al ver el sello que lo cerraba—. *¿Soul Circus Casino?*

No tenía la menor idea de cómo había llegado eso a su mochila y tampoco conocía la letra. Agitó el sobre como si esperara que este hablase por sí mismo y al no obtener respuesta, como era de esperarse, rompió el lacre y sacó la tarjeta que contenía.

—Está usted cordialmente invitada a...

Sus ojos se deslizaron sobre el contenido, leyó las breves frases y se echó a reír.

—Vale, así que por eso montaron todo el circo de la tirada de cartas y demás —resopló y sacudió la cabeza—. De verdad, esas mujeres son de terror.

Una invitación... una deuda... y un modo de saldarla, sí claro, y el demonio la estaría esperando para jugar a las cartas.

—Será mejor que me ponga en marcha si aspiro a llegar a tiempo a la entrevista de trabajo.

## CAPÍTULO 6

—... y por eso necesito el trabajo.

Si cuando decidió abrir la cafetería alguien le hubiese dicho lo tedioso que resultaría entrevistar a los candidatos para los distintos puestos que necesitaban ser cubiertos, Usher se lo habría pensado dos veces. Pero aquí estaba un año más, detrás de la barra, escuchando los motivos inocuos de una jovencita que pensaba que el enseñar escote y llevar minifalda le iba a conseguir un trabajo para el que ni siquiera tenía aptitudes.

Tachó su nombre de la lista, le dedicó unas amables palabras y la despidió. Lo último que necesitaba era tener que hacer de niñera de una veinteañera con poco seso. De verdad, ¿tanto costaba encontrar una buena camarera en esa ciudad? Si su anterior empleada no hubiese decidido mudarse a Alaska para estar más cerca de su novio, no estaría ahora afrontando ese suplicio.

Comprobó que la breve lista de candidatas y candidatos se había ido reduciendo a un ritmo alarmante, había demasiados nombres cruzados con una línea y solo un par de posibles contrataciones para las noches.

La campanilla de la puerta sonó con la salida de la recién entrevistada, la melodía atrajo su mirada justo a tiempo de ver cómo alguien apoyaba lo que parecía una bicicleta contra la pared exterior del local, el estruendo que siguió a la caída del vehículo y los improperios femeninos lo hicieron prestar más atención. Solo veía la silueta a través del cristal del escaparate, la cenefa esmerilada que ofrecía un poco de privacidad a las mesas pegadas al ventanal difuminaba su figura. El titileo de la campanilla resonó una vez más cuando la recién llegada empujó la puerta y traspasó el umbral.

—Disculpe, venía por el anuncio del periódico —le informó mientras se acercaba a él con una ligera cojera—. Concerté una entrevista...

Su voz fue como un fognazo en su mente, en el transcurso de un parpadeo se encontró de nuevo en *Soul Circus*, mirando a la mujer vestida de blanco de espaldas a él, pero en esta ocasión ella se giró y pudo ver su rostro.

—Gwenevere —pronunció su nombre conociendo al momento todo lo que se escondía tras de él.

—Sí, Gwenevere Loft —respondió con un asentimiento. Avanzó directamente hacia la barra tras la que estaba sentado—. Disculpe que aparezca en estas condiciones, pero me temo que acabo de ser víctima de un atropello...

El gesto airado que acompañó sus palabras hizo volar parte de su pelo rubio. Vestía de manera sencilla, poco llamativa, cualquiera que se fijara en ella no vería más que una pobre chica con un desapego total por la moda. Además, el raspón en la mejilla y las evidentes molestias producidas por la caída, no hacían que se sintiese precisamente segura de sí misma. Había sido un verdadero

milagro que no se hubiese roto nada, un milagro sin duda motivado por la presencia de uno de sus compañeros.

—¿Se encuentra usted bien?

Una pregunta que formulaba por mera educación, pues conocía ya la respuesta.

—Sí, gracias —aceptó y se paró al otro lado de la barra—. Lamento la tardanza, sé que pasa de la hora de la cita, pero esperaba que...

—Siéntese, señorita Loft —la invitó a ocupar uno de los taburetes—. Llega justo a tiempo, la última entrevistada acaba de irse.

No le pasó por alto el alivio que cruzó por su rostro e inundó esos almendrados ojos marrones cuando tomó asiento, sus manos se apoyaron con suavidad en el borde de la superficie de madera y pudo ver las marcas de nuevos raspones, así como alguna uña rota; la chica parecía la superviviente de algún cataclismo, en vez de una aspirante a camarera.

Gwenevere Loft era mucho más de lo que dejaba ver, la pasión que ponía en sus convicciones, la férrea defensa de sus argumentos a menudo chocaba con su aspecto de duendecillo. Poseía un alma generosa, probablemente demasiado, a juzgar por los golpes que había recibido durante ese último mes, pero el mayor de ellos todavía no había llamado a su puerta y no lo haría hasta que traspasase las puertas del casino y se diese cuenta de que tenía una deuda que saldar.

¿Cuántas veces había visto aquello? ¿Cuántas personas, hombres y mujeres, acababan pagando por los errores cometidos por otras personas? Helena era sin duda una de las más recientes pruebas de ello, se había visto obligada a presentarse en el *Soul Circus* por la deuda contraída por su ex. Y, en el caso de Gwene, cómo solían llamarla sus allegados, la historia estaba a punto de repetirse.

—¿Quiere un café? —le sugirió, dejó el taburete que él mismo ocupaba tras la barra y se detuvo frente a la línea de licores—. O quizá prefiera algo más fuerte dadas las circunstancias.

—En estos momentos no le haría ascos a una tila —admitió ella y se levantó como un resorte—. Pero puedo prepararla yo, si lo desea.

Se giró hacia ella y enarcó una ceja.

—¿Tan desesperada está por trabajar?

El sonrojo que le tiñó las mejillas le provocó cierta ternura.

—Lo siento, es... parece que el golpe ha afectado algo más que mis nervios —murmuró y volvió a sentarse de nuevo.

Ocultó una sonrisa mientras le daba la espalda y le preparaba una infusión de su propia cosecha.

—Dígame, señorita Loft, ¿tiene experiencia previa como camarera?

—Durante la universidad trabajé a tiempo parcial en una cafetería para costearme los estudios —le informó—. También he trabajado en cocina y tengo varios cursos de cocina tradicional y repostería. De momento nadie se ha muerto por mi comida, así que, diría que es algo a tener en cuenta.

—Sin duda, es algo muy a tener en cuenta, sí —admitió intentando contener la risa, volvió a la barra y le puso delante una taza y una pequeña tetera de la que salía un humeante y perfumado vapor—. Tenga cuidado, está caliente, pero le sentará mejor que la tila.

La forma en la que parpadeó y su rostro acusó la sorpresa, le dijo mucho más de lo que ya sabía sobre ella.

—Muchas gracias, señor Usher.

Dejó escapar un resoplido de risa y sacudió la cabeza.

—Usher es mi nombre —aclaró al tiempo que señalaba con un gesto de la barbilla el nombre impreso en el ventanal del escaparate—. Kerrigan es mi apellido.

—Claro, por supuesto, discúlpeme...

—Hagamos una cosa, dejemos a un lado el protocolo y continuemos con esta entrevista en un tono más formal, ¿te parece?

—Tú eres el dueño, así que, cómo gustes.

—Me decías que tienes experiencia previa en una cafetería y que además eres cocinera — retomó la conversación. No dejaba de ser curioso que tuviese que hacer todas esas estúpidas preguntas cuando ya sabía todo lo que necesitaba saber de ella en ese ámbito. Había vislumbrado momentos de su vida universitaria cuando ella mencionó ese momento, también la había visto en su trabajo, en la cafetería y en la empresa de publicidad para la que había estado trabajando hasta hacía algo más de un mes. Pero debía mantener la máscara de propietario en busca de empleados y esa fachada de humanidad de la que a veces le gustaría prescindir por completo.

Al contrario que sus compañeros del club, él poseía una parte totalmente humana, herencia del chamán con el que se lio su abuela y una demoníaca, cedida por la unión de su padre, hechicero, con una demonio clarividente, el mestizaje era tal que no era sorprendente que él hubiese terminado heredando lo mejor de ambas partes.

—Puedo servir cafés, preparar cócteles, incluso hacer una tarta de zanahoria con mejor pinta que la que tienes ahí expuesta —señaló el expositor de tartas con la barbilla mientras se servía la infusión—. Tengo muy buena memoria para retener los pedidos y sé ofrecer un buen trato a los clientes.

—¿Cuándo fue la última vez que trabajaste en una cafetería?

Dejó escapar un profundo suspiro y se tomó su tiempo en responder, el cual dedicó para soplar el caliente líquido y darle un sorbo.

—Caray, esto está buenísimo —murmuró genuinamente sorprendida—. ¿Qué lleva?

—Dímelo tú —la invitó a ello.

—Um... veamos... frutos rojos, jengibre... diría que algo cítrico... y hay otra cosa que no sé... no sé lo que es —admitió con un mohín—. ¿Podría ser canela?

—No, pero has acertado algunos ingredientes —corroboró. Sus ojos se encontraron con los suyos y le sostuvo la mirada durante unos segundos más—. ¿No vas a contestarme?

—Hace unos seis años —respondió sin dejar de mirarle—. Después de las prácticas de la universidad, encontré trabajo en lo mío y me dediqué a ello hasta hace cosa de un mes, cuando renuncié.

—¿Y por qué renunciaste?

—Eso no es algo que necesites saber para darme o no el puesto de camarera.

Se rió, la manera tan tajante en que lo dijo le arrancó una carcajada.

—Necesito el trabajo y sé que puedo hacerlo, no encontrarás a nadie mejor para el puesto.

—Modesta, además.

—Soy sincera —replicó, se encogió de hombros y siguió disfrutando de su infusión—. Um, ¿me darías la receta?

—No —negó divertido—. Pero sí te daré el empleo.

—¿En serio?

—¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora mismo, si lo necesitas.

—Por si no lo has notado, hoy el local está cerrado —le dijo echando un vistazo a su

alrededor—, y tú parece necesitar recuperarte de ese inesperado atropello.

—Solo son rasguños, la que ha quedado para la unidad de desguace es mi bicicleta.

—Tu bicicleta.

—Hay gente que se mueve en coche, otros en moto, en metro, en taxi... y yo lo hago en bici —sentenció con firmeza—. No contamina y, por regla general, ningún chalado conduciendo su moto a toda hostia te atropella... Se ve que hoy he sido la excepción a dicha regla.

—¿Solo hoy?

—Entonces, ¿de verdad tengo el trabajo?

—Me vendría bien alguien con experiencia y que sepa cocinar una tarta mejor que esa —señaló el expositor—. Además, me salvarás de tener que seguir haciendo entrevistas.

—En ese caso considérate salvado —le tendió la mano por encima del mostrador—. Ya tienes camarera.

Miró su mano y la tomó, en el momento en que su piel entró en contacto con la suya tuvo un nuevo foganazo, uno que hablaba sin palabras de la clase de relación que iba a tener con esa dulce y fogosa deudora, una de la que sin duda ambos iban a disfrutar.

—Bienvenida al *Kerrigan's*, Gwenevere.

—Gracias, jefe.

## CAPÍTULO 7

Gwenevere hizo una mueca mientras se limpiaba los raspones de las manos, después de quitarse la ropa y darse una ducha, se había encontrado con que su cuerpo había acusado el golpe con más fuerza de lo que le había parecido al principio. Podía no haberse roto nada, lo cual ya era un milagro, el casco sin duda había ayudado a que no se abriese la cabeza, pero los hematomas que empezaban a asomar en su cadera y hombro izquierdos le recordaban que había podido perder la vida con total facilidad.

Se estremeció ante la sola idea, el morirle no iba a solucionar nada y, por otro lado, estaba su nuevo trabajo en el Kerrigan's. Todavía le costaba comprender que había pasado más allá del hecho de que su nuevo jefe le hubiese dado el trabajo.

Usher Kerrigan. Un nombre extraño para un hombre extraño, pensó al recordar la forma en la que la había recibido e incluso le había preparado una infusión. No tenía motivos para recelar de él, había sido realmente educado, interesándose únicamente por aquello que podría ajustarse al trabajo que ofertaba, pero a pesar de ello, la intensidad de esa mirada azul que parecía mirar más allá de ella la había inquietado por momentos.

Tenía el aspecto típico de un barman, con camisa negra remangada y un chaleco abrochado que no restaba ni un ápice de sex-appeal a su modesta apariencia, vestía unos vaqueros que le hacían un perfecto culo, cosa que solo pudo vislumbrar unos segundos por encima de la barra sin parecer demasiado obvia. Una sombra de barba le acariciaba el mentón y el bigote, mientras que el pelo corto y desordenado le daba un aire de infinita travesura. Por otro lado, su dicción era perfecta, poseía un tono de voz grave, rico y muy masculino que te daba cierta seguridad; curioso viniendo de un completo desconocido.

Dejó caer el algodón empapado de desinfectante en la papelera del cuarto de baño y fijó la mirada en el reflejo que le devolvía el espejo.

—Las cosas no van a ir mal siempre, Gwen —se dijo a sí misma en un intento por animarse—, acabas de conseguir un nuevo empleo, eso es un motivo para celebrar...

Sonrió, buscando animarse a sí misma con esa idea y dejar de pensar en todo lo que sabía no tenía arreglo a corto plazo. El lunes tendría que ir al banco, ponerse de rodillas y suplicar porque le concediesen una prórroga de modo que pudiese conservar su hogar.

—Si el rey Arturo cayó a los pies de *Ginebra*, el director del banco también caerá a los tuyos —declaró levantando el brazo con gesto teatrero, entonces se echó a reír—. Creo que voy a necesitar a todos los caballeros disponibles de *Camelot* para lograrlo.

Sacudió la cabeza entre risas, le dio la espalda al espejo y se dirigió hacia la cocina, sin embargo, el timbre de la puerta seguido por el aporreamiento de la misma y la irritada voz femenina de su madre, mezclada con la apaciguadora de su hermano, le impidieron seguir

adelante.

—¡Gwenevere Loft! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Abre la puerta ahora mismo!

Puso los ojos en blanco, dejó caer la cabeza hacia atrás con un quejido y cambió de dirección para ir a atender la llamada antes de que saliesen los vecinos a ver qué pasaba en el vecindario.

—Gwene, reina, abre la puerta antes de que Cassie la tire abajo.

Sí, ahora ya no era «*mamá*», la palabra tenía poco glamour para su hermano.

—¿Es necesario que deis el espectáculo de esta manera? —preguntó nada más abrir.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —declaró su madre pasando delante de ella y entrando en su casa sin ni siquiera mirarla.

—¿Qué haya hecho el qué?

—Saltarte su prueba del vest... —Su hermano jadeó y se llevó una mano sobre el pecho—.

¡Oh dios! ¿Qué te ha pasado?

Bueno, al menos había alguien que la miraba a la cara y se daba cuenta del aspecto que tenía.

—Me atropelló una moto.

—¿Cómo? ¿Cooooomoooo? Ay dios, por todas las estrellas de Hollywood, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Estás bien?

—Un poco magullada, pero sobreviviré —lo tranquilizó, posó la mano en su brazo, apretándoselo y sonrió—. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —La señaló de arriba abajo—. Te has mirado al espejo, tienes un aspecto horrible.

—Casualmente acabo de hacerlo y no es para tanto —negó con la cabeza y cerró la puerta tras ellos—. Mi bici quedó mucho peor.

—Oh, Gwene, ¿qué te he dicho sobre ese montón de aluminio?

—¿Que tenía poco *glamour*?

—Que acabarías rompiéndote la crisma, reina —chasqueó, le puso la mano sobre el hombro y se agachó para que sus ojos quedasen a la misma altura—. Pero esto... ¡esto va mucho más allá!

—Oh, deja ya el melodrama, se te están pegando sus malas artes —señaló hacia el interior de la vivienda.

—Drama es el que se ha vivido en la prueba del vestido, cariño, a Cassie le ha dado uno de sus ataques al ver que no venías.

—Le dije con total claridad que no contase conmigo para esto, pero está claro que solo escucha lo que le interesa —resopló y se dirigió hacia el salón donde su progenitora ya estaba con su perorata.

—...mi única hija, deberías estar a mi lado, ayudándome y en vez de eso, pierdes el tiempo...

—Sí, pierdo el tiempo intentando encontrar una manera de no perder esta casa y buscar un nuevo trabajo —la atajó. Se la encontró sentada en el borde del sofá, con ese aire altivo que se esfumó en el mismo instante en que se molestó en mirarla y se dio cuenta del arañazo que tenía en la cara y cómo se movía.

—¿Qué te ha ocurrido?

—La atropelló una moto —le informó su hermano apareciendo tras ella—. Ay, cielo, si cojeas y todo.

Su madre se levantó como un resorte.

—¿Cómo que te ha atropellado una moto? —jadeó, yendo hacia ella y comprobando que estuviese de una pieza—. Oh dios, ¿por qué no me has dicho nada?

—Lo estoy haciendo —replicó irónica—. Me ha atropellado una moto, mi bici está para el

desguace y he encontrado trabajo.

—¿Encontraste trabajo?

—Empiezo mañana como camarera en una cafetería del centro.

—¿Cómo camarera? Pero, Gwene, sabes que podrías recuperar tu antiguo empleo, Stuart está esperando que recapacites y...

—¿Que recapacite? —Casi se ríe ante lo absurdo de su comentario—. Sí, claro, porque la que tengo que recapacitar soy yo...

—Gwenevere, esa no es la mejor manera de afrontar las cosas.

Fulminó a su hermano con la mirada.

—¿Y cuál es según tú? Porque, por más que lo intento, no encuentro una que me satisfaga —replicó con dureza.

—Gwene, lo que te ha ocurrido ha sido horrible, esa mujer no tenía derecho a hacer lo que hizo —comentó su madre—, pero ha sido bueno que vieses su verdadera cara...

—No, ella no tenía derecho a vengarse conmigo por lo que *tú* le hiciste, porque yo no fui la que se tiró a su novio...

—Gwene, por favor, esa no es manera de hablarle a nuestra madre...

—¿Por qué no? —Se giró hacia su hermano—. ¿Acaso no es la verdad?

—No hables de lo que no sabes, Gwenevere, no tienes derecho a juzgarme como si fuese... una mala mujer.

Se mordió la lengua porque no quería decir algo de lo que luego pudiese arrepentirse. Equivocada o no, era su madre y no quería etiquetarla de esa manera, pero eso no evitó que le dijese de una vez y por todas lo que pensaba de su actitud hasta el momento.

—No considero que seas una mala mujer, mamá, pero no eres capaz de comprometerte en serio con ningún hombre, no a largo plazo. En el momento en que alguno de tus maridos deja de bailar contigo, de adorarte como quieres ser adorada y ponen freno a tu impetuosidad, decides que has tenido suficiente y que ha llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva —le soltó de golpe—. La realidad es que no piensas en nadie más que en ti, no te importa si tus decisiones afectan a alguien más, vas a por lo que quieres y que le den al mundo.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —jadeó ella, visiblemente tocada por sus palabras—. ¡Soy tu madre, Gwenevere!

—Y precisamente porque eres mi madre me he contenido de decirte todo esto a la cara, pero ya me he cansado, la única que ha salido herida a causa de tus decisiones he sido yo —la acusó—. ¿Y has hecho algo para evitarlo? ¿Te has molestado en preguntarme cómo estoy? ¡No! Vienes a mi casa quejándote por no haberte acompañado a la prueba del vestido; mi vestido, porque no te ha dado la gana de buscarte uno nuevo. Te digo que he conseguido trabajo y en vez de felicitarme, desprecias que haya aceptado un puesto como camarera y todo ello mientras gozas de todo lo que yo tenía planeado para mi propia boda —le echó en cara sin cortarse un pelo—. ¡Así que voy a hablarte de la manera en que me dé la gana y si no te gusta, tú y tu... escolta, os podéis marchar de mi casa! Porque todavía es mi casa, al menos hasta el próximo lunes, es mi casa.

A juzgar por las expresiones de sus caras, horrorizada una y sorprendida la otra, no se habían esperado una reacción semejante, ella misma estaba sorprendida de lo que acababa de decir, pero no se arrepentía, de hecho, se sentía mucho más ligera ahora.

—Caray, Gwene, te has quedado a gusto...

No retrocedió ni un solo paso, no se retractó, de hecho ignoró el comentario de su hermano y le sostuvo la mirada a su madre.

—Eres mi madre, pero estas últimas semanas no te has comportado como tal —sentenció ya para finalizar—. No voy a asistir a tu nueva boda, no estoy de acuerdo con la decisión que has tomado, ni cómo la has tomado, así que te rogaría que dejases de increparme y reclamarme por cosas que no me competen.

—Gwenevere, no puedes hablar en serio, es la boda de nuestra madre...

—David, eres mi hermano, te quiero y respeto tu forma de vida, así que te pido que respetes de igual modo la mía y las decisiones que tomo —lo previno con voz firme y seca—. Yo no me meto en tu vida, así que deja de meterte tú en la mía.

Él acusó el golpe y tuvo el buen sentido de mantener la boca cerrada. Si tan solo su progenitora pudiera seguir su ejemplo...

—Me defraudas, Gwenevere, no te crie así —replicó con voz entrecortada, pero en sus ojos no asomaba ni el brillo de una sola lágrima—. Me avergüenza que mi hija hable de esa manera de su madre. Quiero pensar que estás muy estresada y que todo lo que te está pasando te ha pasado factura, espero que reflexiones y te des cuenta del daño que me han hecho tus palabras.

Dicho eso, recogió la mochila y las bolsas que había traído consigo, abandonó el salón y salió de su casa.

—Has ido directa a la yugular, lo sabes, ¿no? —comentó su hermano con un profundo suspiro, siguió la estela de su madre con la mirada y se volvió hacia ella—. Entiendo tu necesidad de dar rienda suelta a todo lo que estabas guardándote para ti, pero no sé si este ha sido el mejor momento para soltarlo, cariño.

—¿Hubieses preferido que lo hiciese en plena boda?

Parpadeó cómo si se estuviese preguntando si lo decía en broma, entonces sonrió, sacudió la cabeza y depositó un beso en su mejilla.

—Siempre has sido una brujilla encantadora, hermanita, procura no herir a nadie más con ese encanto.

Con esa pequeña acotación, dio media vuelta y se marchó meneando las caderas con un arte que ya le gustaría tenerlo ella.

Tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse se dejó caer en el sofá, de repente estaba completamente cansada y sentía unas desgarradoras ganas de llorar. No se opuso, no había derramado ni una sola lágrima desde que todo había empezado y ya era hora de que lo hiciese.

## CAPÍTULO 8

El *Soul Circus Casino* abría sus puertas las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días al año, cerrando solo el veintinueve de febrero de los años bisiestos. Nunca supo el motivo que se escondía detrás de aquel cierre, pero Banca había dejado muy claro a todos sus empleados que ese día en concreto las puertas debían quedar cerradas a cal y canto.

Dejando atrás las mesas de juego ocupadas una noche más por una buena cantidad de gente, fue directo a la sala de juntas esperando encontrar al tipo vestido de blanco que regía el lugar. No dejaba de ser curioso que el casino funcionase durante seis días a la semana con personal humano, el cual era completamente ajeno a lo que ocurría las noches de los viernes, la cual ellos libraban. El cambio tenía que ver con «La Arena», el antiguo anfiteatro romano que aparecía cuando un deudor aceptaba someterse al juicio para pagar su deuda, otro ente tan extraño como la propia Mansión.

Encontró las puertas de la sala abiertas y a su jefe sentado en la cabecera de la mesa con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Banca?

El tipo, vestido de blanco de los pies a la cabeza, parpadeó un par de veces y enfocó la mirada sobre él, los ojos claros le provocaron un escalofrío, su color podría entrar en alguna gama de azules, uno que sin duda todavía no habían catalogado.

—Adelante, Usher —lo invitó—. ¿Qué trae a uno de los maestros clarividentes al Circus en una noche como esta?

Nada más traspasar el umbral las puertas se cerraron a su espalda dejándoles encerrados.

—Una visión que he tenido sobre el casino o más bien, algo relacionado con esa visión.

El hombre tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa y asintió.

—Ah, sí, la deudora atropellada.

No le sorprendió que estuviese al tanto de eso, había muy pocas cosas que se le escapasen a Banca.

—¿Qué sabes de ella?

—¿Qué te hace pensar que sé algo?

Porque al contrario que él, quién solo podía ver el «porvenir» de manera aleatoria y cuando el destino consideraba que debía ser consciente de ello, Banca *conocía* las almas de los que entraban en sus dominios y sabía quién iba a perder incluso antes de que se sentase a jugar en una mesa.

—No hay nada que me lleve a pensar lo contrario.

Sonrió, si es que podía llamársele sonrisa a la curvatura que apareció en sus labios.

—Gwenevere aún no es consciente de su deuda, no tiene la menor idea de que la cadena de

acontecimientos que llegó a su vida estas últimas semanas todavía no ha concluido, pero no tardará en averiguarlo y cuando lo haga... bueno, para los verdaderos culpables será una suerte no conocer a su Ruperta y a aquellos que la estiman —admitió con una risita—. Creo que ya conoces lo demás...

Eso explicaría que hubiese recibido ya la invitación, pero no que sus caminos se hubiesen cruzado antes de su incursión en el casino.

—Se presentó en mi local en busca de trabajo...

—...y se lo diste —aseguró levantando un poco la barbilla y sonriendo hasta mostrar una prístina dentadura coronada por dos pequeños colmillos—. ¿Qué es lo que quieres preguntarme y no encuentras el modo de hacerlo?

Ni él mismo lo hubiese resumido mejor, porque no sabía cómo plantear la inquietud que se le había presentado en el momento en que la reconoció.

—Es... ella... —No supo darle forma a la pregunta—. Hay algo que me inquieta y el desconocer el motivo de esa inquietud... me desconcierta.

—Si ese desconcierto se hubiese generado aquí, en el casino, sabiendo que es una deudora, habrías encontrado pronta respuesta, ¿no es así? —respondió cruzando las manos sobre la mesa, inclinándose así hacia delante—. El vínculo entre recolector y deudor cubriría esas dudas...

—¿Insinúas que tengo un vínculo con ella?

—Yo no hago insinuaciones, mi querido demonio —aseguró Banca con esa inquietante tranquilidad que siempre lo envolvía—. A estas alturas deberías saberlo.

Sacudió la cabeza y barajó todas las posibilidades, pero solo encontró una que justificase esa respuesta.

—Su aparición incide directamente en mi camino, por eso no fui consciente de quién era hasta que la vi cara a cara —declaró sabiendo que aquella era la explicación más plausible—. No es una simple deudora...

—¿Cuándo lo son? —chasqueó y se encogió de hombros—. Hombres y mujeres, todos los humanos que atraviesan las puertas del Circus tienen una motivación para hacerlo, lo sepan o no, así como un destino que alcanzar... Si ese destino os afecta de algún modo, es algo que solo vosotros podréis considerar y manejar llegado el momento.

Libertad de acción y decisión, era algo que Banca había dejado muy claro cuando lo reclutó para el casino. No era un prisionero, estaba allí con un acuerdo a su medida, por voluntad propia y con una cláusula de rescisión que podía utilizar cuando lo creyese oportuno.

—Y hablando del destino, ¿se lo has comunicado ya a Fey?

La mención al íncubo hizo que le corriese un escalofrío por la columna, levantó la cabeza y se encontró prisionero de esos ojos. La visión que había tenido meses antes volvió a cruzar con rapidez ante sus ojos, se le encogió el estómago ante la escena que lo había sacudido una primera vez.

—¿Cómo le comunicas a un amigo que la vida de la humana a la que cree amar no le pertenece? —musitó en voz baja—. ¿Y que la de la hembra que sí lo hace, se agota sin ser consciente de su propio destino?

—Nadie dijo que el don de la clarividencia fuese fácil de llevar.

—No es un don, Banca, es la peor de las maldiciones, sobre todo cuando no tienes la menor idea de cuándo sucederá.

Chasqueó la lengua y lo miró de soslayo.

—Eres demasiado joven para afirmar algo como eso sin haber experimentado ninguna otra —

declaró levantándose de la silla con una lenta elegancia—. Pero tú tienes el poder de evitar que otros experimenten las propias, recuérdalo.

Le palmeó el hombro al pasar por su lado sin detenerse y el gesto trajo consigo una nueva visión tan potente y clara que supo que no podría seguir posponiéndolo por más tiempo.

## CAPÍTULO 9

Gwenevere fue consciente de que el hombre que acababa de entrar en la cafetería en la que ya llevaba casi una semana trabajando venía a verla a ella. El hecho de que lo hubiese visto dirigirse a la barra, hablar con su jefe y que él la indicase con un gesto de la barbilla, solo reforzó tal convicción. Terminó de colocar el desayuno que habían pedido un par de clientes y regresó a por las siguientes comandas.

—Gwenevere, preguntan por ti —le informó su jefe haciéndose cargo de las tazas y platos sucios que traía en la bandeja.

—¿Gwenevere Loft?

Su voz le provocó un inesperado escalofrío, era dura, profunda, muy masculina y evocaba una inequívoca peligrosidad. No dejaba de ser curioso cómo eso contrastaba con el aire de pura elegancia y profesionalidad que sin embargo emanaba del recién llegado.

—La misma, ¿y usted es?

Sin perder un segundo echó mano al maletín de piel oscura que llevaba consigo y extrajo de su interior un fajo de papeles que le tendió.

—Martin Mallory, de Faber & Castell.

—¿Faber & Castell? —Enarcó una ceja ante su presentación dejando claro que no tenía la menor idea de quién era y que no pensaba coger los papeles hasta que se lo explicase.

—Somos una empresa mediadora de cobros a deudores.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —Frunció el ceño—. No es posible que les haya enviado el banco, tengo una reunión con ellos el próximo lunes.

—No vengo en representación de ningún banco, señora Loft...

—Señorita Loft —lo corrigió en el acto, pero el tipo no dudó en pasarlo por alto.

—Mí cliente, que como verá en los documentos, si es tan amable de cogerlos, es Kaliel Rush.

—¿Kaliel Rush? —repitió al tiempo que se cruzaba de brazos con obvia exasperación—. ¿Y quién es ese tal Kaliel Rush? No, permítame que reformule mi pregunta, ¿quién ese ese tipo y qué santas narices tiene que ver conmigo?

—Es el hombre con el que ha contraído una deuda de más de seiscientos mil dólares y que exige su pago inmediato.

Se lo quedó mirando como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Espere, espere, espere, meta el freno, señor, porque me he perdido por el camino —admitió con total sinceridad—. ¿Me está diciendo que un tal Kaliel Rush, que no tengo la menor idea de quién es, dice que yo le debo seiscientos mil dólares?

—Si usted es Gwenevere Loft, sí.

—Sí, soy Gwenevere Loft, pero no conozco a nadie con ese nombre y mucho menos al que

pueda deberle semejante absurda cantidad de dinero —aseguró con un resoplido de risa—. Tiene que tratarse de un malentendido.

—¿Por qué no coge los papeles, se sienta conmigo en una mesa y hablamos de ello con tranquilidad? —sugirió y señaló discretamente con la mirada hacia un lado y hacia otro dejando claro que había miradas sobre ellos. Al parecer había levantado la voz.

—¿Ocurre algo, Gwenevere?

Su jefe se había acercado de nuevo desde detrás de la barra, su mirada parecía haberse oscurecido ligeramente al posarla sobre el recién llegado.

—Necesito ausentarme unos minutos, jefe, ¿te importa?

El aludido miró al hombre y negó con la cabeza, ella no pudo evitar sentir un escalofrío ante esa mirada.

—Utiliza mi oficina, tendréis mayor privacidad —le señaló la trastienda.

—Gracias, solo serán unos minutos —prometió y le hizo un gesto al recién llegado—. Si me acompaña...

—La sigo.

Echó un último vistazo a su jefe, quién seguía con la mirada puesta sobre el hombre y una expresión indescifrable en el rostro y guió a Mallory hacia la parte de atrás. La oficina del señor Kerrigan era el típico ejemplo de un hombre desordenado, había facturas por todos lados, varias cajas de mercancía recién llegada y un sinfín de cosas que no sabía ni que hacían allí. Cuando firmó el contrato cinco días atrás le había quedado claro que, mientras el local tenía un aspecto impecable, el lugar de trabajo de su jefe parecía un campo de batalla en el que solo él parecía ser capaz de encontrar las cosas. En cierto modo eso le dio tranquilidad, pues lo hacía mucho más humano de lo que le había parecido en un principio.

—Bien, ¿dígame de qué va todo esto? —pidió nada más cerrar la puerta—. Porque le juro que no tengo la menor idea de qué está pasando aquí.

La mirada de ese hombre era penetrante, parecía capaz de mirar a través de ella y eso la ponía nerviosa.

—De veras no recuerda al señor Rush, ¿señorita Loft?

Negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—No es que no lo recuerde, es que no conozco a nadie con ese nombre, señor mío.

—Quizá si le echa un vistazo a los papeles es posible que le venga a la memoria.

Resopló y aceptó lo que antes se había negado a coger para ver si de esa manera podía sacar algo en claro. La mayoría eran facturas por importes bastante elevados, todos ellos procedentes de hoteles, SPA de lujo en los que jamás había puesto un pie y tiendas de firmas en las que sus generosas curvas jamás encontrarían cabida. Y todas y cada una de esas facturas estaban a su nombre.

—Esto tiene que ser una broma. —Sacudió la cabeza y continuó buceando entre los papeles—. ¡Un coche! Pero si no tengo ningún coche y desde luego, no tengo tantos ceros en mi cuenta corriente cómo para comprarme ese modelo, sea cual sea.

Aquello era una verdadera locura, con cada nuevo papel que dejaba a un lado, se encontraba con algo nuevo y más absurdo.

—Una operación estética de pecho. —Se echó a reír y miró al tipo—. ¿En serio?

Él no dijo una sola palabra al respecto, siguió igual de impassible a la espera de que terminase de ojear el material presentado.

Facturas en joyería, el alquiler de un piso en una zona que no podría permitirse en la vida,

incluso viajes de fin de semana con vuelos en primera clase y todo ello bajo el nombre de Gwenevere Loft.

—Esta no es mi firma —declaró totalmente seria al ver un duplicado de una factura en el que aparecía garabateado su nombre—. Y se lo puedo demostrar ahora mismo.

Cogió un bolígrafo de encima de la mesa y escribió rápidamente su propia firma. Ella era diestra, con lo que la inclinación de las letras no correspondía, por no mencionar que su grafía era bastante distinta.

—Yo soy diestra y, a juzgar por quién escribió esto, esa persona no lo es...

Y con esa pequeña perla de sabiduría venida de los dos zurdos que tenía en la familia, llegó también una sospecha.

—Yo no he sido la autora de esta firma y menos aún he estado en París —declaró señalándose a sí misma—. ¿Le parece que trabajando en una cafetería podría permitirme un billete en primera a Europa? No me joda, hombre.

Sacudió la cabeza y agitó la mano sobre los papeles.

—Y sobre todo, no conozco a ningún Kaliel Rush —declaró con firmeza—. Así que tendrá que hablar con él y decirle que yo, Gwenevere Loft, no soy la mujer que según parece ha estado viviendo a su costa... Por mi parte voy a dar parte de esto a la policía, porque está claro que alguien ha usurpado mi identidad y se ha estado haciendo pasar por mí.

—Si lo que está diciendo es cierto, señorita Loft, estamos frente a un problema de falsedad documental y usurpación de identidad, lo cual es un delito bastante grave —replicó el hombre y a juzgar por su tono de voz, hablaba en serio—. Mi cliente será informado de esto y tomará las medidas oportunas. Le sugiero que contacte con su abogado, tendrá que demostrar que lo que dice es cierto.

—¿Me está llamando mentirosa?

—Me limito a decirle que busque asesoramiento jurídico, lo va a necesitar.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada, quién quiera que haya firmado o hecho esos gastos, no he sido yo.

—Y tendrá que demostrarlo —aseguró, señaló los papeles y se volvió de nuevo a ella—. Quédeselos, son copias, pero le servirán para poner la denuncia correspondiente en la policía. Búsquese un buen abogado, lo necesitará para salir de esta.

Dicho eso, inclinó la cabeza con gesto respetuoso a modo de despedida y se marchó dejándola con más problemas de los que podía afrontar.

—Un abogado, ¿de dónde demonios voy a sacar el dinero para un abogado cuando soy incapaz de pagar la hipoteca de mi casa? —resopló pasándose la mano por el pelo—. Dios, esto se está complicando cada vez más.

## CAPÍTULO 10

Usher fingió absoluta indiferencia cuando el cobrador de la famosa empresa salió de la trastienda, correspondió a su saludo con un gesto de la cabeza y echó un vistazo de nuevo hacia la parte de atrás. Había escuchado la conversación sabiendo que aquel era el principal motivo por el que Gwenevere recibió la invitación del *Soul Circus Casino*, lo sabía con la misma certeza con la que sabía que ella no había estado antes entre esas cuatro paredes.

No, no había sido ella la que se había sentado delante de la ruleta y había perdido frente a la Banca, no fue ella la que entregó un talón firmado con el nombre de Gwenevere Loft, convirtiéndola en la única deudora de la suma de dinero. Allí había algo más profundo, el deseo de inculpar a alguien inocente para poder sacar algo a cambio y esa pobre chica, acababa de caer en la trampa.

Era extraño conocer al deudor que tendrías a cargo en el casino incluso antes de que hubiese puesto los pies en él, por no mencionar el hecho de que ella trabajase también para ti. Habría sido mucho más inteligente no contratarla, dejar que siguiese su propio camino, pero sus decisiones a menudo no eran tuyas y solo podía sentarse a observar.

La chica volvió a la barra sin mediar palabra, cogió la bandeja dispuesta a seguir con su jornada, puso su mejor sonrisa y continuó atendiendo a los clientes. Su exterior podía ser el de una mujer cálida e incluso alegre, pero por dentro era un auténtico volcán en erupción, sus emociones giraban a tal velocidad que era imposible seguirlas.

—Un café solo, uno con leche y dos raciones de tarta de zanahoria —le pasó la comanda—. ¿Lo ves? Te dije que mi tarta de zanahoria era la mejor.

Enarcó una ceja ante su aseveración y sonrió para mí, preparó los cafés y le sirvió las raciones pedidas.

—¿Tienes problemas?

La pregunta la cogió por sorpresa, pareció estar a punto de decir que sí, pero en el último momento sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Quién no tiene problemas en esta vida?

Sin añadir más, recogió la bandeja con la comanda y volvió al trabajo.

Al menos no había mentido en su experiencia, sin duda sabía cómo desenvolverse y tenía que admitir que le habían conquistado sus artes culinarias. El día anterior había aparecido con dos tartas hechas en casa; *Carrot Cake* y *Red Velvet*, así como un surtido de *brownies*, todo ello se había acabado a lo largo de la jornada, la gente había quedado encantada con esa nueva opción del menú y muchos de ellos habían repetido hoy durante el desayuno.

—Un batido de fresa, un *brownie* de chocolate —le informó volviendo a la barra—. Y una cerveza negra para el capullo de la esquina.

Levantó la cabeza ante el tono de voz empleado por ella y siguió su indicación con la mirada.

—Ese es Taker, si te dice algo, recuérdale que yo sé dónde está enterrada su mujer —le soltó sin pensarse mucho la respuesta—, y que a su lado hay una tumba esperándole.

—Es una broma, ¿no? —La forma en la que lo preguntó lo llevó a mirarla. Parecía realmente sorprendida con su respuesta.

—Su esposa era alcohólica, cuando bebía era incapaz de discernir la realidad de las fantasías, un día se le metió en la cabeza que era un pájaro y podía volar... y se tiró desde el noveno piso de la oficina en la que trabajaba —señaló al tipo con un gesto de la barbilla—. Él suele pasarse por aquí un par de veces al mes, nunca bebe, pero en el día del aniversario de la muerte de Edwina, se pide una cerveza negra y desata su rabia contra el mundo. Se siente culpable por no haber podido hacer nada por ella. Es un viejo solitario que espera el día en que pueda reunirse con ella... o eso dice, porque en cuanto le recuerdas que hay una tumba con su nombre, cambia de tema al segundo y se pone a contarte batallitas de sus días en el ejército; es un veterano.

—De acuerdo, tienes unos clientes muy, pero que muy raros, jefe —aseguró haciendo un mohín—. Pero puedo escuchar a un veterano sin morirme en el intento, después de todo, ellos son los responsables de que este país no se haya ido todavía a la mierda. Y es un logro dado el presidente que ocupa hoy en día el Despacho Oval.

—Si se pone muy pesado, recuérdalo; una tumba con su nombre.

—Qué capullo eres, jefe.

Se encogió de hombros.

—Hay cosas que van en los genes —declaró, le dio la espalda y empezó a preparar la comanda—. Y otras sencillamente aparecen a lo largo de la vida.

—Como las malditas deudas...

Su comentario lo llevó a mirar por encima del hombro.

—Sí, igual que las deudas.

La vio apretar los labios, parecía haberse dado cuenta de su desliz y no quería seguir metiendo la pata.

—¿Ese es el motivo por el que ha aparecido por aquí uno de los cazadores de deudas de la ciudad?

—¿Cazadores de deudas?

—*Faber & Castell* no son conocidos precisamente por su caridad —respondió mezclando los ingredientes para el batido—. Sus agentes son duros, van directos a la yugular... si tienes problemas con ellos...

—Yo no tengo ningún problema con ellos, si acaso lo tienen ellos conmigo. Me reclaman una salvaje cantidad de dinero en nombre de un tipo al que no conozco de nada y que parece que ha estado manteniendo a alguien que ha firmado cada una de las facturas con mi nombre —resopló en voz baja—. ¡Y ahora pretenden que me busque un abogado! Joder, ni que tuviese uno en el bolsillo del que poder disponer a mi antojo.

—¿Alguien ha firmado facturas en tu nombre?

—No le encuentro otra explicación, porque te aseguro que no es mi firma la que estaba en esos papeles —soltó un resoplido—. Jamás en la vida he estado en un circuito de SPA, ni he viajado en primera clase, ya no digamos pisar París o comprarme un coche cuyo precio podría liberarme de una vez por todas de mi hipoteca. Y esa es la única deuda real que tengo, la cual, aún encima, tampoco es que la haya contraído yo, sino alguno de los dos hijos de puta que han estado viviendo a mi costa, ellos han tenido que... —Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta, jadeó y

abrió los ojos como platos antes de emitir un pequeño grito—. ¡La madre que la parió! ¡Ha sido ella! ¡Ha tenido que ser ella!

—¿Ella? —se interesó y bajó la voz a propósito, recordándole subliminalmente dónde estaban.

Gwenevere captó el mensaje al momento, porque se volvió a mirar a su alrededor y sus mejillas adquirieron cierto sonrojo al ver que algunas personas se habían girado hacia ellos. Les dio la espalda y se tomó unos segundos para calmarse.

—Lo siento, es algo privado y lo he traído a mi lugar de trabajo. —Hizo una mueca—. Ni siquiera sé cómo demonios han sabido que estaba aquí, no llevo ni una semana trabajando...

Usher dejó el batido recién hecho sobre la bandeja, añadió el *brownie* y se inclinó sobre la nevera para sacar la cerveza negra.

—Tienen sus recursos para dar con aquellos con los que necesitan contactar —respondió, abrió la cerveza y la depositó sobre la bandeja—. Si necesitas un abogado, puedo recomendarte a alguien.

Sacudió la cabeza y recogió las nuevas comandas.

—Gracias, pero empiezo a pensar que más que un abogado, necesitaré un milagro... eso o que me toque la jodida lotería más grande del país.

O que aceptase la invitación que ya estaba en su poder, pensó y se contuvo de decirlo en voz alta, pues en el momento en que sus pensamientos tomaron forma, lo hizo también el futuro a través de la neblina de una nueva visión.

*La niebla se fue despejando hasta que se encontró frente a ella, contemplando unos ojos llenos de desafío y determinación. Conocía el lugar en el que estaba, podía sentirlo en la piel más que verlo con sus ojos, entonces sus labios se movieron y se escuchó decir a sí mismo:*

*«¿Lista para enfrentarte al juego de tu vida?».*

*La respuesta vino en la forma del fuerte sonido de los tacones femeninos y una sesgada mirada que se cruzó con la suya un segundo antes de notar el calor de su mano aferrándose a la que él mantenía extendida.*

*«¿Lo estás tú para morder el polvo?».*

Tan rápido como llegó, la visión se desvaneció desestabilizándolo por completo. Usher se vio obligado a apoyarse en la barra mientras sus ojos volvían a adaptarse al presente y la mente le giraba ya a toda velocidad en busca de una respuesta a lo que acababa de suceder. Por primera vez no se había limitado a ver el futuro, había formado parte de él.

Levantó la cabeza y encontró a Gwenevere con las manos en las caderas, inclinada hacia delante en una actitud que prometía romperle la cabeza al veterano si no hacía exactamente lo que ella quería. Sonrió, no pudo evitarlo, esa sorprendente humana prometía ser la horma de sus propios zapatos.

¿Y eso no era sencillamente aterrador?

## CAPÍTULO 11

Había cosas que se sabían, pensó Fey, que podías entenderlas interiormente, era como si llevaras tanto tiempo buscando algo que cuando encontrabas eso que podía encajar, decidías ignorar todas las señales que te advertían de que te equivocabas.

Echó un fugaz vistazo a la cama de la que acababa de levantarse, las sábanas revueltas cubrían a duras penas la figura de la dulce mujer con la que había retozado. No, ella no era esa pieza que buscaba con tanta desesperación, no tenía derecho a apropiarse de su calidez y su cariño, de beneficiarse de esa necesidad de atención para mantenerla a su lado.

Era consciente de que había errado al negarle el olvido tras el servicio, de que debería haber abierto los ojos en ese instante y devolverla al mundo al que pertenecía, en el que podría seguir su propio camino. Había querido creer en que sus discusiones, esa natural oposición y resistencia a su raza se debía al vínculo que los unía, el que la marcaba como suya, pero la realidad la veía día a día en su cotidianidad.

¿Acaso había renunciado a su harem?

No, no lo había hecho. No había dejado de sentir deseo por sus casuales compañeras de cama, quiso justificarlo diciéndose que las necesitaba para mantenerse con vida y que su corazón le pertenecía a la pelirroja.

¿De veras le pertenecía?

El órgano le latía en el pecho como siempre, no se había saltado ni un solo latido y no había sentido que se detuviese en ningún momento. Y ella no le llenaba, no le saciaba como lo habría hecho la mujer que debería calmar su hambre y su alma.

Se había aferrado a alguien que lo necesita porque quería ser él quien cubriese esas necesidades, pero no era su tarea, si la mantenía a su lado, terminaría por perderla irremediabilmente. Era hora de devolverla a la vida, de renunciar a una fantasía y desesperada necesidad y darle a esa bondadosa mujer el futuro que se merecía.

Sí, era hora de separar sus mundos, de dejarla vivir aún si para hacerlo tenía que borrar las huellas de esos últimos meses juntos.

Ni ella era para él, ni él era para ella, no se permitiría jamás consumir su vida.

—Vuela, pequeña paloma, vuela y encuentra tu propio camino.

La besó en la frente, evitando tocar sus labios y abandonó el dormitorio. Necesitaba poner punto y final a aquello y solo había una forma de hacerlo.

## CAPÍTULO 12

La noche tenía un tinte particular vista desde la mansión, el cielo cuajado de estrellas, parecía más cercano que nunca y hoy el sonido de las olas se conjuraba con la brisa para crear un dulce y tranquilo arrullo. Usher paladeó el cóctel con el que había experimentado esa noche, una nueva receta que quería introducir en el *Circus* para las noches más complicadas. El sabor especiado, el punto de fuerza, el aroma, todo ello se unía a un particular sabor que lo hacía muy apetecible. Sintió en sus venas el cosquilleo de su propia magia unida a la mezcla de hierbas calmándolo y saciándolo, sería un buen cóctel para rebajar la tensión en los más ansiosos.

Tomó un nuevo sorbo y dejó la copa sobre el ancho espacio de la balaustrada, su mente seguía dando vueltas a lo ocurrido esos últimos días, en especial a la extraña y vívida visión a la que se había enfrentado esa misma mañana.

Nunca antes había vivido una visión, él era un mero espectador, se limitaba a ver lo que querían mostrarle, pero aquello era absolutamente nuevo.

Respiró profundamente, estiró la mano y dejó que su naturaleza demoníaca saliese a la superficie.

De todos los habitantes de la mansión, él podía ser el más humano, pero su apariencia demoníaca distaba mucho de serlo.

Sintió los caninos alargándosele en la boca, sus brazos creciendo al hinchársele los músculos mientras su piel obtenía ese tono ónix con ocasionales venas plateadas. Las uñas crecieron hasta convertirse en puntiagudas garras negras, cerró los ojos sabiendo que adquirirían ese tono amarillo dorado y suspiró de alivio cuando el palpitar en su cráneo desapareció al emerger un par de cuernos que se arqueaban sobre su cabeza, descendiendo en una ligera curva por debajo de sus orejas. Sacudió la cabeza, metió los dedos en el sedoso y largo pelo negro que ahora le caía liso sobre los hombros y se desperezó.

Hizo desaparecer mentalmente su vestuario humano y volvió a vestirse con prendas adecuadas a su nueva corpulencia, en su forma de demonio no solo crecía unos cuantos centímetros a lo alto, sino también a lo ancho. Movié los dedos dentro de las suaves botas que ahora calzaba y lanzó un latigazo con la fuerte y fibrosa cola que emergía desde el coxis hasta sus tobillos.

Volvió a coger el tallo de la copa entre los largos dedos sin ningún esfuerzo y se la llevó a los labios para saborear el líquido que había preparado.

—Quiero uno de esos para mí.

Miró por encima del hombro al reconocer la voz de uno de sus compañeros de casa. El íncubo atravesó el umbral con un aire un tanto oscuro, incluso apagado, parecía estar bajo de energía.

—Parece que te iría bien un chute de otra cosa. —Su voz en esa encarnación era más potente, profunda y oscura—. ¿Una mala noche?

—Podríamos decir que es buena, pues acabo de ver la luz —declaró apoyándose en la barandilla a su lado, con la mirada fija en el horizonte—. Tengo que pedirte que me prepares una dosis de la poción de *Lethe*.

Esa era la poción del olvido.

—¿Para qué?

Lo escuchó suspirar y acto seguido se giró hacia él.

—Debo dejar ir a Rhiannon, ella...

—No es la llave.

—No, no lo es —admitió—. Y parece que soy el último en darme cuenta, ¿eh?

Dejó escapar un profundo suspiro, había llegado el momento y lo sabía.

—Que lo hayas hecho ahora solo es una confirmación de lo que tiene que ser —aceptó—. Tenías que decidir y lo has hecho.

—¿Qué has visto?

—Que ella no era para ti y tú no eras para ella, porque ambos estáis destinados a otros —admitió con un pesado suspiro—. He visto... algo, fragmentos, ya sabes lo que opino sobre...

—Enséñamelo.

Fue tajante, extendió la mano y no pudo evitar hacer una mueca.

—Odio esto.

El íncubo se echó a reír.

—No más que yo, Usher.

Tomó su mano y siseó cuando su cuerpo reaccionó al contacto del íncubo, Fey era como un afrodisíaco embotellado y afectaba directamente a su parte demoníaca. Apretó los dientes y se concentró, buscó entre los recuerdos y tiró de la visión, compartiéndola con él.

Sintió el impacto del íncubo, el dolor, la esperanza, la desesperación, escuchó su grito y lo escuchó jadear en el momento en que se rompió el contacto.

Su compañero había adquirido su propia forma primigenia, su piel se había oscurecido, su atractivo sexual aumentó exponencialmente, plegó las alas a la espalda, convirtiéndolas casi en una capa y lo miró con unos intensos y vibrantes ojos de color violeta.

—¿Desde cuándo?

—Fey...

—¿Desde cuando!

Su voz fue como un látigo, su cuerpo reaccionó al momento, su sexo creció, la sangre se le espesó en las venas y sintió la rabiosa excitación sexual que despertó al momento corriendo por todo su cuerpo.

—Joder, íncubo, ¡basta!

Su rugido devolvió un poco el dominio perdido a su amigo, pero no lo aplacó.

—Desde cuando lo sabes, *chamán*.

Se obligó a respirar y habló entre dientes.

—Eso no es algo que necesites saber, pero sí te informo que me haré un nuevo collar con tus putas tripas... ¡cómo no te comportes!

La amenaza lo llevó a rugir a su vez, sus alas desplegadas.

—¡Debería matarte! ¡Pudiste haberlo impedido!

—¿Desde cuándo haces caso de nada de lo que yo te diga?

El grito, un sonido que le lastimó los oídos.

—Serás hijo de puta —replicó en tono más bajo—. No vuelvas a ocultarme de nuevo algo que

tenga que ver con mi vida.

—No soy tu oráculo privado —resopló empujándolo—. Tengo mis propios putos problemas.

—Odio tus malditas visiones.

—No tanto como yo, amigo mío, no tanto como yo.

El íncubo bufó, volvió a plegar las alas y resopló.

—Necesito ese maldito cóctel.

—Cuando drenes ese maldito poder tuyo, cabronazo.

—Jódete.

—Lo estoy haciendo, gilipollas —bramó entrecerrando los ojos sobre él con instinto asesino—. Contrólate de una puta vez.

Sus ojos resplandecieron con malicia.

—Y una mierda que lo haré.

Ese capullo no le dio tiempo ni a recelar, saltó sobre él y le hundió la lengua en la boca. Más que un beso fue una jodida succión de poder, Fey se alimentaba de la excitación sexual que su propio poder amplificaba, era como combustible, un regulador corporal y se aprovechó de su momento de cabreo para drenarlo y alimentarse de él.

Lo empujó, rompiendo el contacto, gruñó mirándole furioso y le lanzó un latigazo con la cola que lo hizo reír a carcajadas.

—*Auch* —Se quejó riendo todavía a carcajadas, viendo como la sangre corría por su brazo.

—Tienes suerte de que me caigas bien o te haría pedazos, capullo.

El aludido se miró el brazo y volvió a mirarlo a él.

—¿Me darás ese maldito cóctel?

Lo miró y suspiró.

—Cerraremos lo que dio comienzo, dónde dio comienzo —aceptó con renuencia—, pero vuelve a meterme la lengua en la boca y esas dos acabarán clavadas y decorando la pared de la sala principal.

El íncubo se rió a carcajadas, los había que no entendían que no bromeaba, sino que hacía promesas, algunas bastante sangrientas.

## CAPÍTULO 13

Gwenevere dejó escapar un profundo suspiro, cerró la puerta con un golpe de tacón y dejó las llaves sobre el mueble de la entrada. Estaba agotada, había aprovechado su día libre para dar parte de lo ocurrido a la policía, para denunciar que alguien se había estado haciendo pasar por ella y el resultado solo la frustró más de lo que ya estaba. Era desesperante ver cómo reaccionaba la gente a su historia, el tener que explicar una y otra vez que ni conocía, ni había visto jamás al hombre que reclamaba sus deudas y todo ello mientras veía en sus rostros que no creían ni una sola palabra de lo que decía. Tuvo que ser firme y dejar las cosas bien claras para obtener la promesa de que investigarían lo sucedido.

—Esto va a volverme loca —masculló y fue directa a la cocina, sacó la botella de vino blanco que todavía conservaba para los momentos de crisis y se sirvió una copa.

Los armarios estaban prácticamente vacíos, su nevera parecía a punto de echarse a llorar por la falta de alimentos, pero con la amenaza de desahucio que pendía sobre su cabeza, no le había quedado más remedio que embalarlo todo y prepararse para lo peor.

Se sirvió una copa, le dio un sorbo al frío líquido y suspiró.

—Necesito un milagro, un jodido milagro.

Se bebió el resto de la copa de golpe y, con ella en una mano y la botella en la otra, se dirigió al salón. No dudó en dejarse caer del sofá, sirviéndose una nueva ronda antes de dejar el vino sobre la mesa auxiliar y resbalar la mirada sobre el sobre negro en el cual resaltaba su nombre.

—Dios, había olvidado esa cosa —resopló al tiempo que cogía el sobre y se las ingeniaba para extraer la tarjeta de su interior—. Sí, justo lo que me hacía falta, irme al casino y perder lo poco que me queda.

Estaba entre la espada y la pared, en dos días tendría que enfrentarse con los del banco y estaba convencida de que la resolución no sería a su favor. No le quedaría otra que mudarse, pero los alquileres que había estado viendo hasta el momento eran una locura y no podía afrontarlos. La idea de instalarse bajo un puente empezaba a resaltar con lucecitas de neón, el problema era que hacía un pelín de frío en esa época del año como para no tener siquiera un brasero pegado al culo.

—Muuuuueeeerrrrtaaaaaa —arrastró la palabra al máximo con gesto dramático—. Estoy muerta, desahuciada, finita, *caput*.

Tendría que recurrir a sus exiguos ahorros, los que había guardado en una cajita como hacían los abuelos, no le quedaba otro remedio, al menos hasta que pudiese encontrar algo asequible y mudarse. Y mientras tanto, pelearía con uñas y dientes por dar con esa maldita hija de puta y hacerla pagar hasta el último centavo que le había defraudado.

Por más vueltas que le daba era incapaz de comprender cómo Maise había podido hacerle algo así, ya no se trataba de que se hubiese acostado con el imbécil de su prometido, sino que se

hubiese aliado con este para quitarle el dinero, cuando nunca le había caído especialmente bien. Había muchas cosas que no encajaban en todo aquello, pero era difícil encontrar una explicación plausible cuando las pruebas eran tan flagrantes que apestaban.

Sí, sin duda aquel era el típico escenario de una de esas películas de los domingos, dónde la protagonista además de ciega era estúpida y no se enteraba de que se la estaban dando con queso.

—Vivan los finales felices —dramatizó y se llevó de nuevo la copa a los labios, sorbiendo el delicioso vino.

Qué ironía el estar disfrutando de ese caro vino en un momento como ese, una botella que le había regalado su prometido el día en el que se comprometieron y que iban a abrir en su noche de bodas.

—Ojalá y se te caiga a trozos, capullo —declaró haciendo un simbólico brindis antes de beberse de golpe todo el contenido y servirse de nuevo—. Sin duda sería una venganza estupenda, ya puedo imaginarme la cara que se le quedaría a Maise cuando viese la mini polla de ese cabrón rodando por el suelo.

Se echó a reír ante la sola imagen, sacudió la cabeza y volvió a tomar un sorbo de vino. No necesitaba mucho para achisparse y, cuando terminase con la botella, estaba segura de que estaría tan alegre y tan borracha que le daría todo igual.

—Por los ex prometidos cabrones y las ex mejores amigas que te despluman y te clavan un puñal por la espalda —levantó una vez más la copa hacia el techo y asintió con la cabeza—. ¡Salud, perras!

Sí, podía pasarse el resto de la noche brindando, pensó con palpable ironía, tenía motivos más que suficientes para dedicar brindis igual de pintorescos a todos y cada una de las personas que habían pasado o estaban todavía en su vida.

—Por mi madre y sus enormes ovarios para casarse de nuevo —declaró antes de vaciar la copa—. Y por su futuro esposo, el cabrón de mi ex jefe. Si es que... dios los cría y la muy perra monta la reunión.

Puso los ojos en blanco y se inclinó una vez más sobre la mesa para coger la botella, sus dedos apenas se cerraron alrededor del cuerpo cuando escuchó el agudo tintineo de su móvil anunciando una llamada entrante.

—Claro, únete a la fiesta —chasqueó la lengua, dejó la copa sobre la mesa y cogió el teléfono. Al ver el nombre en el identificador hizo una mueca—. Si no te estás muriendo, desangrado y con las tripas colgando por fuera, no me interesa...

—Joder, Gwene, que macabra resultas a veces.

Puso los ojos en blanco al escuchar rezongar a su hermano.

—¿Qué quieres, perra?

A juzgar por el jadeo que escuchó del otro lado de la línea, no era un saludo que su hermano se esperase.

—Cuidadito con ese tono, señorita —la amonestó como una verdadera *Drama Queen*—. Viniendo de ti, no suena precisamente «chic».

—Bien, porque no quería que lo hiciese—admitió encogiéndose de hombros a pesar de que él no podía verla—. ¿Qué quieres?

—Comprobar que sigues viva, no hemos tenido noticias tuyas en toda la semana y Cassie estaba preocupada.

—Pues *Cassie* tiene mi teléfono, al igual que tú y podía haber llamado sin que eso afectase a su recién terminada manicura.

—Hoy estás en modo bruja, hermanita —chasqueó con gesto afectado.

—Nah, es mi modo habitual, solo que aderezado con un carísimo vino blanco —declaró mirando la botella—. Podrán quedarse con mi casa, pero no con el vino.

—¿Estás bebiendo y sola? —Lo dicho, su hermano no solo era gay, era una *Drama Queen*—. ¡Pero si tú eres abstemia por convencimiento!

—En algún momento tenía que romper las reglas y mira, este es un momento de puta madre para hacerlo.

—Estás achispada.

—A juzgar por el vino que falta en la botella, me atrevo a decir que ya estoy un poquito más cerca de una verdadera cogerza que del achispamiento —aseguró con asombrada convicción—. Y es que el vino baja de puta madre.

—Dime que al menos estás acompañándolo con algo de comer.

—No, se me acabó el chocolate y la nevera está tan vacía que se ha echado a llorar cómo si no hubiese un mañana.

—¡Gwenevere!

—¿Quéeee? —replicó en el mismo tono—. Es mi vino y bebo si quiero. Ey, ¿eso no era la letra de una canción?

—Solo en tu cabeza, reina, solo en tu cabeza.

—Bueno, no es como si tuviese que ir a trabajar mañana, así que... —Se encogió una vez más de hombros—. Y en caso de ir, estoy segura de que el señor Kerrigan tendría preparado un café bien cargado sobre la barra antes incluso de que atravesase la puerta. No sé cómo demonios lo hace, pero se adelanta siempre a todo...

—¿El señor Kerrigan?

—El buenorro de mi jefe —asintió con absoluta convicción, aferró el teléfono entre la oreja y el hombro y se sirvió una nueva copa de vino—. Ese hombre no es real, te lo digo yo, nadie puede estar tan bueno y al mismo tiempo no ser un completo gilipollas.

—Me alegra ver que conservas el trabajo —replicó irónico—. Con el carrerón que llevas, empezaba a dudarlo.

—Pero mira que eres perra, por supuesto que conservo el trabajo, no hay nadie que haga unas tartas tan exquisitas y buenas como las mías —aseguró convencidísima de ello—. A los hombres se les conquista por el estómago, mira que te lo tengo dicho...

—Cariño, lo de estar terminando la botella era verdad, ¿no?

—Um... voy por la cuarta o quinta copa... no sé, pero la botella ya está a punto de empezar a bajar de la mitad —entrecerró los ojos para mirar bien—. No, tiene incluso menos de la mitad. Joder, es que tengo sed y a falta de un buen polvo, este es el mejor de los sustitutos.

Se lamió los labios y miró de nuevo la invitación que había dejado a un lado del sofá.

—No sé si tengo algo blanco y de fiesta.

—¿Qué has dicho?

—Nunca he jugado a la ruleta, podría ser interesante.

—¿Gwenevere?

—A la mierda —chasqueó, se bebió todo el vino de su copa de golpe y la dejó sobre la mesa antes de recuperar la tarjeta—. Me voy al casino.

Se levantó de golpe y sonrió cuando el cuarto pareció moverse bajo sus pies durante un brevísimo instante.

—Tengo que dejarte, cariñito, voy a ponerme mona para irme al casino.

—¿Casino? ¿Qué casino? —Su nivel de aturdimiento era palpable en sus palabras—. Pero si tú no sabes ni jugar al Parchís.

—Pero la Oca se me da de puta madre —dicho eso le lanzó un sonoro beso—. Llámame la semana que viene para ver si todavía sigo viva, si no respondo, es que me ha tocado la lotería o he arrasado en el bingo y me he ido de vacaciones.

Dicho eso, cortó la llamada y lanzó el teléfono por encima del hombro.

—Es hora de ser mala —musitó como si estuviese contándole un secreto a alguien, entonces se echó a reír—. Veamos que puedo encontrar de color blanco en mi armario.

## CAPÍTULO 14

Usher solo sabía de una mujer que se atrevería a combinar un vestido *flapper* con deportivas y esa era Gwenevere Loft. Tenía que admitir que había cumplido de una forma extraña y personal el apartado de «*blanco y de gala*» que especificaba la invitación al *Soul Circus Casino*, pero si se encontraba ya en el interior del edificio, de espaldas a él, tal y cómo la había visto en aquella visión, era porque ese era su lugar.

Su usual actitud reservada y comedida parecía haber desaparecido por completo bajo los efectos del alcohol. El sonrojo en sus mejillas, la vivacidad de sus ojos y esa característica incapacidad para caminar derecha eran un mensaje claro para cualquiera que tuviese ojos en la cara; se había emborrachado.

Entrecerró los ojos y la observó desde la distancia, ella era su deudora, en el mismo instante en que se sentase ante la mesa de juego, el destino se pondría en movimiento dejándola a su merced.

—Bueno, no cabe duda de que algunas mujeres saben cómo marcar tendencia.

Aric se detuvo a su lado. Esta noche él era el encargado de la vigilancia del casino, lo que hacía que llevase una camisa roja bajo el chaleco negro, mientras que él y los demás *croupier* iban de negro de la cabeza a los pies, teniendo el único toque claro en la pajarita y el prístino chaleco de color blanco y la pajarita. Un guiño a lo que eran, demonios tentando a los deudores que antes o después terminarían sentándose ante sus mesas a jugarse el destino.

No necesitaba preguntar a qué se refería pues ambos estaban mirando a la misma mujer, quien acababa de darse la vuelta y recogía una copa de la bandeja de uno de los camareros con una pícara sonrisa.

—¿Qué demonios le has dado? —le preguntó mirándole de soslayo—. ¿Tu cóctel vuelve a hacer de las tuyas al igual que pasó con Helena?

Negó de manera imperceptible.

—Su embriaguez no es cosa mía... —chasqueó, dejó escapar un resoplido y la señaló con un gesto de la barbilla—. Alguien parece haber necesitado de un poco de estímulo para tomar una decisión.

—No sé cómo demonios ha podido pasar de la entrada con esas zapatillas deportivas, sin duda son una joya en sí misma, pero no precisamente del buen gusto —añadió con un chasquido—. Le conseguiré unos zapatos que hagan justicia a ese vestidito...

—¿No tienes suficiente con supervisar esta noche la sala que tienes que buscar nuevos desafíos? ¿No te llega con Helena?

El *sanguinar* puso los ojos en blanco al escuchar ese nombre.

—Tengo las manos llenas con *mi* mujer —admitió, entonces dejó escapar un pequeño silbido

al tiempo que indicaba con un gesto de la barbilla—. Parece que tu deudora ha llamado la atención del jefe.

Siguió su mirada y vio a Banca interceptándola e intercambiando unas palabras con ella. El propietario del casino muy pocas veces interactuaba con los deudores si no era estrictamente necesario, así que el que se hubiese detenido frente a ella debía obedecer a algo importante.

—La chica no tiene la menor idea de por qué está aquí, ¿no? —la pregunta de Aric hizo que se volviese de nuevo hacia su amigo.

—No.

No tenía la menor idea de que su presencia en el casino y la visita del mensajero de Faber & Castell estaban relacionadas, ni que la persona que reclamaba las deudas, Kaliel Rush, era en realidad uno de los Lores de la *Corte Flameris*, quién se pasaba de vez en cuando por el *Circus* y que, con toda probabilidad, había orquestado el que Gwenevere fuese la destinataria de sus deudas.

Había muchas incógnitas alrededor de esa pequeña humana, muchos misterios de los que probablemente ni siquiera ella fuese consciente.

—Y la deuda tampoco es suya.

Volvió a negar con la cabeza y añadió lo que ambos ya sabían.

—Pero está a su nombre y eso, en el *Circus*, es cómo grabar a fuego tu nombre en la piedra del destino.

Su compañero no refutó sus palabras, ambos sabían que así era cómo funcionaban las cosas en aquel lugar.

—Será mejor que conjures la mejor de tus pociones, amigo mío, porque esa pequeña deudora tuya, la necesitará —le aseguró mirando de nuevo en dirección a lo que ya parecía una acalorada discusión—. Envíame el brebaje con una de las sombras del casino. Si Banca no se la come con patatas, te la enviaré a la mesa de naipes.

Aric le dio una suave palmada y se perdió entre el cada vez más animado ambiente del casino, sin duda listo para rescatar a la mujer que acababa de llevarse las manos a la cintura y parecía dispuesta a amenazar a su jefe.

—Señorita Loft, es un placer tenerla en el *Circus*.

Gwenevere se giró al escuchar su nombre, frente a ella estaba el hombre más impresionante que había visto vestido todo de blanco y con unos profundos ojos azules, parecía un Adonis, pero había algo turbio mezclado con toda esa luminosidad.

—Gracias por aceptar mi invitación.

—¿Su invitación? —preguntó y parpadeó—. Oh, entonces la envió usted.

—Así es, supuse que querría tratar personalmente el tema de la deuda...

Frunció el ceño.

—¿Qué deuda?

—La que ha contraído con el casino.

Parpadeó como un búho, entonces se echó a reír.

—Claro, faltaría más, ahora también tengo deudas de juego, aunque es la primera vez que pongo los pies en este lugar —chasqueó y se llevó las manos a las caderas—. Mire, señor... er...

—Por aquí me llaman Banca.

—¿En serio? —No pudo evitar replicar, entonces añadió—. Bueno, señor Banca, no sé a qué deuda hace alusión, pero puedo asegurarle que no tengo ninguna deuda de juego en este o en cualquier otro casino del mundo. Jamás he entrado a uno, esta es mi primera vez.

—Sí, sé que es la primera vez que entra en nuestras instalaciones, pero también sé que hay una deuda del *Soul Circus Casino* a su nombre. —Dicho eso sacó algo del interior de su chaqueta y se la entregó—. Le debe a nuestro casino esta cantidad y espero que pueda abonarlo... De lo contrario, bueno, tendremos que... buscar una solución alternativa.

Lo dijo con tal ligereza y buen humor que llegó a pensar que le estaba tomando el pelo.

Miró el papel y luego a él.

—Cójalo, necesita verlo por usted misma.

Obedeció sin saber por qué lo hacía, cogió el papel, lo abrió y se quedó sin aire.

—¿Está de coña? —jadeó al ver el importe—. Ni mi casa vale tanto.

Negó con la cabeza e intentó devolverle el sobre.

—Ya he denunciado esta usurpación de identidad y falsificación de documentos ante la policía, alguien se ha estado haciendo pasar por mí...

—Estoy al tanto de sus... circunstancias, Gwenevere, pero la deuda contraída con mi casino está a su nombre...

—Y yo le repito que jamás he jugado aquí, es imposible que me haya visto antes de esta noche, revise las cámaras de seguridad y lo verá.

Sonrió con afectación y chasqueó la lengua.

—Permítame explicarle el mecanismo de... recaudación que tiene el *Circus* para este tipo de situaciones.

—No se ofenda, pero, debería buscar a la persona que le ha hecho tal desfallo y explicárselas a ella.

Él la ignoró.

—Puede abonar hoy mismo el importe, borraremos su deuda y retiraremos la orden de cobro de la agencia, puede negarse a pagar, por supuesto, en cuyo caso derivaremos el asunto a los tribunales...

—¿Me está amenazando?

—O puede jugarse su deuda a una sola mano y, si resulta ganadora, le será condonada por completo sin mayores perjuicios para usted o su paso por el casino —añadió con un tono de voz que le provocó un escalofrío. Sus ojos se habían clavado en ella y, por extraño que resultara, era incapaz de apartar la mirada—. Si pierde... bueno, tendrá una nueva oportunidad de saldar las cuentas aceptando una servidumbre de siete días en el *Soul Circus Casino* u optar por dejar todo en manos de los tribunales...

—Espere, espere, espere... Me acababa de decir que tengo una deuda millonaria con ustedes, cosa que no es cierto y me invita a jugarme esa deuda en sus mesas de juego, ¿está loco o es que le gusta que sus clientes pierdan hasta la camisa? Es lo más absurdo que he escuchado en mi vida y dudo mucho que sea legal.

Se rió y el sonido de su risa le produjo un escalofrío.

—Todo lo que ocurre dentro de estas cuatro paredes, se queda entre estas cuatro paredes, señorita Loft, cada persona que entra por esa puerta lo hace por propia voluntad, no se les coacciona, cómo tampoco se les empuja a jugar —aseguró y señaló a su alrededor con un gesto de la cabeza—. Usted es la que tiene la potestad de decidir si quiere jugar o no, usted y solo usted es responsable de cada una de sus decisiones. —Dicho eso, señaló un punto de la sala y le dijo—. Si

desea dejar atrás todas y cada una de sus deudas diríjase a la mesa de naipes y entregue la invitación que ha mostrado en la entrada, el croupier sabrá quién es y lo que debe hacer.

Con eso, le dedicó un gesto a modo de despedida y se perdió entre las mesas, saludando y recibiendo a su vez saludos de las personas que se encontraban en la sala.

Nada de aquello tenía sentido, lo más inteligente sería dar media vuelta y largarse por dónde había venido.

## CAPÍTULO 15

Gwenevere se encontró con una copa en la mano y una montaña de hombre cerrándole el paso, todo ello al mismo tiempo. Unos intensos ojos verdes la recorrieron sin pudor, un escrutinio que le arrancó un escalofrío, pues había algo en su forma de mirarla que la ponía nerviosa.

Dio un paso atrás, buscando poner algo de distancia entre ellos y se fijó en la placa identificativa que llevaba enganchada en el chaleco negro que parecía destacar sobre una camisa rojo sangre.

—Aric.

—Así me llamo —asintió el hombre con un tono de voz que le licuó la sangre al momento—. Y a juzgar por el código de vestimenta, debes haber recibido una de nuestras invitaciones... especiales.

Parpadeó un par de veces y finalmente bajó la mirada a la copa que le había puesto en las manos. El color borgoña se entremezclaba con delgadas líneas rosas mucho más claras, el borde del cristal parecía haber sido teñido con el mismo color y emanaba un aroma silvestre a la par que fuerte que resultaba de lo más invitante.

—Es un cóctel de bienvenida —le informó, como si hubiese podido leer la pregunta en su mente y levantó su propia copa, una en la que todavía bailaba un espeso vino tinto, en un mudo brindis—. Me pareció que le haría falta, sobre todo después de haberla visto con el jefe.

—¿El tipo vestido de niño de comunión?

Los labios masculinos se separaron mostrando una divertida e irónica sonrisa.

—Sí, el mismo, pero procure no decírselo a él a la cara.

—No tengo la menor intención de hacerlo —admitió y, cautivada por el rico aroma de la bebida, se la llevó a los labios. En cuanto tomó el primer sorbo y el líquido le acarició la lengua, reconoció alguno de los sabores del cóctel. El alcohol estaba presente en forma de ron, el fuerte sabor afrutado le daba un nuevo matiz bastante interesante y el ardor que se instaló en su garganta al tragar la estremeció de la cabeza a los pies.

—De hecho, estaba a punto de marcharme —admitió al tiempo que tomaba un segundo sorbo, deseando volver a notar ese ardor que parecía aclararle un poco la mente.

—¿Sin haber jugado siquiera?

—No soy una buena jugadora, pierdo incluso al parchís.

Se rió y fue un sonido agradable.

—Eso es porque no has encontrado el juego o maestro adecuado en el que destacar —replicó, le tendió el brazo y esperó a que lo tomase—. ¿Me deja sugerirle una mesa?

—No tengo un solo centavo para apostar.

Él bajó la mirada a sus pies y esbozó algo parecido a una mueca.

—Con sus zapatillas deportivas será suficiente —declaró convencido—. Si la pierde, le

conseguiremos unos zapatos adecuados para ese bonito vestido.

—¿Qué tienen de malo mis zapatillas? Son muy cómodas.

—Estoy convencido de ello —aseguró con tal ironía que no pudo evitar sonreír en respuesta—. ¿Acepta mi desafío?

—Ah, ¿es un desafío?

—Por supuesto, a una mujer como usted hay que desafiarla para poder ganarle.

—Vaya estupidez —no pudo evitar replicar y él soltó una carcajada al escucharla—. Podría ganarme en cualquier mesa de juego porque no tengo la menor idea de cuáles son las reglas.

—Jugaremos a algo muy sencillo, con los naipes, sus zapatillas contra la casa —la instigó—. Y si gana... no solo se queda con las zapatillas, sino que gana unos zapatos nuevos... y se le condonará la deuda.

Sus últimas palabras fueron las que hicieron que levantase la cabeza y lo mirase ahora directamente.

—¿Acepta? —Su voz fue como una caricia, un susurro que le provocó un escalofrío de placer.

—No —replicó y se tomó el resto del cóctel de golpe. El ardor le descendió por la garganta haciéndola jadear, pero no le importó. Le tendió la copa vacía y añadió—. Gracias por la bebida, estaba deliciosa, pero no voy a jugar por una deuda que ni siquiera es mía, así que, con su permiso o sin él, me largo.

—No la tenía por una cobarde.

—Lámeme gallina si quiere y écheme miguitas de pan que yo me largo.

Se echó a reír.

—Si se marcha va a defraudar al *croupier*, arde en deseos de ganarle.

—Y lo haría, no me cabe la menor duda, así que dígame que no pierda el tiempo y ahórreme a mí la derrota.

—¿Siempre es tan pesimista?

—Soy realista, no puedo permitirme ser nada menos. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera sé si podré conservar mi casa a partir de este lunes, ya no digamos encontrar a esa perra que me ha jodido la vida, así que, ¿pelearme con un desconocido ante una mesa de juego por una deuda que no contraje? Gracias, pero tengo mejores cosas en las que invertir mi tiempo.

—Entonces, ¿pagará antes de salir?

—No.

Sonrió de soslayo y la rodeó con el brazo, cogiéndola de la mano y tirando de ella al mismo tiempo.

—Entonces es por aquí, Gwenevere, cuanto antes nos deshagamos de esas deportivas, mejor.

—¿Qué le pasa con mis zapatillas? ¿Y cómo diablos sabe mi nombre?

—Las zapatillas son un auténtico atentado a la vista, en cuanto a tu nombre... Alguien me lo dijo.

—¿Quién?

—La misma persona que te espera en la mesa de juego —respondió empezando a tutearla sin más.

—Eso no es una respuesta.

—Sí, la es.

—Pero no la que yo quiero oír.

—Dudo que haya alguna respuesta a la que quieras prestar oídos ahora mismo —aseguró con una divertida sonrisa mientras seguía conduciéndola hacia el otro lado de la sala—. Algo me dice

que eres de esas mujeres tozudas, con ese puntito de «no me da la gana» y que se subleva cuando las cosas no le salen como quieren.

—¿Y ahora me psicoanaliza?

—El infierno me lo prohíba —replicó con tal sarcasmo en la voz que casi le pareció escucharlo reír—. Desde luego, el cóctel te afecta igual o peor de lo que le afectó a mi Helena.

—¿El cóctel? ¿Por qué? —Se detuvo en seco y lo miró acusadora—. ¡Me has drogado!

—Claro que no, aquí no drogamos a nadie, solo hacemos que sea más llevadero el trance para los deudores.

—Yo no soy una deudora —replicó y entrecerró los ojos—. ¿Y de qué trance estás hablando?

—No haces más que preguntar.

—Y tú no me prestas la más mínima atención.

Finalmente rompió a reír y su risa resultó de lo más erótica.

—Agradece que no lo haga, querida, agradécelo —declaró entre risas—. Ahora, deja que te lleve con tu recaudador.

—¿Mi qué?

—Olvida las preguntas y pasemos a las respuestas —la ignoró él, clavando esos intensos ojos en ella—. Última oportunidad, ¿aceptas el reto?

—Oh, por amor de dios, si eso hace que dejes de romperme la cabeza lo haré, aceptaré ese maldito reto y me sentaré a la maldita mesa —resopló, entonces sonrió abiertamente y añadió con gesto travieso—. Pero no esperes que juegue.

Puso los ojos en blanco y volvió a empujarla.

—Menos mal que no eres mi deudora, juro que no íbamos a terminar siquiera la partida.

—Dado que no te debo absolutamente nada...

—No se trata de mí, sino de ti y del *Circus*, así que... adelante, Gwenevere Loft.

Aflojó su agarre permitiéndole caminar por sí misma, sin necesidad de ser arrastrada hacia el otro lado de la sala. Se alisó el vestido, le dedicó una de sus miradas más aviesas y avanzó en su compañía hacia una mesa en la que estaban sentados tres jugadores frente a un *croupier*.

—Abre la casa... —escuchó la voz masculina procedente del otro lado de la mesa—. La banca arranca con una puntuación de doce... hagan sus apuestas.

La ronca y profunda voz le provocó un escalofrío, la reconocía, sabía que la había escuchado con anterioridad. Dejó atrás a su acompañante y se adelantó hasta tener una perspectiva clara del *croupier* que vigilaba la jugada y entregaba cartas a quienes lo pedían.

—La madre que lo parió... —masculló en voz baja, entre sorprendida y divertida.

Por supuesto que había reconocido su voz, ¿cómo no hacerlo? El hombre vestido de negro y con chaleco blanco con una placa similar a la que llevaba Aric que repartía las cartas era nada más y nada menos que su jefe.

## CAPÍTULO 16

Gwenevere sentía unas inexplicables ganas de parlotear, la cabeza le daba vueltas, le costaba asimilar cada una de las decisiones que tomaba, era como si sus filtros hubiesen desaparecido al igual que su cautela y eso hacía que se dejase llevar por cada uno de sus impulsos.

Encontrarse a su jefe en el casino, no jugando, sino del otro lado de la mesa de juego, había sido tan sorprendente como inesperado. Se había limitado a mirarle en silencio, descubriendo a un hombre mucho más serio y frío del que conoció del otro lado de la barra del bar. Sus ojos se cruzaron con los de ella en un momento determinado y no pudo evitar estremecerse por la frialdad que vio en ellos. Era como si no la reconociese, como si no fuese la misma persona.

—¿Cuál es el nombre del *croupier*?

—Ya lo sabes.

Se giró y lo miró.

—Deja que termine esta mano y se vacíe la mesa —le pidió Aric—, entonces verás a quién buscas.

—Yo no busco a nadie.

—No, curiosamente no lo buscas, pero encontrarás lo que necesitas, así es cómo funciona esto.

—¿Te das cuenta de que soy incapaz de comprender nueve de cada diez palabras que pronuncias?

Ladeó la cabeza y sonrió abiertamente.

—Para ser una mocosa humana, eres muy interesante, Gwenevere, pero que muy interesante.

Ignoró su comentario como si no le interesase lo más mínimo y volvió a fijarse en la mesa dónde Usher Kerrigan repartía las cartas como un verdadero tahúr.

Había algo hipnótico en la forma en que movía las manos, en la seriedad de su rostro. Fue ganando a los clientes uno tras otro, hasta que el último obtuvo el resultado deseado.

—Buen juego, caballero, ha ganado a la casa.

—Hoy es mi noche de suerte —admitió el hombre, recogió las fichas y procedió a levantarse—, pero es de sabios retirarse a tiempo y no tentar al destino. Me dirigiré a la banca para cobrar el premio y me iré a casa. Con lo que acabo de ganar podré hacerle un bonito regalo a mi esposa.

—Que disfrute del fin de semana, señor Jackson.

—Gracias, Usher, lo mismo te deseo.

No es que tuviese dudas al respecto de la identidad del *croupier*, pero escuchar su nombre de boca del hombre lo hizo todo incluso más real. Lo vio recoger las cartas, las devolvió al dispensador y preparó la mesa para una nueva partida, pues el resto de jugadores también decidió seguir el ejemplo del tal señor Jackson. Solo cuando terminó y levantó la cabeza, sus ojos se

encontraron de nuevo y esa frialdad desapareció.

—Hola Gwenevere, bienvenida al *Soul Circus Casino*.

Dejó escapar un profundo suspiro y respondió.

—Algo me dice que esta noche no vas a servirme un café.

—Sería un poco complicado, pero puedo ofrecerte otra cosa —admitió sonriendo con ligereza, lo que hacía que el hombre que conocía volviese a estar allí frente a ella—. Una copa de champán, un cóctel...

—Creo que entre la botella de vino que he vaciado en casa y el brebaje abrasador que me ha dado Aric y que parece que contenía algo... raro... estoy más que servida.

—Aunque no te lo creas, yo no le puse nada a ese cóctel.

—Gracias, Aric —los interrumpió su jefe, atrayendo la atención de ambos hacia él—. Ya me hago cargo de ella...

—Toda tuya, *hermano*, que disfrutéis de la velada.

Para su sorpresa, el hombre se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla al tiempo que le susurraba.

—Acepta su oferta, Gwenevere, no se te presentará otra igual en toda la vida.

Dicho eso, dio un paso atrás y se perdió entre las distintas mesas de juego y la gente que paseaba de un lado a otro con una copa en las manos.

—Dime que no es tu hermano.

—No tenemos ningún parentesco sanguíneo, pero pertenecemos a la misma hermandad.

Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—No entiendo nada.

—Lo sé y pasará algún tiempo hasta que lo comprendas —admitió deslizándose la mirada sobre ella—. Interesante calzado.

Suspiró y ladeó uno de los pies para mostrar las zapatillas deportivas.

—No soy una mujer de tacones, tiendo a caerme con ellos, así que... mejor zapatillas.

—Sabes que existe el calzado plano para mujer, ¿verdad? —Se burló.

—Si vas a meterte con mis zapatillas, te mando al mismo sitio al que lo mandé a él.

—No has llegado hasta aquí para hablar de tu calzado, sino de la deuda que al parecer has contraído con el casino.

—Y dale... Que yo no tengo ninguna deuda con este lugar, es la primera vez que estoy aquí.

—Te diré algo, Gwenevere, a este lugar solo se llega con una invitación —le aseguró—. Si estás aquí, es porque tienes una cuenta pendiente con el *Soul Circus*.

—Cualquier posible cuenta pendiente que tenga en este lugar, no la he adquirido yo.

—Pero está a tu nombre...

—Últimamente parece que todo está a mi nombre —resopló, miró la silla e hizo una mueca—. ¿Te importa si me siento?

—Por favor... —la invitó a ello.

—Que conste que solo quiero descansar, no voy a jugar.

—No puedo obligarte, esa es tu decisión.

—Al fin alguien que dice algo coherente —suspiró y acarició distraída el tapete de la mesa—. Es curioso... no esperaba verte detrás de una mesa de juego.

—Las cosas no siempre son como esperamos que sean. —Se encogió de hombros—. Prueba de ello es que tú estás sentada del otro lado de mi mesa.

—Esta es la segunda vez que nos encontramos con algo de por medio —admitió acariciando el

tapete de juego—. ¿A qué corresponde esta mesa?

—Al *Blackjack*, ¿has jugado alguna vez?

—No se me dan bien los juegos de cartas, pierdo incluso al *bridge* —admitió con una mueca—. Mi tía está convencida de que perdería incluso jugando al *parchís*.

—¿Quieres intentarlo? —sugirió deslizando las manos sobre el soporte en el que se había apoyado—. Te lo pondré muy fácil, el primero que se acerque más a 21 puntos, sin pasarse, gana.

—¿Por qué tanta insistencia en que juegue?

—Estás en un casino —señaló lo obvio—. Y tienes una deuda con la banca que podría esfumarse como por arte de magia si me ganas.

—Ya —resopló—. Y si pierdo, no solo seguiré con una deuda que no es mía, sino que además, me harás perder lo que apueste, ¿no? Pues siento decirte, jefe, que cómo todavía no me has pagado, no tengo nada con lo que apostar.

—Tus zapatillas —señaló con un gesto de la barbilla—. Y no te las exigiré ahora...

—Das por hecho que voy a perder.

—Nunca juegues a las cartas con un demonio, Gwenevere, nunca sabes qué es lo que puedes llegar a perder.

Sonrió con total ironía.

—Claro, con un demonio, perdona que te lo diga, jefe, pero tienes tanto aspecto de demonio como yo de ángel.

Ahora fue su turno de reír.

—Como dije, nada es lo que parece —acarició el tapete—. ¿Jugamos?

—Quieres que apueste mis zapatillas, pero, ¿contra qué?

—Contra mí —replicó mirándola a los ojos—. Si ganas, conservas las zapatillas y la deuda que tienes con el casino desaparece...

—No es mi deuda...

—Y si pierdes, servirás al *Circus* durante siete días, tras los cuales, tu deuda quedará anulada.

Enarcó una ceja ante sus palabras.

—Gane o pierda, ¿la deuda se condona? —chasqueó la lengua, se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante—. Puedo no saber jugar a las cartas, pero no soy tan tonta cómo para no oler una trampa cuando es tan evidente.

—No hay trampa, Gwenevere, si me ganas, podrás levantarte de esa silla y marcharte, no tendrás que volver a preocuparte nunca más por las deudas que hay a tu nombre —aseguró con tal sinceridad que le provocó un escalofrío—. Si pierdes, tendrás una segunda oportunidad... Podrás abonar la deuda íntegra antes de salir o aceptar el servicio y olvidarte de todos tus problemas durante los próximos siete días.

—¿Y qué va implícito en ese servicio?

—Eso solo lo averiguarás si aceptas el trato —replicó con gesto misterioso—. Puedo asegurarte que no se trata de nada ilegal y que todo, absolutamente todo, está sujeto a tus propias decisiones.

—¿Y si me niego a hacer algo durante el servicio?

—Puedes intentarlo —admitió con un ligero encogimiento de hombros—, y ya veremos si te dejo o no salirte con la tuya.

—Quieres decir que si pierdo y acepto trabajar para el *Circus* durante siete días, ¿estaré a tu cargo?

—Sí. Si pierdes y aceptas el servicio, estarás a mi cargo.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —admitió dejando escapar un suspiro de alivio—. Joder, jefe, no es cómo si no hubiese estado trabajando ya para ti, ¿no?

—Sí, trabajas para mí, Gwenevere —corroboró con sencillez, entonces añadió—. La pregunta ahora es, ¿jugarás?

Miró la mesa con detenimiento y asintió.

—Sí, lo haré —admitió y al decirlo, sintió como si algo la atase al asiento, como si de repente se sintiese más pesada y unida a ese lugar y al hombre que estaba ante ella—. Pero vas a tener que explicarme de nuevo las reglas.

—Que así sea, mi deudora.

Volvió a mirarle a los ojos al escuchar el término e hizo una mueca, Usher Kerrigan estaba seguro de que iba a ganar y esa seguridad no sabía si la excitaba o la ponía todavía más nerviosa.

Solo esperaba no equivocarse con su decisión, no podía afrontar más deudas, era imposible que pudiese sobrevivir a ello.

## CAPÍTULO 17

Usher sintió la pesadez de las cadenas sobre él en el momento en que Gwenevere aceptó el desafío, a partir de ese momento el destino los mantendría unidos a través de un camino que todavía no podía vislumbrar.

Sentada al otro lado de la mesa mantenía una expresión de absoluta concentración. Tenía la mirada fija en los dos naipes boca arriba sobre la mesa, la había visto contar los palos de uno de ellos y preguntarle una vez más el valor que tenía la carta del *Joker* en el juego. Sabía que pedir una carta más podría tanto acercarla cómo hacer que sobrepasara los veintiún puntos requeridos, por otro lado, el que él hubiese decidido conservar la segunda carta boca abajo, impidiéndole ver el número, hacía todo mucho más complicado de adivinar.

—¿Quieres otra carta o te plantas? —preguntó rompiendo su concentración tras varios minutos de silencio.

Levantó la cara, sus mejillas se habían coloreado debido al calor de la sala y al de todo el alcohol que llevaba ya encima, el cóctel que le entregó a Aric para ella había derribado todas y cada una de sus defensas, la había dejado receptiva a todo aquello que se presentase bajo sus ojos, lo cual era más que necesario dada la naturaleza del Casino.

Echó un fugaz vistazo al reloj de la pared, la medianoche se acercaba peligrosamente y con ella llegaría el cambio de escenario del *Circus*, uno en el que el mundo sobrenatural camparía a sus anchas frente al humano.

—¿Debería de coger otra?

Su vacilación lo llevó a mirarla de nuevo.

—Tienes quince puntos ahora mismo —señaló sus cartas—, cualquier nueva carta por encima de los seis puntos, te hará perder...

—Pero si saco un seis... ¿gano?

—Solo si la banca —señaló el naipe que todavía no estaba girado—, no hace los veintiún puntos con solo dos cartas.

—Así que tengo todas las papeletas para perder, ¡qué novedad!

No dijo nada, no podía, sabía perfectamente cuál era la carta que se escondía boca abajo, pero ignoraba cual sería la que le tocaría a ella, en caso de pedir una tercera. Con todo, las probabilidades estaban más de su lado que del de la mujer.

—Te has arriesgado a jugar, *Gwen*, ya has dado el primer paso para ganar.

Levantó una vez más la cabeza y lo miró.

—Vaya, es la primera vez que me llamas *Gwen*, siempre escucho mi nombre entero y de carrerilla saliendo de tu boca.

Enarcó una ceja ante tal inesperada apreciación.

—¿Te molesta?

—No, para nada, la forma en que lo pronuncias es... No sé cómo explicarlo, es solo que le das otra entonación, cómo si te estuvieses refiriendo a otra persona a pesar de que esa persona soy yo.

—Siempre te he estado hablando a ti.

—Por eso me gusta escuchar *Gwenevere* de tu boca —aceptó fijándose precisamente en ella. Se lamió los labios y bajó los ojos una vez más hacia las cartas—. Haces que me sienta digna de ese nombre.

No respondió, no podía, debía ser tan neutral cómo pudiera en ese momento del juego.

—Dime entonces, *Gwenevere*, ¿te plantas o sigues?

—Me planto —respondió al momento—. Si pido otra carta sé que me pasaré y perderé en el momento, al menos así... todavía tengo una oportunidad de soñar con la victoria.

—La banca se planta —correspondió con su propio turno y giró la carta—. Veintiuno. La casa gana.

Se inclinó sobre la mesa y recogió la única ficha que había sobre la mesa y que correspondía a su deuda.

—Acepto mi derrota —admitió y le tendió la mano—. Felicidades.

Dejó escapar un bufido y aceptó su mano, reteniéndola más de lo que se estimaba educado.

—Tu deuda no ha sido saldada —le informó mirándola a los ojos—, ¿la abonarás ahora íntegramente o la cambiarás por siete días de servicio para el *Soul Circus Casino*?

—No pagaré una deuda que no es mía, aunque tuviese dinero para hacerlo, así que, supongo que aceptaré hacer horas extras durante los próximos siete días —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Elijo los siete días de servicio, *Jefe*.

Nada más pronunciar esas palabras, la intencionalidad real en ellas le ató las manos de forma indisoluble, su alma acusó las cadenas que lo unieron a la de ella firmando la sentencia.

—En ese caso, *Gwenevere Loft*, deberás ser presentada ante la *Arena del Circo de las Almas* para sellar tu servidumbre.

—¿Me lo repites con una frase que yo entienda?

—Tu deuda y tú ahora sois mías.

Se lo quedó mirando durante unos segundos, ladeó la cabeza y sonrió de manera soslayada.

—Dime la verdad, así es cómo seduces a las pobres almas incautas que se adentran en tu territorio, las sientas a tu mesa y acaban desplumadas.

No pudo evitar sonreír en respuesta, le acarició la parte superior de la mano con el pulgar provocándole un placentero escalofrío y respondió.

—No, así es cómo pienso seducirte a ti.

—Vaaaaleeee —Se echó a reír, tiró de su mano y la dejó ir—. Ya decía yo que alguien con una presencia tan... intensa, no podía ser un angelito.

—No lo soy, pertenezco al gremio contrario, soy un demonio.

—Sí, claro, ¿y dónde has dejado los cuernos y la cola?

Su sonrisa se hizo más amplia. En su encarnación humana se guardaba de no mostrar los colmillos, pero las palabras de la chica no pudieron hacerle más gracia dado lo que implicaban para él.

—Con el otro traje —aseguró, abandonó su puesto y rodeó la mesa para detenerse a su lado.

La diferencia de altura con ella sentada era incluso mayor, hacía que se sintiese como un predador volando sobre su presa. Se inclinó, apoyándose entre el respaldo de la silla y la mesa,

de modo que quedase a la misma altura.

—¿Por qué te has bebido tú solita una botella de vino?

—Porque no estabas allí para compartirla —replicó con sencillez—. Y porque si no la abría, serían capaces de embargarla también con el resto de la casa. Así que, mejor pillar una buena cogorza y disfrutar de mis últimas horas en mi hogar que llorar sobre ella, ¿no te parece?

—Las lágrimas pocas veces solucionan las cosas, estoy de acuerdo —admitió y se permitió recorrerla con la mirada hasta terminar en sus zapatillas deportivas—. Has perdido estas también, lo sabes, ¿no?

Se inclinó hacia abajo, para mirar ella misma lo que había captado su interés y soltó un resoplido.

—Venga, quédate también con mis zapatillas —replicó sacándose las haciendo cuña un pie con el otro—, pero ya me explicarás cómo me voy a ir a casa descalza.

—No te vas a ir a casa.

—Perdona, pero mi casa sigue siendo mía al menos hasta el lunes —puntualizó al tiempo que le clavaba el dedo en el pecho—. No me la quites antes de que venza el plazo, además... todavía me queda suplicar...

—No me pareces del tipo de mujer que suplica.

—No lo soy —admitió echándose de nuevo hacia atrás en la silla—. Pero cuando tu vida se va por el desagüe en cuestión de minutos, ¿qué otra cosa te queda?

—Arriesgarte en una mesa de *Blackjack*.

Se rió y asintió.

—Buena respuesta, jefe.

—¿Por qué no utilizas mi nombre?

—Porque debo mantener las distancias contigo. Eres mi jefe, no un atractivo hombretón de ojos azules que hace que me pique la piel —confesó y, nada más decir eso se llevó la mano a la boca—. ¿Por qué demonios he dicho eso?

—Porque es lo que piensas, la verdad que se esconde detrás de cada una de tus palabras.

—Sí, bueno, pero no es algo de dominio público y, desde luego, no era algo que tú debieses escuchar —aseguró frunciendo el ceño—. Olvida que lo he dicho. Bórralo. Vamos.

Enarcó una ceja ante la obvia orden implícita en su voz.

—¿Y si no quiero? ¿Y si me gusta lo que acabo de escuchar?

—Pues vamos a tener dos problemas —chasqueó—. El que yo lo haya dicho y el que tú lo hayas corroborado no hace precisamente sencillo el seguir manteniendo una actitud jefe-empleada.

—Bien, porque los próximos siete días no serás mi empleada.

—¿Vas a despedirme? —jadeó, abriendo tanto los ojos que pensó que se le saldrían de las órbitas—. No puedes hacerlo, no tengo otro trabajo y necesito el dinero. Y soy una buena camarera, mis postres están saliendo bien, ¿no? Necesito el trabajo, Usher, por favor...

¿Había algo más frágil que esa dulce y fuerte mujer derribándose de esa manera y sucumbiendo a la súplica? No le gustaba esa imagen de ella, prefería a la Gwenevere que se cuestionaba las cosas, que daba un paso adelante y decía que no encontraría a nadie mejor para el puesto.

—¿Me has oído decir la palabra despido?

Abrió la boca y volvió a cerrarla al momento.

—No.

—Bien. —Se incorporó, la cogió de las manos y la obligó a levantarse también. Descalza era

incluso más pequeña, una muñeca vestida al estilo de los años veinte que lo miraba con renovada desconfianza—. No voy a despedirte, pero no serás mi empleada durante los próximos siete días...

—No me despidas, pero no soy tu empleada —resumió, arrugó la nariz y se llevó las manos a las caderas—. Cada vez entiendo menos.

—Eres mi deudora —resumió en pocas palabras—. Me haré cargo de tu deuda y a cambio, me prestarás servicio.

—¿Qué clase de servicio?

—Todavía no lo he decidido —admitió—. Supongo que la *Arena* me proporcionará la respuesta. Ven, serás presentada antes de la medianoche.

Miró su mano extendida y automáticamente ocultó las suyas tras la espalda.

—Presentada a quién.

—Al tribunal de las almas.

—¿Tribunal de las almas? —Entrecerró los ojos y lo miró fijamente—. Dime una cosa, ¿esto es algo orquestado por mi tía y su club de Bridge?

—No.

—Ya... Pues no me lo creo.

—¿Qué te hace pensar que esas mujeres tienen algo que ver con lo que está pasando aquí?

—Que la lectura de cartas que hizo Silvie empieza a tener demasiados aciertos para que se trate de algo causal. —Hizo una mueca—. Así que la única explicación coherente que encuentro es que todo esto haya sido orquestado de antemano.

—¿Siempre optas por las opciones más rebuscadas?

—Dame otra que lo explique.

—Podría ser que la mujer tenga habilidad para vislumbrar el futuro a través de las cartas.

—Sí, la misma que tengo yo para saber que mis postres se acabarán en cuestión de horas.

—Así que me ha tocado una escéptica —dejó escapar un resoplido mitad risa—. Interesante.

—No soy escéptica, solo... prefiero creer en aquello que veo, que sé que se hará realidad porque trabajaré para que así sea.

—Ver para creer, ¿es eso?

—Pues sí.

—¿Y dónde queda la parte soñadora?

—Los sueños son para las personas que no tienen nada que perder, no para las que lo hemos perdido todo...

—Tú todavía no lo has perdido todo, Gweneveré, de haberlo hecho no estarías ahora aquí, no te habrías sentado en esa mesa, ni hubieses apostado incluso tus zapatillas a sabiendas de que podrías terminar descalza. Tienes esperanza, la mayor y más importante posesión de la humanidad.

—Suerte que *Pandora* cerró la caja a tiempo, ¿eh?

Sonrió, no pudo evitarlo, tenía que reconocer que la mujer tenía respuestas para todo.

—Y que sigue guardándola para aquellos que la necesitan —replicó y volvió a tenderle la mano—. ¿Me acompañarás voluntariamente?

—¿A dónde?

—Al momento y el lugar en el que dejarás tu mundo y empezarás a caminar por el mío.

Se miró los pies.

—¿Está muy lejos? Porque lo de ir por ahí descalza...

Señaló hacia el otro lado del salón.

—Justo al final del pasillo.

Siguió su mirada y dejó escapar un profundo suspiro, puso la mano sobre la suya y se encogió de hombros.

—Qué demonios, la noche no puede ir a peor y estoy demasiado embriagada como para ponerme a pensar —declaró, entonces apretó su mano y se giró hacia él como si acabase de recordar algo importante—. Pero que sepas que si resultas ser un asesino en serie o algo así, volveré de entre los muertos y te haré la vida imposible durante toda la eternidad.

—¿Eso es una amenaza?

—No, Usher Kerrigan, es una promesa —afirmó con un gesto de la cabeza—. Y yo siempre cumplo las mías.

—Bien, porque yo también cumplo siempre las mías.

## CAPÍTULO 18

—*Usherian el Kerr, ¿Qué te trae a la arena del circo de las almas?*

Gwenevere no podía apartar la mirada, entre alucinada y sobrecogida, de los tres individuos vestidos de blanco sentados en la tribuna del dantesco y arcaico edificio. Sus rostros quedaban ocultos en la penumbra, pero sus voces resonaban como si cada uno de ellos tuviese un micrófono pegado a la boca. En realidad, no podía decir cuál de las tres figuras había hablado, pues sus rostros quedaban ocultos en la penumbra. El encontrárselos en medio de una réplica exacta e intacta del coliseo de Roma, con arcos y capiteles de un immaculado mármol blanco, debería haberle sorprendido, pero su mente parecía haber decidido dejar de hacer horas extras. Las gradas estaban adornadas con enormes estatuas que representaban a algunos dioses conocidos u otros personajes importantes de la historia antigua, había pebeteros llameando y otros objetos de oro empañando el prístino blanco, desde luego, quién se hubiese encargado del atrezo, se merecía un Oscar.

Levantó la cabeza para ver una vez más la cúpula de raso y oscuro cielo cuajado de estrellas, la fría arena se hundía bajo sus descalzos pies, penetrando entre sus dedos y recordándole, al igual que la brisa que le agitaba el pelo y le acariciaba el rostro, que la alucinación que estaba teniendo producto del alcohol y las drogas alucinógenas que ya no tenía duda habían estado en el cóctel, eran asombrosamente reales, aunque alucinaciones a fin de cuentas.

Trató de recordar cómo habían llegado hasta allí, sobre todo porque solo atravesaron una puerta al final de un corredor y no abandonaron el casino en ningún momento. Al notar la caricia de la brisa en el rostro cuando atravesaron el umbral de dicha habitación, pensó que se habían dejado alguna ventana abierta, pero sus pies pasaron de caminar sobre la dureza del suelo a enterrarse en la arena, lo que la llevó a detenerse en seco y apretar la mano que ceñía la suya.

Cómo si se tratase del fundido de una película al cambiar de escena, la oscuridad dio paso a la luz emitida por el fuego que ardía en los distintos pebeteros. El cambio tan repentino de un espacio reducido a la ausencia de paredes, pasando de un ambiente interior a uno claramente exterior, la mareó. Sin embargo, fue el tomar conciencia de sus alrededores, de lo que veían sus ojos y que su cerebro apenas podía procesar, lo que la dejó sin respiración.

No halló palabras, el desconcierto dio paso a la incomprensión y esta al miedo. Empezó a hiperventilar era cuestión de segundos, solo la férrea mano que apretaba la suya y que la obligó a avanzar a través de la fría arena, la mantenía estable.

Sentía que le iba a estallar la cabeza de un momento a otro, no escuchaba otra cosa que el atronador latido de su corazón en los oídos y su propia agitada respiración.

—Traigo a una deudora que ha aceptado condonar su deuda a cambio de la servidumbre, honorables *dikastes*. —Usher habló con voz suficientemente fuerte como para que esta resonase en

todo el solitario recinto y la hiciese respingar a su lado—. Solicito el beneplácito de la *Arena*.

Levantó la cabeza para mirar al hombre que la había introducido en aquel arcaico lugar. Al contrario que ella, no se le notaba ni nervioso, ni preocupado y mucho menos al borde de un ataque de histeria, el cual era su caso. La atención de su jefe estaba puesta en la gente sentada en la tribuna, a quienes parecía dirigirse con un tono casi reverencial.

Siguió su mirada y volvió a fijarse en ellos, en sus túnicas de un blanco immaculado y en la imposibilidad de ver dónde estaban sus manos o sus pies, como si esas partes del cuerpo que debían quedar a la vista estuviesen engullidas por sombras o se las confundiese con la luz de uno de los pebeteros cercanos.

Fue incapaz de encontrar su propia voz, su cerebro parecía haberse dissociado del habla y de cualquier otra función que no fuese la de mantenerla viva. De algún modo, se sentía como si hubiese caído en una gran piscina y, por más que nadase, fuese incapaz de alcanzar la superficie. El agua ahogaba cada sonido, cada emoción, impedía que su mente convulsa tomase consciencia de lo que ocurría a su alrededor, lo cual era de por sí sumamente extraño.

—Que la *Arena* de los tiempos antiguos guíe tu mano y juzgue si su alma es digna.

La réplica resonó en un conjunto de tres voces que se repitieron como el eco a través de todo el recinto de piedra antes de ser absorbidas por el viento. Cuando las últimas notas se desvanecieron, observó atónita que la tribuna estaba vacía y que su voz había vuelto.

—¿A dónde se han ido?

Su pregunta, apenas un susurro en la penumbra de la noche, recibió una inmediata respuesta en la forma de inesperados fuegos cobrando vida en cada uno de los pebeteros dispuestos en el círculo que contenía la arena. La luz de cada uno de ellos se derramó hacia el interior de forma poco natural, las llamas parecían empujadas con un ventilador o succionadas hacia el centro de la pista formando una especie de estrella en cuyo centro se elevaba una especie de altar de piedra del que no se había percatado hasta entonces.

—Dime la verdad, el cóctel que me tomé tenía unos alucinógenos brutales, ¿verdad?

—No, todo lo que contenía era frutos rojos, vodka, unas gotas de lima... —replicó él y su voz sonó más gruesa, más oscura—, y mi magia.

Ladeó la cabeza esperando ver esos conocidos ojos azules bailando de diversión, pero lo que encontró en cambio fue al mismísimo diablo mirándola a través de unos intensos ojos amarillos.

—Oh dios mío.

Quiso dar un paso hacia atrás, de verdad que lo intentó, pero algo parecía haberle pegado los pies al suelo. Abrió los ojos todo lo que daban de sí, sus labios se separaron buscando el grito de terror que le hacía cosquillas en la garganta, pero nada surgió. Su mente fue incapaz de encontrar ese miedo aterrador que le había clavado las garras, que sabía que estaba ahí, pero al cual era incapaz de aferrarse.

Se quedó mirándole el rostro, viendo cómo se movían sus labios, ahora negros, bajo los cuales asomaban las puntas de unos colmillos. Su cara parecía haberse endurecido, marcándole un poco más las mejillas y la mandíbula, el color amarillo destacaba contra la pupila oscura de sus ojos y su piel había adquirido un tono ónix, vetado de blanco, que destacaba especialmente en sus brazos, grandes y fuertes. Era como si estuviese mirando una estatua de mármol negro que hubiese cobrado vida y se moviese y gesticulase como su jefe.

—Gwenevere, escucha mi voz.

Las palabras parecieron filtrarse a través del pitido que escuchaba en los oídos, cómo si las escuchase lejanas, entremezcladas con fuertes jadeos.

—Respira despacio, mírame a los ojos y respira despacio...

Sacudió la cabeza e intentó retroceder una vez más, pero sus pies parecían anclados.

—Esto no es real, *tú* no eres real...

Se aferró a esas palabras musitándolas una y otra vez mientras seguía recorriendo su cuerpo y se encogía al ver unas manos muy masculinas coronadas ahora por duras y oscuras uñas afiladas que se elevaban en su dirección.

—¡No! —Levantó ambos brazos para protegerse instintivamente. No quería que la tocara, le tenía miedo, estaba aterrada a pesar de que su cuerpo no fuese capaz de reaccionar a ese terror—. Por favor... no...

Él no solo no la escuchó sino que envolvió esas manos alrededor de sus muñecas con una inesperada y tierna suavidad, el gesto la llevó a mirar de nuevo esas garras y tragar saliva. Levantó el rostro de nuevo hacia él y fue consciente de algo nuevo, algo que había pasado por alto, unos retorcidos cuernos, parecidos a los de un carnero, se curvaban sobre su cabeza y bordeaban una oreja muy humana, enmarcados de manera bastante estética por el largo y liso pelo negro cuyas puntas le acariciaban los hombros.

—Mírame. —Su voz era tan profunda como demandante. Fue incapaz de negarse a su orden y se encontró prisionera de esos ojos—. Tranquila. No te haré daño. Sabes que no lo haré.

¿Lo sabía? Sí, instintivamente sabía que era verdad, que no le haría daño, pero su aspecto no es que le ayudase a convencerse de ello.

—¿Quién... qué eres?

—Sabes quién soy —respondió y siguió cada una de sus palabras con la mirada—. En cuanto a qué soy, lo estás viendo por ti misma; pertenezco a una raza ya extinta, de hecho, soy un mestizo, mitad demonio, mitad chamán.

—De... demonio. —La palabra se le atragantó, pero seguía reproduciéndose en su mente sin control—. Un... un demonio...

Algo se agitó en la periferia de su visión llamándole la atención, quería seguir ese movimiento, ver de qué se trataba, pero parecía anclada a esos ojos.

—Te dije que ibas a dejar de caminar por tu mundo y empezar a hacerlo por el mío.

Sus palabras conjuraron una imagen del hombre que lo dijo, que pronunció esas palabras y fue capaz de superponer su rostro en el de aquel... ser. No había grandes diferencias, de hecho, él seguía estando allí, en la forma de mirarla, de ladear la cabeza y...

—¿Eso es una cola?

Incluso la manera en que curvó los labios y dejó escapar un pequeño resoplido mitad risa, los gestos eran suyos, de Usher. La irremediable atracción pareció romperse y pudo desviar la mirada para seguir lo que creía haber visto.

—Lo es.

Siguió el movimiento hipnótico de aquel látigo oscuro, intentando encajar tal apéndice en el conjunto de unos pantalones de suave y oscura piel marrón y unas botas que sin duda tenían que estar hechas a medida; ese ser podría muy bien de dormir de pie.

—Vale. Lo que sea que me hayan dado en el casino, me está provocando una alucinación de lo más extraña y tétrica —masculló, se tambaleó un poco y estuvo a punto de caer si esos enormes brazos no la hubiesen rodeado. Al parecer sus piernas habían decidido cooperar y ya no estaban ancladas al suelo. Se encontró con ese rostro inhumano muy cerca del suyo, sus ojos amarillos la desconcertaban y asustaban, aunque quizá no tanto como lo hacían esos extraños cuernos, arqueándose y asomando por debajo de las orejas—. ¿Vas a matarme?

—No.

—¿Devorarme?

—No me va el canibalismo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer conmigo?

Lo vio suspirar, un verdadero suspiro.

—No tengo la menor idea, deudora —admitió y sintió, más que vio, cómo le apartaba el pelo de la cara con las garras antes de levantarla en vilo como si no pesase—. Pero tú me lo dirás, me lo mostrarás de modo que ambos conozcamos el camino que debemos tomar.

Gweneverere sintió la frialdad de aquella cama de piedra bajo ella cuando la posó sobre el iluminado altar. El miedo consiguió arañar la superficie con suficiente fuerza como para que se encontrase aferrándose a esos hombros duros y a la piel caliente y lisa que asomaba bajo la holgada camiseta sin mangas.

—¿Qué vas a hacer? ¡Dímelo! —jadeó desesperada, intentando bajar sin ser capaz de hacer otra cosa que revolverse, pues él la mantenía prisionera con su propio peso—. Por favor, no me hagas daño... No soy... no soy sabrosa, en serio y tampoco soy material para sacrificios... No sirvo, mi sangre apesta y...

—Gwen.

—¿Qué! —gimió desesperada.

Su respuesta fue resbalar el pulgar sobre su mejilla y mirar la humedad presente en ella.

—No derrames lágrimas en este lugar —le dijo bajando sobre su rostro y, aunque ella contuvo el aliento, sintió sus labios y lengua borrando la humedad—. No entregues ni una sola de ellas a la Arena —musitó de nuevo, besándole el mojado rastro y dejando tras de sí una huella de calidez que hizo retroceder su miedo—. A partir de este momento y durante los próximos siete días, estas —le besó la comisura del ojo, bebiéndose la última—, solo las veré y probaré yo.

Dicho eso la miró a los ojos, bajó de nuevo sobre ella, pero esta vez no fueron sus lágrimas lo que buscó, sino sus labios. Cuando los tocó y la lengua traspasó la barrera de sus dientes acariciando la suya, la dureza y frialdad de la piedra debajo de su espalda, el calor del cuerpo que la cubría y el especiado y delicioso sabor que le inundaba la boca dejó de existir bajo el peso del olvido y una lejana cacofonía de voces que se solapaban unas a otras con infinidad de palabras:

*«Acepta tu condena, deudora del Circus».*

*«Entrégate, siente, entrega tu alma».*

*«Acepta tu liberación, deudora del Circus».*

*«Entrégate, rompe las cadenas, libera tu alma».*

—¿La aceptas, mi deudora?

*«Acepta tu condena».*

*«Acepta tu liberación».*

*«Entrégate y rompe las cadenas, deudora de la Arena, libera tu alma».*

—La acepto.

Las palabras nacieron en su mente, resonaron en su alma y fueron bebidas por esa caliente y exigente boca que le arrebató el aliento y la cordura dejándola a la deriva en un mar de oscuridad.

—Bienvenida a la Arena, Gweneverere.

Un susurro, una promesa, el comienzo de algo a lo que ni siquiera estaba segura de poder hacerle frente.



## CAPÍTULO 19

No estaba preparado para el impacto que supuso besarla, para lo que su sabor le provocó. Estaba dispuesto a llevar adelante un ritual, pero al tenerla entre los brazos, al tocar su piel de aquella manera, Usher comprendió que esa deudora era mucho más que una muesca en su camino. Gwenevere formaba parte del mismo, no era un obstáculo, sino parte de él.

La Arena tenía la particularidad de sacar a la superficie la verdadera apariencia de cada persona o ser que ponía los pies en sus dominios, los despojaba de todo subterfugio o hechizo que enmascarase su identidad y los obligaba a entregarse al fuego que ya ardía en cada uno de los pebeteros, acicateando con ello el que corría por sus venas.

Sucumbir al deseo cuando te despojaban de toda reserva era fácil, pero hacerlo enfrentándose al mismo tiempo al miedo y la incomprensión que el brebaje retenía con efectividad, anulando cualquier reacción desmedida, podía convertirse en una verdadera pesadilla.

Él mismo testeaba los cócteles que preparaba para el *Circus* y, aquel en particular, hacía que te sintieses cómo encerrado en un tanque de agua, nadando entre un montón de emociones sin ser capaz de salir a la superficie para liberarte. La angustia, el miedo, el dolor o la desesperación estaban ahí, así como el placer, el deseo o la alegría, pero todo ello contenido para permitirle al cerebro humano enfrentarse a los eventos inesperados y que, en circunstancias normales, destrozaban la mente del más cuerdo.

Y él había visto esas emociones contenidas detrás de los ojos de su deudora. Era muy consciente de su miedo, de su terror y de cómo intentaba luchar con todo ello mientras le miraba. Era consciente de la apariencia que tenía en esta encarnación y de a qué solía asociarla la humanidad, no tenía más que meterse en Google y teclear la palabra «diablo» para encontrar imágenes con las que podía contrastar su propia apariencia. Las lágrimas eran la única manera en la que podía exteriorizar sus emociones, su voz sonó temblorosa cuando le pidió que no se la comiese, no pudo evitar poner los ojos en blanco al recordarlo, besarla había sido una manera de controlarse más él mismo que a ella y poder seguir adelante con su labor.

Deslizó los dedos, con cuidado de no tocarla con las uñas, por su cuello y hombros, su mirada estaba clavada en él, en su rostro, en sus ojos y, rompiendo el silencio que mantuvo desde el momento en que aceptó el tributo en la Arena, murmuró.

—Esto no es real, ¿verdad?

—Es real —respondió procurando mantener un tono bajo que matizase la ronquera en su voz—. Pero no soy lo que piensas que soy.

Sus ojos se deslizaron hacia arriba y supo al instante que estaba buscando, así que ladeó la cabeza para permitirle una mejor visión. No se avergonzaba de lo que era, era parte de su esencia, de su alma y se sentía orgulloso de ello.

—Mi existencia y la de mis hermanos, nada tienen que ver con la visión dogmática del cielo y el infierno, ni soy el Diablo, ni uno de sus generales o príncipes... o como quiera que los llamen.

—¿Y qué eres? —Le tembló la voz, pero fue lo bastante valiente para preguntar.

—Un hombre procedente de una raza distinta a la tuya.

—Esto... está mucho más lejos de ser... una raza distinta... —admitió ladeando su propia cabeza y volviendo a bajar sobre él con la mirada hasta sus labios—. Me aterras... sé que te tengo miedo y no puedo encontrar la manera de hacerlo salir, como tampoco encuentro una explicación al hecho de que... tus besos surtan el efecto contrario.

—En algo tenía que ser bueno, ¿no?

Parpadeó sorprendida por su respuesta, se encontró con sus ojos y la sintió estremecerse todavía bajo él.

—Odio verte ahí —comentó entonces y, antes de poder analizar sus propias palabras, la arrancó del altar de piedra y la depositó en el suelo. Las pequeñas manos se aferraron entonces a su camiseta, parecía diminuta frente a él, su cabeza apenas le llegaba al pecho en su forma demoníaca—. No eres un sacrificio ritual.

—¿Y qué soy? —preguntó bajando las manos para retroceder y apartarse de él, pero sus piernas parecían de gelatina, a juzgar por el tambaleo que casi la manda al suelo—. Además de alguien totalmente borracha y drogada.

La ciñó de la cadera, acercándola de nuevo a él.

—Sí estás bebida, pero no drogada...

Sacudió la cabeza con energía y al hacerlo se vio obligada a sujetarse de nuevo a él.

—Oh, tengo que estarlo, ese maldito cóctel tenía que tener algo muy, pero que muy potente, porque esto... no es real... aunque tú digas lo contrario.

Enarcó una ceja ante su comentario y no pudo evitar ser de nuevo consciente de la calidez de ese cuerpo femenino apoyado contra el suyo. Su aroma era embriagador, su sabor seguía presente en su lengua y deseaba más.

—¿Esto no te parece real? —Dejó que sus manos se deslizasen rodeándola y abarcando sus nalgas, la atrajo hacia él, uniendo sus caderas para dejarle notar por sí misma si la dura erección que abultaba sus pantalones era ficticia.

Su jadeo, unido a la manera en que deslizó sus propias manos sobre las de él, obligándole a soltarla, fue suficiente respuesta.

—Suéltame ahora mismo...—Se revolvió contra él una vez más y pudo oler su miedo—. Oh dios, suéltame...

Gruñó, un gutural sonido que emergió de su garganta y le provocó un escalofrío. Levantó de nuevo la mirada para encontrarse con su rostro y vio ese terror en las pupilas dilatadas, pero también vio algo más.

—Por favor... —Sus labios se movieron en lo que parecía una súplica, pero la frase no llegó a terminarse, quedó en el aire a su libre interpretación.

—¿Por favor suéltame o por favor... bésame otra vez?

La sorpresa cruzó rápidamente por su rostro, sus mejillas se colorearon, pero el miedo seguía allí.

—No... no lo hagas...

—¿Qué no quieres que haga, Gwen?

Ella tragó.

—No me beses.

Sonrió lo justo para que sus labios se arqueasen sin mostrar sus colmillos, ancló sus dos manos con una sola de las suyas detrás de la espalda y se inclinó sobre ella, obligándola en esa postura a echarse hacia atrás y apoyarse en su brazo.

—Debo hacerlo. No, quiero hacerlo. Y sé que tú también lo deseas.

Abrió la boca para replicar y aprovechó ese momento para sujetarle la barbilla con la mano libre y besarla con el hambre que ya rugía en su estómago.

La deseaba, estaba famélico por ella, en parte porque así lo exigía la Arena y en parte porque ella lo encendía.

Se tragó su protesta, dejó que se retorciere, que pelease hasta que su rendición llegó con la misma dulzura con la que había respondido a su primer beso. Resbaló la mano hacia su oreja, hundiéndole los dedos en el pelo y obligarla así a inclinarse para poder profundizar aún más en su boca. Su deseo por ella iba *in crescendo*, quería arrancarle la ropa, enterrarse entre sus muslos mientras ella lo ceñía con sus piernas y probar los duros pezones que se adivinaban a través de la tela del vestido. Cada fricción de sus cuerpos avivaba el fuego en su interior, despertaba sus ansias y amenazaba con hacerle perder el control.

La Arena surtía el mismo efecto en ella, por mucho que quisiera resistirse, su cuerpo exigía ser atendido, el deseo ardía en sus venas y ya podía oler el aroma húmedo y especiado de su sexo llamándole. Se separó para permitirse recuperar el aliento y enfriar un poco la abrasadora necesidad que lo dominaba.

Los ojos femeninos se habían oscurecido por el deseo, tenía los labios hinchados por sus besos y el rostro teñido de sonrojo.

—Te lo dije —consiguió murmurar.

Gwenevere se sobresaltó, arrugó la nariz y le recordó que todavía no la había soltado con un efectivo tirón.

—Suéltame ahora mismo.

Se lamió los labios con suma lentitud, permitiéndole ver ahora sus colmillos para terminar chasqueando la lengua. Deslizó la mirada sobre el vibrante cuerpo pegado al suyo y negó con la cabeza.

—No quieres que lo haga.

—¡Sí que lo quiero!

Su indignación fue tal que se echó a reír y volvió a besarla, ahora de manera superficial.

—Quieres que siga...

—Y una mierda —gimió bajo su boca—. Quiero que me quites las manos de encima y...

—¿Para poder poner las tuyas sobre mí?

—Para poder pegarte una bofetada, eso para empezar.

—Mentirosa —la acusó en tono divertido y en vez de soltarla la empujó, haciéndola retroceder hasta quedar atrapada una vez más contra la dura piedra del altar—. Escúchate a ti misma, Gwen, escucha cómo se ha enronquecido tu voz, siente cómo te late el corazón, lo hinchados que tienes los pechos y la humedad que empapa tu sexo... Quieres más.

Sacudió la cabeza con energía, sus ojos reflejaban la negación absoluta mezclada con la mortificación de saber que cada una de sus palabras obedecía a una única verdad. Apretó los labios en una dura y obstinada línea, pues temía que le temblase la voz descubriendo su propia mentira.

—No luches contra mí y déjame dártelo, permíteme calmar el deseo que nos consume a ambos.

—No... no puedo... no está bien... esto no está nada bien... —rezongó ella—. ¡Es de locos! Por amor de dios, ¡mírate! ¡Mírame a mí! No puedes... no somos compatibles.

Enarcó una ceja ante su histérica respuesta y se inclinó sobre ella.

—¿Me creerías si te digo que la cópula entre nosotros es total y absolutamente posible además de muy satisfactoria?

—¡Ni en mil años!

Se echó a reír.

—Ese es demasiado tiempo para conservar las dudas —declaró risueño, pero al ver que ella parecía cada vez más asustada, chasqueó la lengua y se inclinó para susurrarle al oído—. No tienes nada que temer, Gwen, jamás te haría daño...

—No te creo —siseó con voz ahogada.

—Lo sé, por eso voy a demostrártelo.

Le soltó las manos, pero no le permitió retirarse, pues le rodeó la cintura con el brazo y la empujó de nuevo contra el altar para darse un festín con su boca una vez más.

Gwenevere estaba a punto de perder la cabeza por completo, su cerebro hacía tiempo que había colapsado y su cuerpo parecía dispuesto a entregarse en sacrificio a ese monstruo que la excitaba sin remedio.

*Esto no es real, esto no es real, esto no es real.*

La letanía se repetía una y otra vez en su cabeza mientras la lengua masculina hacía estragos en su propia boca y su cuerpo se encendía cada vez más. El ardor entre las piernas rivalizaba con la lava fundida que ya corría por sus venas, se sentía hinchada y húmeda como él había pronosticado, todo su ser vibraba preso de la excitación y el deseo. Todo iba demasiado deprisa, era incapaz de racionalizar lo que ocurría y mucho menos lo que hacía, quería alejarse de él, empujarle y huir casi con tanta desesperación como deseaba restregarse contra su duro cuerpo y acallar el picor de su piel.

Era como estar sujeta de un cable de alta tensión del que de vez en cuando recibía alguna fuerte sacudida, sus terminaciones nerviosas estaban colapsadas, sus manos antes esposadas por una de esas enormes manos ahora luchaban sobre la caliente y dura piel oscura sin saber si buscaban alejarle o deleitarse con la suave y caliente dureza que encontraban bajo las yemas de los dedos.

Su descomunal tamaño la aterraba casi tanto como la excitaba, el sentirse indefensa de esa manera era algo que la ponía nerviosa, que hacía que quisiese huir, pero sus caricias eran tiernas, demandantes, al igual que la boca que devoraba la suya y conseguían hacerla flaquear.

La cremallera de la espalda cedió con sorprendente facilidad, la tela se arrastró fuera de sus hombros, arrastrada hacia abajo, atrapándole los brazos a la altura de la cintura dónde ya le había subido la corta falda. El aire le acarició los pechos hinchados y los pezones haciéndola cada vez más consciente de su desnudez frente a él, las oscuras y puntiagudas uñas resbalaron sobre ellos provocándole un escalofrío de inesperado placer que fue directo a su sexo.

No pudo evitar jadear cuando notó esa mano descendiendo más allá de la falda y hundiéndose entre sus piernas, resbalando sobre el pedazo de tela que todavía cubría su sexo.

—Por favor... —Las palabras le escaparon de la boca en una agónica súplica.

—Nada de lo que te diga va a mitigar tu miedo, así que, solo puedo demostrarte lo que

equivocada que estás —respondió lamiéndole la oreja antes de pegarle un mordisquito, el cual no era otra cosa que una técnica de distracción.

Resbaló los dedos alrededor de la tela y tiró de ella hacia abajo, arrancándole literalmente la ropa interior que no dudó en desechar al momento. El pensamiento de que le había roto las bragas como si fuesen papel quedó olvidado en el momento en que los largos y calientes dedos resbalaron sobre sus húmedos pliegues en una íntima caricia.

—Relájate, esto es para ti.

La besó de nuevo con suma lentitud, jugando con su lengua, succionándola solo para abandonarla y resbalar por su cuello. Dejó besos aquí y allá, le pellizó la piel y sopló aire sobre la húmeda senda provocándole pequeños estremecimientos que no hacían más que aumentar su propio placer. Jugó con ella, la acarició sin llegar a penetrarla, masajeándola mientras continuaba con su descenso hasta sus pechos.

La succionó con suavidad, chupándole los pezones y arrancándole un inesperado gemido de placer, las sensaciones se hacían cada vez más intensas, cómo si ese enorme tanque de agua en el que estaba sumergida empezase a tener grietas y fuese capaz de arañar la superficie.

—No puedo... no puedo creer que esté pasando... no puedo... pensar...

Notó una sonrisa curvando los labios masculinos contra su piel, un mordisquito y entonces esos ojos amarillos volvieron a encontrarse con los suyos.

—Pues no pienses, Gwenevere, no quiero que pienses, quiero que sientas —declaró y acompañó sus palabras penetrándola con un dedo—. Que sientas esto...

No pudo evitar arquearse contra su mano, un gesto involuntario que la avergonzó por completo.

—Dime, ¿te estoy haciendo daño? —susurró contra sus labios, sus ojos todavía prisioneros de los de él—. Si es así, dímelo y me detendré de inmediato.

Pero no le hacía daño, por dios, cómo podría hacérselo cuando todo lo que sentía era placer.

—Dímelo, Gwen —insistió masturbándola—. Quiero saber si te hago daño, si no me dices nada, lo tomaré como un «adelante» y seguiré hasta el final.

Ella jadeó y echó la cabeza hacia atrás cuando notó un segundo dedo uniéndose al primero, abriéndola más. Sus dedos no eran precisamente pequeños, pero incluso esa pequeña punzada de ardor resultó placentera, parecía saber exactamente dónde acariciarla cada vez que la penetraba y eso la estaba volviendo loca.

—Dios mío...

—Eso ya me gusta más —creyó escucharle reír—. Gime para mí, dulce niña, dame lo que deseo.

No lo haría, no le daría absolutamente nada, pero mientras su mente se esforzaba por formar el pensamiento, su garganta dejó salir toda clase de eróticos sonidos que la traicionaban.

Se retorció debajo de él, sus dedos, su boca, su otra mano, parecía como si no quisiera dejar ni un solo centímetro de su cuerpo sin tocar, sin acariciar y eso la descontroló por completo. Sus propias manos buscaron su piel, algo de lo que asirse en ese imparable remolino de sensaciones.

—Oh Señor, acaba con esto... mátame ya...

Una nueva carcajada resonó en sus oídos y reverberó en su propio cuerpo, volvió a besarla y abandonó su sexo apenas el tiempo justo para que abriese los ojos y lo viese lamiéndose los dedos. ¡Jesús! Esa imagen se quedó grabada en su mente, el rabioso deseo que vio en sus ojos mientras lo hacía a chamuscó por completo.

—Pero mira que eres melodramática —le soltó, sacudió la cabeza dejándole vislumbrar una

vez más esos retorcidos cuernos salpicados y se inclinó sobre ella. Sus manos le ciñeron los muslos y la sentó sin esfuerzo sobre la fría piedra, le cogió la barbilla con los dedos y le sujetó el rostro para mirarla—. Solo voy a follarte, Gwen, no tengo el más mínimo interés en derramar tu sangre.

—Oh Dios...

—Dios no, dulzura, demonio —le guiñó el ojo y la tumbó sobre la lisa superficie empujándola con su propio cuerpo—. Te gustará, lo prometo —ronroneó, mientras se hacía sitio entre sus piernas y tiraba de ella hasta el borde—. Estás muy mojada, muy caliente y me deseas tanto como yo a ti.

—No... yo no...

No le permitió acabar la frase, el aire se le quedó atascado en la garganta cuando sintió su grueso sexo empujando en su interior, abriéndose paso con lentitud hasta llenarla por completo. Gwenevere perdió toda noción del tiempo, el espacio y de su propia persona, tan solo podía escuchar su propio latido en los oídos y notar el calor de sus cuerpos unidos.

—¿Sigues viva, mi deudora?

Gimió algo parecido a «*joder*» o eso creía, pues su habilidad para hablar parecía haberse evaporado.

—¿Eso es un sí?

No le pasó por alto la risa en su voz, pero cualquier pregunta o posible respuesta quedaba ahogada por la increíble sensación de él llenándola por completo. Su cuerpo hervía de deseo, el corazón le palpitaba con tal intensidad que estaba convencida de que terminaría saliéndosele del pecho. Elevó las caderas en un acto reflejo y se rindió por completo a esa extraña y erótica fantasía nacida de sus delirios.

—Gwen, ¿vas a contestarme o debo adivinar? —le susurró al tiempo que se retiraba hasta el final y volvía a empujar con deliciosa lentitud.

—No... tengo... palabras... —se las ingenió para susurrar, arqueándose contra él para recibirlo—, no voy a pensar... no quiero hacerlo...

—Mírame. —Levantó la cabeza y lo hizo, encontrándose con esos ojos amarillos que parecían haberse oscurecido por el deseo—. Te quiero conmigo a cada paso del camino, quiero que sientas cada una de las pisadas que demos juntos hasta el final.

—¿Por qué? —le sostuvo la mirada—. ¿Por qué yo?

—Porque me necesitas y mi destino era estar aquí para ti.

Esos oscuros labios bajaron una vez más sobre los suyos en un caliente y persuasivo beso, una de sus manos resbaló sobre su cadera y le ciñó el muslo, acercándola más a él y a la exquisita sensación de tener su duro e hinchado miembro alojado profundamente en su interior.

—Déjame tenerte, entrégate a mí y romperé esas cadenas que te atan.

—Hermosas palabras provocadas por mi propio delirio —musitó, se lamió los labios y posó la mano sobre la cincelada y dura mejilla por voluntad propia—. Debería estar aterrorizada, gritando a pleno pulmón por tu presencia, por lo que mi cuerpo desea y mi mente se niega a aceptar, pero no soy capaz de salir a la superficie, así que... voy a dejar de intentar encontrar una explicación y decir: Sí. Ya me preocuparé de mis extraños sueños húmedos cuando se pase el efecto de las drogas.

Deslizó la mano hacia atrás y acarició con la punta de los dedos la dura y rugosa superficie de la curvada protuberancia, se incorporó lo suficiente para alcanzar su boca por voluntad propia y se deleitó con el especiado sabor de su lengua y la agresiva sensualidad de sus besos. Sus

embestidas se hicieron más fuertes y profundas, dejó atrás aquel juego de tanteo y la poseyó con un hambre que no hacía otra cosa que despertar la suya desatando un auténtico frenesí.

Copularon de manera intensa, casi salvaje y Gwenevere adoró cada segundo de ello.

## CAPÍTULO 20

Gwenevere estaba segura de que iba a morir. Era lo único que podía explicar que le doliese tanto la cabeza y que se sintiese cómo si le hubiese pasado un camión por encima. Se revolvió entre las sábanas e hizo un esfuerzo sobrehumano para meter la cabeza debajo de la almohada y ahogar ese incesante repiqueo que le taladraba los oídos.

—Dejadme morir de una maldita vez.

Incluso su voz le sonó extraña, demasiado rasgada y el que le doliese la garganta al usarla, no era más que otro síntoma de estar cada vez más cerca de *espicharla*. Ahogó un gemido contra la blanda funda y se revolvió como una lagartija a la que hubiese atrapado una red entre la ropa de la cama.

—Que alguien me remate, por favor —gimió quejumbrosa y se arrastró hacia el suave y fresco lado desocupado—. Dios... voy a vomitar.

Su estómago se encogió ante la incipiente náusea quedando todo en simples arcadas.

—Encuentro difícil que aún te quede algo en el estómago.

La inesperada voz la hizo respingar, intentó zafarse de todo aquel lío de sábanas e incorporarse, pero lo que consiguió fue que las náuseas volviesen con mayor fuerza.

—Oh, por favor —gimió llevándose la mano a la boca, respirando a través de la nariz, necesitando vaciar el contenido de su estómago allí mismo—. Me va a estallar la cabeza...

—No me cabe la menor duda —declaró el recién llegado un instante antes de que el colchón cediese bajo su peso y ella se viese inclinada hacia su lado—. Te has pasado la noche con la cabeza metida en el WC. Perdí la cuenta del número de veces que me pediste que acabase con tu miseria.

—¿Y por qué no lo has hecho? —replicó con un quejido.

—Considero que la vida es demasiado preciosa cómo para arrebatarla a alguien cuyo único pecado ha sido beber más de la cuenta —respondió con sencillez—. ¿Qué te parece si abres los ojos e intentas sentarte? Necesito que te tomes esto, te asentará el estómago y eliminará todas las toxinas que queden en tu organismo...

Abrir los ojos, sí, sin duda sería un buen principio, pensó revolviéndose una vez más. Dejó a un lado la almohada a la que se había aferrado y emergió con lentitud, agradeciendo interiormente que solo estuviese encendida la luz de la mesilla de noche.

Tendría que haber embalado ya esa estúpida lámpara en forma de quinqué, pero se había resistido a hacerlo, no quería tirar la toalla antes de la fecha final.

—No se te ocurra decirle nada de esto a mamá...

Escuchó algo parecido a un resoplido antes de recibir una respuesta.

—Dado que no tengo el placer de conocerla personalmente, no me resultará difícil evitar

mencionarle este episodio.

Las risueñas palabras la llevaron a abrir los ojos de golpe, parpadeó para alejar el lagrimeo provocado por el repentino cambio de la total oscuridad a la luz y se incorporó de golpe. Se peleó una vez más con las revueltas sábanas hasta conseguir salir de ellas y encontrarse a su jefe sentado en la cama y con una taza en las manos.

—Tú...

—Sí, yo —respondió con visible diversión. Levantó la taza y se la tendió—. Tienes que beberlo a sorbitos, evitará que tu estómago lo rechace.

Le miró e hizo lo mismo con la taza, entonces negó con la cabeza y terminó por llevarse la mano a la sien ante el agudo dolor que parecía dispuesta a partirla en dos.

—Joder... oh dios... mierda —siseó apretando los ojos y luchando por respirar a través de las molestias.

—Vamos, bebe —le acercó la taza a los labios y pudo notar el aroma cítrico de la bebida—. Solo un sorbo, te sentará bien.

Se las ingenió para abrir un ojo y mirarle de soslayo.

—¿Igual de bien que el cóctel que me disteis anoche? —replicó acusadora—. No sé qué mierda le metisteis a eso, pero ni pienses que voy a volver a...

—Bebe, Gwenevere.

Una única palabra. Una orden directa pronunciada en un tono profundo y muy masculino que le provocó un escalofrío y, para su absoluta sorpresa, no tardó ni dos segundos en coger la taza de sus manos y llevársela a los labios. Le dio un sorbo, saboreó lo que sin duda era un té con miel, limón y jengibre, el cual le acarició la garganta llevándose ese dolor propio de haberse pasado un buen rato vomitando.

Miró la taza entre las manos y frunció el ceño al darse cuenta de que lo había obedecido sin vacilación, de un modo extraño se había sentido compelida a hacerlo. Olisqueó el líquido buscando algo que se le hubiese escapado, algún aroma que pudiese darle pistas sobre su contenido más allá de lo que ya había detectado sin detectar nada extraño.

—¿Mejor?

Levantó la mirada y se encontró con esos ojos azules que conocía indagando en los suyos. No respondió, de hecho, pretendía dejar la taza sobre la mesilla y pedirle que se fuera cuando contempló estupefacta que no solo no era su mesilla de noche, ni su lámpara la que daba luz, sino que ni siquiera estaba en su dormitorio.

—¿Dónde...? —Las palabras se le atascaron al bajar la mirada sobre sí misma y comprender que aquella no era su ropa de dormir—. Oh, mierda... —Indagó debajo de la sábana y volvió a sisear maldiciendo de carrerilla al ver que carecía también de ropa interior—. Mierda, mierda, mierda... ¿Qué ha pasado con mis bragas?

Su respuesta fue enarcar una ceja.

—¿En serio quieres que responda a eso? —No se molestó en ocultar el divertido tono presente en su voz.

Lo fulminó con la mirada.

—Eres un cabrón hijo de la gran puta —siseó, ciñó con fuerza el asa de la taza reprimiendo la tentación de lanzársela a la cabeza—. ¿Esto es a lo que te dedicas en realidad? ¿A drogar chicas para llevártelas a la cama?

El suspiro que soltó la cabreó aún más.

—Insistes en creer que te he drogado y no es así, Gwenevere, sencillamente el cóctel del *Soul*

*Circus* actúa de manera diferente sobre cada persona que lo toma —le explicó—. Quizá el hecho de que hubieses bebido, cuando está claro que no estás acostumbrada a hacerlo, haya influido en la manera en la que te afectó...

—¡Unas copas de más no te hacen ver demonios potentes salidos del mismísimo infierno con los que te dan ganas de follar! —escupió visiblemente cabreada—. ¡No pienses ni por un momento que esto se va a quedar así! Te denunciaré, a ti y a ese maldito lugar.

—Termínate la bebida y después, hablaremos sobre lo que provoca alucinaciones y lo que no.

—No voy a beber nada preparado por ti...

—¿Qué te apuestas? —replicó haciendo un gesto con el dedo que la empujó a una inesperada necesidad de terminarse el té.

La irritación se filtró a través de sus venas, opacando cualquier sensación de calma y no pudo evitar gritar a pleno pulmón antes de levantar la taza y arrojársela con todas sus fuerzas. El objeto se detuvo en seco a pocos centímetros de su rostro, sostenido en el aire de manera sobrenatural.

—¿Ya estás contenta? ¿Más tranquila?

Lo señaló con el dedo sin poder hacer otra cosa.

—¿Cómo...?

La taza se trasladó por el aire hasta posarse sobre la mesilla de noche en el lado opuesto al que estaba ella.

—Te lo dije anoche, viste lo que soy —replicó con calma y sencillez—. Sabes lo que soy.

Se estremeció y sacudió la cabeza sintiendo que ese natural y desafortunado miedo volvía a emerger, siendo aplastado de igual modo sin demasiada dificultad.

—No... eso fue producto de las drogas...

—Nadie te ha drogado, Gwen —declaró al tiempo que se inclinaba hacia delante, atrapándola entre su cadera y su brazo, solo para ver cómo sus ojos cambiaban de ese sosegado azul a un intenso amarillo que la dejó sin respiración—. Las cosas ocurrieron tal y como las recuerdas, no es más que el principio de lo que te espera...

Se pegó todo lo que pudo al cabecero de la cama, era incapaz de dejar de mirar esos ojos, de asociarlos con imágenes y recuerdos que se negaba a aceptar y que la avergonzaban hasta la médula.

—No... no es verdad, nada de lo que pasó fue real...

Bajó la mirada sobre su cuerpo y se lamió los labios.

—¿Me vas a decir que no te excitaste, que no gemiste y gritaste debajo de mí?

—No.

Se echó a reír por lo bajo, como si le hiciese verdadera gracia que se negase a aceptar aquel erótico y fantástico encuentro como algo real.

—Mentirosa.

—Deja de llamarme mentirosa.

—Pues deja de mentirme.

—No te estoy mintiendo, tú esperas que acepte que... esa... bestia... que tú... que él... que... ¡Joder! Nada de aquello puede haber sido real, no quiero que lo sea.

—Ah, al fin una pequeña verdad —admitió entrecerrando los ojos sobre ella—. No quieres que lo sea, pero sabes que lo es. Me sentiste en tu piel, en tu cuerpo, dentro de ti...

—¡Basta! —Gritó, hizo a un lado las mantas e intentó huir—. Si ha pasado algo entre nosotros, no ha sido de manera voluntaria, tú me drogaste y...

—Nadie entra a la *Arena* si no es voluntariamente, Gweneveré.

Su acusación parecía haber tocado algo delicado, pues su semblante se ensombreció y durante unos instantes creyó ver de nuevo aquella bestia o demonio en su piel. Tragó, apretó los puños con fuerza y posó los pies en el suelo, abandonando el lecho.

—Quiero que me devuelvas mis cosas, mi ropa, mi mochila... Todo. Y después me dirás cómo salir de aquí.

—Me temo que tu vestido pasó a mejor vida, las zapatillas las perdiste en la mesa de juego y tus bragas... Sí, las rompí, soy culpable —enumeró con tal desinterés que lo hubiese estrangulado—. Sin embargo, encontrarás alguna cosa que puedas utilizar en mi armario. —Señaló las puertas oscuras al otro lado de la habitación, dejando claro que aquel era su dormitorio—. La Mansión sabe que estás aquí y no me cabe duda de que ya habrá reunido un guardarropa completo para ti.

—¿La Mansión?

Extendió los brazos y abarcó con ellos la habitación.

—Bienvenida al hogar de los recolectores del *Soul Circus* —le dijo antes de levantarse también—. Dado que me he hecho cargo de tu deuda y que tendrás que servirme durante los próximos siete días...

—Esa deuda no era mía, ¿cuántas veces he de decirlo?

—No, no lo era y seré yo quien tome cartas en el asunto, me encargaré de que el responsable, obtenga lo que se merece.

—Espera, ¿me estás diciendo que sabías que la deuda no era mía y aun así me has presionado toda la noche para aceptar lo que quiera que sea que he aceptado? —No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Era *tú* deuda, Gwen, o lo fue hasta que aceptaste servirme a cambio de la misma —puntualizó—. Alguien dio tu nombre, usurpó tu identidad y firmó con tu nombre para traerte al Circus...

Podía estar aturdida por todo lo que ocurría a su alrededor, tener problemas para encajar los puzles de esa absurda realidad, pero sus palabras solo podían referirse a una persona.

—Maise no haría algo así, no llegaría tan lejos...

Quería creer que no lo haría, necesitaba aferrarse a una mínima esperanza, aunque todo estuviese en su contra. ¿Acaso no se había liado con su ex prometido? ¿No se habían aliado entre ellos para desplumarla y dejarla prácticamente en la calle?

Por otro lado, Greg siempre había tenido negocios con todo el mundo, pero pensar en que hubiese podido meterla en algo como esto, después de todo el tiempo que habían pasado juntos... ¿Se conocían desde el instituto, por dios! Y sin embargo, ¿no le había puesto los cuernos a la menor oportunidad? ¿No había estado viviendo a su costa?

—O quizá sí... ya no lo sé, ya no sé en quién puedo confiar y en quién no —resopló y se pasó una mano por el pelo—. Pero lo que sí sé es que esa deuda no es mía, nunca antes estuve en ese casino y, desde luego, jamás jugué en sus malditas mesas hasta anoche.

Sacudió la cabeza haciendo volar su pelo rubio.

—Esto es absurdo, ¿es que nadie pide la identificación para comprobar la identidad de la gente que firma un pagaré o contrae una deuda de juego? —replicó incrédula.

—¿Te la pidieron a ti al cruzar las puertas?

Abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla.

—No, solo me pidieron la invitación —admitió frunciendo el ceño, entonces añadió al recordar—. ¡Pero en ella venía mi nombre!

—El *Circus* tiene una manera particular de identificar a sus jugadores, una que va más allá de

una invitación de papel.

—Pues perdona que te lo diga, Usher, pero ese lugar necesita actualizarse para evitar este tipo de errores monumentales y desastrosos.

Hizo una mueca y, en honor a la verdad, no sabría decir si era una sonrisa o un gesto de hastío.

—El *Circus* tiene su propia forma de hacer las cosas y, créeme, jamás se equivoca —declaró y se permitió recorrerla con la mirada de manera lenta, casi como si saboreara cada centímetro en el que posaba los ojos—. Si deseas ducharte, el baño está tras esa puerta. Si no encuentras algo, simplemente di lo que necesitas en voz alta o piénsalo y la Mansión te proveerá. Vendré a por ti en media hora, podemos almorzar aquí o en *Kerrigan's*, después podrás hacer lo que quieras hasta esta noche.

—No quiero almorzar contigo, quiero irme a *mi* casa —puntualizó la ubicación.

—No tengo problema en llevarte a tu casa, pero almorzarás conmigo —le informó y no dejó lugar a discusión—. Quizá entonces entiendas que lo que ves, oyes y sientes es tan real como lo es tu presencia en esta casa. Con un poco de suerte, Helena estará en el comedor y podrá confirmarte que las drogas nada tienen que ver con lo que te está ocurriendo.

Dicho eso, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, algo que no hubiese tenido mayor importancia si no fuese porque sobre ese perfecto culo, justo donde acababa la columna, se balanceaba una maldita cola del mismo color ónix que la piel de su amante demoníaco.

—Oh dios mío —jadeó antes de dejarse caer sobre la cama y rezongar—. ¿Y quién coño es Helena?

La puerta se cerró tras él dejándola sola con el recuerdo de la caliente noche que empezaba a pensar había sido mucho más que un extraño y erótico encuentro de otra dimensión.

## CAPÍTULO 21

—¿Has sacado la cola a pasear o te has olvidado de convocar el resto de extras? Y no es que me queje, tienes un aspecto muy sexy.

Usher puso los ojos en blanco ante el divertido comentario de Gawrin y apartó la cola del camino del ilusionista; no había cosa que le molestase más que le tirasen de ella, un jueguecito que lo cabreaba sobre manera y que divertía a sus compañeros.

No había sido un descuido por su parte, sino la necesidad de aliviar la tensión de su propio cuerpo. Hacía tiempo que no absorbía tanta energía de la *Arena*, ese maldito lugar actuaba tanto como una batería recargable como lo hacía de sifón, un peaje que estabas destinado a pagar por penetrar en sus dominios, pero que nunca sabías que dirección tomaría hasta estar allí.

Su magia se había alimentado, le había recargado las malditas pilas hasta el punto de brillar como una jodida bombilla en un árbol de navidad, lo que en su caso equivalía a adquirir su encarnación demoníaca para poder canalizar dicha energía y drenar el exceso de ella de la más placentera de las formas.

Intuía que eso era lo que había hecho que Gwenevere se hubiese pasado las últimas horas vaciando su estómago, su magia había penetrado en ella más allá del sencillo hechizo para contener el desbordamiento de las emociones provocadas por el miedo y el terror que una situación sobrenatural solía emerger en los deudores. Su intención era mantenerla calmada, adormecer sus niveles de estrés, de modo que el terror y el miedo a lo desconocido no colapsara la frágil mente humana, pero su poder había ido más allá avivando el deseo de la mujer y arrebatándole prácticamente la capacidad de razonar.

Casi se alegraba de que los únicos efectos secundarios que hubiese provocado ese exceso sobre ella fuesen las horas pegadas al WC mientras vaciaba el estómago y la obvia resaca que había achacado a la ingesta de alcohol y las supuestas drogas en su cóctel.

—*La Arena* decidió inyectarme anoche un chute de energía —declaró, levantó la mano y chasqueó los dedos haciendo surgir unas chispas de colores en sus dedos—. Todavía no he recuperado mis niveles normales...

—¿Y tu deudora ha sobrevivido?

—Sí, aunque se ha pasado buena parte de la noche vaciando el estómago en el cuarto de baño —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Entre la botella de vino blanco que se bebió ella solita antes de entrar en el casino, el cóctel que también tuvo sus particulares efectos sobre ella y la sobrecarga sensorial, eso fue lo mejor que ha podido pasarle para depurar el organismo.

—Cada día que pasa estoy más convencido de que ese lugar tiene conciencia propia, una creada para joder —comentó. Sacudió la cabeza y lo señaló con un gesto de la mano—. Deberías sacar a pasear el resto, esta mañana hay convención demoníaca en el comedor.

Enarcó una ceja.

—¿Qué ha pasado?

—Veamos... Brish ha recibido una carta de su corte y se ha puesto de uñas, literalmente. — Empezó a enumerar con cada uno de los dedos—. Fey le ha dado la patada a Rhiannon, se ha envuelto con sus alas y enseña los colmillos a cualquiera que se atreva a preguntar que le ocurre, por otra parte, Aric se cabreó porque el íncubo le siseó a Helena, cuando se acercó a preguntarle por la humana, y utilizó su atracción natural contra ella, la cual todavía no termina de acostumbrarse a tanta testosterona demoníaca en el mismo lugar. Tengo que decir que esa pequeña humana sabe cómo retorcerle los huevos a alguien, nunca he visto a Fey aullar de esa manera. El caso es que al querido Ari no le hizo ni pizca de gracia que su humana le tocase la polla al íncubo, aunque fuese para retorcerle los huevos, con lo que se desencadenó una brusca confrontación entre el *sanguinar* y el gilipollas siseante.

—Es broma, ¿no?

—No, la Mansión se cabreó de lo lindo. A uno le cayó un candelabro encima y al otro una estatua, las puertas se abrieron y ambos fueron succionados, cada uno por un lado, hacia destinos no muy recomendables —relató con genuina diversión—. Cuando volvieron a manifestarse en la sala, ambos estaban tranquilos, mojados y chamuscados, pero tranquilitos.

Dejó escapar un resoplido, la idea de almorzar en la Mansión ya no le parecía tan atractiva como hacía unos pocos minutos. Lo último que necesitaba era provocarle a Gwenevere un ataque al corazón cuando aún no era capaz de asimilar el que él fuese real y no una enajenación mental.

—¿Helena está bien?

Todos y cada uno de los habitantes de la Mansión se habían encariñado con la humana. Gawrin y él sabían muy bien lo que esa mujer significaba para Aric y lo que su presencia había obrado en el *sanguinar*.

—Dado que le dijo a Aricles que ya podía irse buscando un banco de sangre y un sofá en la casa para pasar el resto de su vida, yo diría que sí —admitió entre risitas—. La engullí en una ilusión tan pronto me di cuenta que esos dos iban a destrozar la casa.

—Buen chico.

—¿Quieres darme también una palmadita en la cabeza? —se burló tocándosela él mismo.

—¿Y estropearle el peinado? —replicó con la misma burla—. No estoy tan desesperado, Gaw.

—¿Y dónde has dejado a tu deudora?

—En mi suite. —Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Vaya, parece que a esta casa le gusta tener inquilinas femeninas —admitió con una risita—. Primero Rhiannon, luego Helena y ahora Gwenevere.

—No se quedará mucho tiempo...

—Eso dijo Aric de su mujer y ya ves cómo hemos terminado.

—Aricles tenía una historia pendiente con esa humana, su destino era recuperarla y pasar el resto de su vida con ella.

—¿Y el de Fey llevarse el batacazo de su vida? —le soltó con su habitual agudeza—. ¿No se te ocurrió advertirle de lo que iba a pasar con esa pelirroja antes de que hubiese decidido quedarse con ella?

—No soy un oráculo, Gawrin, tampoco tengo una bola de cristal en la que pueda ver qué gilipollez cometeréis cada uno de vosotros —replicó con palpable ironía—. El futuro es tan caprichoso como el destino quiera que lo sea, las elecciones y decisiones que se toman alteran el

camino a seguir y solo veo aquello que el destino quiere que vea...

—O lo que es lo mismo «*no soy una pitonisa, Gaw, voy a ciegas*».

—¿No es lo que acabo de decir?

Se echó a reír.

—De acuerdo, ¿qué piensas hacer ahora con tu deudora? ¿Qué la ha llevado al *Circus*?

—No qué, sino quién —aclaró y señaló—. Kaniel Rush es uno de los principales responsables, según parece, pero hay otra criatura en el tablero con la que no contaba. Maise Cooper.

—¿Maise? ¿Quién es esa?

—Una *banshee*.

—¿Tu deudora tiene tratos con una de esas perras irlandesas?

—Mucho me temo que Gwenevere no tiene la menor idea de que la mujer a la que achaca todos sus problemas financieros, es una mensajera de la muerte.

—Pero, ¿qué coño hace una *banshee* rondando a una humana si no es para... bueno, ya sabes, si no tiene un pie en la tumba?

—Todavía no sé la relación que las une, cómo tampoco el motivo por el que ese lord está tan interesado en mi deudora, lo suficiente como para enviar a uno de sus perros a tantearla.

—¿Has hablado con Brishen de esto? —preguntó bajando el tono de voz.

—Todavía no —admitió con gesto pensativo—. Primero quiero saber qué hay detrás de todo ese movimiento que ha llevado a Gwenevere al *Circus* con una deuda completamente ajena a ella.

—Una *banshee*, uno de los miembros de la *Corte Flameris* y una humana a la que han endosado una deuda de juego que ni siquiera le toca de refilón.

—Buen resumen.

Su amigo sonrió de soslayo.

—Vas a disfrutar desentrañando este extraño puzle.

—No puedo negar lo evidente, con todo, la búsqueda tendrá que esperar, mi prioridad ahora mismo es Gwenevere —admitió mirándole—. La *banshee* tendrá que esperar.

Una perezosa sonrisa curvó los labios del ilusionista.

—Dado que no tengo nada mejor que hacer durante esta semana, mientras tú te entretienes con tu deudora, yo haré un poco de ejercicio y buscaré a esa irlandesita.

—Intenta encontrarla de una sola pieza, necesito respuestas y algo me dice que ella es la única que puede darlas.

—No te preocupes, seré muy delicado —le guiñó el ojo y lo recorrió de nuevo con la mirada—. Oh, y saca a pasear los accesorios de hueso, así el conjunto será de lo más chic.

Abrió la boca para decir algo, pero un grito femenino se llevó sus palabras, atrayendo la atención de ambos.

—¿Tu deudora? —preguntó con una mueca.

Suspiró y asintió.

—Eso me temo.

Giró sobre los talones y se desvaneció en el aire, no tenía tiempo para sutilezas, al parecer su tarea había dado comienzo.

## CAPÍTULO 22

Algo iba mal en su cabeza, pero que muy mal, pensó Gwenevere mientras contemplaba entre anonadada y horrorizada la peculiar escena que se desarrollaba delante de ella. Ni siquiera sabía cómo narices había terminado en esa sala. Todo lo que había hecho fue salir de la cama y cruzar el dormitorio hacia la puerta por la que se había marchado Usher con intención de llamarle de nuevo, pero en cuanto la manilla cedió y esta se abrió, se quedó mirando un pasillo completamente vacío.

Sabía perfectamente que no había dado más de dos pasos desde el umbral, podía jurarlo por su vida, pero al dar media vuelta para entrar en la habitación, se encontró frente a los hombres y a la mujer que ahora la miraban como si fuese a ella la que le hubiese crecido otra cabeza.

La educada y avergonzada disculpa que estaba a punto de brotar de sus labios murió en el mismo instante en que se encontró con un par de ojos rojos fijos en ella, unos labios negros que se separaron mostrando un par de puntiagudos colmillos y lo que pensó que era algún tipo de chal o capa, se desplegaba al tiempo que el hombre se levantaba de la mesa revelando unas alas que le recordaron a las de un murciélago.

El «*quién eres tú*» que pronunció se perdió en el aire. El miedo fue instintivo, se giró para escapar y no pudo evitar soltar un alarido al encontrarse de frente con otro individuo con unas alas similares, afilados rasgos demoníacos y unos brillantes y sobrenaturales ojos verdes clavados en ella con curioso interés. Él también abrió la boca, pues sus desarrollados colmillos parecieron brillar ante sus ojos trayendo a su mente una única palabra: «vampiro».

No escucho lo que decía, su mente se había apagado y sus oídos solo captaban el latido de su propio corazón, el cual parecía dispuesto a saltarle fuera del pecho.

Y entonces apareció ella, una mujer con apariencia humana que no dudó en empujar al primer tipo a un lado para abrirse paso y caminar en su dirección. Levantó las manos, hablándole con suavidad, como si fuese un animal atrapado al que hubiese que tratar con tacto y no dudó en ladrarle al vampiro de mirada siniestra que había dado un paso en su dirección.

—Ni se te ocurra, incubo. —Lo frenó en seco—. Ari, pliega las alas, desaparecelas, lo que sea y eso va también por ti, Fey, la estáis asustando...

¿Asustando? Eso se quedaba corto, el miedo al menos le daría algo para reaccionar, pero allí estaba, mirándoles, ahogándose de nuevo en esa balsa de agua de la que le era imposible emerger, sintiendo que se hundía cada vez más.

—Gwenevere.

Dio un salto, de manera literal, el grito que soltó en el proceso le erizó el vello y habría salido corriendo como alma que lleva el diablo si su pesadilla particular no la hubiese placado y sujetado cuando pasaba por su lado.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir! ¡Quiero irme! ¡Necesito salir de aquí! —peleó contra él, empujó, le

golpeó y acabó jadeando en busca de aire—. Sácame de aquí, oh dios, sácame de aquí, por favor.

—Tranquila. De los tres, Helena es la única que debería darte miedo de verdad.

Sus palabras fueron como un electro shock, levantó la cabeza y se encontró con sus ojos azules y su absoluta calma.

—Sí, claro, cómo no. —Se quejó la aludida llamando de nuevo su atención. Se había llevado las manos a las caderas y parecía dispuesta a ir a la guerra—. Está claro que no os miráis muy a menudo en el espejo, Usher, de lo contrario entenderías porque una mujer racional acabaría desmayada o muerta de un infarto de miocardio al encontrarse de golpe contigo, con el *polla caliente* o el *señor mordisquitos*.

—¿Polla caliente?

—¿Señor mordisquitos?

—Hoy tienes para todo el mundo, Lena. —Se carcajeó alguien más y Gwenevere no tardó en conocer a otro miembro más de esa extraña secta. En el caso del recién llegado, no había nada, a primera vista, que lo calificase como uno de ellos, pero su sola presencia parecía sobrenatural—. Hola, pastelito, bienvenida a la Mansión.

Se lo quedó mirando sin saber cómo responder, su cerebro parecía haberse fundido otro poco en los últimos minutos y empezaba a preguntarse si recuperaría el funcionamiento habitual alguna vez.

—Gwenevere, ellos son Gawrin, Fey y Aric. —Usher le fue presentando a cada uno de los monstruos presentes en la sala—. Y la humana que da órdenes como un sargento, es Helena, la mujer de Aric.

En el transcurso de un parpadeo, las alas, colmillos, ojos rojos y todo aquello que los proclamaba como seres sobrenaturales, se desvanecieron y los dos hombres adoptaron una apariencia humana. La inmediata transformación volvió a sobresaltarla y terminó pegándose todavía más a la inamovible columna en la que parecía haberse convertido Usher. Con sus brazos todavía alrededor del cuerpo, las grandes y firmes manos acariciándola sistemáticamente, empezó a respirar con mayor tranquilidad. El latido presente en sus oídos empezó a disminuir y el miedo se sofocó una vez más.

—Yo no doy órdenes como un sargento, capullo —replicó la mujer apuntándole con el dedo—. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de soltarla para que pueda sentarse a la mesa? La Mansión no ha desplegado un nuevo servicio por amor al arte y estoy segura de Gwenevere ni siquiera ha desayunado.

Escuchar su nombre en boca de alguien que no tuviese una voz ronca, profunda y le provocase escalofríos fue un gran cambio.

—Te estimo, Helena, pero no tanto como permitirte insultos.

La respuesta de su acompañante fue dura e hizo que la mujer entrecerrase los ojos sobre él con abierto desafío.

—Si buscas exquisita educación y cordialidad por mi parte, deberías empezar a trabajar en tus modales, para empezar —replicó con un bajo siseo.

—Helena, no voy a interponerme si sigues por ese camino.

La advertencia llegó de Aric, a quién había conocido en el casino. Él se acercó a la mujer desde atrás y le rodeó la cintura con el brazo, una sutil manera de ofrecerle su apoyo e indicarle a su oponente que tampoco iba a permitir que él se interpusiese en el camino de la chica.

—Se os olvida que yo ya he estado en sus zapatos y no es precisamente agradable —replicó Helena—. Sobre todo porque ese maldito brebaje ahoga cada una de las emociones hasta el punto

de sentir cómo si te estuvieses ahogando en un mar en calma.

—¿Qué brebaje?

Sabía que su voz había salido entrecortada, incluso ahogada, pero sus palabras acababan de retratar lo que le ocurría.

—El cóctel que han debido de ofrecerte en el casino.

—¡Lo sabía! —declaró liberándose de sus brazos para poder mirarle y acusarle—. ¡Me drogaste!

—Gracias, Helena, no olvidaré este momento en mucho tiempo —murmuró él con una abierta amenaza en la voz, entonces se centró en ella—. Por última vez, porque no pienso volver a repetirlo, no había ninguna clase de droga en ese cóctel y sí, tus emociones están contenidas y seguirán así hasta que te acostumbres a esto —señaló a sus compañeros y el lugar en sí—, de otro modo tu mente analítica, no lo soportaría, sucumbirías al miedo y, con toda probabilidad, terminarías en la cama de un hospital con un paro cardíaco, eso siendo generoso. Soy un chamán, un hechicero, si así lo entiendes mejor, no necesito utilizar drogas humanas, mi magia es de lejos mucho más efectiva y no resulta dañina para el organismo... si ese es mi deseo.

—Hechicero —repitió la palabra y lo recorrió con la mirada en el proceso, deteniéndose con un jadeo ante el hipnótico balanceo de una cola oscura veteada a su espalda—. Estoy perdiendo la cabeza.

—No más que la mayoría —murmuró y le señaló la enorme mesa a la que habían estado los demás miembros de la sala—. Siéntate, necesitas reponer fuerzas. Después verás las cosas de otro modo.

—¿De otro modo? —No pudo evitar soltar una ahogada e histérica risa—. Sois... monstruos...

—El término que buscas es *demonios*, pastelito —puntualizó Gawrin con un carraspeo—, eso si quieres empezar con buen pie en esta casa.

—... o permanecer en ella —comentó Fey.

—Hombres, da igual la clase o raza a la que pertenezcáis, no tenéis ni puta idea de cómo tratar a una mujer —farfulló Helena y, antes de que pudiese evitarlo, se encontró llevada por la mujer al otro lado de la mesa, donde había un juego completo de desayuno impoluto—. Ven, ignóralos, sé de primera mano que es la mejor manera de enfrentarte a esta situación.

—¿Cómo puedes saberlo?

Ella sonrió y la calidez que emanó esa sonrisa diluyó un poco más su aprensión.

—Porque yo también me senté ante una de las mesas de juego del *Soul Circus Casino* y perdí —declaró cubriendo su mano—. Nadie puede siquiera empezar a imaginarse lo que se siente al descubrir que lo que creías una fantasía, se vuelve realidad ante tus propios ojos, el miedo, la incompreensión y el terror que te inunda... Yo lo descubrí una vez sin los beneficios del «cóctel» y créeme, Gwenevere, lo que quiera que haya hecho Usher para minimizar ese estado, es mejor que nada.

No sabía cómo responder a eso, así que se limitó a sentarse y recorrer con la mirada la mesa hasta encontrarse de nuevo con los ojos ahora azules del chamán.

—Helena 1 - Usher 0 —escuchó que mascullaba alguien entre risas—. Aric, cada vez me gusta más tu mujer.

—También a mí, pero no por eso dejaré que te la folles —respondió el aludido con abierto hastío.

—Tú quitándole siempre la diversión a todo —chasqueó en respuesta.

—Ignórales —le sugirió Helena apoyándose en el respaldo de su silla—, es la cantinela que llevo escuchando entre Aric y Gawrin desde que llegué a esta casa.

—Eso es porque tú no has dicho que sí, Lena —replicó Gawrin dedicándole un guiño a la mujer—, de lo contrario disfrutarías de un estupendo trío.

—Por encima de mi cadáver, *ileriano*.

El hombre se echó a reír y le sopló un beso antes de dirigirse a su compañero y palmearle el hombro.

—Lo dicho, Aric, me encanta tu mujer.

El aludido puso los ojos en blanco y extendió la mano en dirección a la mujer.

—Lena, se hace tarde.

—Mierda, es verdad —jadeó la chica, soltó unos cuantos improperios de carrerilla y se inclinó hacia ella—. Tengo algo que resolver esta mañana, pero por la tarde estaré libre, si sigues por aquí y te apetece charlar, solo pregunta a la Mansión y te indicará al momento dónde estoy.

¿Preguntar a la mansión? Ni siquiera pudo preguntar a qué se refería, pues la chica arrancó en una breve carrerilla, se agarró a la mano extendida de su pareja y ambos se esfumaron, literalmente, en el aire.

—Joder...

—Respira, pastelito, solo respira —se rió Gawrin, le guiñó el ojo y se volvió hacia Usher—. Me gusta su estilo, es muy... erótico, pero imagino que no estás de humor para compartirla así que... me voy.

—Subrayo las palabras del ilusionista —añadió Fey uniéndose a su compañero.

Al contrario que la pareja, ambos optaron por la puerta, la cual se cerró detrás de ellos dejándoles a solas en aquella enorme sala. Su amante la recorrió con la mirada y chasqueó la lengua.

—Cierra los ojos —le dijo al tiempo que caminaba hacia ella.

—¿Por qué?

Se detuvo a su lado, apoyando una mano en la mesa y la otra en el respaldo de la silla, bajó sobre ella y le susurró al oído con genuina diversión.

—Porque imagino que preferirás llevar puesto algo más que una de mis camisetas deportivas cuando te sientas a la mesa a desayunar.

Su comentario la hizo jadear y, por primera vez desde que salió del dormitorio, fue consciente de que lo había hecho tal cual estaba, con la enorme camiseta masculina y sin nada debajo.

—Oh, joder —gimió mientras enrojecía hasta la punta del pelo—. Maldita sea, es culpa tuya, si no te hubieses ido de esa manera...

—Cierra los ojos —pidió una vez más y acompañó su petición con los dos dedos bajándole los párpados—, y piensa en algo bonito.

—Tú colgando de una soga —rezongó.

Un inesperado viento caliente acompañó su carcajada mientras le lamía la piel, un segundo después notó como nuevas e inesperadas prendas se le ceñían al cuerpo. Abrió los ojos, apartándose de su contacto y no pudo evitar jadear al verse las piernas cubiertas por unos pantalones vaqueros y una camiseta ciñéndole los pechos debajo de una liviana chaqueta. Incluso sus pies estaban ahora calzados con zapatillas, sus zapatillas deportivas.

—¿Cómo...?

Usher cogió la servilleta que estaba sobre la mesa, la sacudió con elegancia y se la puso sobre el regazo.

—Desayuna, después te llevaré a casa —le apartó un mechón de pelo de la cara, remetiéndolo detrás de la oreja y se incorporó.

La besó en la cabeza, un gesto que la sorprendió casi tanto como la aparición de un completo desayuno continental ante ella en la mesa.

—Esto no está pasando...

—Sigue repitiéndotelo y quizá consigas convencerte de ello.

Se giró en la silla para ver cómo se alejaba y no pudo evitar morderse el labio para no soltar de nuevo una maldición al ver cómo esa cola se agitaba como una perezosa serpiente a su espalda.

No era humano, tenía cola y, cómo le había dicho Gawrin, solo había una palabra correcta para definirle; *demonio*.

*«Quizá debas perder jugando a las cartas, Gwene, la recompensa será mayor si pierdes que si ganas».*

Sacudió la cabeza al recordar las palabras de Silvie. No, no podía ser verdad, nada de lo que le había dicho en la lectura tenía sentido y sin embargo, aquí estaba, sentada a la mesa de uno de los demonios, hombres o lo que fuese, más sexy que se hubiese cruzado en su camino.

## CAPÍTULO 23

De pie en la entrada de su modesta casa, la misma que estaba a punto de perder, Gwenevere se dio cuenta de que parecía que habían pasado días y no tan solo unas pocas horas desde que salió por la puerta. Todo lo que elucubró el día anterior se deshizo como un castillo de naipes bajo una ráfaga de viento, aceptar la invitación y traspasar el umbral del casino la había sumergido en un mundo que a duras penas se atrevía a considerar real.

—¿Vas a entrar o prefieres que te deje en algún otro sitio?

Giró sobre los talones para ver a Usher de brazos cruzados y apoyado en la puerta del coche, la había arrastrado del comedor a un garaje dónde la hizo subir a uno de los coches, para luego ponerse él al volante y conducir finalmente hasta aquí.

Ni siquiera le había pedido la dirección, había encendido el motor y algo menos de veinte minutos después, enfilaban por su calle, deteniéndose justo delante de la típica valla blanca de las casas de la zona. Aunque hubiese querido recordar el camino, le habría resultado imposible, en cierto momento el paisaje a su alrededor pareció desdibujarse y al siguiente, estaban saliendo de la autopista.

Cualquier rasgo demoníaco se había extinguido, sus ojos azules brillaban por sí mismos con esa humana intensidad, el pelo se le había alborotado por el viento y los vaqueros, con la camisa y el chaleco que ya le había visto llevar en la cafetería, le devolvían al «jefe» que ella conocía, alejándole del «demonio» que la había arrastrado a toda aquella locura.

*Demonio.* El término todavía se le atascaba en la garganta y le provocaba escalofríos.

—¿No deberías estar ya en el Kerrigan's?

La sonrisa perezosa que le curvó los labios, mientras descruzaba los brazos y avanzaba hacia ella, le provocó un temblor de inesperada excitación. Parpadeó sorprendida por su propia reacción y se tensó a medida que se acercaba.

—Me voy ahora para allí, pero debo cerciorarme que tú estarás bien y que no harás nada estúpido.

—¿Nada como qué?

—Dar media vuelta en el momento en que arranque el coche y ponerte a vagabundear sin rumbo fijo —admitió con sencillez—. Ahora eres mi responsabilidad...

—No lo soy...

—... y sé lo mucho que te ha impactado cada uno de los pasos que has dado desde el momento en que pisaste el casino.

—¿Y puedes culparme por ello?

—No, Gwen, no te culpo de nada, de hecho, intento que tú misma no te culpes por cosas que no habrías podido evitar, ni aunque lo hubieses intentado —le aseguró mirándola a los ojos—.

Debes seguir tomando tus propias decisiones tal y cómo lo has hecho hasta ahora, eso lo que necesitas, más allá de lo que yo pueda decirte o pensar al respecto, necesitas recuperar tu propia vida.

—En ese caso, súbete al coche y déjame en paz —replicó tomando al pie de la letra sus palabras

—Lo haré tan pronto me digas si vas a quedarte aquí o te irás a algún otro lugar.

—¿Quieres que te haga un *planning* y así te quedas más tranquilo? —resopló con creciente irritación—. O quizá prefieras ponerme una pulsera de localización, ya puestos.

Ladeó la cabeza y sonrió dejando entre ver una perfecta dentadura.

—No es algo que necesite, mi pequeña deudora, sabré dónde estás en cada momento.

—Eso no suena precisamente tranquilizador.

—¿Quieres escuchar algo tranquilizador?

—Dudo siquiera que conozcas el término.

—Ven a la cafetería a las nueve, te estaré esperando con un café recién hecho y una ración de tarta de queso.

—Eso no es tranquilizador, es una amenaza —replicó con un bufido—. Y yo no he cocinado ninguna tarta de queso para el *Kerrigan's*.

—No, no lo has hecho... todavía. —Se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla—. Disfruta de tu tarde, Gwenevere.

Parpadeó entre sorprendida por su beso y conmocionada por la calidez que sintió en el estómago ante el gentil gesto.

—¿En serio te vas?

Preguntó al ver que se alejaba de nuevo de vuelta al coche.

—Es obvio que no quieres que me quede y yo tengo algunas cosas de las que ocuparme —admitió llevándose las manos a los bolsillos—. Nos veremos esta noche.

—¿Qué te hace pensar que acudiré?

—Que de todos tus males, descubrirás que yo soy el menor —le soltó levantando el brazo a modo de despedida al tiempo que abría la puerta del lado del piloto con obvia intención de entrar—. No llegues tarde, Gwen.

Dicho eso, se metió en el coche y arrancó con repentina prisa.

—Dios, esto no puede estar pasando —miró su casa y suspiró—. Ojalá fuese todo un maldito sueño...

Pero su particular pesadilla parecía empeñada en seguir acumulando desastres, pensó atravesando el umbral y sintiendo que se le encogía el estómago al ver todas las cajas apiladas en el recibidor.

*Un día.* Mañana el banco ejecutaría la hipoteca y ella se quedaría en la calle.

—¿Por qué no dejas caer una bomba sobre mí y terminamos de una vez?

Todo estaba tal cual lo había dejado la noche anterior, la botella vacía sobre el mueble, la copa con apenas un culín de vino... Anoche, todo había ocurrido esa pasada noche. Se estremeció, no quería pensar, no quería recordar, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Recogió la copa, dejó caer la botella en el contenedor destinado al cristal y fregó los cacharros que habían quedado en el fregadero, puso la tetera al fuego y abandonó la cocina rumbo al sofá de la sala cuando el timbre de la puerta la hizo detenerse en seco.

Resopló, echó la cabeza hacia atrás y gimió como una moribunda. Empezaba a pensar en ignorar el timbre, en hacer creer a quién estuviese al otro lado que no había nadie en casa, pero la

insistencia del estridente sonido le crispaba los nervios. Se levantó de mala gana y atravesó la casa dispuesta a decirle, a quién estuviese molestándola, lo que podía hacer exactamente con ese dedo.

—Levanta el dedo de ese botón o te lo corto, cap... —Las palabras se esfumaron de sus labios en el preciso instante que vio a la persona que se encontraba al otro lado de la puerta.

—Hola Gwene.

Escuchar de nuevo su voz fue como recibir una descarga eléctrica, todo su cuerpo entró en tensión, sus dedos apretaron con fuerza la madera de la puerta hasta ponerse blancos.

—¿Qué haces aquí?

Con obvia vacilación y una repentina imposibilidad de mirarla a la cara, su inesperado visitante respondió.

—He venido a pedirte perdón.

Si el *Conejo Blanco* de *Alicia en el País de las Maravillas* hubiese llamado a su puerta diciendo «*llego tarde*», no le había sorprendido tanto como el encontrarse con el hombre que ahora tenía frente a ella. Bien vestido, mejor de lo que lo había visto jamás, con otro peinado, fresco como una lechuga e incluso con un ramo de flores en las manos, se encontró a Greg, su ex prometido.

## CAPÍTULO 24

Había cosas que jamás cambiaban en el *Underground*, pensó Usher echándose a un lado justo a tiempo para evitar un proyectil en forma demoníaca que atravesó la entrada para aterrizar, en un lío de alas, cola y miembros, contra los contenedores al otro lado de la calle. Tras él apareció una atractiva y curvilínea *súcubo* que se limpiaba las manos la una contra la otra mientras dejaba claro su punto con un profundo acento parisino.

—Nadie critica mi comida, Connard —replicó llevándose las manos a las caderas y dejando clara su postura—. Si tus papilas gustativas no funcionan o te las han extraído, vete a que te las arreglen o devuelvan, porque si vuelves a poner una sola pezuña en mi bar, no quedará de ti ni las cenizas.

El chico no era más que un joven demonio imberbe y también estúpido, nadie en su sano juicio jodería con Juliette en su propio territorio, lo más inteligente que podía hacer era bajar la cabeza y largarse corriendo, pero él parecía dispuesto a inmolarse a sí mismo.

—No tienes derecho a...

—Si quieres vivir, cierra el pico, pliega las alas y arrastra tu culo fuera de aquí. —Se adelantó, evitando que la entrada se viese inundada de sangre y vísceras, que sin duda sería lo que ocurriría como ese idiota siguiese protestando—. No se le lleva la contraria a la propietaria del bar, mucho menos cuando ella está presente. Si quieres mantener los ojos en sus cuencas y cada órgano dentro del cuerpo, lárgate ya.

La poca lucidez que podía haber en esa alcoholizada mente masculina pareció surgir a la superficie, porque el muchacho tuvo el buen sentido de cerrar la boca y escabullirse sin nada más que algunos bajos siseos.

—Buen chico —suspiró para sí y se volvió hacia la mujer, quién lo recorría con una abierta mirada sexual—. Te veo bien, Juliette.

—Usherian el Kerr —ronroneó ella, se lamió los labios y le dedicó una amplia sonrisa predatoria—. Dichosos los ojos que te ven, hechicero, el mundo humano se debe estar consumiendo si te has dejado caer por el *Underground*.

Correspondió a su sonrisa y chasqueó la lengua.

—¿No puede apetecerme solo venir a verte?

Se echó a reír, un sonido musical que te erizaba la piel y despertaba el deseo de cualquier hombre que la rondase.

—*Mon cœur*, incluso tus mentiras suenan dulces en los oídos de quienes las escuchan —replicó y sacudió la cabeza—. ¿No deberías estar trabajando en ese delicioso local tuyo?

—Me he tomado el día libre, tengo otras cosas entre manos.

—¿Otras cosas? —Volvió a recorrerlo con la mirada, sonrió de soslayo y señaló el umbral

con un gesto de la barbilla—. Entiendo, ¿por qué no pasas y me cuentas en que andas metido ahora?

—Lo haré si mi invitación a una de esas fantásticas creaciones culinarias tuyas —la engatusó.

Sus ojos brillaban, siempre lo hacían cuando alguien la halagaba con sinceridad.

—Sígueme —ronroneó y pasó ante él meneando las caderas.

Juliette Francois era una hembra peligrosa, un demonio sexual con una baja tolerancia a las gilipolleces y que regentaba uno de los pocos locales en el mundo humano para razas sobrenaturales. Era curiosa la manera en la que funcionaba aquel lugar y cómo permanecía oculto de los ojos de los mortales, solo quien poseía un gramo de sangre de demonio podría encontrarlo y traspasar el umbral, dejando atrás cualquier tipo de *glamour* o camuflaje y mostrándose tal cual era en realidad.

Notó el hechizo grabado en esas paredes y sintió cómo lo despojaba de su aspecto humano, el cambio fue inmediato, sacudió la cola, destensó los hombros y deslizó la punta de la lengua por uno de sus colmillos. Sus ojos se adaptaron a la nueva iluminación del interior, echó un rápido vistazo a su alrededor reconociendo algunas caras y continuó hacia la larga barra de color caoba detrás de la que ya se movía Juliette.

Si la súcubo era encantadora en su forma humana, la original la convertía en una oscura belleza. Con una piel suave color canela, un largo y lacio pelo negro que le caía casi hasta la cintura y unos labios color borgoña que dejaban vislumbrar dos pequeños y coquetos colmillos, era una creación de otro mundo. Su magnetismo sexual era como un afrodisíaco que atraía a machos y hembras por igual, eran pocos los que no caían en sus redes y los que lo hacían, recordaría ese momento durante el resto de sus patéticas vidas.

—De acuerdo, *mon freud*, cuéntame —pidió sirviéndole una copa—. ¿Qué ha hecho que dejes tu cómoda y pequeña cafetería humana y vengas a este oscuro e infernal tugurio?

Ocupó uno de los taburetes y cruzó los dedos de oscuras uñas.

—Una de las deudoras del *Soul Circus*.

Enarcó una ceja y se inclinó hacia delante, apoyándose sobre la barra.

—Así que sigues trabajando para él. —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto tiempo de servicio te queda?

—El que sea necesario —replicó desestimando la pregunta y la curiosidad subyacente en su voz.

—De acuerdo, no preguntaré más —aceptó, chasqueó la lengua y se incorporó un poco—. ¿Qué es lo que necesitas?

Esto era lo que hacía de ella una mujer no solo atractiva sino valiosa, era de las que iba al grano.

—Encontrar a alguien —admitió y echó un nuevo vistazo a su alrededor—. Una *banshee*, en el mundo humano responde al nombre de Maise Cooper y, de algún modo, parece estar relacionada con uno de los lores de la *Corte Flameris*... entre otras cosas.

—¿Quién?

—Kaliel Rush.

Parpadeó varias veces y resopló lanzándose a una rápida diatriba.

—Déjame adivinar, esa *banshee* formaba parte de su oscuro harem.

—¿Un harem?

Entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante, mirándole a los ojos.

—¿Por qué te interesa esa pequeña *mensajera de la muerte*? Si forma parte del harem de Lord

Kaliel... no durará mucho.

—Porque alguien parece haber perdido a propósito en las mesas del casino para dejar una deuda a nombre de mi deudora.

Ella ladeó la cabeza, echándose el pelo sobre el hombro de forma sensual.

—Entonces, has salido de caza y por una humana, nada más y nada menos.

—Me he quedado con su deuda, así que, me interesa dar con ella para poder recuperar mi inversión.

La súcubo resopló y puso los ojos en blanco.

—Como si tú tuvieses problemas de dinero para echar de menos esa calderilla, Usherian, esto es algo personal, te gustan demasiado los humanos...

—Mis ancestros eran humanos...

—Y demonios. —Lo señaló entero con un coqueto gesto—. Por suerte en ti el equilibrio es... magnífico.

—Gracias —se rió—. Tengo buenos genes.

Ahora fue ella la que se echó a reír, destensando el ambiente,

—Si no me cayeses tan bien, ahora mismo saldrías volando a través de la puerta —aseguró chasqueando la lengua—. Veré que puedo averiguar sobre tu *banshee*, mientras tanto, ponte cómodo y cuéntame cómo te has metido en esta nueva aventura.

—Jugando, Juliette, jugando y ganando a las cartas.

## CAPÍTULO 25

—¿Puedo pasar?

Gwenevere no podía creer que hubiese pronunciado esas dos palabras, no después de lo que le había hecho. El presentarse allí y llamar a su puerta ya era lo bastante surrealista cómo para dar más importancia a esa frase.

—No, no puedes —declaró con tal firmeza que lo llevó a levantar la cabeza y mirarla casi con sorpresa—. ¿Qué te ha llevado a pensar que podías volver a poner un solo pie en esta casa después de lo que esa zorra y tú me hicisteis? No sé cómo tienes la desfachatez de presentarte siquiera en mi puerta.

—Me equivoqué, Gwene.

—No me digas.

—Tienes derecho a dudar y a no creer en mis palabras, pero necesitaba pedirte perdón —continuó con tono derrotista, tendiéndole el ramo—. Son para ti.

—No las quiero.

—Gwene, han sido muchos los años que hemos pasado juntos, casi toda una vida, no puedes echar por tierra todo eso por tan solo... un desliz —se justificó—. Sé que tengo la culpa, no te merecías... eso.

—¿Eso? —dejó escapar un resoplido—. Llámalo por su nombre, Greg, follarte a la que entonces consideraba mi mejor amiga. No te importó que estuviésemos prometidos, que digo, yo no te importé lo más mínimo, ¿y ahora vienes con un ramo de flores en las manos y una disculpa? Tenías que haberlo pensado antes de meter la polla en una agujero ajeno.

—Joder, nena, lo siento, yo... —chasqueó, cómo si no supiese cómo seguir—. Ella no es lo que parece, no es lo que crees, me embaucó...

—Vaya hombre, ¡pues bien venido al club! —replicó cruzándose de brazos.

—Gwene...

—¿Qué? Has venido a pedir disculpas, pues bien, vale, listo —sentenció sin más—. Ya lo has hecho, así que ahora dime dónde demonios está mi dinero. ¿Qué habéis hecho con las mensualidades de mi hipoteca y con los fondos que teníamos en la cuenta?

—Cariño, no sé de qué me estás hablando...

Lo de fingir nunca se le había dado bien, estaba claro que se olvidaba que lo conocía desde el instituto, que sabía cuándo se marcaba un farol. Era un actor consumado y un gran comunicador, pero ella había aprendido con el paso de los años a detectar esas pequeñas mentiras y sus estudiadas actuaciones.

Señaló la casa a su espalda con un gesto del pulgar.

—¿Quieres que te lo refresque? Bien, no hay problema. Os apropiasteis de las mensualidades de la hipoteca, me vaciasteis la cuenta y, aún no sé cómo, uno de tus socios ha estado usando mi nombre para ponerme al frente de sus deudas, así que deja el teatrillo y dime qué coño habéis hecho con mi dinero. ¿Dónde está Maise? ¿Qué habéis hecho con mi dinero? ¿Quién demonios es ese Kaliel Rush y por qué mierda sabe mi nombre?

—Joder, Gwene, no tengo la menor idea de lo que estás hablando —replicó ahora con su acostumbrado tono de fastidio, bajando el ramo. Sí, este era él, ¿por qué solo ahora se daba cuenta de esos pequeños detalles y de lo mucho que en realidad siempre le habían molestado? ¿Cómo los había podido pasar por alto?

Y más aún, ¿cómo había podido pasar tanto tiempo al lado del hombre que estaba ahora ante ella?

Los hoyuelos que le habían parecido atractivos en su momento, ahora ya no lo eran, sus facciones eran demasiado abruptas, sus ojos reflejaban mentiras y falsedad, todo en él no era más que... fachada. Ya no le parecía tan atlético, ni apetecible en un entorno puramente sexual y, por dios, detestaba ese tono nasal con el que hablaba a veces.

¿Cómo no se había dado cuenta de ello antes? Había pasado más de media vida a su lado, ¿se habría conformado con la comodidad? ¿Había estado tan necesitada de compañía que se volvió ciega a sus defectos?

De manera inconsciente le vinieron a la mente otros ojos, un rostro muy distinto y unos labios cuyos besos la habían hecho perder la cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Greg nunca la había desconcertado de esa manera, con él todo había sido *a*, *b* o *c*, sin giros, sin sorpresas.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado los peregrinos pensamientos, descruzó los brazos y se los llevó a la cadera.

—No te creo —sentenció finalmente—. ¿Qué habéis hecho con mi dinero? ¿Dónde están nuestros ahorros? ¡Las mensualidades que nunca fueron ingresadas para pagar la hipoteca!

—¡No lo sé! ¡Pregúntaselo a esa perra de Maise! —Estalló, su rostro se desfiguró por la rabia y un inusitado rencor—. Fue ella la que se lo llevó todo.

Entrecerró los ojos, no le creía, no sabía por qué, pero seguía sin creerle.

—No te creo.

—Te digo la verdad, Gwene, yo no quería meterme en esto, ¿vale? —Pasó de nuevo a la justificación—. Ella me embaucó, me sedujo...

Enarcó una ceja y soltó un resoplido.

—Maise ni siquiera podía verte, Greg, no te soportaba...

—Todo era un truco para que no sospechases de ella... —declaró con absoluto convencimiento—. Es toda una actriz, sabe cómo envolverte, cómo hacer que te lo cuestiones todo. Yo no quería, me sentía culpable, pero entonces... nosotros parecíamos habernos distanciado y ella me dijo que tú...

—¿Que yo qué? —De verdad, empezaba a echar de menos las palomitas para disfrutar adecuadamente de la actuación.

Se pasó las manos por el pelo con gesto nervioso, resopló y puso esa cara de cordero degollado con la que siempre se había salido con la suya. Era curioso que lo que antes le había parecido incluso tierno, ahora lo viese como una actitud infantil y provechosa por parte de un hombre que lo tenía todo.

—Es culpa mía, cariño, por confiar en ella, por creerla cuando me dijo... —Sacudió la cabeza y siguió con su oscarizada actuación—. Dios, ¿por qué la creí? Sabía que era tu mejor

amiga, pero... creer algo como eso...

—¿Cómo qué? —Lo animó—. Vamos, adelante, continua... esto se está poniendo muy interesante.

Su tono debió de sorprenderlo pues perdió el hilo de su actuación durante unos segundos.

—Ella... ella me juró que me estabas poniendo los cuernos con alguien...

—No me digas —Ladeó la cabeza—. ¿Y ese alguien tenía nombre?

—Gwene, ella era tu mejor amiga... —Se evadió de la pregunta.

—Sí, eso parecía...

Resopló, aquello se estaba alargando bastante, echó un vistazo hacia el interior, pensando en dar media vuelta y dejarlo allí, pero él seguía con su monólogo.

—...quién mejor te conocía, no quería dudar, pero...

—Todavía no me has dicho el nombre del tío con el que supuestamente te estaba poniendo los cuernos, Greg —le recordó, como buen apuntador para que el actor no pierda el hilo del papel.

—Un compañero de trabajo... —respondió con un encogimiento de hombros—. No, no quise saber su nombre...

—Qué conveniente.

—Nena, por favor...

Oh, ya era suficiente, pensó dando un paso hacia delante, levantó la mano y lo apuntó con el índice.

—Primero, no me llames «nena» —puntualizó, clavándose en el pecho—. Y segundo, te olvidas que nos conocemos desde el instituto, Greg, a estas alturas conozco cada uno de tus trucos, de tus caras, de tus actuaciones... Y créeme, este no es tu mejor papel.

Entrecerró los ojos y se llevó las manos a las caderas.

—Puedo haber sido una estúpida de primer grado por no haberme dado cuenta o no haber querido hacerlo —admitió, más para sí misma que para él—, pero tengo que darte las gracias. Sí, con sinceridad, debo hacerlo porque me has ayudado a abrir los ojos.

Lo miró de arriba abajo de manera insultante, haciendo lo que muchas veces él había hecho con ella, chasqueó la lengua y agitó las manos.

—Llévate tus flores, tus mentiras y tus teatrillos, no vuelvas a acercarte a mí a menos que sea para devolverme lo que me habéis quitado —insistió, dejándole las cosas claras—. Por lo que a mí respecta, tú ya no formas parte de mi vida, no existes y no me importa lo más mínimo lo que te pase y...

—Joder, Gwene, esa puta me ha dejado limpio —estalló finalmente, dejando a la vista el motivo de su presencia allí—. Se quedó con todo...

—¿Y? —replicó enarcando una ceja—. ¿Quieres que te compadezca o te de la enhorabuena?

—Necesito que me ayudes.

Estalló en carcajadas, no pudo evitarlo, lo había dicho con tal convencimiento, que no pudo hacer otra cosa que reír.

—Claro que sí, hombre, no tengo mejor cosa que hacer que ayudar al hijo de puta que no solo me ha vaciado la cuenta, sino que me ha puesto los cuernos con mi mejor amiga —replicó con mordacidad—. Pero verás, hay un problema. Da la casualidad que las mensualidades de la hipoteca que nunca llegaron a pagarse, ahora se han hecho tantas que es imposible abonar todo ese importe y el banco me ha dado de plazo hasta mañana para pagar o me embargan la casa. Tengo la orden sobre la mesa de la cocina. O, que no se me olvide el encantador agente de cobro de un tal Kaliel Rush, que supongo tú conocerás de tus negocios, detrás de mi culo desde hace unos días

exigiendo el pago de unas deudas que ni siquiera contraje yo...

Dejó escapar un afectado suspiro y añadió con tono modoso.

—Así que, lo siento, *nene*, pero no puedo pagarte ni un café... ni aunque se diese el milagro de que quisiera hacerlo, no tengo ni dónde caerme muerta.

Su respuesta no pareció gustarle, ya que hizo oídos sordos a sus palabras e insistió en lo que había venido a buscar.

—Joder, Gwenevere, no necesito mucho, solo lo justo para recuperar mi coche —le soltó con evidente fastidio porque ella se estuviese tomando las cosas a guasa—. Te lo devolveré lo antes posible, lo juro.

—¿Qué parte de “*no tengo ni dónde caerme muerta*” no has entendido?

—Oh, vamos, los dos sabemos que Cassie no dejaría que su hijita se quedase en la calle y su novio está forrado —continuó ahora con un tono nada conciliador—. Solo necesito dos mil y te los devolveré...

Sí, se había equivocado mucho, pero muchísimo con ese hombre, comprendió Gwenevere con un amargo sabor de boca y un nudo en el estómago, y el darse cuenta de ello ahora hacía que sintiese una profunda vergüenza para consigo misma. No había estado solo ciega, sino sorda y muda a juzgar por lo que ahora veía con apabullante claridad. Esa noche en el casino parecía haberle quitado la venda de los ojos obligándola a ver la realidad.

—No puedo creer que haya tardado tanto en darme cuenta —musitó más para ella misma que para él.

—Gwene, por favor, nos conocemos desde siempre, tienes que...

No quiso oír más, le dio la espalda y miró hacia el recibidor.

—No es necesario que digas nada más, Greg —respondió caminando hacia el interior—, dame un momento y te daré exactamente lo que necesitas...

—Sabía que podía contar contigo, cariño, te juro que lo arreglaré, arreglaré todo esto y volveremos a estar como antes —lo escuchó farfullar, pero no le dio mayor importancia, pues estaba bastante ocupada intentando acceder a la esquina en la que estaban apiladas las cajas con sus cosas—. Yo te quiero, Gwene, de verdad...

Allí estaba *Ruperta*, sobresaliendo por detrás de las cajas. Se había resistido a deshacerse de ella pues era el único recuerdo que le quedaba de un padre, uno que se había marchado sin mirar atrás. No había querido dejar de recordar quién era él, quién había sido para ella y por ello todavía la conservaba.

Envolvió los dedos alrededor del frío y largo cuello, apretó los labios y la extrajo, saliendo después con ella acunada en los brazos.

—Sabía que podía contar contigo, amor, yo... ¡Hostia puta!

Sí, sin duda era una exclamación perfecta para alguien que se encontraba encañonado por una vieja escopeta de caza; su *Ruperta*.

—Lo diré una vez, solo una, Greg —murmuró en voz baja, fría, apuntando el cañón hacia ese idiota y acariciando con el dedo el gatillo—. Fuera de mi casa, de mi vida, de hecho, cámbiate de ciudad, de modo que no tenga que volver a ver tu puta cara, porque como vuelvas a poner un solo pie en mi porche, te meteré una bala en los huevos.

—Gwene, baja eso, nena, puede disparársete y...

—¡Fuera de mi propiedad, comadreja! —le gritó. Sin pensarlo dos veces, bajó el cañón hacia el suelo, afianzó la culata contra el hombro, bajó el cañón y apretó el gatillo. El disparo que restalló retumbándole en los oídos, dejando una pequeña nube con olor a pólvora que se disolvió

rápidamente.

Esa cosa era una verdadera antigualla.

—¡Has perdido la puta cabeza! —chilló él dando un paso hacia atrás con el rostro blanco y una expresión de absoluta incredulidad al ver que el disparo había impactado justo delante de sus pies.

Volvió a amartillar el viejo arma y lo apuntó una vez más.

—Interesante pregunta —chasqueó—. Es curioso, pero a pesar de los recientes acontecimientos por los que he pasado, de todo lo que he visto, mi mente sigue... más o menos intacta, aunque no puedo decir lo mismo de tu anatomía si sigues aquí un segundo más...

—¡Estás zumbada! ¡Voy a denunciarte a la policía!

—¡Genial! ¡Hazlo! Así podré explicarles que una comadreja ha intentado atacarme en mi propia casa —sonrió con malicia y levantó el cañón con una obvia intención—. Me perdonarán el que le haya disparado al ladrón entre las piernas...

Acarició el gatillo y puso su expresión más sádica, un gesto que sabía llevaría a ese imbécil a ponerse de rodillas, cosa que sin duda habría hecho si alguien no hubiese levantado el cañón de la escopeta, haciendo que disparase al aire y acto seguido escuchase el grito de su ex, corriendo a ponerse a salvo detrás de uno de los coches aparcados en la calle.

Al parecer el primer disparo no había sido demasiado importante para que los miembros de la vecindad asomasen la cabeza para ver que ocurría, pero el segundo ya trajo consigo algunos sonidos de puertas abriéndose y avisos de «*voy a llamar a la policía*».

—Si no me preocupasen los problemas que tu belicosa actitud pudiesen ocasionarle a Usher, habría dejado que le disparases en las pelotas —aseguró el recién llegado al mismo tiempo que le sacaba el arma de las manos.

En cuanto posó los ojos sobre él, reconoció a uno de los hombres que había conocido esa misma mañana en la mansión.

—Tú...

El tipo puso los ojos en blanco e hizo una mueca.

—No sé por qué ese es un «*nombre*» que últimamente me aplican bastante a menudo —declaró al tiempo que le daba la espalda y extendía la mano hacia la calle musitando unas palabras en voz baja. El aire pareció vibrar al compás de estas, cómo cuando el calor extremo parece difuminar las imágenes, pero en esta ocasión, ese aire pareció crearlas, como un espejismo que se alzase de la nada.

—Está bien, vuelvan a sus casas, ha reventado una tubería al final de la calle. —Decía un hombre vestido de policía, mientras se escuchaba el ulular de las sirenas y una dotación de bomberos se afanaba en controlar el geiser de agua que segundos antes no había estado allí—. No hay peligro para la vecindad, pueden estar tranquilos.

—Entra en casa —la orden vino ahora del recién llegado, quién la invitó a hacerlo sosteniendo todavía el arma en una mano.

—Devuélveme a Ruperta —exigió estirándose ya para cogerla, pero en el momento en que iba a tocar el cañón, el metal se combó, retorciéndose hasta convertirse en una maleable y siseante serpiente—. ¡Joder! ¡Aparta eso de mí!

—Entra en casa, Gwenevere, deberías estar en compañía de tu deudor y no... pegándole tiros a gilipollas.

—Yo le pego tiros a quién me da la gana, Gawrin —replicó recordando su nombre y volvió a mirar de nuevo la inverosímil escena que había aparecido como por arte de magia. Un escalofrío

le bajó por la columna y esa sofocada sensación de miedo le hizo cosquillas en el estómago—. Señor, ¿cuánto más van a durar los efectos alucinógenos de lo que tenía el maldito cóctel de anoche?

—Lo necesario para que no te de vueltas la cabeza —replicó a su espalda, obligándola a traspasar de nuevo el umbral de su hogar—. Bonita casa, aunque un poco vacía, ¿no?

—Si se la va a quedar el banco, tendrá que conformarse únicamente con paredes.

—No se la quedará el banco, ahora tus deudas le pertenecen a Usher, supongo que te devolverá la casa si se lo pides educadamente —replicó el hombre cerrando la puerta tras de sí—. ¿Dónde le has dejado, por cierto? Dime al menos que no le has pegado a él también un tiro. Es un milagro que esta antigualla funcione.

Ante la mención de Ruperta, se volvió hacia él y allí estaba de nuevo su escopeta.

—¿Cómo demonios...?

—Ilusiones —replicó y, con solo mover la mano derecha, todo a su alrededor empezó a cambiar y en vez de encontrarse en el vacío recibidor de su casa, se encontró en uno totalmente amueblado y con un aspecto mucho más sofisticado—. ¿Y bien? ¿Puedo suponer que tu recolector está entero?

—Necesito sentarme. —Y eso fue lo que hizo, sentarse en el suelo, para luego cubrirse los ojos con las manos y sacudir la cabeza—. Estás soñando, Gwen, cuando te despiertes, todo será como era hace un par de días y no tendrás un jodido *David Copperfield* en el recibidor de tu casa.

La sonora carcajada irrumpió su momento de auto convencimiento.

—Si prefieres tu ambiente minimalista, por mí no hay problema —replicó risueño—. Ya puedes abrir los ojos, vuelve a estar todo cómo estaba.

Se limitó a apartar dos dedos y mirar entre ellos, en efecto todo volvía a tener su aspecto original, pero más que tranquilizarla, la perturbó aún más.

—Y bien, ¿qué has hecho con Usher?

—La última vez que lo vi no tenía ningún agujero de bala, si eso es lo que te preocupa.

—Toda una hazaña de contención dado lo que he visto —admitió con palpable ironía—. ¿Quién era tu indeseada visita? Se ha ido corriendo como alma que lleva el diablo.

—Un maldito gusano.

—¿Gusano? Pues lo de reptar se le ha olvidado.

—Impediste que le pegase un tiro para recordarle cómo se hacía —replicó levantando la cabeza para encontrárselo de pie, con las manos en los bolsillos y mirándola—. No sé dónde está él, dijo que tenía cosas que hacer y se fue. Deberías imitarle y hacer lo mismo.

—No eres muy hospitalaria que digamos.

—Perdona si no te invito a té con pastas, pero ya he embalado hasta las tazas.

Se rió entre dientes y acabó por acuclillarse para quedar a su altura.

—Prefiero el café, pero no le haría ascos a las pastas —admitió en tono suave, como si pensase que al levantar la voz ella pudiese romperse o salir corriendo—. Así que Usher te ha dejado aquí y se ha marchado.

—¿Piensas que lo he escondido o algo? —rezongó señalando a su alrededor—. Quizá no te diste cuenta, pero es igual de grande que tú, así que difícilmente cabría dentro de un armario, que es lo único que queda aquí dentro.

—Touchè —admitió con una risita—. Entonces, ¿tienes idea de dónde está tu recolector?

—¿Puedes dejar de llamarle así?

—De acuerdo, tu amante, entonces.

Se estremeció.

—Dejémoslo en recolector.

Se carcajeó y, antes de que pudiese evitarlo, la cogió de las muñecas y la levantó.

—De acuerdo, lo buscaré por mi cuenta —declaró, la recorrió con la mirada y al final la soltó—. Intenta seguir de una pieza y sobre todo, no dispares a nadie más mientras él esté fuera, ¿vale? Odiaría perderse una escena como la de antes.

Dio un paso atrás, separándose de él y apuntó.

—Si lo encuentras dile... —Se quedó a media frase, no estaba segura de cómo continuar, de hecho, ni siquiera estaba segura de porqué había abierto la boca para empezar.

—¿Sí?

—Que no se dé prisa en volver.

Gawrin se carcajeó una vez más.

—No sé, cielo, si yo fuera él y te tuviese a ti esperándome, me daría prisa, pero que mucha prisa, para volver a tu lado —le guiñó el ojo, se tocó la sien con dos dedos a modo de despedida y se esfumó.

—¡Joder! —jadeó, se llevó la mano al pecho y terminó retrocediendo hasta quedar pegada a la pared—. ¡Avisad cuando vayáis a hacer eso!

Sus palabras resonaron en el solitario y vacío recibidor e hicieron eco en sus propios oídos, pues no había nadie más que las escuchase en esos momentos, no cuando el único que había podido hacerlo se había evaporado, literalmente, ante sus ojos.

## CAPÍTULO 26

—¿Sabías que tu deudora tiene una escopeta a la que llama *Ruperta*?

Usher levantó la mirada del paquete que estaba rellenando para ver a Gawrin atravesando el umbral que comunicaba la cocina con el área de la barra.

—Y su puntería da pena.

Suspiró interiormente, al pensar en Gwenevere y lo que quiera que hubiese podido hacer en el breve tiempo que llevaba separada de él.

—¿De qué me estás hablando?

Su amigo rodeó la barra, echó un fugaz vistazo al local, el cual estaba ocupado por dos parejas y un hombre mayor leyendo el periódico en una esquina y ocupó uno de los taburetes.

—Has dejado a una humana, vinculada a ti por la *Arena*, sola y casi le vuela la cabeza a un gilipollas —resumió tamborileando los dedos sobre la superficie de madera—. Entiendo que lo kamikaze que es te acojone un poco, pero, ¿tanto te disgusta para abandonarla de buenas a primeras?

Suspiró, cogió otro par de cafés para llevar que tenía preparados y los añadió a la caja con el logotipo del Kerrigan's.

—No he abandonado a mi deudora, Gawrin, solo le he dado espacio —replicó con gesto aburrido—. Ella necesita tiempo para procesar todo lo que le está ocurriendo y la única manera de dárselo era dejarla a su aire durante unas horas y en la seguridad de su casa.

—No, si segura desde luego lo está. No hay quién se le acerque con esa antigualla, aunque me preocupa un poquito que se dispare a sí misma o le explote en las manos esa cosa —chasqueó y entonces sonrió—. Me gusta, tiene agallas.

—Quítala de tu menú, *ileriano*.

Levantó ambas manos a modo de fingida rendición.

—Sabes que nunca tocaría a la deudora de otro recolector sin su consentimiento —corroboró con total sinceridad—. Además, ella es demasiado... frágil para mi gusto. Está rota, tan fragmentada que es un milagro que siga en pie. Cómo lo hacen, ¿eh? Solo son humanos.

—Vida, Gaw, se llama vida y los humanos tienen un apego considerable hacia ella —rezongó—. Mientras ese deseo lata en sus corazones, serán capaces de hacer milagros.

—No, si el milagro es que ella misma no se haya matado —suspiró y sacudió la cabeza—. Si no te hubiese estado buscando a ti, no se me habría ocurrido rastrearla y no habría terminado en el umbral de su casa evitando que llenase de plomo a un completo imbécil. ¿Sabes que el tipo salió corriendo y chillando como una niña? Incluso para un macho humano, eso es muy degradante.

—Motivo por el cual le ha hecho un favor al aparecer en su porche y mostrarse tal cual es.

Su amigo entrecerró los ojos.

—Ya sabías que pasaría por allí.

—Sí.

—¿Y la dejaste en compañía de su *Ruperta*?

—Me temo que esa tal *Ruperta* no entraba en mi rango de visión —admitió.

Ni en su conocimiento sobre el porvenir de su deudora. Desde el momento en que reclamó a Gwenevere en la arena, sus visiones sobre ella se habían reducido al mínimo, apenas había tenido el vislumbre de un necesario encuentro al dejarla en su casa.

—Y tampoco el hecho de que pasases por allí, ¿para qué me buscabas?

—He escuchado algunas cosas sobre la *banshee* que estás buscando y quería saber si tú has oído algo.

—He estado en el *Underground*, he hablado con Julliette y hay algo muy raro alrededor de esa chica y su desaparición.

—¿Qué tal está esa deliciosa y pecaminosa incubo?

—Ve a verla y lo sabrás —replicó mirándole de soslayo—. ¿Qué has descubierto tú?

—Que esa señorita Maise Cooper, alias, la *banshee*, parece haberse metido en un jardín del que no es probable que salga con vida —admitió con un bajo silbido—. Ese tal Kaliel, ha lanzado una cacería sobre ella.

—¿Qué puede haber hecho una pequeña mensajera de la muerte como Maise Cooper a un lord de la *Corte Flameris* para que tenga tanto interés en acabar con ella? —Se preguntó en voz alta—. ¿Y por qué ha dejado la deuda del *Circus* a nombre de Gwenevere? Ha llegado a enviar a uno de los mensajeros de los de *Faber & Castell* a reclamar unas facturas que nada tienen que ver con mi deudora.

Y él lo sabía de primera mano, pues desde el momento en que Gwenevere había caído bajo su cuidado, todas y cada una de las deudas presentes en ese momento habían ido a dar a sus manos.

—Deberías hablar con Brishen sobre ese tal Kaliel, él debe conocerlo o saber el motivo del interés de un lord de su corte por una simple humana —admitió Gawrin—, así como también en dar caza a una *banshee*.

—Hay demasiadas piezas sueltas en este puzle y soy incapaz de ver la imagen final —admitió con un resoplido de fastidio—. Y eso me cabrea sobremanera.

—Pues si tú no eres capaz de verlo, con el don que tienes, eso sí que puede resultar muy, pero que muy chungo.

Dejó escapar un bufido, cerró la caja y la precintó, para finalmente levantar de nuevo la cabeza y mirarle.

—Necesito que me hagas un favor.

Gawrin se inclinó sobre la barra y apoyó la cara en una mano, mientras le hacía ojitos.

—¿Y cómo vas a pagarme? —ronroneó en respuesta.

Se inclinó hacia él, hasta quedar casi nariz con nariz.

—Te diré dónde vas a encontrar a tu próxima aventura de una noche —replicó con el mismo tono meloso utilizado por él—, y que te va a dejar un muy buen sabor de boca.

—Ahora hablamos el mismo idioma, hermano —admitió lanzándole un beso—. Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Necesito que te quedes al frente mientras hago esta entrega y traigo de vuelta a mi deudora.

—Sabes que tu chica está convencida de que se va a quedar en la calle, ¿verdad? —comentó con una mueca—. ¿No le has dicho todavía que sus deudas son ahora tuyas y ya están saldadas?

—Sí, lo hice, pero ella tiende a escuchar solo lo que le interesa, por eso dejaré que hable mañana con el del banco. —Se encogió de hombros—. Quizás entonces se digne a prestarme atención.

—Detecto cierto tonito irritado en tu voz, Usher.

—Como ya dije, no me gusta ir a ciegas y no he vuelto a tener ninguna visión del futuro de ella desde que todo esto dio comienzo de manera oficial —admitió en voz alta—. Eso solo tiene un significado.

—Que ese pastelito va a joder contigo a un nivel muy, pero que muy profundo.

Sí, sin duda ese era un buen resumen de la situación.

—Bueno, no te podrás quejar, vas a tener diversión por un tubo —se burló, entonces añadió—. Suerte con la visita, sin duda será de lo más peliaguda viendo cómo se las gasta la muchacha.

Su respuesta fue poner los ojos en blanco, coger el paquete con el pedido y salir por la puerta.

## CAPÍTULO 27

—De acuerdo, señoras, confesad.

—¿El qué?

—Lo sabéis muy bien —repuso Gwenevere mirando a cada una de las socias del club de bridge de su tía—. Esas malditas cartas, la lectura, él... Lo teníais todo preparado.

—Gwen, ¿de qué estás hablando? —preguntó Gladis, mirándola sin comprender.

—Y luego está todo ese circo, los trucos, las ilusiones, las máscaras... —continuó sin detenerse.

—Ay, Bertha, dale una de tus pastillas que la perdemos —chasqueó Elaine.

—¿Quién fue la instigadora? —No cedió ni un ápice mientras las examinaba detenidamente.

—Gwene, si nos dices de qué hablas, quizás...

—De ese hombre o demonio, Usher Kerrigan...

Su tía frunció el ceño y apuntó.

—¿Ese no es el nombre de tu nuevo jefe?

—Es que él no es solo mi jefe.

—¿Ya lo has catado? —Preguntó Bertha—. Caray, como corréis la juventud en estos tiempos.

—¿Te has acostado con tu jefe? —La sorpresa en el tono de voz de Gladis era palpable.

—No me acosté con mi jefe, sino con un demonio.

—¿Tu jefe tiene un demonio? —preguntó alguien más.

—No, él es el demonio.

—¿Tan malo es?

—Es eso o que folla de pena —chasqueó una de ellas.

—No sabía ni que conocieses esa palabra, Elaine.

—¿Podemos concentrarnos, por favor? —pidió de nuevo, mirándolas a todas.

—Es un poco difícil cuando tu propia sobrina habla de cuernos y rabos —adujo su tía.

—Señal de que está bien dotado —se rió Silvie.

Dejó caer la mano sobre la mesa con un sonoro golpe que la llevó a chillar.

—¡Tiene cola!

—Cariño, me preocuparía si no la tuviese.

—Me estáis volviendo loca —gimió llevándose ahora las manos a la cabeza—. Solo quiero saber de quién fue la idea de enviarme esa invitación y contratar a un gigoló.

—¿Gigoló? ¿Y eso que es?

—Un puto.

—¿Pero no has dicho que era *croupier*?

—Tiempo muerto —gesticuló su tía—. Gwene, no sé en qué te has metido, pero nosotras no

hemos tenido nada que ver.

*Sí, claro, como no.*

—Y yo me chupo el dedo.

—¿No eres muy mayor para eso?

Elaine negó con la cabeza y la miró al decir.

—Cariño, solo es una tirada de cartas, no tienes que tomarte las cosas al pie de la letra.

—Pero es que hay demasiadas coincidencias —repuso con un mohín—. Joder. Es como si todo estuviese orquestado de ante mano y también está toda esa locura, las drogas y las alucinaciones...

—¿Gwenevere Augusta Loft! ¿Has consumido drogas?

El escuchar su nombre de pila completo y de carrerilla hizo que le rechinasen los dientes.

—Yo no consumo drogas, pero estoy convencida de que me echaron algo en la bebida y... Joder, tía Gladis, es que todo es una locura, estoy perdiendo la cabeza.

—Cariño, lo que creo que pasa es que todo esto te está pasando factura —aseguró conciliadora—. Está haciendo que veas cosas dónde no las hay.

—Es el estrés, hijo.

—Que estrés ni que estrés, es que a la niña le echaron un polvo que le derritió las neuronas —declaró Bertha llena de razón—. Ya era hora de que alguien la sacudiera a base de bien en la cama, ese sosaina con el que te ibas a casar te habría enterrado por el aburrimiento.

—¿Este también es un *yogurín* como el de tu madre?

—¿Cuántos años piensas que tiene la niña, Silvie? —chasqueó Bertha.

—Nadie te dirá nada si te tiras a alguien más joven que tú.

—Dudo que sea más joven que yo, no lo sé, pero... —Sacudió la cabeza y resopló—. ¡Qué más da todo eso! Yo solo quiero recuperar mi vida.

—¿Todavía no has conseguido contactar con Maise?

La pregunta de su tía la llevó a soltar un nuevo suspiro.

—Es como si se la hubiese tragado la tierra —admitió y, por extraño que le pareciese, la ausencia de la chica la hacía sentirse mal, hacía que se preguntase qué podía haberle hecho para que se hubiese comportado de esa manera con ella, sobre todo después de cómo se habían conocido—. No sé nada de ella, no tenía familia, así que... No puedo creer que me haya hecho algo así, no a mí... Es que nada de esto tiene sentido y mañana... mañana tengo que ir al banco e interceder para que no me quiten la casa. Joder, esto es una auténtica mierda.

—Cariño, sabes que puedes quedarte en casa, no hay necesidad de que te mudes a un hotel.

—No quiero molestar y necesito mi espacio, Gladis.

—No hay necesidad de que molestes a nadie más, Gwenevere, como ya dije, vas a quedarte conmigo.

Todas las damas presentes se giraron al unísono hacia la inesperada voz masculina que irrumpió su charla. Gwenevere tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo alucinaciones y que el hombre que acababa de personarse en la sala, llevando una caja con el logo del Kerrigan's era realmente su jefe.

—¿Qué haces tú aquí? —Las palabras salieron solas de su boca.

—Ah, ya ha llegado el café —exclamó Silvie levantándose al momento para recibir al recién llegado—. Pasa hijo, déjalo sobre la mesa, por favor.

—¿Le conoces? —El susurro de su tía y la mirada de interrogación la hizo poner los ojos en blanco.

—Claro que le conozco.

—Dime que es el maromo al que te has tirado —comentó Bertha, quién no tuvo la prudencia de bajar la voz.

—Oh, por favor —gimió ella.

—Madre del amor hermoso, esto sí que es una mejora, niña —aseguró Silvie.

—Pasa, pasa, no todos los días tenemos tan agradables vistas —lo invitó también Elaine.

—Ni tales culebrones —admitió su tía mirando sin disimulo al chico—. ¿Os conocéis?

—Sí.

—No —respondió al mismo tiempo que él.

—¿En qué quedamos, Gwene, querida?

Usher dejó la caja con el logotipo de la cafetería sobre la mesa y dio un paso atrás, sus ojos se encontraron con los suyos y enarcó una ceja.

—De acuerdo, sí, nos conocemos, él es mi nuevo jefe... —rezongó, dejando patente lo obvio al señalar el logotipo de la caja—. Ahí es dónde trabajo.

—¿Ese jefe al que te has tirado?

—Al menos su gusto ha mejorado y mucho.

—Diablos, ¿es que no tenéis filtros? —alzó la voz girándose hacia ellas para fulminar a todas y cada una de ellas con la mirada.

—¿Eso qué es? —acabó preguntando Elaine.

—Callarse la boca para no avergonzarla delante de su nuevo novio —sonrió Silvie.

—No es mi nuevo novio.

—Pues polvete —canturreó la mujer.

—Joder, joder, joder...

—Y cuál es tu nombre, querido —se adelantó Gladis.

—Usher, Usher Kerrigan —se presentó con obvio buen humor, el brillo en esos ojos azules y la manera en que intentaba contener la risa le decía lo bien que se lo estaba pasando—. Un placer conocerlas, señoras.

—Pero si además es educado —alabó una de ellas—. Gwene, a este amárralo bien y que no se te escape.

—Tierra trágame, por favor —gimoteó y se volvió de nuevo hacia él—. ¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, traer el pedido que ha hecho Gladis —señaló el nombre en la caja.

—Esa sería yo, soy la tía de Gwenevere —se adelantó la mujer tendiéndole la mano.

—Un placer conocerla.

—El placer es todo mío —admitió ella con un tono tan suave que no pudo evitar mirarla confundida—. Y gracias por contratar a nuestra Gwene, la pobre ha pasado por un mal momento y...

—Ya, suficiente, no es necesario que le cuentes toda mi vida —rezongó rompiendo el apretón y prácticamente empujando a Usher para interponerse entre ambos.

—La niña se está poniendo colorada, señal de que le gusta, sí.

—Ay, qué romántico —suspiró soñadora Elaine—. Ir a encontrarse así, por casualidad.

—Casualidad mis bemoles —masculló y se giró para enfrentarlo—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Y desde cuándo se hacen entregas a domicilio?

—Desde siempre —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Y estoy aquí porque Gawrin tiene tan buen sentido de la orientación que habría terminado en la otra punta de la ciudad si lo hubiese enviado a él con el pedido.

La mención de su compañero trajo a su mente lo ocurrido esa misma mañana y, a juzgar por la respuesta que le dio sin necesidad de pregunta, estaba claro que estaba al tanto del incidente.

—Ya hablaremos sobre tu *Ruperta* y su uso indebido.

Las mejillas se le enrojecieron al momento.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Ruperta, ¿quién es Ruperta? —preguntó Bertha.

—No me digas que todavía guardas esa antigualla —jadeó su tía.

—Sí, lo hace —respondió Usher en voz alta sin dejar de mirarla—. Y también funciona, a juzgar por el tiro que intentó meterle a su ex prometido.

Iba a estrangularlo, le picaban las manos por ponérselas alrededor del cuello y apretar.

—Espera, ¿has disparado esa vieja escopeta? —Su tía Gladis parecía en shock—. ¿Le has disparado a Greg?

—No le di. —Hizo una mueca, pues realmente le hubiese gustado meterle un perdigonazo en los huevos—. Solo quería dejarle clara mi postura.

—No le diste, porque Gawrin impidió que le disparases una segunda vez.

—¿Y qué querías que hiciese? ¿Qué le diese las gracias al hijo de puta que me puso los cuernos con mi mejor amiga y que aún encima ha tenido los santos huevos de venir a pedirme dinero? —exclamó furiosa—. ¡Tu amigo tuvo suerte de que no le hubiese disparado a él también!

—Tenías que haberle volado las pelotas, cariño —declaró una de las damas.

—Con su puntería se habría volado ella misma un pie —resopló su tía.

—Mi puntería no es tan mala.

—No me hagas contarles a todas y a tu novio lo de tu hermano —replicó su tía.

—¡Él no es mi novio! —Acabó gritando—. ¡Yo no salgo con demonios!

—A la niña se le ha ido la cabeza, Gladis.

—El estrés, te dije que estaba sometida a demasiada presión —añadió Bertha.

—Gwene, será mejor que esta noche vengas a casa... —empezó a sugerir su tía.

—No se preocupe, Gladis, yo me ocuparé de ella —la cortó Usher, interrumpiendo aquel incesante cotorreo femenino—. De hecho, vas a venirte conmigo ahora.

Su declaración hizo que se girase hacia él a la velocidad de la luz.

—No iré contigo a ningún sitio.

—No era una petición, Gwenevere —declaró en voz baja y, tras cogerla por la muñeca, se volvió a las otras mujeres—. Si nos disculpan un momento.

La arrastró sin miramientos al otro lado de la sala, atravesó el umbral y se detuvo en el pasillo.

—Suéltame, quítame las manos de encim...

No pudo terminar la frase, le cogió el rostro entre las manos y la besó. No fue delicado, la avasalló, la engulló y quiso protestar por ello, pero esa necesidad duró lo que dura un suspiro. Su calor, su aroma, la suavidad de sus labios la llevaron a rendirse contra él, buscando esa fuerza tan natural en él y que a ella parecía faltarle cada vez más.

El beso pasó de la absoluta intensidad, de una lucha de voluntades por ver quién se salía con la suya a una lenta y deliciosa tortura, una caricia que terminó en una progresiva calma que los llevó a respirar uno el aliento del otro mientras se apoyaban frente con frente.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque parecías necesitarlo y yo me moría por hacerlo.

—Esto no tiene sentido.

—No tiene que tenerlo, solo tiene que pasar.

Sintió las lágrimas picándole detrás de los ojos, la nariz congestionándose y ese indefinible nudo de angustia que no terminaba de desatarse oprimiéndole el pecho.

—Él se presentó en mi casa para pedirme dinero. Me trajo flores, jamás en su puta vida me trajo flores y ahí estaba, vestido como si fuese un playboy de baja estopa y pidiendo disculpas... Unas disculpas que duraron lo justo para sacar a colación su necesidad de dinero, claro —musitó dejando salir todo aquello que había retenido muy dentro de sí—. Tenía que haberle disparado a él, no advertirle, sino dispararle.

—Si lo hubieses hecho ahora mismo te estarías sintiendo culpable por herirle y él no se merece ni uno solo de tus pensamientos.

—Me estoy ahogando, siento que me hundo cada vez más y soy incapaz de salir a la superficie, Usher —admitió con gesto desesperado.

—No dejaré que lo hagas, te sostendré, solo tienes que apoyarte en mí.

Levantó la cabeza y lo miró, declarando lo obvio.

—Ni siquiera te conozco...

—Cualquier persona que me conozca podrá decirte que tú has visto más de mí en un solo día de lo que ellos han visto en toda una vida —le confirmó y no había sombra de duda en su voz, de algún modo sabía intrínsecamente que le decía la verdad—. Cometí un error al dejarte sola, no estabas preparada para enfrentarte todavía a tus propios demonios.

—Yo quería estar sola.

—No es verdad —declaró separándose de ella, mirándola a los ojos—. Tú no has nacido para vivir en soledad, Gwen, tu destino no es estar sola...

Volvió a besarla y no pudo hacer otra cosa que suspirar, pues todos los nervios, el mal humor y la irritación que había tenido apenas unos segundos antes se habían evaporado por completo.

—Bueno, Gladis, parece que los niños ya han hecho las paces.

—Ay, qué pareja más bonita hacen.

—Desde luego, la niña gana con el cambio.

Usher se rió entre dientes mientras ella se separaba de él y miraba hacia el umbral de la puerta para ver al club de bridge de su tía, con ella a la cabeza, espiándoles con sonrisas de felicidad y satisfacción en sus caras.

—Señor, dame paciencia —murmuró llevándose una mano al tabique nasal—. De acuerdo, se acabó el espectáculo, señoras, aquí no hay nada que ver, dispérsense.

Se giró entonces hacia él y lo apuntó.

—Y tú, fuera de aquí.

Él no cedió ni un solo centímetro al responder.

—Claro, cuando recojas tus cosas.

—¿No os quedáis?

—No hay comida suficiente —replicó ella con un bajo siseo, como una gata enfurruñada.

—Déjales, Bertha, los chicos necesitan espacio para hacer cochinas...

—¡Oh, por favor!

—Gwene, ni se te ocurra perder este tren —la animó Elaine—, no vas a encontrar un hombre más atractivo que este y con todo tan bien puesto.

—Elaine, está delante, puede oírte.

—¿Y? El chico es un bombón y lo sabe.

Usher se rió entre dientes.

—Le da mil vueltas a ese *pazguato* que tenías antes en casa.

—Y hablando de tu ex, ¿al final le volaste las pelotas o no?

—No.

—A Dios gracias o ahora mismo estaríamos visitándola en alguna comisaría de policía.

—Te dije que te deshicieses de esa antigualla, cariño.

—Es un recuerdo, tía Gladis, no me desharé de él...

—Pero tampoco volverás a utilizarlo —sentenció Usher—. Yo me encargaré personalmente de eso.

—Sigue diciéndotelo en voz alta unas cuantas veces más, a ver si cuela.

—Colará, Gwenevere, colará.

—Ay, me gusta este chico —aseguró Silvie—. Quédatela, hijo, te aseguro que es un buen partido.

—¿Queréis dejarlo ya, panda de cotillas?

—Eso pienso hacer, señora, de hecho me la llevaré a cenar para que se olvide de su *Ruperta*.

—¿Sabes? Creo que voy a aceptar tu oferta, tía Gladis, iré a casa y...

—Tú te quedas conmigo, Gwen —la atajó él con un tono de voz que le provocó un escalofrío—, no hay discusión sobre eso.

—¿Qué te apuestas?

Sus labios se curvaron, la miró de arriba abajo y suspiró.

—Esperaba no tener que hacer esto, pero ya que estás decidida a poner pegas a todo...

Un ligero aviso para lo que vino después, que fue cogerla en un rápido movimiento y echársela sobre el hombro como si fuese un fardo cualquiera.

—¡La madre que te parió! ¡Bájame ahora mismo!

—Señoras —ignoró su protesta y se volvió a las mujeres para despedirse—. Que disfruten de su reunión, con su permiso, me llevo a *mi mujer*...

—¡No soy tu mujer, so bruto!

La mano abierta que cayó sobre su trasero y lo sobó, desmintió sus palabras para cualquiera que estuviese mirando.

—Estás bajo mi cuidado y eres una mujer —le soltó divertido—. Eso te hace *mi mujer*.

—¡Bájame!

—No.

—No puedes hacer esto.

—Juraría que ya lo ha hecho, cariño, así que disfrútalo —le soltó una risueña Silvie.

—¡Tía Gladis! —gimió, pidiendo ayuda.

—Ten cuidado con mi sobrina, querido, que no se te caiga.

—No se preocupe, la llevo bien sujeta —declaró apretándole el culo.

—¡Usher!

—Quien fuera más joven... —suspiró alguna de ellas.

Gwenevere no era capaz de mirar a nadie en esa posición. Boca abajo sobre su hombro, no podía ver más allá de las piernas cubiertas por pantalones vaqueros de ese hombre, no sin apoyarse en él para incorporarse un poco.

—Con su permiso, nos retiramos, señoras —anunció él—. Un placer conocerlas.

—Igualmente, hijo, no dejes de pasarte la próxima vez con Gwene.

—Oh, por favor, ¿es que nadie va a hacer nada? —gimoteó ella.

—Disfruta de la compañía, sobrina.

La chica llegó a vislumbrar la radiante sonrisa en el rostro de su tía, la cual parecía realmente encantada con todo aquel show.

—¡Por todos los demonios! —acabó farfullando y empezó a golpearle con los puños, revolviéndose con ímpetu para que la soltase a medida que se la llevaba—. Bájame, pomme en el suelo ahora mismo, sé caminar. ¡Déjame!

—Lo haré cuando lleguemos al Kerrigan's —replicó aferrándola con más fuerza, impidiéndole así moverse—. Cierra los ojos, evitará que te marees.

No tuvo tiempo de preguntar el motivo, pues el estómago le dio un vuelco y su cuerpo pareció caer al vacío en cuestión de décimas de segundo.

Al siguiente parpadeo, se encontró en el local en el que trabajaba.

## CAPÍTULO 28

—Oh... joder, joder, joder... —gimió ella y volvió a arremeter contra su espalda con mayor energía—. ¡Bájame! ¡Bájame ahora mismo!

—¿Prometes comportarte?

—¡No!

—Entonces no te bajo.

—¡Usher!

—Gwenevere.

—Ponme en el suelo ahora mismo.

—¿La palabra mágica?

—¡Capullo!

Usher se rió, no podía evitarlo, su rebeldía le resultaba tan tierna como divertida. Le sorprendía que, con todo lo que le había pasado solo el día de hoy, tuviese fuerzas para seguir luchando y enfrentarse a él. Era una luchadora, no había nadie que pudiese decir lo contrario, pero solo si se miraba más allá, detrás de esa coraza con la que se vestía para batallar, podían verse las grietas, unas que iban ganando profundidad.

—¿Tanto te cuesta decir «por favor»? —preguntó con suavidad—. Juraría que es la palabra mágica universal por excelencia.

—Solo lo diré una vez, mi estómago se está rebotando y si no me pones en el suelo ahora mismo, te vomitaré encima —siseó, revolviéndose una vez más.

—Diría que eso también funciona como palabra mágica, Usher.

El comentario llegó desde el otro lado de la sala, donde Gawrin se entretenía secando algunos vasos.

—¿Algún problema en mi ausencia? —le preguntó a sabiendas de que el ilusionista se las habría arreglado si así hubiese sido.

—Ninguno, ya sabes que encuentro de lo más entretenido estar detrás de la barra —admitió, entonces señaló a la chica con un gesto de la barbilla—. Me alegra ver que no te has disparado todavía en un pie, pastelito.

—¿Quieres hacer el favor de ponerme en el maldito suelo? —resopló con desesperación—. En serio, Usher, voy a vomitar...

Maniobrando su cuerpo para impedirle escapar, la hizo resbalar sobre él hasta que sus pies tocaron de nuevo el suelo.

—Debería vomitarte en los zapatos, solo por joder —rezongó doblándose por la mitad, alternando la mirada entre los dos—. Debería hacerlo sobre los de ambos.

—Las broncas, vómitos y quejas, hacia este lado. —Señaló a Usher, antes de prestarle

atención a él—. ¿Podrás con ella tú solito?

Enarcó una ceja ante el tono burlón utilizado por su compañero.

—¿Tan peligrosa la consideras?

—No la has visto con *Ruperta* en las manos.

Puso los ojos en blanco.

—No volverá a acercarse a un arma.

—Eso me tranquiliza.

—Por si no lo habéis notado, sigo aquí, capullos —les recordó ella, llevándose las manos a las caderas.

—Sería difícil pasar por alto tu presencia, Gwenevere, eres muy ruidosa —declaró Gwarin prestándole la debida atención—. Pero incluso así, tienes tu encanto.

—Oh, por favor —resopló, dio media vuelta y se dirigió hacia la barra, para entrar en ella y empezar a prepararse un café—. ¿Cuándo demonios voy a despertarme de esta absurda pesadilla?

—Cuando comprendas que no es una pesadilla, sino tu propia realidad —contestó el ilusionista, adelantándose a sus propias palabras—. Cuanto antes lo aceptes, antes verás las ventajas que conlleva.

Ella se limitó a dedicarle una fugaz mirada antes de volver a concentrarse en su tarea.

—Tu deudora es realmente cabezota, ¿eh?

—Necesita tiempo... —comentó y añadió casi para sí mismo—, y yo también.

—Espero que el de servicio sea suficiente para que puedas completar el puzle que tienes entre manos, hermano —respondió su amigo, le posó la mano sobre el hombro y se lo apretó a modo de despedida—. Si necesitas algo, solo pídelo.

Con eso le hizo una antigua y burlona reverencia y se disolvió, literalmente, como si fuese una pintura cuyos colores se diluían y convertían en humo.

El inesperado sonido de loza rompiéndose lo llevó a ladear la cabeza y encontrarse a Gwenevere con las manos en alto, temblando ligeramente, mientras miraba con ojos abiertos llenos de desconcierto y ligero temor hacia el lugar en el que había estado su compañero hacía unos segundos.

—¡Cristo! —La escuchó murmurar un segundo antes de apoyarse contra la barra y desaparecer tras ella con un sonoro «uff» al acabar sentada en el suelo—. Joder... joder, joder, joder. De acuerdo, respira, Gwen, es un truco de magia, solo eso.

Usher se inclinó por encima de la barra para verla con las piernas cruzadas y frotándose la cara con las manos.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza con tanta energía que le voló el pelo en todas direcciones.

—No, no estoy bien, estoy... alucinando, lo cual no sería malo si tuviese puesta una camisa de fuerza, pero como no es el caso y tengo el corazón a mil... pues no estoy bien —declaró con sorprendente tranquilidad—. De hecho, no soy capaz de levantarme del suelo porque las piernas no me responden, no me responde absolutamente nada.

Rodeó la barra para reunirse con ella y vio los pedazos de la taza y el café derramado en el suelo; aquel había sido el ruido que había escuchado segundos antes de que ella terminase de esa guisa.

—¿Gwen?

Levantó la cabeza y vio unas lágrimas que no habían estado antes ahí, la manera en que apretaba los labios y se esforzaba en respirar, mientras temblaba de la cabeza a los pies le indicó

que la coraza se había resquebrajado por fin.

—Solo... solo necesito unos minutos... —musitó con ese tono tan sereno que le provocó un escalofrío—. Por... por favor, solo... dame unos minutos y...

Las palabras se quebraron al igual que lo hizo su voz. Sabía que no quería que nadie la viese de esa manera, temía que cualquiera pudiese aprovecharse de su estado emocional para herirla de nuevo y el que se envolviese a sí misma con los brazos, ocultando la cabeza contra las rodillas, era una clara confirmación.

—Nadie te culpará por mostrar debilidad, por ceder alguna vez ante la necesidad de apoyarte en alguien más —le dijo acuclillándose frente a ella, teniendo cuidado de no tocarla o invadir su espacio personal en esos momentos.

Negó con la cabeza, pero no abandonó su capullo protector.

—Solo estoy cansada —carraspeó.

—Sí, lo estás, pero a un nivel mucho más profundo del que piensas —admitió en un tono de voz bajo, casi arrullador—. Te harás pedazos antes o después si sigues presionándote de esa manera. Lo que ha ocurrido no ha sido culpa tuya, solo eres responsable de tus propias decisiones, no de las que tomen los que están a tu alrededor.

—Y sin embargo esas decisiones han incidido directamente en mi vida, me han dejado en la situación en la que estoy y no es una que se solucione a base de terapia psicológica, ¿sabes? —resopló, abandonó la protección de sus propios brazos y lo miró a los ojos—. No voy a darme por vencida, no puedo permitírmelo, no quiero perder lo poco que tengo...

—Gwen... —La cogió de la muñeca, su mano pronto engulló la de ella ejerciendo una firme presión, calentando la piel que se había vuelto repentinamente fría—. Hay batallas que no puedes ganar, hay momentos en los que es necesario detenerse y deponer las armas para encontrar un nuevo comienzo.

—No quiero un nuevo comienzo, quiero mi vida de vuelta tal y cómo era antes de todo esto —gimió y al momento vio en sus ojos el horror que la recorrió al escuchar su propio tono, al sentir que se venía abajo, que las lágrimas corrían por sus mejillas, venciéndola—. No, no puedo... tengo que irme, tengo que irme ya... yo...

El cuerpo no le respondía, tal y como había mencionado, era incapaz de encontrar las fuerzas para ponerse en pie y esa incapacidad la volvió ansiosa, desesperada. Tiró de ella y la ciñó a su cuerpo, abrazándola, manteniéndose firme como una roca contra sus forcejeos mientras le susurraba al oído.

—No hay necesidad de huir, no tienes que correr a esconderte, no de mí.

Ella gimió y empujó contra él con renovada desesperación.

—Suéltame, Usher, déjame ir, por favor —suplicó entre lágrimas, luchando consigo misma y con la rabia de su propia impotencia—. No puedo... no puedo hacerlo... no quiero...

—¿Derrumbarte? ¿Dejar salir todo lo que reprimes y te devora desde adentro? —Sabía que sus palabras le harían daño, que en su estado la llevarían a luchar aún más, pero era necesario que las escuchase, que viese la verdad detrás de cada una de ellas—. Ya has sido fuerte durante demasiado tiempo, Gwen, es hora de bajar los brazos. No puedes luchar eternamente, no cuando tu alma pide a gritos que alguien la deje llorar.

Sacudió la cabeza con fuerza y clavó los dedos en sus brazos, aferrándose a la tela de su camisa como si fuese una tabla de salvación.

—Déjame ir, por favor...

—No. —Fue tajante en su negativa—. Demasiada gente te ha abandonado ya, no seré alguien

más a quién puedas añadir a la lista.

—¡Usher, por favor! —Acabó gritando su nombre, sin saber si le rogaba que la soltase o la apretase más fuerte.

—No me iré, Gwen, no me moveré de aquí, no te soltaré hagas lo que hagas, así que déjalo ir.

Luchó, intentó apartarse, librarse de él de todas las formas posibles, para finalmente ceder con un angustiado sollozo. Ocultó el rostro en su pecho y se aferró a él desesperada, abriendo las compuertas de la presa que llevaba tanto tiempo contenida en su interior.

## CAPÍTULO 29

Gwenevere se quedó sin fuerzas, agotada y sin ganas de moverse de los cálidos brazos que la envolvían. Sus lágrimas se habían secado al fin, notaba la garganta reseca del llanto, pero también más liviana.

Miró hacia delante. Acurrucada en el regazo masculino, contempló las cajas de reposición y los vasos que se ocultaban en las estanterías detrás de la barra. Ambos se habían parapetado allí, sentados entre cascotes de cervezas y puertas frigoríficas como si fuese el mejor lugar del mundo dónde esconderse.

El brazo que había descansado contra su cadera subió por su espalda en una reconfortante caricia, giró la cabeza y se encontró con esos penetrantes ojos azules sobre ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiese atropellado un camión. —Las palabras surgieron solas, sin animosidad, solo era cansancio, un profundo agotamiento emocional—. Demasiado cansada para moverme siquiera.

—No hay necesidad, encuentro que el suelo es de lo más cómodo. De hecho, ahora mismo empiezo a verle una nueva utilidad a esta zona del bar.

Lo miró fijamente e hizo una mueca al ver cómo sus labios se curvaban con ligera diversión.

—Creo que acaba de convertirse en mi rincón favorito —insistió y le ciñó la cintura con el brazo que la rodeaba—. Habría que mejorar la decoración, pero...

Su propio estómago eligió ese preciso momento para protestar audiblemente, cortando de raíz cualquier comentario.

—Diría que eso tendrá que esperar frente a lo que opina tu estómago, ¿eh?

Se ruborizó, pues el sonido se repitió ante la perspectiva de comida. Lo cierto era que tenía hambre, algo que no había notado hasta el momento.

—¿Cenamos?

Asintió y, esta vez, consiguió zafarse de su abrazo, escabulléndose hasta conseguir ponerse en pie.

—Puedo preparar algo rápido —argumentó. De repente, su proximidad la ponía nerviosa, necesitaba recuperar su espacio y autonomía—. Miraré que hay en la cocina.

—No te molestes, Gwen, te dije que tendría la cena lista a las nueve —le informó levantándose.

—Son las nueve menos cinco, ¿piensas tener la cena aquí en cinco minutos?

—Y en menos —aseguró saliendo de detrás de la barra, se dirigió hacia una de las mesas cercanas y posó la mano sobre esta.

Una tras otra, las persianas bajaron, la puerta principal se cerró, oyó el pestillo de la puerta y

la mesa en la que se había apoyado se vistió inmediatamente con mantel, velas y dos servicios completos acompañados por sendas bandejas con humeante comida.

—La cena está lista.

Lo miró y contempló como sus ojos habían adquirido ese brillo extraño, su color se había oscurecido y durante un breve instante, volvió a mirar el rostro de la bestia.

—Esto está ocurriendo de verdad.

Él se limitó a mirarla, su rostro completamente humano, las facciones del hombre que conocía y, aun así, había mucho más detrás, como si su verdadero rostro quisiera emerger al mismo tiempo.

—Dios... No sé si empezar a hiperventilar o desmayarme aquí mismo —admitió bajando la mirada, para luego volver a levantarla y posarla de nuevo sobre él.

Esa extraña dualidad había desaparecido, los ojos azules brillaron con esa humana intensidad antes de cerrarse en un parpadeo.

—Procura no sucumbir a ninguna de las dos —replicó en tono anodino—. Vacía la mente y ven a cenar, lo verás todo mejor con el estómago lleno.

El aroma de la comida le hacía la boca agua y le recordó que apenas si había picoteado durante el día, su estómago contribuyó a decidirla con un nuevo gruñido que le arrancó un breve sonrojo y la empujó hacia la dispuesta mesa.

Usher supo que había ganado unos cuantos metros de ese camino en común al ver a su deudora abandonar la seguridad de la barra y caminar hacia él. Todavía quedaba un largo trecho por delante, pero la calma que había ganado tras tirarse más de una hora llorando, merecía la pena el esfuerzo.

Ella estaba destrozada, sabía que tenía que proceder con cuidado o la perdería y aquello era algo que no se podía permitir... No después de la visión de futuro que había vislumbrado mientras la tenía en brazos.

Había sido casi como si se hubiese abierto una puerta ante él, como si las cortinas que cubrían el porvenir se hubiesen descorrido para permitirle no solo ver, sino ser parte de una escena de su propio futuro. Se había sentido allí a sabiendas de que no era su momento, había escuchado, olido y sentido como si estuviese en su propio cuerpo, un inesperado regalo que lo había llevado a ver un momento muy particular y que le dejaba perfectamente claro que su camino y el de esa mujer se habían unido por una buena razón.

Atrás quedaban las dudas, ahora entendía esa falta de claridad en el porvenir de Gwenevere y en el suyo propio, un futuro que ambos estaban destinados a compartir.

Observó cómo miraba las velas encendidas y acariciaba con cuidado el borde de los platos, la suavidad de su tacto y la manera en que parecía contenerse le decía mucho más que cualquier frase que emergiese de su boca.

—Jamás he cenado a la luz de las velas... —musitó al fin.

—Lo sé.

Levantó la cabeza y clavó esos inquisitivos ojos sobre él.

—¿Hay algo que no sepas?

—Muchas cosas, Gwenevere, más de las que me gustaría en estos momentos, pero el misterio es lo que hace que vivir sea una aventura.

—Una filosofía muy particular.

—¿Cuál dirías que es la tuya?

—¿Sobre la vida? —Sacudió la cabeza—. Nunca me había parado a pensar en ello, no hasta que ocurrió todo esto... Supongo que podría resumirse en «*vive hoy, porque mañana no sabes quién te joderá, te arrebatará tu casa, tus ahorros y tus sueños*».

—Nadie puede arrebatarte tus sueños.

—Cuando te quitan los medios que tenías para llegar a hacerlos realidad, sí, pueden arrebatártelos —replicó con una inusual dureza—. Supongo que es una lección para obligarte a poner los pies en la tierra y ser... consecuente con lo que esperas de la vida.

—¿Y cuál era ese sueño?

—Ninguno que ahora importe, los sueños quedan relegados a un segundo plano cuando la realidad te golpea con tanta fuerza que hace que incluso pierdas tu casa...

Enarcó una ceja ante su comentario.

—Empiezo a poner en duda que me escuches cuando hablo.

Ahora fue ella la que duplicó su gesto.

—Es un poco difícil concentrarte en lo que dice tu interlocutor cuando este pasa de... ti. —Lo señaló con un gesto de la mano—. *A otra cosa* que te hace papilla el cerebro.

—¿Eso es un insulto?

—Es un retrato de mi actual situación —Señaló la mesa—. Para muestra un botón, señor mago.

—No soy un mago...

—No, el término que tú has utilizado es... Chamán —concretó, dándole a entender que sí lo escuchaba, al menos de vez en cuando—. Lo equivalente a un hechicero, según tus propias palabras, lo que nos lleva de nuevo a un truco como este.

Sacudió la cabeza sin saber cómo responder a ese particular razonamiento, retiró la silla y la invitó a tomar asiento.

—¿La comida es de verdad o se esfumará en el aire en cuanto dé el primer bocado?

—Es tan sólida como tú y como yo —le informó mientras se inclinaba sobre ella y le susurraba al oído—, enviada directamente por la *Mansión* para su nueva huésped.

—Me quedaré en mi casa, al menos hasta que me echen de ella —replicó ladeando la cabeza de modo que quedaron frente a frente.

—Nadie va a echarte de tu hogar, Gwenevere, el banco no ejecutará la hipoteca, puedes ahorrarte la visita de mañana.

—¿De qué estás hablando?

—Y esta es la prueba de que no escuchas cuando te hablo —resopló—. Tus deudas pasaron a mis manos en el mismo instante en que aceptaste servirme —le dijo, capturó un mechón de su pelo y lo frotó entre los dedos antes de retirárselo de delante de la cara—. Me he hecho cargo del pago de la hipoteca, ya no tienes ningún asunto pendiente con el banco. La casa es completamente tuya... o lo será cuando termine el servicio.

Se lo quedó mirando fijamente, escudriñando su rostro como si buscara en él alguna señal de que le estaba tomando el pelo.

—No lo has hecho.

—Sí, lo hice.

—¿Por qué?

—En serio, pequeña, ¿llegaste a escuchar algo de lo que se te explicó en el casino?

Un bonito e inmediato sonrojo le cubrió las mejillas.

—Esa bebida tuya hizo un trabajo estupendo distrayéndome...

—Mi cóctel y la botella de vino blanco que te bebiste antes de ir —chasqueó, pero no pudo evitar sonreír al momento—. Te lo resumiré una vez más y, por favor, esta vez, procura escuchar.

—Estoy escuchando.

—Aceptaste jugar...

—Y perdí miserablemente —corroboró ella con un mohín—, me quitasteis hasta las zapatillas y no lo digo en sentido figurado.

—Y tú aceptaste intercambiar tus deudas por una semana de servicio para el *Circus* —continuó—, sirviéndome a mí. Bien, pues en ese momento, tus deudas pasaron a ser mías y, como mías que son, me he encargado de hacer los pagos correspondientes.

—Pero esas deudas no las contraje yo —negó con rotundidad—. Quién debería pagar por ellas es el responsable de contraerlas...

—Esa es otra parte de la deuda de la que ya me estoy encargando.

Ella frunció el ceño, la sospecha acudió a sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cosas que no sabes y, tampoco es el momento de hablar de ellas, así que, vamos a cenar —replicó, cogió la servilleta de la mesa y se la dejó caer en el regazo.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —preguntó ella con genuina confianza en sus palabras—. Esto es algún truco más de los tuyos.

—No, Gwenevere, no lo es.

—Pero... —Sacudió la cabeza una vez más, casi podía ver su mente trabajar a toda velocidad intentando procesar lo que acababa de decirle—. ¿En serio has pagado mi hipoteca?

—Si nos ponemos técnicos, la hipoteca ahora es mía, así que la pagué, no me gusta tener deudas con nadie —replicó con un ligero encogimiento de hombros antes de ocupar su propio asiento—. Tu casa es ahora mía y te será devuelta dentro de siete días.

—Es una broma.

—Nunca bromeo con las cosas importantes.

—Pero...

—Empiezo a sospechar que no sabes lo que significa el que hayas aceptado jugar en el *Soul Circus Casino*.

—Perdí mis zapatillas, me drogaste y echamos un polvo.

Se echó a reír, no pudo evitarlo, la contundencia con la que pronunció aquellas palabras le provocó una carcajada.

—Un interesante resumen, aunque yo me refería al hecho de que tus deudas pasaron a mis manos en el momento en que aceptaste... echar un polvo.

—¿Me estás diciendo que he echado un polvo contigo a cambio de mis deudas? —con abierta ironía—, porque eso no suena nada bien, señor mío, nada bien.

—No, tuvimos sexo porque ambos lo deseábamos y porque esa fue la manera que escogió la Arena para sellar nuestro destino.

Empezó a parpadear de manera muy seguida, sus labios entreabiertos parecían querer decir algo, pero no acababan de formar las palabras.

—No... no te conozco y me acosté contigo... —musitó después de algunos segundos—. No, no contigo... con... con él...

—Divides algo que permanece unido bajo una misma piel.

Sus palabras la llevaron a recorrerle con la mirada, entrecerró los ojos y buscó algo que no podía verse a simple vista.

—¿Qué me has hecho? —musitó mirándole a los ojos.

—He abierto una puerta que permanecía cerrada.

—¿Por qué?

—Porque tu alma gritaba para que lo hiciese.

—No lo entiendo —admitió sin perder el contacto con su mirada.

—Llegará el momento en que lo hagas, pero hasta entonces... solo tienes que dedicarte a ser tu misma y vivir, algo que hasta el momento no has hecho, no de verdad.

Tan pronto como pronunció esas palabras vio la reacción que tuvieron sobre ella, como si hubiese levantado la mano y le hubiese dado una bofetada, espabilándola, despertándola en el acto.

—No tienes la menor idea de quién soy como para juzgarme con tal dureza.

—No, no sé quién eres ahora mismo, pero sé lo que serás y eso me lleva a querer saber más, a desear más... —replicó un tanto misterioso—. Así que, ¿qué te parece si empezamos desde el principio y esta vez lo hacemos sin máscaras?

Dejó que su apariencia humana se fuese diluyendo, adoptando en el proceso cada uno de sus rasgos demoníacos hasta presentarse ante ella como el demonio que era, extendió la mano por encima de la mesa y la miró fijamente.

—Hola, soy *Usherian El Kerr*, aunque me conocen como Usher Kerrigan.

## CAPÍTULO 30

Gwenevere se quedó mirando la mano de dedos largos y piel veteada coronada por puntiagudas uñas negras que cruzaba por encima de la mesa. Sus propias manos seguían encima de su regazo, aferradas la una a la otra mientras su mente intentaba lidiar con las imágenes que se grababan en sus pupilas.

Las llamas de las velas titilaban entre ellos, el aroma de la comida envolvía el ambiente cómo lo haría durante una cena común y corriente, pero aquellos adjetivos no encajaban ante la escena de otro mundo que ofrecía el comensal sentado frente a ella.

Sus ojos, ahora de un amarillo dorado, la miraban desde un rostro de ángulos marcados, con líneas duras y agresivas que no le restaban un ápice de masculinidad. El pelo negro, ahora largo, enmarcaba las duras protuberancias óseas que nacían en su cuero cabelludo, un poco más atrás del inicio de la frente y se combaban hacia sus orejas, cuyo pabellón parecía afilarse ligeramente. Su nariz era recta, perfecta y sus labios llenos, de un tono oscuro que no llegaba a confundirse con el negro, sino más bien con un rico chocolate caliente, empezaron a curvarse ligeramente hasta mostrar una dentadura blanca de la que asomaban unos pequeños colmillos superiores.

Lo que debería ser una mueca aterradora, convirtió su rostro en un paradigma de sensualidad que le provocó una inesperada punzada en la parte baja del estómago.

Se obligó a tragar mientras bajaba la mirada sobre un ancho torso marcado por la tela de la misma camiseta que había estado llevando hasta el momento y dónde podía leerse el nombre de la cafetería. Sus brazos parecían haber aumentado de tamaño, de hecho, todo él parecía haber crecido a lo alto y, sobre todo a lo ancho, mientras su piel adoptaba ese tono veteado que veía en su mano extendida.

Estaba empezando a tener dificultades para respirar, parecía haberse quedado pegada a la silla, incapaz de dejar de examinar a la bestia demoníaca que permanecía delante de ella con la mirada fija en la suya. Entonces captó algo por el rabillo del ojo y, al girarse lentamente para mirar, se encontró con un largo látigo de la misma piel y que se movía como la nerviosa cola de un gato, pero cuya punta, terminaba en una irónica forma triangular.

Aquella imagen no era nueva, él no era nuevo para ella, conocía ese tono de piel, sabía que tacto tenía, recordaba la suavidad y el cuidado con el que esas manos la habían acariciado, el sabor de esos labios y el calor de su boca. La conciencia de ese conocimiento trajo consigo esas escenas eróticas que había achacado a un extraño y erótico sueño, una inesperada y desenfrenada realidad que se había negado a aceptar y que ahora, con él frente a ella, la abofeteaba sin piedad.

Tragó con dificultad y, si bien su cerebro prácticamente le estaba gritando y enseñándole con luces de neón la salida, desprendió sus manos y llevó una de ellas al encuentro con esa otra que seguía colgada sobre la mesa con infinita paciencia.

Deslizó los dedos por la caliente piel masculina y no pudo evitar dar un respingo cuando las largas falanges se cerraron alrededor de la suya.

—Gwenev... Gwenevere Augusta Loft y, siempre y cuando no tengas en mente... comerme, matarme, descuartizarme o lo que sea que hagan los de tu clase... puedes llamarme Gwen.

Él apretó aún más sus dedos y eso la llevó a levantar la mirada de golpe para encontrarse con su expresión irónica.

—Como ya te dije en una ocasión, no me va el canibalismo, la sangre me da más bien asquito y, aunque en la escuela de hostelería me enseñaron a despedazar piezas de carne, no incluía la anatomía humana, así que... —le dijo y pudo escuchar la ironía goteando de cada una de sus palabras—. ¿De verdad me crees capaz de hacer todo eso?

Miró su mano al notar como le acariciaba el dorso con el pulgar provocándole pequeñas cosquillas de placer.

—No —admitió y, de una manera un tanto absurda, se dio cuenta de que era verdad—. Es un cliché... y mi mente ha ido a por él como una bala...

—Tu mente va siempre como una bala a por todo tipo de cosas —admitió él y su tono de voz sonaba más ronco que de costumbre, más oscuro—. ¿Si te suelto la mano, te quedarás ahí sentada o saldrás corriendo?

Levantó de nuevo la cabeza para mirarle y no pudo evitar recibir el impacto de esa mirada.

—No me sueltes todavía —la respuesta fue tan estúpida, que ella misma se quiso pegar por ello—, solo por si acaso.

Su respuesta fue reír, una reacción tan humana que sus duras facciones parecieron perder esa afilada peligrosidad y dotarle de mayor atractivo. Ladeó ligeramente la cabeza y le frotó los dedos con los suyos.

—¿No preferirías recuperar tu mano y cenar antes de que la comida se enfríe del todo?

La alusión a la cena hizo que mirase la mesa dispuesta bajo sus manos y su estómago volviese a protestar.

—No sé si seré capaz de dar siquiera un bocado... —Admitió mirándole de nuevo y diciendo en voz alta—, contigo ahí sentado.

Su respuesta fue tirar de su mano por encima de la mesa, obligándola a acercarse, mientras se la llevaba a los labios y depositaba un beso sobre ella.

—Hagamos la prueba.

Al momento perdió el calor que le envolvía los dedos, la soltó y cogió los cubiertos para servirse un poco del contenido de una bandeja, cortarla con suma facilidad y, tras pinchar el tenedor en un pedacito de carne, lo acercó a sus labios.

—Abre.

El cerebro se le había licuado por completo, pensó ella cuando se vio a sí misma abriendo la boca y aceptando el bocado que él le ofrecía.

—Ahora se supone que debes masticar y luego tragártelo, así es cómo funciona.

Las palabras, dichas en tono inocente y el hecho de que él mismo probase también la comida, la hizo reír. Tuvo que cubrirse la boca para evitar escupir la comida, pues no le había dado tiempo ni a saborearla.

—Oh dios, esto es surrealista.

—¿Está bueno?

Asintió, no se le ocurría otra cosa que hacer y entonces se dio cuenta de que sí, que la carne estaba deliciosa.

—¿Podrás comer tú sola?

—Prometo intentarlo.

—Bien —aceptó y le guiñó el ojo en el proceso, antes de coger una copa con vino y levantarla hacia ella—. Por un nuevo y prometedor comienzo entre nosotros.

Miró la mesa en busca de su propia copa y vio cómo esta estaba ya llena de vino. La cogió entre los temblorosos dedos y la levantó al mismo tiempo.

—Por mi cerebro, el cual espero que aguante este nuevo asalto.

—Por eso también —aceptó divertido y bebió de su copa, dejando que ella hiciese lo propio de la suya.

Si alguien le hubiese dicho a Gwenevere que acabaría cenando esa noche a la luz de las velas con un demonio, se habría encerrado en su casa, con *Ruperta* en los brazos y le habría pegado un tiro al primero al que se le ocurriese llamar a la puerta. Y sin embargo, aquí estaba, con *él* sentado frente a ella, hablando como si fuese un tipo normal y no una representación de los habitantes del infierno.

Aquella normalidad era extraña, tanto que tuvo que convencerse a sí misma que estaba en una cena de *Halloween* y que los cuernos, los colmillos y esa la maldita cola que no dejaba de agitarse, eran parte de un elaborado atrezo.

—¿Puedes hacer que *eso* se esté quieto? —prorrumpió tras varios minutos intentando evitar mirar el travieso apéndice.

—¿*Eso*?

Señaló con el tenedor la ondulante cola de demonio.

—No sé si es que tiene vida propia o lo haces a propósito, pero resulta... perturbador.

—Perdón —replicó recogiendo el apéndice y deslizándolo sobre su regazo—. No tiene vida propia, es solo una reacción a mi estado de ánimo, cómo cuando tú estás nerviosa y tamborileas continuamente con los dedos.

Bajó la mirada sobre su propia mano y vio precisamente el gesto al que él acababa de hacer mención.

—Una reacción nerviosa —musitó para sí, dejó el tenedor a un lado y lo miró—. ¿Yo te pongo nervioso? ¿En serio?

—Tu nerviosismo me afecta. No quiero que estés incómoda, pero tampoco puedo evitarlo, no más de lo que ya lo he hecho —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Necesito que te acostumbres a mí, que entiendas lo que soy y la mejor manera es que lo veas por ti misma y lo asimiles.

—Eso podría llevarme un pelín más que una cena, ¿sabes?

Sonrió y cruzó las manos sobre la mesa.

—Considera lo de esta noche como un prometedor comienzo.

Miró sus manos entrelazadas, los gestos que hacía y que reconoció también en su jefe. Eran ademanes adquiridos, gestos y movimientos que siempre había asociado con él.

—¿Cómo eres capaz de... parecer tan humano? Trabajas en una cafetería y...

La pregunta brotó de sus labios y, tan pronto como la escuchó, se avergonzó de haberla hecho.

—Lo siento, eso no ha sido amable...

—Porque es lo que soy —la atajó con naturalidad—. Tengo ambas herencias en mi ADN, eso me permite adquirir cualquiera de las dos en el momento en que lo desee.

—Y siempre has sido... así.

—¿Así cómo?

Lo señaló con un gesto de la mano.

—Pues... así —hizo hincapié a su apariencia.

Usher se rió, su sonrisa era genuina, no se molestaba en fingir.

—Nací como humano, solo que con sangre de demonio —le explicó—. Estos —deslizó un dedo sobre una de las huesudas protuberancias—, y mi cola no aparecieron hasta que pasé el rito de madurez de mi tribu. Y fue un alivio que lo hiciera, pues desaparecieron los dolores de cabeza y de espalda.

Gwenevere parpadeó ante sus palabras.

—¿Qué quieres decir con dolores de cabeza y espalda?

Su respuesta fue señalarle los pechos.

—Piensa en cómo te sientes al final del día, después de tener esas dos preciosidades comprimidas dentro del sujetador y llegas a casa y puedes liberarlas. Es un alivio poder hacerlo, ¿no?

Parpadeó un tanto sorprendida por la alegoría elegida.

—Menuda... comparación.

—Pero la entiendes.

Asintió con una divertida mueca.

—Me resulta muy, pero que muy familiar, sí.

—Tenía trece años cuando aprendí a liberar esa... presión y manifestar mi parte demoníaca —continuó con sencillez—. Las jaquecas que había tenido durante años, el dolor de espalda, todo ello se fue cuando comprendí finalmente quién y qué era.

—¿No sabías lo que eras?

—Para nada, mis padres y, sobre todo mi abuela, siempre me dejaron clara mi naturaleza mestiza y me enseñaron a verla y aceptarla como algo normal, como algo que forma parte de mí y me complementa.

—Debió ser... difícil para ti.

—Tuve una infancia distinta, eso es todo, los tiempos de entonces no son los de ahora, el mundo ha cambiado bastante con el paso... del tiempo.

Esa extraña mención la llevó a pensar en algo que no había tenido en cuenta. Lo miró de arriba abajo intentando calcular su posible edad, desde luego, no aparentaba más de treinta o treinta y pocos años.

—¿Qué edad tienes?

Una perezosa sonrisa le curvó los labios, pero esta vez no llegó a mostrar los colmillos, ni siquiera un vislumbre de sus dientes.

—Los demonios tenemos una vida mucho más longeva que los humanos —se limitó a responder—. Dado que soy mestizo, soy un poco más joven que la media.

—No vas a decírmelo —concluyó al ver su mirada.

—Para esta noche ya has tenido explicaciones suficientes —sentenció con sencillez—. Ahora, ¿por qué no me hablas un poco de ti?

—No creo que haya mucho que no sepas de mí, a la vista de los acontecimientos —replicó con un ligero encogimiento de hombros.

—Hay mucho que no sé de ti, cosas que me gustaría escuchar de tu boca —le dijo sin dejar de mirarla—. Por ejemplo, ¿dónde aprendiste a preparar unos postres como los que has traído estos días?

—Mi tía, Gladis, a quién ya has conocido esta tarde —puntualizó con retintín—, me enseñó a

cocinar. Mi madre no es que tuviese mucho tiempo entre matrimonio y matrimonio.

—Es una mujer... peculiar.

—El burro hablando de orejas.

—Ella es humana, Gwen.

—A veces he llegado a pensar que llegó de *Krypton*.

Él se rió entre dientes.

—El caso es que fue quién me enseñó a cocinar y me animó después a tomar cursos de cocina durante las vacaciones para perfeccionar mis dotes culinarias. —Se encogió de hombros—. Aunque mi profesión no tiene nada que ver con la cocina, soy publicista.

—¿Por qué elegiste esa profesión si te gustaba cocinar?

—Porque era lo que me permitiría encontrar trabajo e independizarme lo antes posible —admitió con un suspiro—. Mi madre puede llegar a ser un tanto... estresante, ella y yo hemos chocado mucho a lo largo de mi vida.

—Así que por eso trabajaste como camarera durante la universidad.

Asintió, sorprendida de que se acordase de lo que le había dicho o que le hubiese dado más valor que un simple pedazo de información.

—Sí, en parte fue por eso y en parte porque necesitaba el dinero —admitió, entonces aprovechó el mismo tema para desviar su atención sobre ella hacia él—. Y tú, ¿cómo has pasado de ser *barman* de tu propio negocio a trabajar como *croupier* en un casino?

—El *Soul Circus* llegó a mi vida antes que el *Kerrigan's* —admitió sin más—. Banca necesitaba a alguien que le echase una mano y, en esos momentos, yo necesitaba aprender a lidiar con mis dones. Fue un buen intercambio que hemos seguido manteniendo hasta el momento presente.

—Tus dones... de hechicero.

—El de los trucos de magia es Gawrin, lo mío es más... sutil.

—Sí, tú solo preparas mejunjes con los que hacer que a una le dé vueltas la cabeza y acepte como obra divina el estar ahora mismo sentada ante alguien como tú.

El silencio cayó entre ellos después de tal comentario, tomándose su propio momento para analizar aquellas palabras, fue él quien lo rompió unos instantes después.

—¿Me tienes miedo, Gwenevere?

La seriedad en su rostro y en su voz la llevó a mirarle a los ojos, a luchar con la inquietud que le provocaba esa mirada, para finalmente negar con la cabeza.

—No —confesó. Y era una realidad, no le tenía miedo—. Sé que debería tenerlo, mi mente intenta advertirme del peligro que supones para mí. Mi... ¿humanidad? Esa se rebela ante la sola posibilidad de tu existencia, pero hay algo que no me deja levantarme de esta silla y echar a correr, no sé lo que es, pero es lo que hace que sienta que no debo temerte, que no me harás daño... Quizá sea el efecto de ese mejunje que me disteis a beber o que mi cerebro ya se ha frito por completo y no diferencia la realidad de la fantasía... Sea como sea, no, no te tengo miedo, *Usherian*.

—Es extraño a la vez que reconfortante escuchar mi nombre completo de tu boca —admitió con voz ronca, sus ojos parecieron hacerse más oscuros mientras la miraba—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por seguir sentada en esa silla —le dijo, se inclinó hacia delante, apartó su propio asiento y se puso en pie.

El gesto de dejar la servilleta sobre una esquina de la mesa y beberse el resto de la copa de

vino de golpe, resultaba demasiado humano, cotidiano, para alguien como él, un ser que no dudó en arrancarla de su propia silla y estrellarla contra su pecho mientras bajaba la boca sobre la suya.

—...y por no huir ni siquiera ahora —murmuró sobre sus labios—, a pesar de ver cuáles son mis intenciones.

—¿Qué te hace pensar que sé cuáles son?

—Porque te las diré ahora mismo, una por una —aseguró, rozándole la mejilla con los nudillos—. Voy a desnudarte, voy a recorrer con mi lengua y mis labios cada centímetro de tu cuerpo, voy a hacerte gritar de placer y cuando haya terminado contigo, no te quedará la menor duda de que entre mis brazos, solo encontrarás placer.

Gwenevere no pudo más que gemir en cuanto sus labios tocaron los suyos, abriéndose a un beso que, si era honesta consigo misma, había deseado y temido toda la noche, uno al que se entregó sin reservas.

## CAPÍTULO 31

Gwenevere era tan cálida y dulce que era imposible no querer darle un bocado, su manera de mirarle lo había mantenido en un limbo, ambos parecían haber estado jugando a un extraño juego de acertijos en el que se tanteaban el uno al otro.

Ella se había mantenido alerta, todavía temerosa y recelosa ante su actual apariencia, pero no había sucumbido al miedo ni al rechazo.

Besarla había sido el premio a todo un día de contención, la deseaba, lo había hecho desde el momento en que la vio en aquella visión de espaldas a él, con sus zapatillas deportivas y ese deseo había ido in crescendo después de haberla probado en la arena. Y a ella, él no le era indiferente, a pesar de sus intentos por apartar la mirada y desviar su atención, podía sentir su necesidad, su apetito cada vez que posaba los ojos sobre su cuerpo; algo que también la había avergonzado.

Intuía que su deudora era una mujer que no había disfrutado demasiado del sexo, que no se había permitido explorar su propia sexualidad limitándose a saciar sus necesidades con el que, hasta hacía poco tiempo, había sido su prometido. En muchos aspectos era como un capullo de rosa a la espera de que alguien la hiciese florecer.

Disfrutó del sabor de su boca y la ciñó aún más a su cuerpo, respirando su aroma y escuchando el acelerado latido del corazón contra el pecho. Estaba asustada, su mente humana se esforzaba en buscar una justificación a lo que le ocurría, al deseo que su sola presencia prendía en ella y el no encontrarla, la mantenía en una precaria balanza en desequilibrio.

Dejó sus labios y recorrió su mandíbula a besos y caricias hasta llegar a la oreja, a la cual prodigó un mordisquito que acompañó con unas palabras.

—Estás a salvo conmigo, Gwen, tú, por encima de todos los demás, siempre estarás a salvo conmigo.

Notó el leve estremecimiento que la recorrió, aunque no sabía si se debía a sus palabras o al calor de su aliento en la oreja el que se lo provocó.

—Déjame darte lo que ambos necesitamos —continuó, resbalando una mano sobre su cintura, ciñéndola con suavidad antes de frotar su pelvis contra ella dejando claro su deseo—, lo que ambos deseamos.

La rendición llegó con un suave suspiro, su cuerpo se rindió contra él, mientras sus manos se apoyaban ahora sobre sus antebrazos y esa dulce mirada se elevaba hasta encontrarse con la suya.

—Nada de drogas... nada de trucos... nada de...

—Nada más que placer —concluyó por ella, capturando de nuevo su boca en un persuasivo beso.

—Eso —gimió entre sus labios, correspondiendo a su avance con una tímida respuesta.

Sonrió para sí, la abrazó, rodeándola incluso con la cola y aumentó la dureza del beso, volviéndolo más descarnado mientras se desplazaba con ella entre los planos para terminar en el dormitorio de la mansión, hundiéndola en la cama bajo su peso.

Rompió momentáneamente el beso para recrearse en la hembra que tenía debajo de él, esos bonitos ojos se abrieron, parpadeando por la sorpresa, pero no le permitió decir ni una sola palabra al posar un dedo sobre sus labios.

—Te quiero en mi cama, en mi territorio, dónde solo yo pueda tener acceso a ti —replicó manteniéndose sobre ella, sin aplastarla, solo haciéndola consciente de su presencia.

Ella se lamió los labios, rozando su dedo en el proceso y apartando el rostro lo justo para contestar.

—¿Qué te había dicho sobre los trucos?

Sonrió perezoso, cuidando de no mostrar los colmillos en ese momento.

—No usaré ninguno que no sea en nuestro mutuo beneficio —replicó bajando sobre su boca—, ¿de acuerdo?

Su mirada se clavó en la suya.

—Prométeme que ni el vino ni la comida tenían alguna sustancia extraña y que no has usado alguno de tus... dones... sobre ellos.

Su petición le dijo que tan hondo había sido lastimada, le habló de su desconfianza y de la necesidad de confiar de nuevo en alguien.

—Te prometo que esta noche, no he hecho nada para condicionar tu voluntad y te prometo así mismo, que durante el tiempo que estés en mis brazos, tendrás plena capacidad de decisión —le aseguró—. Jamás influiré en tu voluntad, pero no puedo hacer nada sobre los efectos del brebaje del club, esos se irán diluyendo con el paso de los días hasta que se cumpla el tiempo del servicio.

—Gracias.

Negó con la cabeza.

—No me des las gracias, Gwenevere, nunca me des las gracias por darte lo que te corresponde —le informó—. Aunque, dejaré que me digas lo buen amante que soy cuando termine contigo.

La genuina e inesperada carcajada que sacudió el cuerpo femenino tiró de su propia sonrisa, la previa tensión se diluyó por completo y quedó una vez más a su merced.

—Tienes unas salidas de lo más ocurrentes, Usher, así como un ego desproporcionado.

—El ego viene parejo al tamaño —le dijo, guiñándole el ojo, para luego bajar sobre su boca y degustar de nuevo esa dulzura que le estaba gustando cada vez más.

Gwenevere gimió contra esa dura boca decidida a arrebatarse tanto el aliento como la cordura. Ese hombre no se andaba con sutilezas, era un conquistador en toda regla, decidido a obtener lo que deseaba sin hacer prisioneros. Corresponder a su beso era algo tan natural como respirar, un deseo nacido desde lo más hondo de sí misma y que no podía pensar en otra cosa que no fuese en satisfacerlo. Su cuerpo se derretía bajo esas fuertes manos que la aferraban contra el colchón. Había decidido desligarse por completo de su caótica mente, dejando a un lado las insistentes, aunque amortiguadas, órdenes de su cerebro que la instaban a protestar, a temer esa cercanía, a recordar quién y sobre todo qué era él. El picante y especiado aroma de la piel masculina le

gustaba demasiado como para abandonarlo, sus caricias firmes, pero carentes de brusquedad, la animaban a desear acercarse a esas manos a buscar más de ellas. En muchas formas, ese hombre se había convertido en un afrodisíaco vivo y ella no deseaba otra cosa que bañarse por completo en su esencia.

Su sexo empezó a pulsar de necesidad, los pechos se le hincharon y los pezones se endurecieron al roce contra el fuerte y amplio pecho, el deseo emergió de su letargo despertando un hambre inesperada que exigía más de lo que él le daba. Cerró los ojos y se deleitó en cada pequeña caricia, en el peso que había sobre ella, la envergadura que la envolvía y la mantenía contra el colchón con una pasión y dominación que le aceleraba el corazón.

Desterró el punzante miedo que insistía en emerger de la neblina de su mente, hizo a un lado las dudas y se permitió disfrutar de lo que él le hacía sin culpabilizarse por sus propias necesidades. Dejó que esas manos la cubrieran de caricias, que la recorrieran desde los hombros a la cintura, deseando al mismo tiempo que la ropa que los separaba se esfumase de una maldita vez, pues quería sentir ese tacto sobre su piel, acariciándole las costillas, los pechos, jugando con los duros pezones que se rozaban contra su pecho.

Jadeó en su boca y se mordió el labio inferior cuando los sensuales labios se deslizaron por su barbilla, le mordieron suavemente el mentón y se deslizaron por su cuello cómo si le hubiese leído la mente. El peso del cuerpo masculino cambió de posición y se encontró con las piernas separadas, con una rodilla entre los muslos y su figura manteniéndola prisionera. Levantó la cabeza y se encontró con su rostro fijo en ella. El pelo negro le caía hacia delante, enmarcándole la mandíbula, la sombra de esos huesudos arcos pegados a su cráneo parecían destacar en la inmediata cercanía, pero eran sus ojos, de un brillante tono entre dorado y amarillo los que le arrebataron el aliento.

Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, se le puso la piel de gallina, pero eso no impidió que siguiese contemplándole, examinando con más detenimiento cada uno de esos rasgos que cruzaban la línea de la humanidad y, al mismo tiempo, lo dotaban de un absoluto y mortal atractivo.

Usher no hizo comentario alguno sobre su escrutinio, se limitó a sostenerse sobre sus brazos, mirándola con una tranquilidad solo desmentida por la tensión que le marcaba la mandíbula y el inequívoco deseo que le bailaba en los ojos. Ni siquiera se movió cuando deslizó unos temblorosos dedos sobre la mejilla y aventuró una brevísima caricia hacia esos extraños arcos.

—¿Te haré daño si te toco?

—Me harás daño si no lo haces —admitió con voz tan ronca, que parecía venir de ultratumba.

Tendría que haberse muerto de miedo en ese momento, retraerse por completo, pero esa mirada la tenía hechizada, tanto así que ni siquiera se dio cuenta de que había tocado una de las duras protuberancias hasta que vio su mano recorriendo su curvatura.

—Es... duro y rugoso... —Escuchó el asombro en su propia voz—. Pero también cálido... ¿por qué?

—No están hechos solo de hueso, hay sangre y venas en el interior, son... parte de mí.

*Son parte de mí.*

Sangre, hueso y venas. ¿No era de eso de lo que estaba hecha ella también? ¿De lo que estaban hechos los seres humanos?

Abrió la mano y deslizó los dedos sobre la dura protuberancia, enterrando los dedos en su pelo hasta curvarlos alrededor de su cuello para tirar de él hacia abajo y unir sus labios con los de él en un generoso y voluntario beso. Se bebió el suspiro masculino que escapó de esa dura

boca y lo tentó con la lengua, urgiéndole a profundizar en ella con un solo gesto.

Su peso cayó completamente contra ella, hundiéndola en el colchón, tomando el mando del asalto y convirtiéndolo en una conquista absoluta. La devoró, no había otra manera de describirlo, se la bebió como si fuese un hombre sediento, sus manos parecieron multiplicarse pues las sintió en todo su cuerpo, ciñéndola, moldeándola, apretándola, hasta que fue consciente de que el tacto era piel con piel; la ropa de ambos había desaparecido por arte de magia, dejándolos completamente desnudos y enredados.

Jadeó y echó la cabeza hacia atrás en busca de aire cuando abandonó su boca y se dedicó a atormentarle el cuello con los labios, un inesperado movimiento captado por el rabillo del ojo la llevó a mirar en esa dirección para encontrarse esa suave y fibrosa cola agitándose de un lado a otro por encima de su espalda. Fue instintivo seguir su dirección desde la punta a la base, la cual estaba pegada a su coxis, como si fuese una prolongación de la columna masculina. Ante ella tenía un cuerpo perfectamente esculpido, con una ancha espalda y un culo al que le daba ganas de pegarle un mordisco y esa cola, señor, debía estar loca, pero le parecía de lo más sexy.

El pensamiento no duró mucho en su mente, pues en el momento en que esa caliente y codiciosa boca se apropió de un duro pezón, la recorrió un fuerte y caliente relámpago que fue directo a su sexo.

Usher no había estado preparado para esa mujer, no estaba preparado para la dulzura y el profundo reconocimiento que ella le había obsequiado con tan solo un beso. Había esperado rechazo, repulsa e incluso miedo, se mantuvo inmóvil a la espera de que ella tomase la decisión de seguir adelante o terminar en el acto con lo que habían empezado, cuando vio en sus ojos una súbita comprensión, así como una inesperada comunión que la llevó a entregarse completamente a un beso que derribó cada una de sus defensas y le tocó el alma.

Gwenevere lo había aceptado como lo que era, dándose cuenta en ese preciso instante que, más allá de las diferencias físicas, él no era tan distinto de ella o de cualquier ser humano. Esa pequeña humana le había tocado el alma como ninguna otra persona o ser lo había hecho, a parte de su propia familia.

No tenía palabras, la dulzura y la entrega de esa diminuta mujer lo había puesto de rodillas, había sentenciado su destino con más efectividad que cualquier fragmento de futuro que pudiese haber visto que compartirían.

La necesidad de tenerla cerca, de sentirla suya, había hecho que se deshiciese de la ropa de ambos con tan solo un pensamiento, la sensación de sus pechos desnudos apretándose contra su torso y esos duros pezones rozándole habían sido una auténtica provocación que no había querido evitar.

Descendió sobre ella con intención de devorar cada centímetro de su piel, fue muy consciente del momento en que su cola captó su atención, distrayéndola el tiempo suficiente para permitirse a sí mismo descender sobre esas maduras bayas que coronaban sus senos y darse el gusto de meterse una en la boca.

Los llenos pechos encajaban perfectamente en sus manos, los acarició y amasó, jugando con una mano sobre un pezón mientras se amamantaba del otro, escuchándola gemir mientras se arqueaba debajo de él. Cerró la boca una vez más sobre el apetitoso botón y lo succionó con fuerza, sabiendo que le provocaría una punzada de dolor que conectaría directamente con su sexo. Se tomó su tiempo, aprendiendo las respuestas de su cuerpo y aprovechándolas en su propio

beneficio, la tuvo retorciéndose debajo de él, gimiendo y curveando sin poder alejarse más allá de dónde él le permitía.

Gwenevere reaccionaba de forma desinhibida, podía sentir como sus emociones se habían disparado, entremezclándose unas con otras, atravesando la neblina provocada por el brebaje del club de manera atronadora. Ella era una cosita intensa, una mujer de fuertes reacciones que se había abocado a mantenerlas bajo control. Su natural desconfianza y el miedo a ser herida, la habían conducido a adoptar un carácter tranquilo, a huir de los conflictos, cuando su naturaleza era sin duda combativa. Intuía que incluso en el sexo se había guardado de mostrar sus verdaderos sentimientos, de entregarse a sus verdaderas apetencias, algo que estaba más que dispuesto a echar por tierra.

Su cuerpo era como arcilla lista para ser modelada, se encendía en respuesta a sus demandas y las acataba con entusiasmo, la excitación palpitaba en sus venas así como en su sexo, su respiración era un buen indicativo de ello, así como el tono sonrojado que había ido adquiriendo esa blanquita piel. Escucharla gemir, sentir sus manos resbalando sobre su cuerpo sin contención era un auténtico regalo del que iba a disfrutar inmensamente.

Sonrió para sí y le prodigó un último lametón a la deliciosa fruta antes de pasar al otro pecho y repetir la misma atención. Se lo metió en la boca, jugó con la lengua y la succionó con la fuerza suficiente para arrancarle un nuevo jadeo.

—Usher...

La manera en que pronunció su nombre le provocó un ramalazo de placer, su pene engrosó de entusiasmo, podía notar cómo le pesaban los testículos y ese tirón en la baja espalda que hacía que quisiese olvidarse de los preliminares y enterrarse directamente entre sus piernas. Se obligó a respirar profundamente y buscar un poco de autocontrol para poder seguir adelante con lo que tenía en mente, que era devorarla por completo. Sopló sobre su sensible piel y notó el leve estremecimiento de ese cuerpo contra el suyo, un simple vistazo por encima de sus pechos lo llevó a conectar con sus ojos abiertos y llenos de deseo, un desnudo e inocente ardor que lo impulsaba a llevar a cabo toda clase de travesuras. Sí, ver esos ojos oscurecerse de deseo y esos labios abiertos gritando su propia liberación sería un premio añadido.

Mientras seguía torturando con los dedos y la lengua uno de sus pezones, resbaló la otra mano a lo largo de su costado, le arañó con mucha suavidad la cara interna del muslo y fue directo a su húmedo y caliente sexo. No se lo pensó, resbaló un par de dedos a lo largo de la raja, empapándose con sus jugos y, al mismo tiempo que succionaba su pezón con fuerza en la boca, la penetró con los dedos.

El maullido de placer que escapó de su garganta y el curveo de sus caderas lo llevó a sonreír con malicia.

—Que delicia, tan mojada y caliente, apretándome como si no quisieras dejarme escapar —ronroneó sobre su pecho y volvió a tirar de su pezón, ahora entre los dientes, al tiempo que retiraba los dedos y volvía a introducirlos más hondo provocándole nuevos gemidos—. Sí, que pequeña más dulce eres, Gwen.

—Oh, por favor... —jadeó, agitando la cabeza sobre la cama, retorciéndose bajo su boca y sus dedos.

Rió contra su piel, la torturó un poco más y finalmente abandonó su pecho para reclamar su boca, succionando su lengua y beberse sus quejidos de placer.

—Por favor, ¿qué, mi deudora? —Le preguntó, dejando de mover los dedos enterrados en su sexo.

—No, no pares...

—Um... ¿quieres más de esto? —abrió los dedos, en un movimiento de tijera que la hizo enloquecer.

—Dios... Sí, por favor...

Se rió en voz alta al tiempo que volvía a repetir el movimiento un par de veces, incrementando su necesidad y deseo, haciendo que el sudor brotase en su piel y su respiración se hiciese cada vez más rápida.

—¿Sabes lo que quiero yo?

Sacudió la cabeza con desesperación, incapaz de responder a eso.

—Quiero estar dentro de ti, quiero que me aprietes como lo haces con mis dedos, quiero follarte con tanta desesperación que me duele —admitió en voz ronca, grave y más oscura de lo que quería dejar traslucir—. ¿Qué te parece?

Ella gimió con desesperación.

—¿En serio quieres que responda a eso?

—No, cariño, no hace falta. —Se rió una vez más—. Sé que tú también lo quieres.

E iba a dárselo de la manera que él quería, la poseería de tal manera que no le quedasen dudas sobre sus intenciones, era suya para cuidar de ella, para resolver ese asuntillo de la deuda y, cuando hubiese terminado con el trabajo, entonces se centraría en conseguir que esa visión que había vislumbrado, se hiciese realidad; proceso del que sin duda disfrutaría mucho.

Le acarició los labios con la boca, se los mordisqueó a conciencia y jugó con su lengua mientras se hacía sitio entre sus piernas y se introducía en ella poco a poco, degustando cada segundo de esa caliente y húmeda funda que lo iba acogiendo hasta terminar completamente enterrado en su interior.

La sintió temblar a su alrededor mientras su cuerpo se ajustaba a su tamaño, se entretuvo en mordisquearle un poco más los labios y decirle cosas sucias al oído de manera burlona. Le encantaba ver como se sonrojaba, pero le gustaba aún más ver el brillo de deseo que se encendía en su mirada acompañando a esa rojez sobre sus mejillas y, con eso empezó a moverse, entrando y saliendo de ella con la necesidad presente en cada uno de sus empujes. No fue suave, no era el momento para serlo, ella estaba tan caliente, tan desesperada que pronto se acopló a sus penetraciones, gimiendo y jadeando sin reservas, aferrándose a él mientras la montaba con frenesí, llevándolos a ambos hacia una culminación que sacudió los cimientos de la maldita Mansión.

No estaba seguro de si la cama resistiría al juegucito de esa noche, pero ya se ocuparía de preocuparse por ello por la mañana, después de que se hubiese vaciado varias veces en esa mujer.

## CAPÍTULO 32

La luz se colaba a través de las cortinas incidiendo directamente sobre ella, Gwenevere apretó los ojos y rezongó, no le apetecía lo más mínimo despertarse, quería seguir durmiendo un ratito más, estaba demasiado cómoda y calentita cómo para querer abrir los ojos y enfrentarse de nuevo al mundo.

Sentía el cuerpo lánguido y saciado, la pasada noche había sido intensa, deliciosa en más sentidos de los que estaba dispuesta a admitir y quería quedarse allí, acurrucada, fantaseando un poco más.

El solo pensar en las pasadas horas la excitó de nuevo, se humedeció, su sexo latiendo entre sus piernas con renovada necesidad.

Apretó los muslos intentando paliar la incomodidad solo para darse cuenta de que no podía ni siquiera cerrar las piernas y de que incluso el aire la molestaba.

Gimió, se arqueó y abrió los ojos a un techo alto con molduras. Lo recordaba de la noche anterior, lo había vislumbrado por momentos, como el resto de la habitación mientras Usher la tomaba entre postura y postura.

Un ramalazo de placer la hizo arquear la espalda, el sueño empezó a despabilarse y con la conciencia llegaron también sus propios gemidos de placer y el vislumbre del balanceo de esa dichosa cola hacia los pies de la cama.

—¿Usher?

Su sexo se contrajo al notar una suave caricia seguida por el cálido aliento de una boca cerniéndose sobre él.

Parpadeó entre sorprendida e incrédula, se incorporó sobre los codos y jadeó al ver la oscura cabeza coronada con esos rugosos cuernos que se estaba dando un festín entre sus piernas.

La imagen la hizo repentinamente consciente de la lengua que la lamía con fruición, de la boca que se pegaba a sus labios vaginales, succionándola y dejándola temblorosa, sin poder hacer otra cosa que aferrarse a las sábanas de la cama y retorcerse contra él.

Su incapacidad para moverse obedecía a los fuertes brazos que le rodeaban los muslos, manteniéndola completamente abierta y a merced de la codiciosa y hambrienta boca masculina. Le había doblado las rodillas, exponiendo su sexo por completo a su mirada, sus dedos y su boca, triunvirato que se había unido para darle un despertar de lo más erótico.

—Oh, joder —jadeó, apretando los labios, cogiendo puñados de tela con los dedos y luchando por no gemir en voz alta.

Un nuevo lametón, sus dedos ayudándose para abrirse camino hasta su hinchado clítoris para que su boca succionase con fuerza la sensible perla arrancándole un grito que acompañó al brutal

orgasmo que la atravesó como un relámpago, sacudiendo su cuerpo y arrancándole el aliento al punto de hacerle ver lucecitas detrás de los párpados cerrados.

—Buenos días, pequeña Gwen —lo escuchó decir a través del latido de su propio corazón en los oídos—. ¿Has dormido bien?

Su respuesta fue gemir y revolverse en el mismo instante en que notó que desaparecía el peso sobre sus piernas, encontrándose arropada por unos fuertes brazos y un cuerpo duro y caliente.

—Eres... un... capullo... —se las ingenió para decir entre jadeos.

—Ya veo que no eres una persona madrugadora —se rio en su oído, mordiéndole el lóbulo al tiempo que la ceñía a él y le hacía notar la dura erección que ahora presionaba contra su culo.

—Ahora mismo... dudo incluso... ser persona —musitó intentando apartarse, sin éxito.

—En ese caso, te lo recordaré —le mordió de nuevo el lóbulo, calentándole el cuello con su aliento mientras sus manos la rodeaban e iban directas a sus pezones, pellizcándoselos y retorciéndoselos, provocando que se arquease contra él y le frotase el duro miembro con las nalgas.

—No puede ser que estés así después de lo de anoche.

—Soy un demonio, me gusta el sexo y me gusta enterrar mi polla en un coño calentito por las mañanas.

Jadeó ante la crudeza de sus palabras cuando las vertió en su oído. Él no se cortaba a la hora de decir las cosas tal y como le venían a la cabeza, en las últimas horas le había demostrado que, además de saber comportarse como un perfecto caballero, podía ser también un cabrón hijo de puta de lengua sucia. Y maldito fuera, porque lo que al principio la había azorado y avergonzado, ahora también la encendía.

—Y el tuyo lo está, caliente y húmedo —ronroneó empujando su duro miembro contra su trasero una vez más, frotándose contra ella mientras torturaba los sensibles pezones—. Y, antes de que preguntes, es demasiado temprano para levantarse, así que...

—Es demasiado temprano para levantarse, ¿pero no para que me despiertes de esta manera? —gimió arqueándose contra sus manos, cosa que hizo que su culo se apretase más contra su erección.

—Si sigues meneándote así, te la meteré, Gwen —rezongó de nuevo en su oído, pellizcándole una vez más los pezones, provocándola—. O quizá te folle ese bonito culo.

—Por encima de mi cadáver.

Se rió entre dientes y, abandonando su pecho, subió su mano hasta su barbilla y, girándole el rostro, la besó con suavidad, con una lentitud que acompañaba con los frotamientos de su pene.

—Usher... —gimió rompiendo el beso, encendida una vez más por sus caricias. Jamás había tenido tantos orgasmos seguidos, ese hombre era capaz de darle un nuevo sentido a su vida sexual.

—Gwen —repitió lamiéndole la oreja, provocándole cosquillas—, te necesito ya.

Y según decía esas palabras, deslizaba la mano entre sus piernas, descubría su todavía hinchado clítoris y, cogiéndolo entre el índice y el pulgar lo apretó al tiempo que la penetraba desde atrás provocándole un orgasmo instantáneo que la hizo gritar a pleno pulmón, convulsionando alrededor del hinchado y duro miembro que empezó a moverse en su interior.

## CAPÍTULO 33

Gwenevere se despertó sobresaltada, el sol entraba por las cortinas semi abiertas e incidía sobre la cama en la que había dormido. Se aferró a la sábana que ahora cubría su desnudez y examinó rápidamente a su alrededor en busca del objeto del sonido.

Su teléfono vibraba, bailando sobre la mesilla de noche de un lado de la cama, dónde también se encontraba su mochila.

Se estiró, cogió el teléfono y frunció el ceño al ver el número en la pantalla; era su madre.

Cortó la llamada y volvió a mirar a su alrededor, estaba en el dormitorio de Usher, el mismo en el que había pasado la noche.

Se revolvió, arrastrando la sábana con ella he hizo una mueca ante el incómodo dolor que notaba entre las piernas. El solo recuerdo de la noche, así como las previas horas, la dejaron roja como un tomate. Había perdido la cabeza por completo, lo sabía, como también que no le importaba lo más mínimo.

Nada de lo que había pasado últimamente tenía sentido, su vida se había convertido en una montaña rusa y, dentro de todo ese desastre, él parecía ser el único que se había preocupado realmente por ella.

Arrancó la sábana y se envolvió con ella mientras deambulaba por la habitación. Encontró una muda de ropa en el cuarto de baño, así como artículos de aseo femeninos. No sabía cómo había llegado allí su ropa, pero tampoco iba a pensar demasiado en ello.

Aprovechó para asearse y bañarse sin que su amante-jefe-demonio diese señales de su presencia. Empezó a secarse el pelo con la toalla cuando el teléfono volvió a sonar; esta vez era su tía, Gladis.

—Hola Gladis.

—Gwene, cariño, ¿dónde estás?

Miró a su alrededor e hizo una mueca.

—En casa, ¿ocurre algo?

—¿Le dijiste a tu madre que la acompañarías hoy a la prueba del vestido?

—No —negó con un resoplido—. Le dejé muy claro que primero era mi casa y después ella. Tengo una cita con el banco para... Bueno, supongo que ahora ya no tiene importancia.

—¿Has conseguido que te den una prórroga?

El tono esperanzado de su tía la llevó a morderse el labio inferior. Si con prórroga se refería al hecho de que su casa ya no estaba en manos del banco, sino en las de Usher y que este había prometido devolvérsela al final del servicio... sí.

—Sí, algo así. —Aquello era lo más cerca que podía estar de la verdad—. ¿Qué pasa con

Cassie? ¿Se ha puesto en modo víctima otra vez?

Un largo suspiro que sabía traía consigo una petición que no tenía las más mínimas ganas de aceptar.

—La he tenido más de media hora al teléfono lloriqueando por el supuesto abandono de sus hijos durante un día tan importante en su vida.

—¿Sus hijos? ¿David la ha dejado ya por imposible?

—Tu hermano tenía hoy un compromiso ineludible, según sus propias palabras —resopló—. Le he dicho que la acompañaría y que hablaría contigo. ¿Puedes escaparte aunque sea quince minutos y pasarte por la boutique? Si tengo que lidiar yo con tu madre, terminaré estrangulándola con el velo.

—Y si voy yo, saldrá de allí sin vestido y cabreada como una mona —le informó con un resoplido—. Además, esta mañana trabajo.

O al menos esperaba seguir teniéndolo. Lo de acostarse con su jefe era algo que no había hecho nunca, por otra parte, tampoco se había acostado con un demonio y ahí estaba, en su dormitorio después de haber pasado una desenfadada noche de sexo con uno.

—Cielo, a pesar de todo, Cassie sigue siendo tu madre.

Una madre que no había dudado en dejar las necesidades de sus hijos de lado para atender las suyas propias, incluso si eso significaba abrirse de piernas para su antiguo jefe.

—Ella tiende a olvidar, cuando le conviene, que tiene una hija.

Un resoplido atravesó la línea telefónica.

—De acuerdo, no quería tener que recurrir a esto, pero me lo has puesto difícil —dramatizó su tía—. Ven a la prueba del vestido y te daré la receta de esa tarta de chocolate que tanto deseas.

Jadeó y miró el teléfono como si pudiese ver a su tía a través de él.

—¡Eso es chantaje!

—¿Quieres la receta o no?

Por supuesto que la quería. Llevaba el último año suplicándole que se la diera y no había manera de que soltase prenda. Había intentado hacerla por sí misma, pero jamás conseguía ni la cremosidad ni ese toque que le daba un ingrediente que sabía le faltaba. Gladis la había traído por primera vez a una de sus reuniones del club de Bridge y había sido amor a primer mordisco.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire antes de sisear.

—De acuerdo, pero no estaré allí más de quince minutos...

—Que sean veinte.

—Y tú estarás allí, a mi lado, solo eso evitará que sea yo la que la estrangule.

—¿Podrás estar allí a las doce?

Miró la hora en el teléfono y luego a su alrededor.

—Lo intentaré.

—Gracias, cariño...

—Tú acuérdate de traerme la receta completa —replicó, se despidió rápidamente y colgó—. Dios, dame paciencia.

Su madre siempre había sido una experta en chantaje emocional, su rostro angelical hacía que cualquiera que no la conociese cayese bajo su influjo. Sacudió la cabeza, se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta, terminó de secarse el pelo con la toalla y se dirigió a la puerta.

—A ver cómo demonios salgo ahora de aquí.

Llevó la mano al pomo y cerró los dedos a su alrededor dispuesta a abrir, pero alguien se le adelantó, ya que se abrió y apareció al otro lado un atractivo y muy humano Usher.

Sus ojos volvían a tener ese tono azul tan enigmático, la sorpresa bailó en ellos unos segundos antes de que fuese convertida en calidez al tiempo que sus labios se curvaban en una sonrisa de satisfacción. Vestido con vaqueros, camisa y chaleco, le recordó al hombre que había visto la primera vez tras la barra del *Kerrigan's*, aquel que le había dado trabajo en la cafetería. Entonces, cómo si el recién llegado quisiera dejar claro que era mucho más, vislumbró por el rabillo del ojo el movimiento de una larga y suave cola demoníaca.

—Buenos días.

—Um, hola.

Fantástico. Su cerebro había decidido utilizar ese preciso momento para quedarse en pausa.

—Veo que ya estás lista para empezar la jornada.

La mirada tan sensual que le dedicó le provocó un estremecimiento que fue directo a su abusado sexo.

—Sí, no suelo dormir hasta tarde... y tenemos trabajo, ¿no?

Ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Te sientes con fuerzas para ocuparte de la cafetería esta tarde?

La pregunta hizo que se le quitase un inesperado peso de encima. Se sentía como una adolescente que se acaba de acostar con su primer chico y no sabe cómo reaccionar después.

—Por supuesto, para eso me pagas, ¿no? —sonrió.

Su respuesta lo llevó a dejar escapar un resoplido de risa.

—Sí, supongo que para eso contraté una camarera, para que me ayude a atender a la gente cuando yo no doy abasto —replicó. Entonces dio un paso hacia delante, levantó la mano y resbaló los nudillos por su mejilla—. Pero ahora mismo no estoy pensando en mi empleada, sino en la mujer que me he follado durante la noche. ¿Cómo estás?

Su rostro se encendió como una farola.

—Bien.

A juzgar por la manera en que enarcó una ceja y la recorrió con la mirada, no parecía convencido de su respuesta.

—Vale... sí, bien, aunque... bueno... hacía mucho que no... estaba con alguien tan intenso.

Sus labios tiraron hacia una sonrisa socarrona.

—Puedo prepararte algo para aliviar esas... molestias.

—¡No! —Soltó abruptamente, entonces hizo una mueca y añadió—. Nada de brebajes, gracias.

Se rió entre dientes y, la mano que le había acariciado la mejilla se escurrió ahora por detrás de su cuello, sujetándola con firmeza para poder capturar sus labios y mordisqueárselos con lentitud, hasta que abrió la boca con un suspiro e incursionó dentro. El beso no fue agresivo, sino dulce, tanto que se encontró derritiéndose contra él.

—Así está mejor —lo escuchó murmurar y, cuando abrió los ojos lo vio mirándola con esa misma ternura—. No hay necesidad de que te sientas cohibida conmigo, ambos estuvimos de acuerdo en acostarnos y ardo en deseos de repetir...

—Sí, bueno, no vayas tan rápido —replicó en cuanto su cerebro volvió a funcionar. Lo empujó con ambas manos y se apartó de ese duro y cálido pecho en el que estaba tan cómoda—. Esta mañana tengo cosas que hacer...

—No es necesario que vayas al banco, aunque si ese es tu deseo...

—Si voy me dirán que tú ya has comprado la hipoteca y que mi casa ya no es mi casa, ¿no? —resumió intentando lidiar con esa nueva resolución—. En cuyo caso, será mejor que me ahorre la visita. Pero quiero mi casa, te pagaré lo que has abonado si me das algo de tiempo y...

—Gwen, te lo dije anoche, cuando termine el servicio, tu casa será de nuevo tuya.

—No quiero deberle nada a nadie.

—Lo sé —admitió y se llevó las manos a los bolsillos.

Dejó escapar un pequeño suspiro y se pasó la mano por el pelo todavía húmedo.

—Necesito volver a mi casa, mi tía acaba de llamarme para que la acompañe a la prueba de vestido de mi madre.

—La que se casa con tu ex jefe.

Frunció el ceño, ladeó la cabeza y lo miró.

—Te hablé de eso, ¿no?

Asintió.

—No quiero ir, pero si no aparezco, se hará la víctima aún más y mi tía acabará cometiendo un *fratricidio*. Se le da de puta madre el chantaje emocional y mi tía Gladis no tiene porqué aguantar sus desplantes, sobre todo a su edad.

—¿Y tú sí?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—No, no después de lo que me hizo, pero es mi madre y eso no puedo cambiarlo.

—¿Quieres ayuda para lidiar con ese dragón?

La manera en que lo dijo y la picardía que vio en sus ojos la hizo sonreír.

—No, gracias, creo que ella se moriría si te viese... de esa guisa —señaló su cola.

—Si cambias de opinión, solo tienes que decírmelo y te acompañaré —se ofreció. Y aquello fue una nueva sorpresa, su ex prometido jamás se había ofrecido a acompañarla o a servirle de apoyo cuando lo necesitaba.

—¿Lo harías?

Usher enarcó una ceja ante la pregunta.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —replicó a su vez—. Eres mía y yo cuido lo que es mío.

La declaración fue como un cañonazo directo al corazón.

—¿Disculpa?

—Eres mi deudora, durante los próximos días, todo lo que tenga que ver contigo y te afecte, me afectará a mí también.

Por supuesto, estaba hablando de ese servicio al que no dejaba de hacer alusión, pensó con repentina desgana.

—Ya.

—¿Tienes tiempo para desayunar o quieres que te lleve ya a casa?

—¿Tú lo tienes para perderlo conmigo? —Las palabras abandonaron su boca incluso antes de que hubiese podido ponerles freno—. Quiero decir que tendrás que abrir la cafetería, de hecho, no sé cómo no estás ya allí.

—No estoy allí todavía, porque tú estás aquí y no soy de los que se deshace de su amante tras una noche de sexo, sexo estupendo, por cierto —le dijo al tiempo que la envolvía con la cola y tiraba de ella hacia él de manera muy efectiva—. Y en ningún momento he considerado que pierdo el tiempo que paso contigo, por el contrario, es un periodo... estimulante y enriquecedor —añadió ciñéndola de la cintura y besándola de nuevo, esta vez, con absoluta sensualidad—. Pero tú tienes la palabra, ¿desayunas aquí conmigo o te llevo a casa?

El movimiento ondulante del extremo de la cola parecía hipnotizarla, obligándola a mirar el suave apéndice.

—Si dejas eso fuera de la mesa, acepto desayunar contigo.

Aflojó su presa sobre ella, desenredándola y soltó un latigazo en el aire que la hizo respingar.

—Olvídate de mi cola y vamos a desayunar.

—Es un poquito difícil hacerlo cuando no dejas de moverla como si fuese un látigo. —Señaló lo obvio—. Me pone... nerviosa.

Su respuesta fue llevar la punta triangular delante de su rostro y acariciarle la mejilla con ella.

—Mira, ves, no muerde.

Gwenevere soltó tal grito ante el contacto, que estaba segura de que la habrían escuchado en toda la mansión.

—¡Ay dios! ¡No vuelvas a hacer eso! —Se echó hacia atrás, apuntando de manera acusadora el delicado látigo—. ¡Guarda eso ahora mismo!

La cara de póker que puso Usher al escuchar su grito mudó cuanto el maldito demonio se echó a reír a carcajadas, doblándose por la mitad, encontrando hilarante algo que a ella no le había hecho la menor gracia.

—Vale, bien, riete cuanto quieras, pero no vuelvas a tocarme con eso —se estremeció al tiempo que miraba desconfiada el agitado apéndice—, me da repelús.

Sus risas fueron en aumento al punto de tener que limpiarse los ojos de las lágrimas que le asomaban por la hilaridad que lo recorría. Desde luego, era el único que se lo estaba pasando bien, pensó Gwen, entrecerrando los ojos y mirando de nuevo ese serpenteante látigo.

La verdad es que su movimiento era hipnotizante, no podía hacer otra cosa que seguirlo, como haría un gato dispuesto a saltar encima de una brizna de hierba y, para su propio horror, eso fue lo que hizo, pues estiró la mano y aferró con ganas la caliente, sedosa y dura vara entre sus dedos.

—¡Ya está bien! —añadió al tiempo que le daba un ligero tirón y, acto seguido, se encontraba con los ojos de Usher clavados en ella. Desde luego, el movimiento había sido efectivo para hacer que dejase de reírse—. Para ya de una vez.

El hombre entrecerró los ojos y bajó la mirada sobre su mano, la cual aferraba todavía esa parte de él. Y ella, en vez de soltarla de inmediato, acabó agarrándola con las dos manos y apretándosela contra el pecho, como si de esa manera pudiese evitar que le diese con ella.

—Empezaste tú... —le recordó de manera acusadora.

Usher se lamió los labios y se aclaró la garganta antes de decirle en voz profunda y ligeramente ronca.

—Y tú no tienes ni idea de la manera en la que lo estás terminando —replicó volviéndose hacia ella, tensando la cola y tirando ligeramente en una silenciosa petición—. Suéltame, Gwenevere.

Sacudió la cabeza con tanta energía que le agitó el pelo, su voz le provocó un estremecimiento que nada tenía que ver con el placer.

—Lo haré cuando me prometas que no vas a tomar represalias.

Un nuevo tironcito y ella la aferró más contra sí.

—Oh, las tomaré, créeme que las tomaré —admitió bajando todavía más el tono de voz. Sus ojos empezaron a mudar de ese humano azul a un vibrante amarillo—. Aprenderás el por qué no es buena idea que le agarres la cola a un demonio de esa forma.

Tragó con dificultad, el miedo volvía a surfear bajo esa capa de ahogamiento que siempre parecía mantenerlo al margen.

—Si me haces daño, te retuerzo las pelotas —siseó, dejando que su boca fuese por libre.

Él chasqueó y se detuvo solo cuando estuvo a escasos centímetros de su rostro.

—Si no me sueltas ahora mismo, no irás a tu cita, no irás a tu casa y ya no digamos, pisar la

cafetería esta tarde —replicó con lo que parecía un bajo ronroneo—. Y no me hago responsable de si, cuando termine contigo, no puedes ni caminar.

Aquello fue tan efectivo como darle una descarga eléctrica. Soltó de inmediato su cola y dio un paso atrás con las manos en alto.

—Lo siento, lo siento mucho, no lo volveré a hacer —recitó de manera atropellada—. Pero, demonios, Usher, tú no vuelvas a asustarme de esa manera.

Él sacudió la cola detrás de sí, provocando un chasquido en el aire y manteniéndola al mismo tiempo fuera de su alcance.

—No vuelvas a cogerme la cola a menos que yo te haya dado expreso permiso, Gwen, o tengas el tiempo suficiente como para pagar las consecuencias —le dijo ahora con suavidad, acunándole el rostro con una mano para alzarlo hacia él—. Es mucho más sensible de lo que parece, sobre todo en las manos correctas.

—Pues tú no vuelvas a asustarme —replicó sintiendo las lágrimas picándole tras los ojos—. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para no empezar a correr en círculos gritando como una posesa, así que, ¡colabora, caray!

—Solo mantente cerca de mí, cariño, ese miedo acabará desvaneciéndose completamente con el tiempo —replicó en tono conciliador—. Ya diste el primer paso al aceptar lo que soy y, como dices, sin terminar corriendo en círculos como una posesa.

Hizo una mueca.

—Dale las gracias a ese brebaje tuyo.

Sonrió y sus ojos volvieron a adquirir ese tono azul.

—Ven a desayunar, te explicaré por el camino el por qué no es una buena idea hacer lo que acabas de hacer y cuál será tu... castigo por ello.

Jadeó abriendo los ojos como platos.

—No puedes castigarme por haberte cogido la cola.

Ladeó la cabeza y, con un audible chasquido en el aire de dicho apéndice, la atrajo contra él con dureza, ciñéndole la cintura con el brazo y cogiéndole la barbilla con los dedos de la mano libre.

—Y no voy a castigarte por haberla cogido, sino por haberlo hecho cuando no tenemos tiempo para arreglar las cosas de manera satisfactoria —replicó y miró, relamiéndose los labios—. Así que hasta ese momento, tendrás que darme algo que me dure lo suficiente como para no recordarlo a cada rato.

Y ese algo fue comérsela allí mismo, beberse su aliento y grabarse su sabor, mientras notaba una contundente erección empujando contra su vientre y sus labios la marcaban con dureza en uno de los besos más agónicos y calientes que había recibido jamás.

Se separaron jadeando, a ella apenas si le sostenían las piernas, algo que pareció satisfacerle, pues la miró de la cabeza a los pies y asintió satisfecho.

—Eso está mucho mejor, así tú también tendrás algo en lo que pensar.

## CAPÍTULO 34

—No sé. No acaba de convencerme —murmuraba Cassie mirándose en el espejo del salón de pruebas de la boutique—. Creo que podría subírsele un poco al dobladillo y bajar un par de centímetros más el escote, ¿qué os parece?

Gwenevere vio cómo su tía dejaba a un lado la revista que había estado ojeando para mirar a su hermana por enésima vez en los últimos cuarenta minutos. Aquella prueba estaba durando demasiado y los continuos cambios de su madre sobre el vestido empezaban a hacer mella en ella.

—Has hecho que le suban el dobladillo dos veces, que le quiten los tirantes y reduzcan el tamaño del corsé a uno en el que no entrarías ni aunque dejases de respirar —pronunció, incapaz de quedarse más tiempo callada—. Si sigues haciéndole cambios, terminarás casándote en bragas o con un salto de cama...

—Gwene... —pidió su tía, pero su madre ya jadeaba, girándose sobre los altos tacones para recriminarle sus palabras.

—¿Qué? ¿Mírala? El traje de una vedette cubre más que lo que tiene puesto.

—Por dios, oírte hablar de esa manera es como escuchar a tu padre —protestó llevándose las manos a las caderas con disgusto—. ¿Nada de lo que hago o sugiero estará jamás bien para ti?

Enarcó una ceja ante semejante apreciación, ya que no eran muchas las ocasiones en las que mencionaba al hombre que había sido su marido y que los había engendrado a David y a ella.

—¿Qué importancia tiene lo que yo diga? Harás lo que te dé la gana, como siempre.

—Ahí la tienes —insistió, dirigiéndose hacia su tía—. Demuestra la misma insensibilidad que él.

Se contuvo de poner los ojos en blanco, de nada serviría intentar dialogar con ella, pues se estaba comportando igual que una adolescente con su vestido de graduación. El problema era que Cassie no era una adolescente, ni estaba buscando su vestido de graduación. Era una mujer que se había divorciado tres veces, las mismas que se había vuelto a casar.

—Algo bueno tenía que heredar de él, ¿no te parece? —No pudo evitar replicar ante su declaración. Entonces la miró detenidamente y fue brutalmente honesta—. Si se le da más escote a eso, tus amiguitas saldrán de paseo en el instante en que respires un poco más fuerte de la cuenta, en cuanto al bajo... yo volvería a ponerle todo lo que le has cogido, eso si quieres que conserve cierto aire de elegancia y no parecer una fulana demasiado ceñida.

Su tía se cubrió el rostro con una mano, ella había querido evitar eso mismo haciéndola venir y lo único que había conseguido es que fuese su hija la que le pusiese los puntos sobre las íes.

La culpa era toda de Usher, todo ese asunto de la maldita cola y el castigo al que había hecho referencia la mantenían entre nerviosa y expectante. Sus palabras habían sido crudamente

sexuales, no había espacio a la equivocación en sus actos y en la manera en que le dijo que iba a castigarla.

¡La culpa era suya! ¿Por qué tenía que sacar a pasear eso? Más aún, ¿por qué se le había ocurrido la genial idea de agarrarle la cola al demonio cuando previamente había gritado porque le había rozado con ella la mejilla?

Bajó la mirada sobre su mano, recordando el tacto, la calidez y la dureza que había encontrado bajo ella, había pensado que se trataba de... algo igual de extraño que sus cuernos, sus ojos dorados o los colmillos, pero a juzgar por su reacción, era algo más sensible.

—De verdad, Gwen, si tu única intención al venir era criticarme y echar por tierra mis esfuerzos, podrías haberte ahorrado la visita —declaró su madre, ajena a sus propios pensamientos.

Al parecer sus palabras la habían picado, pues la miraba con la barbilla en alto, la nariz respingona en una posición de altivez y sus gestos propios de una estricta institutriz.

—Cassie, Gwene ha hecho un esfuerzo para venir y...

—No te molestes, Gladis —la atajó, levantando una mano y deteniendo su perorata—. Hace tiempo que sé cómo funciona la mente de mi madre y cuáles son sus prioridades, entre las que hace mucho tiempo que no figuramos ni mi hermano, ni yo.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo fui la que os sacó adelante a tu hermano y a ti cuando vuestro padre se largó, me desviví para que tuvieseis todo lo necesario...

Sus palabras fueron como un dardo directo al corazón, uno que la irritó sobremanera, pues su percepción de las cosas no era tal.

Sí, ella había sido lo bastante valiente como para seguir adelante con dos niños pequeños, pero no lo había hecho sola, se había refugiado en Gladis, al menos el primer año, pues pronto encontró un sustituto para su padre.

—Mamá, el único esfuerzo real que has hecho en tu vida tiene que ver con los pobres incautos a los que perseguiste y asediaste hasta que conseguiste que te pusieran un anillo en el dedo —le soltó, bajando la voz un poco, evitando que la asesora que las había dejado unos momentos para ir a buscar a la modista, escuchase la trifulca.

—¡Gwenevere! —jadeó, totalmente atónita con su respuesta—. ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¡Soy tu madre! Ten un poco de respeto, esos hombres de los que hablas han sido tus padrastros...

Hizo una mueca ante su respuesta.

—Jamás consideré a ninguno de ellos un padrastro, no me dieron tiempo, en el momento en que dejaban de hacer lo que tú querías que hicieran, les dabas la patada —sentenció sin andarse por las ramas—. Llevas tres matrimonios y tres divorcios, mamá, por no mencionar que vas a por el cuarto...

—Al menos yo voy a casarme.

La manera en que lo dijo hizo que su tía chasquease la lengua y le llamase ella misma la atención a su madre, había sido un golpe bajo, pero no era algo que le sorprendiese, no viniendo de quien venía.

—Cassandra, eso ha sido muy feo de tu parte, lo que ocurrió no fue culpa de Gwenevere...

—Por supuesto que no fue culpa mía, es suya —declaró sin andarse con rodeos—. Es incapaz de pensar en alguien más...

—Oh, por favor, habías estado saliendo con ese chico desde el instituto, Gwenevere, incluso os fuisteis a vivir juntos al poco tiempo de empezar la universidad. No me pediste permiso, ni

siquiera mi opinión. —Le echó en cara—. Has tenido tiempo más que suficiente para casarte con él, pero lo fuiste retrasando una y otra vez...

Y esa era su madre en toda su gloria, siempre dispuesta a darte dónde más te dolía.

—Me fui a vivir con él nada más empezar la universidad, porque tú convertiste mi cuarto en un vestidor nada más salí por la puerta —le recordó con palpable ironía—. No sé si es que estabas deseosa de deshacerte de mí o pensabas que estaba lista para que me dieras la patada y querías ponerme de patitas en la calle. Te recuerdo que antes de irme a vivir con Greg, estuve viviendo con mi hermano, porque elegiste ese año para volver a casarte y pasar una larga luna de miel por Europa.

Si quería sacar los trapos sucios, ella también tenía una cesta de ropa que podía airear.

—En cuanto al matrimonio... A una se le quitan las ganas de arriesgarse, sobre todo cuando ves que tu madre lleva tres y va a por el cuarto —remató con un tiro certero—. Aunque te felicito, ¿eh? Con este último te has lucido de lo lindo. No esperaste ni a que le diese la patada a su actual novia, la cual, ¡mira tú que casualidad! Era mi mejor amiga, mi única amiga, tristemente, todo hay que decirlo. Oh, por no mencionar el pequeño detalle de que yo trabajaba para él. Sí, un buen trabajo que se ha ido a la mierda por ti y tu... gran carrera en el amor.

—Gwene, cariño, ¿en qué habíamos quedado?

Su tía quería interceder, recordándole que había prometido intentar no estrangularla, pero era tan difícil callarse ahora que había empezado a hablar.

—Todavía no le he puesto el velo alrededor del cuello, Gladis.

—No puedo creer que me estés echando en cara algo como esto, sabes perfectamente que...

—¿Qué sé, mamá? ¿Qué no tenías intención de esconderte en el baño como una colegiala y arrastrar al pervertido de mi jefe allí para echar un polvo? —replicó esbozando una sarcástica sonrisa—. Desde luego que no, lo último que podía pensar era en que mi madre, *mi señora madre*, una mujer de cincuenta y cuatro años, estuviese tan desesperada como para liarse con un tipo de poco más de treinta en la fiesta de la empresa a la que insistió acompañarme. Dime algo, ¿lo tenías planeado?

Su jadeo fue genuino, pero no así la mirada y el tono ultrajado de su voz.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —siseó, echando furtivos vistazos hacia la puerta cerrada de la pequeña habitación en la que estaban esperando—. ¡Soy tu madre!

—Sí, eres mi madre y yo soy tu hija, esa hija a la que tu aventurilla con su jefe, le ha causado un filón de problemas —le recordó—. ¿Alguna vez te paraste a pensar en qué posición me iba a encontrar yo cuando decidiste lanzarte de cabeza a por ese hombre? —la acusó—. No, por supuesto que no. Admítelo, mamá, siempre has sido primero tú y luego tú, solo te has acordado de nosotros cuando necesitaste algo... Y para muestra —se señaló a sí misma en ese momento y lugar—, un botón.

Su rostro empezó a ganar color, la manera en que abrió los ojos y se le dilataron las fosas nasales le decía, sin necesidad de palabras, que había dado en el centro de la diana.

—He venido porque la tía Gladis me pidió que lo hiciera, porque sabe que esto es importante para ti, pero ya me cansé de ser la única que tiene que poner buena cara y ceder para que tú te sientas bien —declaró decidida a decirle todo lo que no le había dicho hasta el momento—. ¿Quieres volver a casarte? Bien, hazlo, pero olvídate de que asista a dicha boda. Estoy cansada de ver cómo siempre haces tu santa voluntad a costa de los demás. Esta vez has ido demasiado lejos y no quiero participar, no cuando tu supuesta felicidad, ha sido el motivo de que mi vida se haya venido abajo como un jodido castillo de naipes.

—Gwene, por favor —intervino su tía—. Sé que estás pasando un mal momento, pero no puedes culpar a tu madre por las decisiones tomadas por otras personas.

—Y no lo hago, tía, cada uno es responsable de sus propias decisiones —admitió con total sencillez—, pero a veces esas decisiones pueden afectar a otras personas y joderles la vida directa o indirectamente.

—Yo no tengo la culpa de que esa chica, que decía ser tu amiga, se comportase como una auténtica perra contigo.

—No, no tienes la culpa, de hecho, debería escribirle una postal a Maise para darle las gracias por haberme sacado de encima a un gilipollas —admitió con gesto pensativo. Con solo pensar lo que había vivido el día anterior con la visita de su antiguo novio, se le revolvía el estómago—. Pero eso no quita el hecho de que ella decidió joderme a mí, cuando a quién tendría que haberle arrancado los ojos era al hijo de puta de su supuesto novio, que no tuvo problema es ponerle los cuernos con otra y arrancarte a ti los pelos, por ser *la otra*.

Se encogió de hombros y soltó un profundo suspiro.

—Está claro que el karma me odia —concluyó. Cogió su mochila de la silla dónde lo había dejado, sacó el teléfono para ver la hora y suspiró de manera exagerada—. Vaya, mira que tarde se ha hecho —chasqueó y las miró a una y a otra—. Tengo que hacer un par de cosas antes de irme a trabajar, lo último que necesito es que mi jefe me eche la bronca también por llegar tarde.

Se puso la correa al hombro, besó a su tía en la mejilla, agradeciéndole la receta que le había pasado por fin y se volvió hacia su madre, observando una vez más el vestido.

—Si quieres parecer una novia, será mejor que empieces a buscar algo que te haga sentir como tal.

La besó también en la mejilla, más por costumbre que por verdadero cariño y se marchó, curiosamente, mucho más liviana de lo que había llegado.

A veces sentaba bien decir todo lo que una llevaba guardado, aunque fuese en el probador de una tienda de novias.

## CAPÍTULO 35

Sin duda, la mejor manera que había de ocultarse de alguien que te buscaba, era permanecer bajo sus propias narices y esa mujer parecía haber convertido aquello en su propio mantra, pues se encontraba coqueteando con los clientes a los que atendía en la terraza del restaurante.

Maise Cooper no era precisamente alguien sutil, se rozaba, acariciaba, todo ello de una manera bastante insinuante destinada a atrapar la atención de los incautos humanos que no perdían la oportunidad de echar un vistazo a su generoso escote o a sus largas piernas.

El carácter latino del local contribuía a su camuflaje, su largo y ondulado pelo negro, los vivarachos ojos verdes y esa sonrisita picarona, además del marcado acento hispano, convertían a la chica en el cebo perfecto para atraer al tipo de clientela que solía darse en ese lugar.

Usher ocupó una de las mesas de la terraza que estaban a la sombra, ojeó de manera despreocupada la carta sujeta entre el servilletero y un pequeño cenicerero y esperó a que la dicharachera camarera se acercase a tomarle nota.

A esas horas de la mañana todavía no había mucha gente, la mayoría de los clientes procedían de los edificios de oficinas de la zona, solo había que ver sus ropas, los portafolios y los teléfonos móviles de los que no se separaban, para saber el tipo de clientela que solían tener.

Escuchó distintos acentos, algunos incluso chapurreaban algo de español, queriendo sorprender y agradar a la coqueta empleada que les seguía el juego mientras calculaba las posibilidades y beneficios que podría sacar de cualquiera de los presentes.

Sonrió para sí. No se había molestado en cambiarse para la ocasión, así que vestía los vaqueros, la camisa y el chaleco de esa mañana, al que había añadido una americana. Dejó el teléfono, el último modelo del iPhone, sobre la mesa junto a las llaves del coche, en el cual destacaba el llavero de una conocida y cara marca. Todo era un juego de apariencias, un cebo para atraer a la mujer que tenía una cuenta pendiente con su deudora.

En circunstancias normales se limitaría a localizarla y entregarla a las autoridades oportunas, pero este caso se había vuelto personal desde el mismo momento en que Gwenevere apareció en su futuro. Su pequeña y recelosa deudora necesitaba tener un *tête à tête* con la mujer que había causado su actual situación. Entre ambas había una historia pasada, una amistad que, con toda probabilidad, la *banshee* había tenido en mente cultivar.

Había tenido vislumbres de ese pasado, de la relación que ambas habían mantenido y eso lo había hecho sospechar de nuevo. No había nada que evidenciase el repentino cambio que llevó a la chica a traicionar a Gwenevere, era como si de la noche a la mañana, a la *mensajera* se le hubiesen cruzado los cables y necesitase desaparecer.

Esa misma incomprensión era lo que había herido a su deudora, el ver cómo la persona en la que se había apoyado durante tanto tiempo, a quién había confiado todo, le daba la espalda sin una

sola explicación. A su mujer le costaba confiar en las personas y abrirse a los demás, pero cuando lo hacía se entregaba hasta el tuétano. Quién la hiriese, no solo estaría traicionando su confianza, sino que le estaría clavando un puñal hasta lo más hondo.

—Buenos días. —Se presentó con una amplia sonrisa y ese acento español que dejaba ver al modular las frases—. Vaya, una cara nueva, ¿qué te pongo, *guapo*?

Sonrió para su beneficio, dejó que su mirada la recorriese con abierta apreciación masculina y se inclinó hacia delante, fingiendo hacer un esfuerzo para no mirarle las tetas.

—Estoy dudando entre los huevos rancheros y la tabla de la casa —respondió modulando su voz—. ¿Qué me recomendarías?

Se echó el pelo por encima del hombro con gesto estudiado, se acarició el labio inferior con la parte de atrás del bolígrafo y le dedicó un sensual mohín mientras fingía pensárselo.

—Los huevos están deliciosos, sobre todo, si se preparan de la manera adecuada.

Asintió y correspondió a su apreciación con abierto descaro.

—Y tú, estoy seguro, que los preparas... de maravilla.

Se rió, un sonido musical que contenía ese timbre sobrenatural con el que enganchaba a los incautos. Era como una hermosa sirena que te iba envolviendo poco a poco alrededor de su dedo.

—No se me da nada mal.

Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y se inclinó sobre él.

—Y si añades un vino tinto para acompañar, ya es puro pecado...

—En ese caso, creo que pecaré... y pediré los huevos rancheros con una copa de vino tinto —corroboró y añadió en tono meloso—, y cuando me los traigas... podrás sentarte y contarme porqué una *banshee* destrozaría a una inocente humana a la que ha considerado algo más que una amiga.

Su comentario hizo que abriese los ojos de par en par, al momento empezó a mirar a su alrededor y retrocedió con obvia intención de largarse, pero no se lo permitió.

—¿Quién eres? —preguntó ella al darse cuenta de que no podía moverse, que apenas si podía dar pequeños pasos de un lado a otro, pero no tenía la libertad para abandonar su presencia.

—Soy uno de los recaudadores del *Soul Circus*.

El nombre hizo que sus ojos se abrieran incluso más, una sombra de miedo se instaló entonces en sus pupilas.

—¿Te envía él? No voy a volver, prefiero que me mates, porque no voy a ir con él.

Entrecerró los ojos al escuchar su voz, estaba realmente asustada, su *glamour* estaba empezando a titilar y en cualquier momento quedaría a la vista su verdadera apariencia.

—Contrólate. —En sus palabras iba impresa su magia y ella acusó el golpe—. No estoy aquí para robarte la vida...

—¿Qué buscas, entonces?

—Gwenevere —pronunció el nombre de su deudora y vio al momento la reacción en el rostro de la mujer—. Estoy aquí por ella, por lo que le has hecho, por lo que le has quitado...

—Si vienes buscando dinero, pierdes el tiempo, demonio.

Sonrió ante el reconocimiento de su género.

—Las deudas que dejaste a su nombre, han sido saneadas —le informó y vio el alivio en sus ojos—, pero hay otras a las que solo tú puedes poner fin.

Se tensó, lo notó en su figura y vio cómo negaba sin más. El miedo que había vislumbrado en sus ojos se incrementó, incluso le recorrió el cuerpo provocándole un estremecimiento.

—Yo no tengo ninguna deuda con esa débil humana, no hay nada que me una a ella.

Y mientras pronunciaba esas palabras, Usher vislumbró su pasado, uno que arrojaba una nueva luz sobre esa mujer y su relación con Gwen, así como el motivo por el que esa pequeña e inteligente *banshee* había obrado de la manera en que lo había hecho.

—La has protegido, a costa de ti misma, has protegido a una hembra humana —declaró, destapando su secreto—, de *él*.

Jadeó, el horror en sus ojos mudó rápidamente a una vibrante y ardiente furia, posó las manos de golpe sobre la mesa y, durante un breve instante, su verdadero rostro asomó bajo la máscara de su belleza.

—Si te acercas a ella, si le haces algo, no habrá lugares suficientes en nuestro mundo y en este, donde puedas ocultarte —lo amenazó, su voz contenía todo el peso de la muerte a la que era afin—. Díselo, dile a ese mal nacido que llevaré la muerte a él o a cualquiera que se atreva a tocar a *mi Gwenevere*.

Sonrió con petulancia, la miró de nuevo de arriba abajo y sentenció.

—Y eso es justo lo que necesitaba oír —aseguró satisfecho—. Ahora, dime quién es el *cadáver* que está interesado en *mi* mujer.

La chica parpadeó visiblemente sorprendida, se lo quedó mirando unos segundos, frunció el ceño y bajó la mirada sobre sus manos.

—¿Quién eres?

No dudó, extendió la mano hacia ella.

—Me conocen como Usherian el Keer, pero puedes llamarme Usher, sierva de la muerte.

La *banshee* le cogió la mano y, al igual que él era capaz de ver el futuro, ella sería capaz de vislumbrar su vida y su muerte.

## CAPÍTULO 36

Gwenevere atravesó la puerta del *Kerrigan's*, la campanilla titiló avisando de un nuevo ingreso, posiblemente el primero de la jornada, a juzgar por lo vacío que parecía el local a esas horas. Comprobó que el cartel de «ABIERTO» estuviese hacia fuera y dejó que la puerta se cerrase tras ella. Las sillas, que solían acabar sobre las mesas al final de la jornada, estaban en su sitio, los servilleteros distribuidos e incluso las nuevas cartas descansaban en el lugar dispuesto para ellos.

Se desabrochó la chaqueta y avanzó hacia la barra, la cual estaba desierta, tan solo la música que escuchaba procedente de la trastienda avisaba de que había alguien en el local.

—¿Usher? —Llamó esperando verlo aparecer de un momento a otro a través del umbral que comunicaba la zona principal con la cocina y el almacén.

Dejó el mochila sobre uno de los taburetes para quitarse la chaqueta y, recogiendo todo, se dirigió hacia la trastienda, dónde tenía la camiseta con el logotipo del local y el delantal con su block de notas.

Necesitaba ponerse a trabajar, si estaba entretenida al menos olvidaría durante un rato el momento que había pasado en la tienda de novias con su madre. Tras abandonar el lugar había vuelto a casa encontrándola más vacía y solitaria que nunca, la ausencia de sus cosas, así como las cajas que todavía tenía apiladas le provocaron una punzada en el corazón y acabó llorando a moco tendido en medio del salón, sentada en el suelo con una caja de clínex al lado.

¿Qué clase de vida había tenido hasta el momento? ¿Por qué se había aferrado a ese lugar después de todo lo que había ocurrido en él? Una tras otra las preguntas surgieron en su mente, al igual que los recuerdos vividos entre esas cuatro paredes, recuerdos buenos y malos. Había sido inevitable encolerizarse, gritar a pleno pulmón un momento para llorar a toda pastilla al siguiente, se había sentido tan bipolar que había terminado hecha un ovillo en el suelo, mirando la pared mientras recuperaba el aliento.

Agradecía no haber tenido espectadores durante tal melodrama, que nadie hubiese visto su rostro cuando se levantó por fin y se dirigió al baño para lavarse la cara. Era como si en cuestión de horas hubiese envejecido varios años, cómo si la mujer alegre que había sido se hubiese consumido bajo todo aquel cúmulo de acontecimientos y se le hubiese olvidado como sonreír.

La traición era algo que dolía muy adentro, que conseguía hacerte pedazos, trozos que después eran muy difíciles de volver a unir correctamente sin dejar grietas. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de mantenerse entera hasta ahora, cómo conseguía levantarse cada día y enfrentarse al mundo sin nadie a su lado que le diese un empujoncito, cómo lo había hecho tantas y tantas veces antes Maise.

Pero más que la traición, estaba el hecho de no entender el motivo que llevaba a alguien en

quién confiabas, que era prácticamente una hermana para ti, a hacer algo como eso. Por más que lo había analizado, que lo había reproducido en su mente, no conseguía reconocer en aquella mujer que la había apuñalado una y otra vez con sus palabras y crueldad a la dulce y alegre chica que había sido todos esos años. Eso era lo que más dolía, la incompreensión, el no ser capaz de encontrar una justificación y que la empujaba a querer buscarla, a encontrarla y pedirle que le dijese «por qué».

Pero Maise Cooper se había esfumado, había desaparecido de la faz de la tierra y nadie que la conociese, podía darle razón alguna de su paradero.

Siguió el sonido de la música hasta la trastienda, dejó la cocina y se acercó al almacén para encontrarse a alguien retirando las cajas de cervezas vacías.

—¿Señor Flameris?

El hombre se giró hacia ella con gesto sorprendido, sosteniendo entre los dientes el palillo de un caramelo y abriendo los ojos en reconocimiento al verla.

—Ah, eres tú —dijo sacándose el caramelo de la boca—. Veo que sigues de una pieza, me alegra verlo.

Enarcó una ceja ante el tono de su voz y no pudo evitar fijarse en que vestía uno de los polos con el anagrama del local.

—Usher dijo que llegarías a lo largo de la tarde, esperaba estar de vuelta para entonces, pero parece que te has adelantado —continuó el hombre, quién volvió a meterse el caramelo en la boca para tener las manos libres y sacar del almacén las cajas llenas de botellas vacías—. Como *vesh* no hay *muxo* movimiento... —mencionó con el caramelo en la boca—, ¿te *apetexe* tomarte un café?

Lo siguió con la mirada, demasiado sorprendida de la presencia del hombre que la había salvado de terminar bajo las ruedas de una moto y de que hablase de su jefe con tanta familiaridad. Un inesperado escalofrío le bajó por la columna al pensar en que tan familiar podían ser los dos hombres.

—Voy a sacar esto a la puerta de atrás, para que el repartidor los recoja cuando venga a traer la nueva mercancía —le informó, posando un momento las cajas sobre la barra y quitándose el caramelo de la boca—. Cámbiate si quieres, prometo que no miraré.

Abrió la boca para decir algo, pero no encontró respuesta alguna que decir, todavía estaba demasiado sorprendida de encontrárselo allí.

Se escabulló con rapidez en la trastienda, dejó su chaqueta y su mochila en el lugar destinado a ello y se puso la camiseta del trabajo por encima de la interior que llevaba puesta, cogió el delantal y salió de nuevo abrochándose. Brishen se encontraba ya detrás de la barra, moviéndose cómo si no fuese la primera vez que estaba allí y hacía tales tareas.

—Pareces un poco cansada, ¿Ush no te deja descansar?

La pregunta la cogió por sorpresa y, antes de que pudiese decir algo al respecto, sus mejillas empezaron a colorearse.

—¿Disculpa? —consiguió musitar.

El hombre se limitó a girar un poco la cabeza y dedicarle un guiño mientras se entretenía en preparar un par de cafés.

—Supongo que a estas alturas ya sabrás lo que es Usher en realidad, lo que son cada uno de los habitantes de la *Mansión*... —Sus palabras no hicieron otra cosa que confirmar las sospechas que le habían pasado por la cabeza—. Eres la primera deudora que conozco en circunstancias tan... peligrosas.

—Eres... como él.

Su respuesta fue reírse con suavidad, retiró los dos cafés que había preparado y puso uno delante de ella.

—No, no soy como él, mi casta es un poco más... calentita —replicó con un mohín—. Y también tiene la piel más dura, con escamas y eso.

Parpadeó, no podía haber escuchado bien.

—¿Con escamas y eso?

Su respuesta fue levantar la mano en el aire y, tras soplar sobre ella, su piel empezó a mudar, los dedos se alargaron, las uñas crecieron negras y ligeramente ganchudas y su brazo adquirió una textura rugosa, llena de escamas como las de un...

—Lagarto, eres un... ¿lagarto? —Se estremeció ante aquella visión, pero por más que lo intentó no le resultó repulsiva.

—No insultes, niña, desciendo de una antigua corte draconiana.

*Draconiana, como en...* ¡Joder! Gwenevere dio un paso atrás de manera inmediata, lo recorrió con la mirada de la cabeza a los pies mientras él sacudía la mano y su brazo volvía a adquirir de nuevo apariencia humana.

—Sí, esa palabreja que se te ha pasado por la mente es justo la respuesta adecuada.

Se llevó las manos a la cabeza, como si de esa manera pudiese impedir, ¿qué?

—¿Puedes leer mi mente?

Ladeó la cabeza, sonrió y cogió su taza de café, a la cual le dio un largo sorbo.

—Sí, pero no lo he hecho, no es necesario cuando todo lo que piensas lo articulas con los labios —aseguró replicando lo que ella había hecho sin darse cuenta—. Dragón, sí, esas cosas grandes que escupen fuego... Solo que ni somos tan grandes y, lo de escupir fuego... bueno, depende de a quién le preguntes y lo mal que le caigas, está un poquito sobrevalorado.

—Necesito sentarme.

—Creo que vas a necesitar mucho más que eso a juzgar por la palidez de tu cara —admitió mirándola curioso—. Aunque tengo que felicitarte, al menos no estás amenazando con matarnos a todos, como hicieron Rhiannon o Helena, sin ir más lejos.

—Creo que me he saltado esa fase —admitió sin poder evitar un escalofrío, mientras echaba fugaces miradas hacia la mano que había posado ahora sobre la superficie de la barra al dejar de nuevo el café en su sitio.

—Siéntate, anda, no quiero tener que explicarle a tu recolector porqué te has llevado un chichón al caer desplomada en el suelo —la invitó a ello—. Te prometo que soy un buen chico, que no me meto en problemas y que jamás toco lo que es de otro recolector... a menos que me lo pidan amablemente.

Su respuesta le arrancó una reacia sonrisa, algo que relajó un poco el ambiente entre ellos.

—Además, disfruto de la compañía femenina cuando tiene una buena conversación —admitió señalando los taburetes por fuera de la barra—. Y prometo dejarte libre en cuanto entre algún cliente por esa puerta.

Cosa que esperaba que sucediese pronto, pensó Gwenevere, mientras se sentaba y aceptaba el café que había preparado y dejado sobre el mostrador para ella.

—Con leche y azúcar —le informó, indicando la taza.

—¿Eso también lo has leído en mi cara?

Sonrió con ese gesto pícaro que había visto también en Usher.

—Eso, nunca lo sabrás —le dijo al tiempo que cogía su propia taza y tomaba un sorbo de su

caliente bebida.

## CAPÍTULO 37

Usher reconoció la inequívoca huella de Gwenevere en el mismo instante en que atravesó la puerta de la cafetería y le asaltaron una serie de aromas procedentes de la cocina. El local parecía estar a la mitad de su capacidad, había varias mesas ocupadas con parejas que disfrutaban de un café y conversación, otros se habían enchufado al WIFI y trabajaban mientras picoteaban un pedazo de tarta, incluso había una mesa de cuatro que estaba disfrutando de una selección de dulces que no tenía la menor idea de dónde habían salido.

Brishen se movía detrás de la barra preparando una nueva comanda, a juzgar por la tetera para infusiones y las pastas que acompañaban a dos tazas de expreso a la que unió una tercera. En cuanto levantó la cabeza y lo vio, le dedicó un guiño y señaló hacia la trastienda.

—Llegas tarde —le dijo a medida que se acercaba hacia la barra—. El huracán de vainilla que tienes ahí dentro ha decidido iniciar un zafarrancho de combate ella solita y no he querido, ni siquiera lo he intentado, detenerla. Parece que preparar postres la relaja y tus clientes están encantados de la vida.

Enarcó una ceja ante el comentario de su compañero, podía sentir el nerviosismo de la mujer y su lucha interior a través del vínculo de la *Arena*, una lucha que se había originado en algún momento de la mañana y que había ido *in crescendo*. Gwenevere había tocado fondo y ahora luchaba con uñas y dientes por subir a la superficie y ver lo que quedaba allí después del huracán de sucesos que la había atravesado. El tiempo de lamentarse, de compadecerse de sí misma, había quedado atrás y ahora necesitaba respuestas.

—¿Ha preparado todo esto aquí? —Señaló con un movimiento de la barbilla las tartas que había sobre el aparador.

—Sí —aceptó empujando la bandeja con la comanda a un lado—. Si no supiese que es humana, pensaría que es una pequeña diablesa que está dispuesta a arrasar con todo.

Sonrió de soslayo, ya se había dado cuenta de que cuando algo la motivaba, era como un huracán que giraba sin parar y se llevaba por delante todo lo que encontraba, incluyendo el trabajo. No había conocido jamás a una mujer tan diligente y trabajadora, prueba de ello era que desde que ella estaba allí, la clientela había ido en aumento.

—Te ha llamado nada más traspasar la puerta, por cierto —le comentó en voz baja—, y pareció bastante decepcionada al no verte y eso que yo soy mucho más alto y más guapo.

No le quedó otra que poner los ojos en blanco ante la réplica de su amigo.

—¿Puedes encargarte un rato más de esto? —señaló la sala.

—Por supuesto —concluyó, rodeando la barra para recoger la bandeja y disponerse a llevar el servicio—. Es una pena que no tengamos de esto en la corte, me encantaría ver a Tasia echando espuma por la boca mientras me ve cargar con una bandeja.

Sacudió la cabeza.

—Un día de estos te vas a encontrar con un enorme problema a las puertas, Brish.

—Si eso significa la destrucción de la corte, por dios, que llegue ya.

Con eso, cogió la bandeja y se giró.

—Encárgate de tu deudora, yo cubro el fuerte.

Le posó la mano sobre el hombro y asintió, mientras su amigo y compañero permaneciese lejos de la *Corte Flameris*, su vida no correría peligro, lo cual resultaba irónico, pues dicha corte era el feudo de Brishen y su derecho de nacimiento.

No dejaba de ser curioso cómo la mayoría de los miembros de la Mansión solían dejarse caer por su local humano cuando necesitaban escapar de sus propias vidas, era como si entre esas cuatro paredes se sintiesen a salvo o, por lo menos, pudiesen evadirse lo suficiente para recomponerse a sí mismos.

Le echó un último vistazo a la sala, sonrió a alguno de los comensales que solían venir con asiduidad y se deslizó hacia la trastienda, dónde ya escuchaba el murmullo de la radio unido a los resoplidos de su mujer.

El dulce aroma de la repostería se hizo más intenso en el momento en que atravesó el umbral que comunicaba con la cocina. Gwenever se había recogido la melena en un desgreñado moño que se le torcía hacia la derecha, mientras varios mechones, manchados de harina, la hacían resoplar para apartarlos.

Estaba, literalmente, con las manos metidas en la masa, dándole tal paliza al engrudo que sobresalía entre sus dedos que cualquiera con un pizca de sentido común habría dado media vuelta para volver por dónde había venido. Su lenguaje corporal hablaba de intranquilidad y enfado, pero lo que sin duda le llamó la atención eran las huellas de las posibles lágrimas que habían surcado por sus mejillas, dejando un surco en el polvo blanco que se las manchaba.

—¿Gwen?

Dio un respingo y levantó la cabeza, girándose en su dirección, mirándole con la nariz y los ojos enrojecidos.

—¿Problemas culinarios, cariño?

Vio como esa naricita se arrugaba, levantaba la barbilla y prácticamente lo fulminaba con la mirada antes de volver a lo suyo.

—Ninguno.

Volvió a meter las manos en la masa, haciendo una bola y levantándola para dejarla caer después con tal saña sobre la improvisada mesa de trabajo, que tembló todo lo que había sobre ella.

—Llegas tarde, por cierto, tu amigo, el escamas, ha estado detrás de la barra las últimas cuatro horas —le informó, pasándose el dorso de la mano por la mejilla dejando un nuevo rastro de harina—. Llegué a pensar que habías decidido hacer pellas.

—Si hubiese decidido tomarme el día libre, no te habría hecho venir —respondió sin sacarle los ojos de encima—. Se me complicó un poco el asunto que tenía entre manos, por eso le pedí a Brishen que abriese en mi lugar.

—¿Sabías que ya nos conocíamos? —comentó sin mirarle—. Me ayudó el día del accidente, el mismo en el que vine a la entrevista que pusiste buscando empleada para la cafetería.

—Sabía que se había topado con una de las deudoras del *Circus*, pero no que dicha deudora y mi empleada eran la misma persona, no hasta que te vi yo mismo frente a la mesa de juego.

—El mundo es un jodido pañuelo —masculló y continuó con su fiero amasado, descargando el

puño sobre la mesa—. Uno retorcido, sucio y maldito.

Y con cada palabra que decía, apretaba con mayor fuerza la masa, destrozándola.

—Vale, deja eso, ya lo has maltratado lo suficiente —pidió acercándose a la mesa—. Deduzco por tu buen humor, que tu mañana no ha sido precisamente agradable.

—No, no lo ha sido —dijo dejando la masa y empezando a limpiarse las manos—. Me he peleado con mi madre o, más que pelearme, le he dicho todo lo que siempre había querido decirle y hasta ahora no me había atrevido. Ha sido liberador, pero también ha hecho que me sienta como la mierda y que me haya puesto a analizar todos y cada uno de los desastres que me han llovido últimamente. Así que he terminado encerrándome aquí, pagando mi cabreo, mi decepción y frustración en la cocina.

—Puedo darme cuenta de ello —admitió mirando a su alrededor, viendo todos los recipientes utilizados, la crema de chocolate que tenía al fuego y las frutas peladas y troceadas esperando en un bol—. Has convertido esto en una verdadera batalla campal.

—No te preocupes, lo limpiaré tan pronto termine con la última tarta —replicó, moviéndose hacia lo que tenía en el fuego y empezó a remover el contenido con una cuchara de madera—. No tendrás motivos para enfurruñarte.

—¿Enfurruñarme? —No pudo evitar que se notase la diversión en su voz—. Juraría que yo no soy el que está enfurruñado aquí, Gwenevere.

Ella lo ignoró, levantó la cuchara del recipiente y resbaló el dedo sobre el contenido para probarlo.

—Um.. le falta azúcar.

Verla moverse con tanta soltura por la cocina, con esa seguridad en sí misma y en la tarea que llevaba a cabo, era vislumbrar un poco de la verdadera Gwen, de la mujer que había sido en el pasado. Contempló su periplo con el chocolate, vio cómo sus labios se movían, levantaba la cabeza y le decía alguna cosa, pero ya no la escuchaba. La vista se le nubló unos segundos, esa conocida niebla desdibujó todo a su alrededor y se vio engullido por el tiempo, llevándolo a otro momento, en el mismo lugar y con la misma mujer.

*Ella sonreía, llevaba el pelo recogido en una coleta alta, atada con un pañuelo con calaveras y calabazas de Halloween y gesticulaba con una cuchara manchada de chocolate en la mano.*

*—...desde aquel día, nunca volví a mirar el chocolate de la misma manera y lo sabes —le decía, pues estaba hablándole a él. Como la última vez, no era un mero espectador, estaba allí, en su propio futuro—. Eres el único culpable, Usher, así que no te quejes y pruébalo.*

*Rodeó la mesa, moviéndose con lentitud, casi como quién se balancea hasta que toda ella terminó entre sus brazos y el chocolate tiñó sus labios, los mismos que limpió a lametones.*

Tan rápido como llegó, la visión se diluyó devolviéndole al presente y a la mujer que lo miraba desde el otro lado de la mesa, moviendo los labios mientras fruncía el ceño.

—¿...bien? ¿Hola? Tierra a Usher, ¿me escuchas?

Se sacudió los rescoldos de la visión de encima y respiró profundamente.

—¿Te encuentras bien? —repitió ella.

—Sí, lo siento —se disculpó—. Me he ido durante unos segundos.

—Ya lo he visto —replicó mirándole curiosa—. ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que avise a Brishen?

Negó con la cabeza y señaló el chocolate.

—Estoy bien, es algo que suele sucederme de vez en cuando. Me abstraigo completamente

cuando me golpea alguna visión —admitió en voz alta—. Es parte de mi herencia... de la humana.

—¿Tienes visiones? —Su sorpresa era absoluta—. ¿Sobre qué?

—Sobre reposteras sexys y coberturas de chocolate —replicó hundiendo el dedo en el chocolate y embadurnándole los labios para luego inclinarse hacia ella y lamerselos cómo querría hacer en el futuro—. Um, está bueno.

—Haz el favor de no jugar con la crema, es para la tarta.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—No estoy jugando, solamente pruebo lo que haces —replicó inocente—. Y ese chocolate sabe mucho mejor en tus labios. —Dicho lo cual volvió a embadurnárselos para besarla después, retirando la crema con la lengua para luego hacérsela probar de su propia boca—. Lo dicho, delicioso.

La mirada de Gwenevere lo decía todo, sus mejillas se habían arrebolado por debajo de las manchas de harina, pero sus ojos lo miraban como quién mira a un niño travieso al que no sabes si amonestar o perdonar.

—¿Hay alguna posibilidad de que te comportes como mi jefe y no como un... er... demonio... calenturiento?

Usher dejó que sus labios se curvaran ligeramente en una perezosa sonrisa, la recorrió una vez más con la mirada y asintió.

—Muchas posibilidades, sobre todo porque tu jefe espera que recojas todo esto y lo limpies antes de colgar el delantal por hoy.

La chica se llevó las manos a las caderas.

—Que no se preocupe, porque será lo siguiente que haga en cuanto termine con esto y meta la última tarta en el horno —señaló ella con gesto petulante—. ¿Algo más?

—Sí, reserva esa tarta de chocolate para esta noche —le indicó—, será parte de tu castigo por haberme cogido la cola sin permiso.

Hizo una mueca.

—Ya te dije que lo sentía —resopló—. En serio, Usher, no fue a propósito, ni siquiera me di cuenta...

—No te preocupes, Gwen, después de esta noche, serás perfectamente consciente de ello.

Ella resopló haciendo que los mechones enharinados de su pelo volasen y volviesen a aterrizar delante de su rostro. Tenía que admitir que la mujer lo tenía hechizado, le gustaba cada una de sus facetas, desde su candidez a esos inesperados estallidos de genio, la encontraba atractiva en su sencillez, pues no era alguien que dedicase horas y horas a cuidar su aspecto o mostrarse seductora. Gwenevere no destacaría entre una multitud, pero tampoco le hacía falta, pues era en su sencillez y gran corazón, dónde radicaba su belleza.

—Vamos, a trabajar —la instó a ponerse a ello y se aplicó la orden—. Voy a relevar a Brishen, si me necesitas, estaré detrás de la barra.

—Oído, cocina.

—¿Y Gwen?

—¿Sí, jefe?

—No sigas maltratando la masa —le guiñó el ojo—, o la que terminará llorando será ella.

## CAPÍTULO 38

La campanilla de la puerta sonó por última vez al salir la última pareja de clientes. Usher les deseó una buena noche y procedió a darle la vuelta al cartel de modo que figurase como «CERRADO», para terminar cerrando con llave.

Había sido un día largo, uno que aún no había tenido tiempo de analizar y que sabía le traería más problemas que soluciones.

Escuchó el trájín en la trastienda, Gwenevere se había dedicado a limpiar a fondo y recoger las cosas. En el local todavía perduraba ese aroma a vainilla, chocolate y canela, uno que ya empezaba a asociar con ella.

Cuando llegó y la vio descargar su furia sobre la mesa de trabajo supo que no podía hablarle de su encuentro con la *banshee*, no todavía. Ella necesitaba lidiar con su pasado, enfrentarse a sus emociones, asentar las bases de su vida después de los últimos sucesos que la habían puesto patas para arriba, solo así sería capaz de encontrar las fuerzas necesarias para enfrentarse a cualquier futuro posible.

Esa dulce mujer se encontraba en el centro de una trama que ignoraba, una que había llevado a esa joven a hacer hasta lo imposible para mantenerla al margen y a salvo de lo que acontecía a su alrededor. La mujer no era la traidora que le habían retratado, aunque había interpretado su papel con el convencimiento suficiente para que se la etiquetase como tal. Lo que en un principio había parecido una traición, extorsión y robo en toda regla, ocultaba un hecho mucho más importante y oscuro, una fijación insana de una tercera persona sobre una incauta e inocente humana.

—Sabía que la quería, en el momento en que la vio, decidió que sería una de sus «mascotas» humanas. —Le había contado la *banshee* cuando se convenció de que él no era otro de sus cazadores y que su presencia podría suponer un cambio e incluso una ayuda para su actual misión; proteger a Gwenevere Loft—. No podía permitir que la destrozase cómo ha destrozado a tantas mujeres humanas, que la convirtiese en una de esas cáscaras vacías sin conciencia y con una eterna necesidad de él. Gwene es demasiado dulce, demasiado inocente para caer en las garras de alguien como Lord Kaliel. Ella me ayudó cuando nadie más lo hizo, me tendió la mano y me ofreció su amistad a pesar de no saber quién era yo. No podía dejar que ese hijo de puta le pusiera las manos encima, pero nunca pensé que llegaría tan lejos como para jugársela en las mesas de juego.

Maise había arrojado luz sobre algunos de los puntos que no habían estado demasiado claros, puso sobre la mesa la verdadera motivación que se escondía bajo la orden de caza que había sobre su cabeza y el interés de Kaliel por recobrar sus activos a costa incluso de la extorsión.

Fue él quien había puesto a Gwenevere como deudora y tejió una perfecta tela de araña a su alrededor con la única intención de acercarla más y más hacia la astuta araña que esperaba en el

centro para devorarla. Su intención había sido asfixiar a la joven mujer para que aceptase la oferta que Faber & Casrtell le presentaría cuando comprendiese que iba a perderlo todo, pero no contó con la negativa de la chica a aceptar una deuda que no era suya ni lo que le depararía el *Circus*.

El lord de la *Corte Flameris* decidió iniciar entonces una caza de brujas para dar con la *banshee* e impedir que esta abriese la boca, estaba decidido a recuperar su «joya» en cuanto se cumpliese el plazo, usando a la misma mujer que supuestamente la había traicionado cómo presente.

Lamentablemente, no había contado con él en la ecuación y sus ganas de echar por tierra cualquier plan que tuviese, solo por el hecho de ser él; jamás dejaría que algo malo le pasase a su mujer.

Gwenevere era su futuro, su mujer y no la cedería a nadie. Esa humana se merecía ser cuidada, atesorada y querida y él quería darle todo eso, quería amarla cómo ya lo estaba haciendo.

Enamorarse de su deudora no era algo que hubiese entrado en sus planes, pero desde la primera visión que tuvo de ella, lo obsesionó. Tenía algo que lo atraía, que no la convertía en la típica mujer que se lanzaba sobre él buscando un polvo rápido y satisfactorio. Ella no lo había mirado sino con rubor y nerviosismo, se había introducido en su mundo casi por accidente, pero cuando lo abrazó, cuando se entregó a él a sabiendas de quién era y del temor que le encogía el estómago, necesitando darle algún tipo de consuelo, firmó su sentencia.

Ese gesto lo conmovió y enamoró, más allá de su familia, nadie lo había aceptado de ese modo, abiertamente, sabiendo quién y qué era, sin fingimientos, con los brazos abiertos y el temor a lo desconocido presente en sus ojos, pero con el coraje suficiente para pasar sobre él.

Y entonces, esa pequeña pillastre, le cogió la cola.

Oh, sabía que no lo había hecho a propósito, probablemente incluso la culpa de ello hubiese sido suya, pues no paraba de moverla de manera inconsciente, pero la forma en que la apretó contra su pecho, negándose a soltarle... Esa muñequita lo había reclamado para sí, lo había marcado como suyo en ese mismo instante y estaba dispuesto a demostrarle que tan suyo podía llegar a ser.

Se relamió al pensar en ella, su sexo engrosó en respuesta a su deseo, con un solo pensamiento aseguró puertas y ventanas y fue a buscar lo que era suyo.

Quedaban cosas que decir, explicaciones que dar, ella tenía que darse cuenta de la clase de trampa que había sido tejida a su alrededor, recuperar lo que le había sido arrebatado, pero todo ello tendría que esperar hasta después del castigo que estaba a punto de verter sobre esa deliciosa y tierna mujercita.

La cocina volvía a tener el aspecto impoluto de esa mañana, todas las cacerolas, los utensilios e ingredientes que la habían ocupado habían sido lavados y devueltos a su lugar. La última tarta que había sacado del horno llevaba un buen rato enfriando sobre una encimera, el aroma a chocolate caliente le había estado acompañando durante buena parte de la limpieza, opacando el de los desinfectantes y abriéndole el apetito. No es cómo si no hubiese estado picoteando aquí y allí mientras trabajaba, sobre todo una vez que su rabieta se fue enfriando y la calma volvió a asentarse en su interior.

Gwenevere dejó el paño a un lado, se quitó el delantal y lo dobló pulcramente para devolverlo a su lugar. Había escuchado a su jefe despidiéndose de los últimos clientes, la

campanilla de la puerta se había escuchado seguida al poco rato del tintineo del llavero que cerraba el local por el día de hoy.

La jornada había llegado a su fin y eso le traía a la mente el caliente recordatorio que le había hecho Usher horas antes. Echó un fugaz vistazo hacia el umbral que comunicaba la cocina con la barra, el estómago se le encogió al momento ante la perspectiva de lo que pudiese tener en mente ese hombre.

Como si sus pensamientos lo hubiesen conjurado, su silueta emergió entre la penumbra de la sala principal y fue cobrando vida bajo la luz de la cocina.

—¿Esa es mi tarta?

La pregunta la cogió por sorpresa, al igual que el hecho de que fuese directo a la repisa y se inclinase para aspirar el aroma a chocolate y no le dedicase ni una sola mirada.

—Chocolate y nueces —le informó en voz tenue—. Se está enfriando, así que no metas las pezuñas...

Él se volvió hacia ella, clavó esos profundos ojos azules sobre ella y enarcó una ceja.

—Yo no tengo pezuñas —le dijo en voz baja, con un tono tan oscuro y grave que le bajó un escalofrío por la columna—. A estas alturas ya deberías saberlo...

—Era una forma de hablar, no una descripción gráfica de tus... atributos —replicó mirándole de refilón—. Si me hubiese dirigido a ellos, habría empezado por...

Los labios se curvaron ligeramente hasta mostrar un asomo de dientes blancos.

—Mi cola. Sí, lo sé, parece haberte fascinado...

—Tu cola no me ha fascinado, me ha *fastidiado*, que no es lo mismo —resopló en respuesta—. Y mejor lo dejamos aquí, no estoy de humor para empezar una discusión sobre... tus atributos demoníacos.

Se rio por lo bajo, abandonó la tarta que le había llamado tanto la atención y avanzó hacia ella.

—No hace falta que discutamos sobre mi anatomía, de hecho, no hay necesidad alguna de discutir por nada.

La manera en que se movía, la gracilidad que adoptó su caminar, la hizo sentirse igual que una gacela asediada por una enorme y peligrosa pantera que, en cuanto le pusiese las manos encima, la devoraría completamente.

—¿Por qué será que no te creo? —replicó empezando a retroceder.

—Todo lo que vamos a hacer es resolver un asuntillo que tenemos pendiente —continuó sin perder el paso ni apartar la mirada de la suya.

—No creo que este sea el momento ni el lugar para resolver nada... —insistió y pegó un grito al ver cortada su retirada por la alacena que tenía a la espalda—. ¿Por qué no lo dejamos para mañana y...?

Sus palabras se las comió, literalmente, cuando la atrapó contra el mueble y bajó la boca sobre ella, apropiándose de sus labios y de su lengua.

—Me has cogido la cola y eso trae consigo consecuencias —gruñó, deslizándose de sus labios a su mandíbula, mordisqueándola hasta atrapar el lóbulo de la oreja entre los dientes—. Ningún demonio que se precie dejaría pasar tal afrenta sin un adecuado castigo, un recordatorio de lo que pasará si vuelves a hacerlo en el futuro, sin pedir permiso.

—No quería hacerte daño —musitó temblando entre sus brazos, pero era incapaz de discernir si era de temor o de excitación, pues toda ella se encendía como una llama cada vez que la tocaba—. Te lo juro...

—No me has hecho daño, Gwen —le susurró al tiempo que jugaba lamiéndole la oreja—, tu tacto nunca me hace daño. Tus manos sobre mi piel son cómo tener un millón de mariposas acariciándome, mimándome y me gusta esa sensación. Me gusta tenerte tan cerca que puedo respirar tu aroma a vainilla y chocolate. Tú despiertas mi hambre y también eres la única capaz de apaciguarla.

Sus declaraciones la derritieron, cualquier posible reticencia que quedase en su cuerpo se esfumó y acabó apoyándose en él.

—Pero nadie le toca la cola a un demonio a menos que quiera reclamarlo para sí o esté buscando la muerte —ronroneó y le mordisqueó el arco superior de la oreja—. Y dado que no te considero tan suicida como para lo segundo, optaré por la primera opción.

—Estás hablándome de cosas que yo desconozco, Usher —gimió ante la implicación de lo que acababa de decirle, si bien no quería morir, ni de lejos, la idea de reclamarle para sí era tan atrayente como aterradora—. ¿Por qué no venís con un librito a modo de manual de instrucciones? Sería muy útil para evitar cometer esta clase de errores.

Se rió contra su oído, entonces se apartó lo justo para mirarla a los ojos.

—Sí, desconoces esas cosas, por ello, solo te castigaré.

—No quiero ser castigada.

—¿Prefieres reclamarme, entonces?

—¿Qué implica eso exactamente?

—Que seré tuyo, mientras viva, te perteneceré en cuerpo y alma y tú, serás mi única dueña.

Lo dijo tan serio, con tanta pasión que estuvo a punto de decir en el acto: *Sí, por favor*. Y, a medida que ese pensamiento se filtraba en su mente, se dio cuenta con absoluto horror, de lo que eso significaba. *Me he enamorado de mi jefe*.

La realidad la bañó como una ola, las implicaciones de ello se filtraron en ella como si fuesen el agua que la salpicaba y se encontró mirando a los ojos de alguien a quien apenas conocía y a quién, sin embargo, estaba empezando a amar.

—Olvida que te he cogido la cola —musitó con voz entrecortada—. Fue un error, una equivocación, un momento de enajenación mental.

Sí, igualito al que estaba padeciendo ahora mismo, pensó, porque ella no podía enamorarse de él, no podía.

No podía enamorarse de alguien en solo unos pocos días. No, el amor no funcionaba así, tenía la prueba en su anterior relación, una que había cultivado durante años y... Y que nunca la había hecho sentirse ni remotamente tan vapuleada como cuando Usher estaba cerca de ella. Greg nunca la había hecho reír, nunca la había abrazado mientras lloraba, no le había dado su espacio para que solucionase sus cosas, no la había mirado y hecho que se le cayesen las bragas... No la había hecho hervir de pasión, no cómo lo conseguía ese hombre frente a ella. Puede que Greg hubiese sido su primer amor, que se hubiese aferrado a él para no estar sola, pero, ¿acaso había llorado su pérdida? ¿Le había dolido el corazón? No, que la dejase había sido casi un alivio, más aún después de darse cuenta, durante una conversación de escasos quince minutos, de la clase de gilipollas con el que había convivido.

*No, no te has enamorado de tu jefe, Gwenevere Loft, te has enamorado del demonio que existe bajo ese disfraz.*

Abrió la boca para coger aire, pues sentía que se estaba ahogando, se aferró con fuerza a la alacena que tenía detrás de ella e hizo lo impensable, fue a él.

—Olvida que te cogí la maldita cola —pidió deslizando la mano por su barbuda mejilla,

rodeándole el cuello con los dedos y tirando de él hacia abajo hasta quedar a escasos centímetros de sus labios—, y hazme olvidar a mí que lo he hecho.

—Algunas acciones no se pueden borrar, Gwen —declaró mirándole a los ojos, cuyo color había ido cambiando paulatinamente a ese extraño dorado.

—Pero sí pueden ser pospuestas para ser analizadas en otro momento, ¿no?

La boca masculina adoptó una irónica sonrisa.

—Sí, mi deudora, pueden ser pospuestas para ser analizadas en momentos... más propicios.

Con eso, bajó sobre sus labios y la besó con esa ternura y suavidad que solo había encontrado en él.

## CAPÍTULO 39

Lo que comenzó como un coqueteo, una inofensiva caza alrededor de la cocina, terminó en un momento de abierta sinceridad que puso a la mujer contra las cuerdas. Usher se dio cuenta demasiado tarde de lo que acababa de hacer, de que sus palabras, más que sonar como una divertida sugerencia, lo habían hecho como una proclama.

Había visto la sorpresa, el horror y la anonadada comprensión pasando a la velocidad de la luz por los ojos femeninos, no había sido necesaria una confirmación oral, pues las siguientes palabras pronunciadas por Gwenevere habían sido suficientes.

Ella acababa de llegar a alguna clase de comunión consigo misma, a ese punto de inflexión que permitía tomar las decisiones importantes en la vida de cada uno y la respuesta que había obtenido la había asustado. No estaba preparada para enfrentarse consigo misma, no con todo el equipaje que todavía llevaba consigo y que no había tenido tiempo a deshacer.

Había sido valiente al dar ese paso adelante y pedirle un aplazamiento de la sentencia, reconociendo que había una conexión entre ambos que, lo supiera o no, iba mucho más allá de la pasión compartida.

La sintió temblar, su corazón corría a toda velocidad, podía sentirlo a través de las yemas de los dedos que mantenía apoyadas sobre el pulso en su cuello, pero ello no impidió que correspondiese a su beso, el que ella misma había pedido, con la misma entrega de siempre.

Deslizó las manos sobre su cuerpo, adoraba su sabor, le gustaba la manera en la que la suave y cálida figura encajaba con la suya, los ruiditos que escapaban de sus labios para terminar tragados por su propia garganta. La moldeó recorriendo cada pedazo y sintiendo como aumentaba su deseo, cómo se rendía al placer compartido, el mismo que lo tenía ya duro e hinchado, su pene empujando contra el confinamiento de los pantalones mientras se restregaba contra ella.

Los cálidos brazos se envolvieron alrededor de su cuello, buscando pegarse más a él, no dudó en aferrarle las nalgas y atraerla contra él, aupándola hasta que le rodeó la cintura con las piernas y, de ese modo, pudo trasladarla hasta la mesa central de la cocina recién liberada. La sentó en el borde, sin dejar de comerle la boca o resbalar las manos por su cuerpo, ciñéndola y deseando al mismo tiempo hacer trizas la maldita ropa que le estorbaba.

Se obligó a ejercer una fuerte contención sobre sí mismo y deslizó los labios por su mejilla hacia la oreja que había mordisqueado antes, le gustaba la manera en la que maullaba cada vez que le mordisqueaba el lóbulo; sin duda había dado con un punto especialmente sensible en esa dulce mujer.

—Hueles tan bien que me dan ganas de comerte —murmuró con voz ronca—, y quizá lo haga una vez que te arranque la ropa. Sí, serías el plato principal perfecto y de postre, esa rica tarta de chocolate.

Su respuesta fue gemir, retorciéndose bajo su boca.

—Sí, puedo imaginarlo claramente —continuó atormentándola con palabras—. Totalmente desnuda, extendida sobre la mesa en la que has estado trabajando toda la tarde, abierta para mi disfrute, el cual traerá consigo el tuyo.

Se estremeció debajo de él, sus manos resbalando sobre su espalda, aferrándose a su camiseta.

—Quiero poner mi boca en ese húmedo coñito —gruñó, deslizando la lengua por cada ángulo de la pequeña oreja—. Me gusta tu sabor, creo que podría hacerme fácilmente adicto a él.

Abandonó su oreja para volver a capturar sus labios, succionándole la lengua y deleitándose en su sabor al tiempo que bajaba las manos a sus pechos y empezaba a atormentarlos por encima de la ropa.

—También me gusta esta bonita boca, ¿sabes? —continuó ronroneante—. Esos labios llenos, la traviesa lengua con la que respondes a mis besos... Sí, creo que me gustaría mucho tenerlos sobre mi polla, succionándome, humedeciéndome con ese delicioso calor.

Un nuevo gemido escapó de su boca, podía notar como se retorció debajo de él, cómo tiraba de su ropa, sin duda excitada por las cosas que le decía. Había descubierto que le encantaba hablarle de esa manera sucia, de decirle sin adornos lo que quería de ella, ver el sonrojo cubriéndole las mejillas y todo el cuerpo solo para aceptarlo con naturalidad.

—Quiero follarte la boca —continuó en voz baja, solo para sus oídos—, quiero llenarte la garganta y...

—¡Joder, Usher! ¡Deja de hablar! —gimoteó con desesperación y propinándole al mismo tiempo un mordisquito propio en el cuello que lo hizo reír.

—No me interrumpas, podría perder el hilo de todo lo que quiero hacerte y tendría que empezar desde cero —la regañó divertido, bajó sobre ella y le lamió los labios—. Y va en serio, Gwen, quiero tu boca en mi polla...

No la dejó responderle, pues volvió a tomarla en un caliente y húmedo beso, la devoró con fruición, deleitándose con su sabor, tragándose sus gemidos y envolviendo su lengua con la suya con transparente hambre.

—Pero ahora, sobre todo, te quiero desnuda —jadeó entre frase y frase, mientras extendía una mano sobre ella y hacía desaparecer toda su ropa.

Gruñó rompiendo el beso para echarse atrás y contemplar el delicioso patio de juegos de piel caliente que se revolvía sobre la mesa. Dividió su atención, al tiempo que se relamía, entre el nido de rizos que acunaba su pubis y los llenos pechos de rosados pezones que ya se habían engrosado y despuntaban duros.

—Soy fan absoluto de tus tetas, dulzura —declaró llevando ambas manos sobre ellas, amasándolas mientras deslizaba los pulgares sobre las duras cúspides. La escuchó contener el aliento, su pelvis elevándose sobre la mesa, contoneándose debajo de él.

Resbaló las manos sobre sus costillas, moldeándola y recreándose en la suavidad de su piel para subir después por sus brazos hasta los hombros y volver a bajar, prodigándole espaciadas caricias de modo que no quedase un pedazo de su cuerpo sin venerar.

—Usher...

—¿Sí, Gwen? —respondió volviendo a resbalar las manos sobre ella, pasando ahora su vientre, bajando por la cara interna de los muslos, evitando su sexo y continuar hacia sus tobillos.

—Tienes las manos calientes... —ronroneó ella.

—Ventajas de ser un demonio —replicó con una risita, separándole las piernas, para poder

meterse entre ellas y continuar acariciándola con lentitud—. Somos unos espléndidos masajistas.

Se deleitó en contemplar su cuerpo expuesto a su mirada y a su placer, su piel blanca ganando ese colorcillo rosado de la excitación, mientras sus labios se separaban en busca de un beso que no llegaba. Era preciosa en su sensualidad, tímida y ardiente a la vez, una mezcla explosiva que le hacía desearla cada vez más.

Estaba hambriento de ella. Todo él; humano y demonio. Quería enterrarse entre sus piernas, penetrarla y sumergirse en ella hasta las pelotas y bombear como si no hubiese un mañana.

Se lamió los labios y descendió una vez más hacia su cintura, hambriento por poner su boca en esa caliente humedad que a duras penas ocultaban sus rizos. Su aroma era embriagador, como un maldito afrodisíaco que le estaba llevando al límite, amenazando con hacerle perder la razón.

Tragó la saliva que se le acumulaba en la boca, la ansiedad de tomarla le provocaba un hambre atroz y hacía que se le apretasen los testículos. Si no la tenía pronto, acabaría por correrse en los pantalones, pensó irónico, lo cual sería además de humillante, un auténtico desperdicio.

Con un solo pensamiento se deshizo de su propia ropa, su pene saltó libre de restricciones, duro, erecto, apuntando hacia su estómago, dispuesto a sumergirse en esa caliente y húmeda calidez que prometía llevarle al cielo. Pero no había fantaseado tanto con devorarla cómo para perderse ahora la posibilidad de hacerlo.

—Di «*Bon Appétit*», Gwenevere.

Se sumergió entre sus piernas, le separó los muslos con las manos y aspiró con fuerza el salobre aroma de su feminidad, los caninos se le alargaron al momento, sabía que sus ojos habían adquirido ese tono dorado de su parte demoníaca y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ceder al impulso y cambiar completamente.

La primera pasada de la lengua sobre los húmedos y brillantes labios le supo a gloria, tanto que no dudó en repetir la operación un par de veces más y entregarse finalmente a uno de los oscuros placeres de los que más disfrutaba.

Ella se arqueó debajo de él, levantando las caderas para salirle al paso mientras se retorció sobre la mesa y gemía cómo una gatita.

—¡Usher! —jadeó su nombre, sus manos se arrastraban sobre la mesa provocando pequeños sonidos metálicos que se veían interrumpidos solo por sus propios gemidos—. Oh dios....

Sonrió para sí, su pequeña humana tendía a mentar a su deidad cuando estaba enfrascada en el placer, eso cuando no mencionaba al diablo o soltaba un montón de palabras ininteligibles que le parecían de lo más tiernas.

Jugó con ella con la boca y añadió también un par de dedos, su sexo rezumaba la humedad que él se bebía lametón tras lametón, disfrutando del enrojecido coño como si fuese una golosina y él un adicto al azúcar.

—Córrete para mí, gatita, quiero beber de ti hasta saciarme por completo.

Una sentencia que estaba dispuesto a llevar a cabo y para lo que no cejó en esfuerzo alguno. La folló con la lengua y con los dedos, tanteando incluso el fruncido anillo de su culo, provocando que se tensara al momento, sorprendida por su osadía y asustada de lo que quizá tuviese en mente.

—Tranquila, dulce, todavía no ha llegado el momento de jugar ahí.

Continuó con sus caricias, que a juzgar por los jadeos, gemidos y palabrotas que soltaba su mujer, se asemejaban más a una tortura. No paró hasta alcanzar su objetivo, hacerla retorcerse debajo de él, contrayéndose alrededor de sus dedos en continuos espasmos mientras lamía su clítoris y la nueva humedad que brotó con el primero de los orgasmos.

Siguió lamiéndola a través de los temblores, manteniéndola al borde, sujetándola cuando se

desplomó jadeante sobre la mesa y sus piernas colgaron del borde. Solo entonces se permitió incorporarse, contemplar la dulce presa que tenía sobre la mesa y ceder a la necesidad de su polla, la cual amenazaba con reventar.

—Adorable —murmuró para sí, encontrándose con los ojos semi cerrados de su amante, mientras intentaba recuperar el aire a través de los labios parcialmente abiertos—. Eres una de las cosas más adorables que he tenido nunca sobre la mesa de mi cocina. Creo que te mantendré más a menudo sobre ella, solo para recrearme.

—Idiota.

Parpadeó ante el inesperado insulto, entonces se echó a reír y, todavía entre sus piernas, se inclinó sobre ella, apoyó ambas manos sobre la mesa para sostener su peso y se cernió sobre ella.

—Repite eso si te atreves, cariño.

Sus mejillas enrojecieron incluso más, sus ojos brillaron y esos llenos labios se separaron.

—No —le soltó—, porque seguro que encuentras otra ley no escrita que diga que no se puede llamar idiota a un demonio.

Se rió entre dientes.

—Eres la humana más irreverente que he conocido en mi vida —admitió divertido—, y no sabes lo mucho que me pones.

—Oh, creo que puedo hacerme una idea... gracias.

Gruñó y capturó su boca en un tórrido y rápido beso.

—No, cariño, todavía no te haces una idea adecuada, pero dame tiempo y verás... —prometió llevando una mano sobre sus pechos, acariciándole un pezón que después pellizcó—. De hecho, creo que este es el momento perfecto para enseñarte lo mucho que me pones.

Dicho eso se retiró, la cogió de las muñecas y tiró de ella para incorporarla, sujetándola por la cintura mientras la arrastraba al borde de la mesa, le separaba las piernas aún más y se restregaba contra su húmedo sexo.

—¿Te haces una idea o... necesitas más?

La vio tragar, su mirada bajó hacia abajo, entre sus cuerpos y el azoramiento bailó en sus ojos. ¿Cómo podía una mujer ser tan inocente y tan sensual al mismo tiempo?

—¿Estás seguro de que esa parte de tu anatomía es humana? ¿Qué no ha crecido un poquito desde la última vez que la vi?

La carcajada que reverberó en su pecho hizo eco en toda la cocina.

—Te prometo que es la mismísima polla que te folló anoche —le soltó entre risas—. Es una de las pocas cosas de mi anatomía que se manifiestan del mismo tamaño, lo cual es un alivio, créeme.

El rostro femenino se volvió completamente rojo, durante un momento pudo ver que no sabía dónde meterse.

—Dios, me fríes el cerebro, yo no suelo decir esas cosas... No en voz alta, al menos.

Le cogió la mano y se la llevó a la erección, cerrando los ojos al sentir los dedos femeninos sobre él.

—Me gusta freírte el cerebro si este es el resultado, amor mío —admitió abriendo de nuevo los ojos para encontrarse con los de ella—. Muero por estar dentro de ti, quiero follarte, marcarte, hacerte indeleblemente mía. ¿Podrás soportarlo?

La pequeña lengua emergió de entre los labios femeninos y se los lamió con suavidad.

—Sé que no me harás daño, aunque, chico, impones un poquito así —señaló con el dedo hacia abajo—. Solo... hazlo despacio...

Si no estuviese ya enamorado de ella, en ese preciso momento, ante la mirada de dulce deseo en sus ojos, habría caído rendido a sus pies.

—Estás hecha para mí, Gwen, siempre lo has estado.

Capturó su boca, sujetándole la cabeza con la mano para empujarla de nuevo sobre la lisa superficie y, sin romper el contacto con sus labios, introducirse en su interior con toda la lentitud y suavidad de la que fue capaz.

—Usher... —gimió ella arqueándose, levantando las piernas para cruzar los tobillos sobre su trasero—. Oh señor...

—Respira, cariño, respira para mí —le susurró al oído, manteniéndose inmóvil solo unos segundos antes de empezar a retirarse—. Te siento tan apretada, tan caliente... Me estás matando...

Y estaría más que satisfecho de morir de esa manera si era ella la que lo mataba.

Volvió a besarla con hambre mientras embestía contra ella, le aferró la cadera con una mano y afirmó su posición sobre la mesa con la otra mientras entraba y salía de su interior. La suavidad del principio fue dando paso a la imperiosa necesidad de follarla duro, los agónicos gemidos de ella se mezclaron con sus propios gruñidos y el sonido del metal de la mesa rechinando con cada movimiento de caderas. Antes de darse cuenta, la estaba embistiendo sin piedad, buscando enterrarse en ella hasta las pelotas, queriendo marcarla tal y cómo le había anunciado, deseando vaciarse completamente en su interior y hacerla completamente suya.

Ella lo acompañó a cada paso de aquella desesperada carrera, lo apretó entre sus muslos, le salió al encuentro y gritó, convulsionando alrededor de su duro miembro cuando la alcanzó el segundo de los orgasmos.

Usher no se detuvo, introdujo una mano entre sus cuerpos, buscando la endurecida e hinchada perla de su clítoris y la frotó haciéndola gemir de nuevo, provocando que los espasmos de su cuerpo se alargasen. Gwenevere terminó llorando, suplicándole, pero no cedió hasta que el tercer orgasmo sacudió el dulce y pequeño cuerpo arrastrándole a él a su propia liberación, una que derramó completamente en ella.

## CAPÍTULO 40

Gwenevere sentía que iba a la deriva, le dolía la garganta, notaba el cuerpo tan pesado que no podía ni mover los dedos de las manos y ya no digamos levantar los párpados. La oscuridad se la había llevado durante unos benditos momentos, arrancándola de la ola sobre sensorial que la arrasó tras el tercer explosivo orgasmo a que sobrevivió a duras penas.

Se tomó unos segundos para situarse, en ser consciente de su cuerpo y de cada sonido a su alrededor antes de intentar abrir los ojos.

—Bienvenida de nuevo.

La voz de Usher llegó acompañada de la visión de su rostro, de esos hermosos y vibrantes ojos azules clavados en ella y sus dedos acariciándole el pelo y apartándose de la frente. Detrás de él, enmarcando el techo estaban las conocidas molduras de su dormitorio, también vislumbró la lámpara y parte del armario, situándola al momento en un lugar distinto al que recordaba.

—¿Cómo...? ¿Cuándo hemos...?

Le puso un dedo sobre los labios, callándola.

—Te has ido durante unos minutos —siguió acariciándole el pelo.

Arrugó la nariz.

—¿Me he desmayado?

—Culpable —asintió y, más que contrito, parecía orgulloso consigo mismo.

—Oh, por favor —gimió y se acurrucó debajo de las sábanas que ahora empezaba a notar—. Mátame ya y acaba de una vez.

—¿Y perderme toda esta diversión? —replicó deslizando la mano ahora por debajo de la sábana, acariciándola y haciéndola muy, pero que muy consciente de su desnudez—. De eso nada.

Notó como el colchón cedía por su lado y, al momento, acabó deslizándose hacia él, pegándose al duro y fuerte cuerpo masculino.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, acariciándole perezoso el costado, desde hombro hasta la cadera.

—Sobreviviré... si no intentas matarme de nuevo.

—Tenía hambre de ti, supongo que se me fue un poco la mano...

—¿Un poquito? Me has noqueado... —farfulló avergonzada por admitir tal cosa en voz alta. Jamás le había pasado algo parecido, aunque, bien mirado, tampoco había disfrutado del sexo de una forma tan intensa—. Y no te estoy halagando...

—Aguafiestas —ronroneó tirando de ella hacia él y poniéndosela prácticamente encima para poder abrazarla y mordisquearle los labios—. ¿Mareos? ¿Dolor de cabeza?

—¿Cuenta el escucharte hablar como dolor de cabeza?

—Gwen, quiero asegurarme de que estás bien —volvió a peinarle el pelo con los dedos—,

así que responde a lo que te pregunto.

—No me mareo y no tengo dolor de cabeza, aunque si me pidieses que me pusiera ahora mismo de pie, lo más seguro es que terminase de bruces en el suelo.

—Bien —admitió satisfecho.

La besó, hundiéndole la lengua en la boca, resbalando las manos por su espalda hasta llegar a su trasero y, aferrándole las nalgas con un gruñido, le separó los muslos con sus propias rodillas, obligándola a separar las piernas para terminar a ahorcajadas sobre su estómago.

Gimió al notar su polla erecta frotándose contra su tierno sexo desde atrás, sacudió la cabeza en una firme negativa y quiso estrangularlo cuando vio la pícara sonrisa en sus ojos.

—Cierra los ojos...

—No...

—Gwen...

Volvió a negar con la cabeza.

—No te tengo miedo. —Una declaración muy valiente para alguien cuyo corazón empezaba a latirle cada vez más rápido, pero no quería obviar lo que tenía delante, no quería cerrar los ojos ante la aterradora realidad que iba cobrando sentido en su interior.

Se mordió el labio inferior y se inclinó sobre él, mirándole a los ojos.

—Hazlo.

No se hizo de rogar, sus ojos empezaron a perder su tono azul, mudando a un marrón y finalmente al bruñido amarillo de un iris sobrenatural. Los planos de su rostro se afilaron, el tono de su piel cambió paulatinamente, como si se estuviese quitando una máscara y apareciesen debajo sus verdaderas facciones. Notó sus manos ciñéndose a su cintura, las uñas presionándole la piel mientras se desperezaba debajo de ella y ese suave látigo vagaba por debajo de las sábanas en una íntima caricia que le provocó un escalofrío. El pelo le cayó sobre los ojos, como si lo hubiese tenido recogido y acabase de soltarse y esas huesudas protuberancias ocuparán el lugar que siempre había sido suyo.

Los labios adquirieron un tono más oscuro y cuando la lengua emergió de entre ellos para lamérselos, vislumbró uno de los colmillos.

Gwenevere se obligó a respirar profundamente y soltar el aire, estaba tensa, lo sabía y le llevó un momento volver a relajarse, tiempo que le concedió sin decir nada.

—Ya no tiembles —comentó él rompiendo el silencio, dotando su voz de un tono mucho más profundo que le provocó un estremecimiento de placer—. Es un comienzo prometedor.

—Un locura, Usher, es una locura —corrigió apoyándose en su pecho para incorporarse y poder mirarle a la cara. El movimiento la llevó a rozarse contra la dura verga, ahogó un gemido y volvió a inclinarse hacia delante, sobre él. Llevó una mano con lentitud hacia su rostro, resbaló los dedos por su mejilla, acariciando su pelo y rozó esa huesuda dureza—. Y no sé cómo resistirme a ella...

Bajó sobre su boca y unió sus labios en un suave beso, deslizó la lengua entre sus labios y gimió cuando él salió a su encuentro, devolviéndole el beso.

—No te resistas, Gwen, no te resistas —respondió él en su boca, aferrándole las caderas, instándola a levantarse y así poder conducirse de nuevo en ella desde atrás.

Ella gimió en su boca, se aferró a su cuello con una mano y a su hombro con otra mientras él la mantenía quieta y seguía empujando en su interior hasta que notó sus testículos.

—Usher —jadeó su nombre ante sus labios, privada de su beso.

—Móntame. —Su voz fue como un látigo en su mente, una orden que no fue capaz de negar,

pues antes de ser consciente de ello, estaba moviendo sus caderas para abandonarle y volver a llevarle profundamente a su interior.

Se echó hacia atrás, sentándose sobre sus caderas, sintiéndole profundamente enterrado en su prieto sexo. La llenaba completamente, podía sentirle duro, caliente y grueso, estirándola de una manera deliciosa. Se mordió el labio inferior ahogando un gemido, echó la cabeza hacia atrás y contoneó sus caderas con suavidad.

—Acaríciate los pechos, déjame ver cómo te pellizas los pezones —insistió él mirándola con deseo—. Muéstrame tu placer, Gwenevere.

Se lamió una vez más los labios, deslizó los dedos sobre los duros muslos masculinos y subió las manos a los senos, moldeándolos, levantándolos y presentándoselos como una ofrenda. La forma en que la miraba la ponía caliente y hacía que se humedeciese incluso más, se movió sobre él, montándolo con suavidad mientras jugaba con sus pechos.

—Tus pezones —graznó él, relamiéndose—, pellízcatelos.

Sonriendo perezosa, se llevó los dedos a la boca, se lamió las yemas y acto seguido los pasó por las duras cúspides, rodeándolas, gimiendo en voz alta cuando se los pellizó provocando en el proceso pequeñas descargas de placer que fueron directamente a su sexo.

Él gruñó y movió las caderas en un silencioso recordatorio, no necesitó decirle más, pues empezó a mecerse contra él, levantándose lentamente para luego volver a bajar. Era un baile lento, sensual, destinado a torturarle cómo había hecho él con ella en alguna que otra ocasión. Lo montó entre gemidos, echando la cabeza hacia atrás, jugando con sus pechos, provocándole hasta el punto de hacerle abandonar su relajada postura, ceñirle las caderas y empezar a bombear en ella con rapidez y fuerza.

Gwenevere empezó a rebotar en sus caderas, le rodeó el cuello con un brazo y echó el cuerpo hacia atrás, permitiéndole bajar sobre sus pechos para atormentarle los pezones con la boca. La follaba sin piedad, entrando en ella con fuerza e intensidad, marcándola cómo le había asegurado que haría. El deseo le inflamaba el cuerpo, la desinhibía y hacía que se humedeciese más y más, facilitando la ardiente monta a la que estaba siendo sometida.

—Usher —gimió su nombre, jadeando y lloriqueando cuando su boca apretaba sus pezones provocándole una punzada de placentero dolor.

—Eres perfecta, tan adorable —masculló con voz profunda y ronca—, podría pasarme la vida enterrado en tu coño, follándote sin descanso.

Dios, no debería excitarla tanto que le hablase de esa manera, en realidad, sentía una particular vergüenza ante su crudeza sexual, pero no podía evitarlo.

Volvió a pellizcarle el pezón con los dientes, primero uno y luego el otro, entonces la empujó hacia atrás, tumbándola sobre la cama, saliéndose de ella y dejándola vacía y deseosa de más.

—No... —protestó con un quejido a lo que él sonrió petulante.

—Sobre tus rodillas, gatita, quiero follarte desde atrás.

Las mejillas se encendieron con el calor provocado por sus palabras, se lamió los labios y rodó sobre su estómago, moviéndose con lentitud hasta terminar de rodillas, oportunidad que aprovechó su amante para atraerla hacia él.

—Sigue provocándome así, Gwenevere, y la próxima vez te follaré el culo.

Le pegó una bofetada en una de las nalgas, luego en la otra, deslizó la mano entre las mejillas hasta alcanzar su sexo y bañó los dedos en sus jugos antes de arrastrarlos de vuelta hacia atrás, alcanzando el ceñido rosetón en el que empujó la punta del dedo haciéndola respingar.

—¡Usher! No, para, eso no...

—Shhh —le susurró al oído, lamiéndole la oreja al tiempo que le ceñía la cadera con la mano libre mientras seguía jugando superficialmente en su ano—. Todavía no ha llegado el momento, necesitas preparación, pero llegará, Gwen, llegará y cuando te folle, cuando entierre mi polla profundamente en tu culo, te correrás una y otra vez.

Ella jadeó y sacudió la cabeza con una firme negativa que terminó en un nuevo gemido, pues al tiempo que retiraba el dedo de su culo, se hundía de un solo empujón en su húmedo e hinchado sexo.

—Gime para mí, pequeña deudora, dame tu orgasmo una vez más.

Se retiró y volvió a empujar aferrado a sus caderas. En esa posición, podía controlar sus embates, la profundidad con la que llegaba, le arrebatava la capacidad de decisión dejándola completamente a merced de lo que quisiera hacerle. No opuso resistencia, se entregó a él sin reservas, dejándole hacer lo que quisiera con ella, sabiendo que la haría delirar de placer e incluso después, seguiría exprimiéndola hasta que todo lo que pudiese hacer fuera suspirar de agotamiento.

Se aferró a las sábanas, sintiendo como le flaqueaban los brazos, aguantando sus embestidas y uniéndose a ellas a medida que el placer crecía y el nudo en el bajo estómago se hacía cada vez más y más grande hasta explorar.

—¡Usher!

Gritó su nombre mientras colapsaba sobre el colchón, temblando por los estremecimientos que la recorrían mientras él la sujetaba con garras de acero y seguía montándola hasta culminar derramándose en su interior con un sobrenatural gruñido.

—Por todos los dioses, Gwen, eres mi maldita condena —le escuchó decir unos momentos después, saliendo y dejándose caer sobre el colchón, para abrazarla—. ¿Estás bien?

No tenía palabras, apenas sí tenía fuerzas para hacer otra cosa que respirar y el cansancio tiraba de ella hacia el sueño, así que se limitó a acurrucarse contra él y suspirar.

Esperaba que esa fuese suficiente respuesta para él.

## CAPÍTULO 41

La noche había ganado terreno, el cielo se había cuajado de estrellas y el sonido de los grillos y de las cigarras se confundía con el lejano ulular de un búho, toda una sinfonía que entraba a través de la ventana abierta y que contrastaba con el absoluto silencio que dominaba el dormitorio.

No reconocía el lugar de emplazamiento de aquella casa, solo podía suponer que se encontraba a las afueras, probablemente en algún pueblecillo de montaña en el que los habitantes de la misma encontrasen la tranquilidad y soledad que necesitaban.

Gwenevere se envolvió en la amplia camisa que había cogido sobre la silla, una prenda masculina que todavía olía a su dueño, el cual dormía apaciblemente boca abajo entre las enredadas sábanas. El pelo le caía sobre los hombros, uno de los retorcidos cuernos le enmarcaba el semblante mientras su piel oscura y veteada, destacaba contra la blancura de la ropa de cama. La larga cola de la discordia, asomaba por debajo de la sábana que le cubría las caderas, un largo y suave látigo que invitaba a ser acariciado, a pesar de las protestas de su dueño.

Se levantó del alféizar en el que llevaba un rato sentada y cerró la ventana con cuidado. Se había despertado hacía algo más de una hora, presa de los rescoldos de un extraño y muy vívido sueño que la había dejado en un estado de alteración absoluto.

Cerró los ojos y respiró profundamente, mirando de soslayo al hombre que dormía ajeno a su despertar y que había sido parte protagonista de ese onírico momento, uno que no era capaz de quitarse de la cabeza.

No era de las que se obsesionaba con esas cosas, por norma general no le daba la más mínima importancia a los sueños, pero su mundo, tal y como estaba antes de que él se cruzase en su camino, se había ido a la mierda. Ya nada era igual, incluso ella había cambiado y de nuevo, el motivo de ese cambio tenía que ver con el dueño de esa dichosa cola.

Se sentó en una esquina de la enorme cama y lo miró, pero su mente no le veía a él, ni siquiera estaba allí, pues todavía estaba envuelta en el velo de los sueños.

*La puerta de la cafetería se había abierto y ella entró llevando en ambas manos las bolsas con la compra que acababa de hacer en el supermercado. Estaba emocionada, deseosa de hacer la tarta de chocolate y nueces que tanto le gustaba. La campanilla sonó a su espalda, alertando a su marido, quién emergió desde la puerta trasera, limpiándose las manos en el delantal y haciendo una mueca al verla.*

*—Gwenevere, ¿cuántas veces tengo que decirte que me avises si tienes intención de ir de compras?*

*En un par de zancadas, había rodeado la barra y acortado la distancia entre ellos, arrebátandole las bolsas de las manos e inclinándose hacia ella para besarla en los labios.*

*—Solo he traído los ingredientes necesarios para hacer tu tarta de chocolate —replicó pasando por su lado, dedicándole un vistazo por encima del hombro—. Sabía que te pondrías en plan demonio mandón, así que he pedido que el resto de la compra nos lo traigan esta tarde. Aunque, si no quieres tarta...*

*—Amor mío, eres una chantajista consumada —declaró caminando tras ella y envolviéndola con un brazo, para apretarla contra él y darle un sonoro beso detrás de la oreja—. Me vuelves loco, pero loco con tus idas y venidas. ¿No puedes simplemente sentarte un ratito y dejar que te mime?*

*Se rió, ladeando la cabeza para darle acceso y se apretó contra él, posando su mano sobre la suya.*

*—Si me mimas más de lo que ya lo haces, no volveré a entrar jamás por la puerta —sonrió divertida—, y me parece que te gustaría que lo hiciera.*

*—No sé, Gwen, me cuesta tomar partido por una cosa o la otra, te adoro de ambas maneras. Su respuesta había sido girarse y abrazarle, besándole de nuevo con cariño, maravillada de amar tanto a ese hombre.*

*—Gracias por quererme, Usher, entonces no lo sabía, pero llegaste para quedarte y hacerme vivir de nuevo la vida.*

*—Nací para ti, amor, como tú naciste para mí —le dijo, apartándole el pelo de la cara—. Te lo dije, entonces, Gwen, nuestro camino era este, caminar como uno y terminar así, juntos.*

*Se apretó un poco más contra él y le envolvió la cintura.*

*—¿Y no has visto si nos tocaba la lotería, mi vida?*

*Su respuesta fue reír, besarla en la cabeza y empujarla hacia la cocina.*

*—Hazme esa tarta y olvídate de la lotería, Gwenevere, mis visiones del futuro no incluyen ese tipo de juegos... Ya no, cariño, tú fuiste mi última apuesta, la cual sabía que terminaría ganando.*

*Lo sintió a su espalda, comentando alguna cosa que ya no conseguía escuchar, mientras se dirigía hacia la cocina, pensando ya en los ingredientes que había comprado, sonriendo a su propia imagen vislumbrada en el espejo del aparador de la barra, pero sin llegar a traspasar nunca el umbral de la cocina... pues en ese momento despertó.*

Volvió a abrazarse, echó un nuevo vistazo a su dormido amante y se levantó necesitando un momento para sí misma, para pensar y entender que era lo que había visto y, si lo que había visto, su imagen en aquel espejo, era algo más que un sueño o una posible ilusión.

Se dirigió a la puerta y la abrió sin encontrar impedimento alguno, nada más salir al pasillo, las luces empezaron a encenderse por delante de ella, como si le marcara la dirección a seguir.

El lugar estaba en silencio, no se escuchaba ni un solo ruido, lo que hacía que pasearse por aquel lugar y en plena noche, le provocase cierta incomodidad. Reconoció algunas de las obras de arte expuestas en las paredes de la última vez que recorrió el pasillo, aunque en esta ocasión, en vez de girar a la derecha para bajar las escaleras, las luces siguieron encendiéndose a lo largo del segundo tramo del pasillo, suponía que invitándola a seguir esa dirección.

Había algo extraño en esa casa, era como si hubiese alguien mirándote en alguna que otra ocasión, esperando a ver qué decías o qué dirección tomabas para advertirte de que no debías seguir o para darte la bienvenida.

Llegó al final del pasillo justo a tiempo de ver abrirse unas puertas francesas que daban a una pequeña y coqueta sala, con una enorme terraza abierta.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, sin encontrar otra posible vía que no fuese la de volver sobre sus pasos, así que traspasó el umbral. La habitación tenía un aire puramente femenino, con un juego de sofás y mesa de café dominando la zona central, un par de butacas en una esquina y un juego de jardín presidiendo la amplia terraza. Y fue allí, sentada a la mesa de jardín, dónde encontró a Helena, a quién había conocido en su primera visita, tan solo el día anterior.

—Oh, lo siento, pensé que... no había nadie.

La chica, quién parecía estar disfrutando de un bol con tres bolas de helado de chocolate, se giró hacia ella con sorpresa, entonces sonrió y señaló la silla libre frente a ella.

—Hola —sonrió con calidez—. No te preocupes, pasa, solo estoy yo. Los hombres de esta casa no suelen acercarse por aquí bajo pena de muerte. ¿Te has perdido?

Negó con la cabeza y avanzó hacia la terraza, deteniéndose ante las puertas francesas al darse cuenta de que iba descalza.

—Demonios... se me olvidó el calzado.

Helena se rió por lo bajo.

—Sí, esos mismos suelen ser los culpables de nuestros olvidos —aseguró la chica, entonces levantó la cabeza y pareció fijar la mirada en algún punto por detrás de ella—. Mansión, ¿podrías conseguirle unas zapatillas a nuestra nueva invitada?

Un timbre, parecido al de una campanilla, resonó en la habitación y, un segundo después, Gwenevere se encontró con un par de zapatillas y una chaqueta de color marengo sobre la mesa del salón, la cual había estado vacía hasta ese momento.

Respiró profundamente, luchando para aquietar su corazón y cogió las prendas.

—Gracias, Mansión —musitó mirando a su alrededor con recelo.

Un suave tintineo, esta vez, parecido al timbre de un mensaje entrante en el móvil, resonó en el cuarto.

—Le caes bien —aseguró la chica, quién volvió a meter la cuchara en el bol y se llevó un poco de helado a la boca—. Ven, te prometo que yo ni muerdo, ni tengo colmillos, ni alas, ni hago trucos de magia, ni nada que tenga que ver con el mundo sobrenatural. Soy una satisfecha humana casada con un *sanguinar*.

—¿*Sanguinar*? —preguntó saliendo a la terraza y aspirando el aroma floral que la envolvió al momento—. Que bien huele.

—Son las rosas, tienes que decirle a Usher que te enseñe los jardines, son de otro mundo. Bueno, de otro mundo en el buen sentido, son rosas, pero florecen todo el año y su aroma es... bueno, ya puedes olerlo —aseguró apuntándola con la cuchara—. En cuanto a los *sanguinar*, a pesar de lo poco que le gusta la palabra a Aric, sería lo que los humanos conocemos como «*vampiro*», solo que con una apariencia más... al estilo *Batman diabólico*.

Vampiro. La sola palabra le provocó un estremecimiento, aunque la comparación con Batman hizo que se formase en su mente una imagen bastante rara.

Sacudió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor, la decoración de la terraza correspondía al estilo victoriano, al igual que buena parte de las zonas comunes que había visto hasta el momento de la casa.

—¿Quieres? —le preguntó enseñando el tazón—. Hoy es una noche perfecta para comer helado.

Asintió, cogió la cuchara extra que le ofrecía y la hundió en el recipiente de helado de la mujer.

—Gracias.

—No hay de qué.

La chica parecía realmente agradable y normal, no le saldrían cuernos, cola o cualquier cosa rara.

—Entonces, ¿no podías dormir?

Sacudió la cabeza.

—He tenido un... sueño un tanto perturbador.

—¿Una pesadilla?

Negó de nuevo con la cabeza y guardó silencio, no sabía cómo explicar la sensación que le había quedado, el miedo y la incomprensión que sentía ante lo que había visto.

—No, fue... un sueño bastante real, pero no tiene mucho sentido, no se trata de un recuerdo, ni de algo que ya haya pasado, era como si estuviese...

—¿Viendo tu propio futuro?

Esa posibilidad, que le había pasado por la cabeza y no se había atrevido a decírla en voz alta, salió de los labios de Helena.

—Um... no estoy segura, pero, supongo que sí, es... podría serlo...

—¿Se lo has dicho a Usher? —preguntó con una mirada inquisitiva—. Si es una visión de tu futuro, él podrá confirmártelo y si es un simple sueño, te dirá que significa.

Gwenevere enarcó una ceja y se la quedó mirando con cara de póker, a lo que la chica terminó suspirando.

—Déjame adivinar, no tienes la menor idea de lo que te estoy hablando —chasqueó ella—. De verdad, esperaba que Usher tuviese un poco más de sentido común que la media de los habitantes de esta casa.

—¿Las palabras «Hombre» y «sentido común» juntas en la misma frase?

—Tienes razón —admitió con una risita, entonces suspiró de nuevo—. Pero sí, deberías hablar con él, eres su deudora, sea lo que sea que hayas soñado o vislumbrado, podrá aclarártelo con facilidad. Ese demonio tiene un don especial para la clarividencia, excepto cuando le preguntas por los números de la lotería.

Un ligero escalofrío la recorrió ante el comentario de la lotería, pues se acercaba demasiado a lo que había vislumbrado.

—¿Quieres decir que él es... un vidente?

—Es un chamán, lo cual, si me lo preguntas, para mí viene a ser lo mismo que un vidente... —Se encogió de hombros—. Pero su explicación es un poco más larga, si le preguntas te dirá...

—Helena, métete en tus propios asuntos.

La voz masculina hizo que ambas dieran un respingo y se girasen para encontrarse con Usher, en toda su demoníaca gloria, con los ojos clavados en ella.

—Um, sí, esa también es una frase que sin duda oirás mucho por aquí —murmuró la chica en voz baja, levantándose con parsimonia y tomándose su tiempo para recoger el bol del helado, la cuchara y llevársela con ella—. Debería darte vergüenza, Usher, ocultarle cosas a tu deudora...

—Helena, ve a joder a Aric y déjanos solos.

La chica lo recorrió de los pies a la cabeza. A pesar de lo pequeña que era, se detuvo a su lado y lo miró con altivez.

—Si me da los números de la lotería, no me ves el pelo en toda la semana.

El hombre entrecerró los ojos, esos iris amarillos destellaron unos segundos antes de que replicase con inusitada fuerza.

—Helena, ¡fuera!

Antes de que la chica pudiese abrir la boca y responder, se esfumó, literalmente, en el aire.

—¿Qué le has hecho? —jadeó Gwenevere, dando un paso hacia adelante y deteniéndose casi al momento al ver la expresión oscura y peligrosa que rondaba su rostro.

—Nada irrevocable —replicó con un tono de voz mucho más oscuro de lo habitual, incluso para esa encarnación. Guardó silencio unos segundos, entonces rotó los hombros y respiró profundamente, su apariencia demoníaca pareció fluctuar en el aire y, acto seguido, volvía a tener delante de ella al humano, cuyos ojos azules volvían a mirarla—. La he enviado con su marido.

Gwenevere recorrió la terraza y la sala con la mirada, encontrándola vacía.

—Así que también puedes hacer eso.

Él dejó escapar un profundo suspiro, se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Ese es uno de los pequeños trucos que guardo en la manga —admitió mirándola—. Ven, supongo que este es tan buen momento como otro para que hablemos sobre lo que te ha llevado a abandonar nuestra cama en medio de la noche.

Miró su mano tendida, suspiró y avanzó para tomarla.

—Un sueño —respondió en voz baja, levantando el rostro para encontrarse con sus humanos ojos azules—, porque eso ha sido, ¿verdad? Un... sueño.

Le apretó la mano y la acercó hacia él, rodeándola así con el otro brazo.

—No, Gwen, lo que probablemente hayas visto, sea tu futuro.

## CAPÍTULO 42

El silencio se instaló entre ellos durante el paseo que los llevó desde el salón femenino, a las dobles puertas de cristal que conducían al jardín cubierto en el ala este de la primera planta. Usher había sido consciente en todo momento del nerviosismo de Gwenevere, no había perdido detalle de su desasosiego. La oyó dejar la cama y abrir la ventana, empapándose un buen rato del aire frío que envolvía la noche. Sabía que necesitaba esos momentos para sí misma, para lidiar con lo que quiera que habitase en su interior, en especial después de haber presenciado la inesperada revelación que parecía haber tenido en la cocina del *Kerrigan's*. Sus pensamientos eran tan claros que habían flotado hacia él, la sorpresa, la aceptación de algo tan inesperado como descubrirse enamorada de un demonio... Su mujer lo quería y ese era un inesperado regalo. Un grano en un desierto de incertidumbres, sí, pero uno que contenía la esperanza de que el futuro que había vislumbrado pudiera hacerse realidad con el tiempo.

Sabía que se había sumido en el mundo onírico, había notado su huella en el momento en que atravesó ese místico portal, lo que no pudo ver era lo que había detrás de la puerta que ella abrió, una que al parecer era solo para Gwenevere. Lo que quiera que hubiese existido detrás la perturbó lo suficiente como para hacerla salir del dormitorio y vagar por la mansión en plena noche.

Su primer impulso fue detenerla, pero la incertidumbre y la necesidad de darle lo que parecía ser tan importante para ella, su propio espacio, lo había llevado a seguirla en silencio. La Mansión había sido mucho más astuta que él, pues dirigió a la solitaria humana hacia el salón privado, un lugar que había aparecido de la nada al poco tiempo de que Helena se instalase definitivamente en su nuevo hogar. Aquel se había convertido en su lugar especial, un rincón en el que poder estar a solas con sus pensamientos, destinado únicamente para la mujer y, a partir de ahora, parecía que también para Gwenevere.

Suponiendo que estaría bien en compañía femenina, que la presencia de Helena podría ayudarla a entender mejor el mundo en el que había ido a parar, se dispuso a dar media vuelta para dejarla sola, pero la mención a un sueño y la explicación de Helena, lo obligaron a continuar.

Sabía que tenía que tener una conversación con su mujer, poner sobre la mesa todas y cada una de las piezas del puzzle que se había ido montando a su alrededor desde el momento en que sus caminos se cruzaron, pero la búsqueda del instante adecuado lo había llevado a un callejón sin salida y a tener que dar explicaciones de una manera que no le gustaba hacer.

—Entonces... puedes ver el futuro.

El comentario rompió el silencio entre ellos, Gwenevere se había adentrado en el pasillo de piedra y acariciaba una de las rosas con las yemas de los dedos. Ladeó la cabeza y lo miró. No había acusación alguna en sus ojos o en su voz, solo curiosidad y una pregunta.

—Puedo vislumbrar algunas escenas que tendrán lugar en el porvenir de ciertas personas, pero

no puedo saber lo que va a pasar solo por el deseo expreso de saberlo —admitió, buscando la manera más fácil de explicárselo—. Mis ancestros solían acudir a los dioses en busca de una guía espiritual, creían que las visiones que tenían eran enviadas por alguna deidad de la tierra, del aire, del agua o del fuego y recurrían a ciertos brebajes para acceder a ese plano espiritual y encontrar las respuestas que necesitaban.

—Como los chamanes de las tribus indígenas o nativas americanas.

Asintió agradecido de que entendiese el concepto aunque fuese a grandes rasgos.

—Sí, como los antiguos nativos americanos —concretó, para que le fuese más sencillo seguir la explicación—. Mi tatarra abuela era uno de los más poderosos chamanes de su tribu, sus dones estaban estrechamente conectados con la tierra y el aire, de ella descende mi lado humano de la familia y la base de mi poder, el cual se mezcló con mi lado demoníaco, permitiéndome no solo vislumbrar el futuro, sino también el pasado.

—Así que, puedes vislumbrar tanto el porvenir como lo que ya ha pasado en la vida de cualquiera.

Negó con la cabeza.

—No, no en la vida de cualquiera —la corrigió—. No soy un oráculo, no puedo ver a voluntad, es... ¿Cómo puedo explicártelo para que lo entiendas? Necesito un punto de referencia, algo que implique a esa persona y que a su vez tenga relación conmigo. Es necesario que su camino se cruce de algún modo con el mío para que yo tenga acceso a su pasado o a su futuro, aún si todavía no ha sucedido.

—Solo puedes ver aquello que incide con tu propio futuro —murmuró ella tras un momento de reflexión—. ¿Es eso?

—Piensa en ello como tirar una piedra en un lago, tú eres quién tira la piedra y esa acción afecta a todo lo que hay en ese lago en ese momento y también a cualquiera que haya visto ese lanzamiento o encuentre esa piedra —resumió y negó con la cabeza—. Es algo complicado.

Ella se limitó a asentir y volvió a darle la espalda, moviéndose lentamente entre las flores, disfrutando de la calidez que envolvía el acristalado edificio que contenía el jardín, cuyo techo dejaba ver las estrellas a través de sus cúpulas y tejados de cristal. Aquel era uno de sus lugares favoritos de la mansión, un pequeño bosque de plantas y árboles lleno de recovecos en los que descansar con un libro, dónde escuchar el sonido del agua de las fuentes e incluso esconderte del mundo. Ver a Gwenevere en él no hacía más que aumentar su placer, ella parecía encajar a la perfección, como si fuese una pequeña ninfa que por fin encuentra su hogar.

—¿Qué fue lo que viste en tus sueños?

La pregunta emergió de sus labios sin poder contenerla. Necesitaba un punto de inicio, algo desde dónde poder llevar esa conversación hacia los aspectos más importantes que los unían a ambos y de ahí partir hacia esas piezas del puzzle que habían aparecido en su mesa y que todavía no habían sido encajadas en su lugar.

La vio detenerse, dándole todavía la espalda, vestida tan solo con esa chaqueta que cubría su propia camisa y los pies calzados con zapatillas. La natural fragilidad que a veces la envolvía parecía hacerse mayor bajo su actual apariencia.

—A nosotros —respondió en apenas un hilo de voz—. En el *Kerrigan's*.

Un ligero escalofrío le bajó por la columna y se encontró teniendo que tragar el nudo de saliva que se le alojó en la garganta.

—¿Quieres describirme el sueño?

Se giró hacia él, sus ojos parecían brillar bajo la pálida luz del lugar.

—No era un sueño, no lo era, ¿verdad?

Negó con la cabeza con lentitud.

—Es posible que lo que vieses, fuese una parte de... tu futuro.

—Y en ese futuro, sigues estando tú —declaró. Era más una acusación que la constatación de un hecho—. Porque no es solo mi futuro, sino también el tuyo, ¿no es así?

Respiró profundamente y asintió, entonces empezó a caminar de nuevo hacia ella.

—Sí, Gwen, nuestro camino sigue el mismo sendero, nuestras vidas estaban destinadas a encontrarse —admitió deteniéndose frente a ella—. Lo que viste... es, con toda probabilidad, lo que sucederá algún día.

Ella bajó la cabeza, mirándose las manos, las cuales retorció una contra otra.

—No... no fue exactamente una visión, yo estaba allí, Usher, era como si fuese actor y espectador al mismo tiempo —gesticuló, perdida en el recuerdo—. Las emociones... mis emociones, cada paso, cada sonido, cada toque... pude sentir todo eso y... me vi, vi mi reflejo en el espejo del aparador de las bebidas y... Tenía el pelo más corto, llevaba una chaqueta que no había visto en mi vida, pero lo que más me impactó fue...

Le puso un dedo sobre los labios, silenciándola, pues sabía perfectamente lo que había visto ya que él también había estado allí, en su propio cuerpo, viéndola entrar en la tienda con dos bolsas, sintiendo su enfado ante el hecho de que quisiera salirse siempre con la suya y muriéndose de amor por esa mujer que lo besaba con ternura.

—Lo sé, Gwenevere, sé qué viste porque yo también lo vi —admitió bajando la cabeza sobre ella, encontrándose frente con frente—. Has estado en nuestro futuro, en un momento de nuestro futuro...

—¿Eso es lo que va a suceder? —musitó pegándose un poco más a él—. ¿Ese es... mi futuro?

—Es una posibilidad —admitió y la miró a los ojos, así de cerca, viendo toda una miríada de emociones cruzando por ellos—, algo que podría ocurrir, pero también podría cambiar y no llegar a pasar. El porvenir no está escrito en piedra...

Y aquello era algo que había comprobado en más de una ocasión. Podía ver cosas, vislumbrar el probable futuro, pero cuando se trataba de algo tan trascendental, había muchas cosas que podían cambiar por el camino, rupturas, reconciliaciones, muertes... Nadie sabía con seguridad cuál sería el resultado hasta estar allí, en ese punto y ver si se cumplía o no.

—¿Entonces por qué he visto eso? ¿Por qué tú también lo has visto?

—Porque en este momento, aquí y ahora, tenemos todas las papeletas para llegar a ese momento —dijo con toda la sinceridad de la que fue capaz—. Porque lo que siento por ti... lo que ambos sentimos... nos conduce hacia esa meta.

Gwenevere dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza, perder su cercanía le provocó un escalofrío.

—Todo va demasiado rápido, yo... yo todavía no sé cómo he acabado así, cómo he podido... cómo te... —se pasó ambas manos por el rostro, resopló y, haciendo un ejercicio de concentración para recuperar la calma, se paró ante él y lo miró a los ojos—. Me he enamorado de ti, de ti y de tu otro tú, de hecho creo que prefiero... bueno, ya sabes... al tipo de la cola...

—Somos uno solo, Gwenevere...

—No me interrumpas —lo amenazó con el dedo en alto, volvió a respirar para calmarse y prosiguió—. Yo... creo que te quiero, pero te quiero de una manera distinta a como pensé hasta ahora que era querer. Tú haces que quiera sonreír incluso aunque lo que deseo en realidad es llorar, haces que sea capaz de levantarme incluso cuando me han golpeado tan fuerte que no soy

capaz de hacerlo, convertirte mi terror a lo desconocido, en algo que ansío ver y tocar y me has hecho fuerte a pesar de haberse sentido siempre una debilucha... Me has dado más en estos pocos días de lo que mucha gente me dio en años, Usher. Sé lo que eres, no diré que no me salta el corazón del pecho cada vez que... Bueno, ya sabes, aparece en escena tu otro yo. O cuando haces alguno de esos truquitos de magia. Pero, si pensar continuamente en ti, si echarte de menos en el instante en el que te vas, si querer que me dejes sola y arrepentirme al instante porque te he perdido, es quererte... Entonces te quiero, Usherian El Kerr y no tengo la menor idea de si eso es suficiente, de si lo será para llegar a ese futuro.

—Lo es, Gwen, tiene que serlo porque no concibo otro para mí —admitió por primera vez en voz alta. Acortó la distancia entre ellos una vez más y le acunó el rostro con las manos—. No estaba preparado para ti, ni siquiera quise pensar en lo que tu llegada significaría en mi vida, pero ahora ya no puedo negarlo, no quiero negar que me he enamorado de ti. Te quiero, es algo que sé y que necesito que tú también sepas. Lo que pase a partir de ahora, dependerá solo de nosotros. No sé si llegaremos a ese momento en particular, pero mientras lo intentemos, para mí será perfecto.

—Sabes que no te llevas ninguna joya conmigo, ¿no? —admitió ella con una mueca—. Ya has visto la clase de líos en los que suelo meterme.

—He visto la clase de mujer que eres a raíz de cada uno de los líos en los que te metes —admitió—, y me gusta, me gusta mucho.

—Bueno, vale, eso está bien, porque tú eres un demonio, lo cual también es un enorme «wow» para mí, pero... me gustas tanto que se me mojan las bragas cada vez que me miras como lo estás haciendo ahora.

Usher se rió entre dientes.

—Me gusta que se te mojen las bragas —replicó divertido.

—Sí, bueno, pero es que ahora no las llevo, ya sabes...

—Gwenevere, eso no se le dice a un demonio, no en un lugar lleno de tantos recovecos oscuros a los que poder arrastrarte.

Ella miró a su alrededor y se mordió el labio.

—Lo siento, ya te dije que necesito un manual de instrucciones sobre lo que decir o no decir a un demonio —replicó con un mohín—. Deberías escribirlo y poner como punto número uno: No coger la cola de un demonio a menos que quieras que te folle hasta el desmayo.

Una sonora carcajada emergió de su garganta liberando la tensión que no había sido consciente que guardaba su cuerpo hasta ese momento. Había estado conteniendo el aliento durante toda esa conversación, casi esperando a que ella lo rechazase o le lanzase algo a la cabeza y, en cambio, la pequeña humana que tenía de pie ante él, acababa de decirle que lo amaba.

—¿Gwen?

—¿Sí?

—Acabas de decir que me amas, ¿verdad?

Ella parpadeó un par de veces, entonces resopló y lo aferró por la camisa que llevaba puesta.

—A ver, Usher, mírame a los ojos y abre bien los oídos —le dijo ella marcando cada una de las palabras—. Te quiero. No sé por qué, ya que a veces eres un demonio insufrible, pero te quiero. ¿Te ha quedado claro ahora?

Sonrió perezoso, acariciándole las mejillas con los pulgares y asintió.

—Sí, Gwen, ahora ya me ha quedado claro.

La besó con suavidad, degustando sus labios, recorriéndolos con la lengua antes de traspasar la línea de sus dientes y reclamarla para sí durante un buen rato. Finalizado el beso, la cogió de la

mano y tiró de ella hacia el interior del jardín.

—¿Puedo saber qué haces?

Él la miró por encima del hombro.

—Arrastrarte a algún lugar oscuro para comprobar que, efectivamente, no llevas bragas —le informó.

—Oh, por todos los demonios —replicó ella con un bufido—. Todavía no hemos terminado de hablar.

—No, la verdad es que no. Hay otras cosas de las que tenemos que hablar, pero dado lo que tengo que decirte y tu posible reacción, mejor te secuestro ahora, te hago el amor hasta que grites y mañana, si eso, continuamos con la conversación.

Porque ahora, todo en lo que podía pensar era en esa mujer desnuda y gimiendo de placer para él, un pensamiento que opacaba todo lo demás y que lo llenaba de impaciencia.

## CAPÍTULO 43

Gwenevere se acurrucó contra el cálido cuerpo de Usher, la fragancia y el colorido de las rosas que los rodeaban parecían acogerlos en su abrazo, mientras el techo de cristal sobre sus cabezas regalaba una hermosa noche estrellada. Debajo de ellos, cubriendo el duro suelo, había una cálida manta de piel que conjuró su amante en algún momento de ese frenético encuentro.

Empezaba a temer que su cerebro se hubiese estropeado para siempre, pues no conseguía encontrar el pudor o la preocupación, para estar allí completamente desnuda.

—Puedo oír los engranajes de tu cerebro, ¿a qué le estás dando vueltas?

—A todo —admitió—. A cada uno de los sucesos que me han traído hasta este momento, a todo lo que se ha quedado por el camino, lo que he perdido, lo que he ganado... Puestos en una balanza, la verdad es que la cosa apesta.

—Te sorprenderá saber que algunas de las cosas que dejaste atrás, podrás volver a recuperarlas.

—¿Mi casa, por ejemplo? —lo miró irónica—. Te recuerdo que has dicho que me la devolverías al final del servicio. Y hablando de eso, ¿qué es exactamente eso del servicio? ¿Y lo del ese circo romano? ¿Por qué un casino...?

—Wow, despacio, Gwen, una pregunta a la vez —se rió—. Me sorprende que no hayas preguntado antes...

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, demasiados problemas, los cuales no es que hayan desaparecido precisamente... Esto ha sido lo primero que me ha venido a la mente. ¿Cómo he podido terminar con semejante deuda? ¿Cómo pudo Maise hacerme esto?

Lo escuchó suspirar, entonces la rodeó con el brazo e inclinó la cabeza para mirarla a la cara.

—En realidad, ella no es la responsable de lo ocurrido en el *Circus*, Gwen, como tampoco lo es de muchas otras cosas.

Frunció el ceño y se incorporó apoyándose en su pecho hasta sentarse.

—¿De qué estás hablando?

Él dejó escapar un resoplido y se dejó ir, cruzando los brazos detrás de la cabeza. Sus ojos dorados se clavaron en los suyos y, cuando comenzó a hablar, pudo vislumbrar la punta de los colmillos. Era curioso cómo su dicción no se veía alterada por esos desarrollados caninos.

—¿Qué es lo que sabes exactamente de Maise Cooper? ¿Cómo llegaste a conocerla? ¿Cuándo fue?

La pregunta la tomó por sorpresa, no era algo que esperase oír, de hecho, tampoco era algo de lo que le apeteciese hablar. Recordar esos días era recordar la traición, el dolor y la burla, pero lo que acababa de decirle, no pudo pasarlo por alto.

—Espera, ¿cómo que ella no fue...?

—Contéstame —la interrumpió—, quizá así pueda ir uniendo las piezas que me faltan y explicártelo paso a paso.

—¿Explicarme el qué, Usher?

—Quién es en realidad tu Maise Cooper y lo que ha hecho por ti hasta el día en el que os separasteis, lo que sigue haciendo para protegerte.

Hablaba en serio, comprendió Gwenevere, sus ojos no mentían, no estaba hablando por hablar. Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo, pero ella... ella y yo nos conocimos hace unos diez años. Yo había empezado la universidad y estaba trabajando de camarera, llevaba... creo que algo más de dos semanas en el trabajo, ella solía pasar por delante de la cafetería, pero nunca entraba. Ese día, me tocó cerrar y la vi, parecía que le hubiese pasado un camión por encima; estaba sucia, herida y calada hasta los huesos. Pensé que la habían agredido o algo, me acerqué para ofrecerle ayuda, le dije incluso de ir a la policía, pero dijo que su estado tenía que ver con una novatada de la universidad. No la creí, la verdad sea dicha, pero tampoco podía dejarla en la calle, así que me la llevé conmigo a la habitación que había alquilado ese año.

Hizo una pausa, se lamió los labios y continuó.

—Ella no estaba en la universidad, trabajaba en un edificio de oficinas cercano como teleoperadora —continuó tirando de sus recuerdos—. Era unos cuantos años mayor que yo, pero nos entendíamos y, tras unas cuantas charlas y juntarnos para salir a tomarnos algo, con el paso del tiempo acabamos por compartir un primer apartamento. Eso fue antes de que se nos uniese Greg y ese gusano y yo formalizásemos una relación.

Parecía mentira que hubiese pasado tanto tiempo de aquello, que la mujer que había conocido entonces, quién había estado siempre a su lado, apoyándola como una hermana mayor, hubiese cambiado tanto como para lastimarla de la forma en que lo hizo.

—Se convirtió en mi amiga, en mi hermana, nos apoyábamos la una a la otra cada vez que nos veníamos abajo... En cierto modo, formamos una familia, una que ella destrozó de la noche a la mañana. Siendo sincera, sigo sin comprender por qué lo hizo, qué la llevó a colaborar con ese imbécil, a poner en peligro nuestra casa... a acostarse con mi entonces prometido. Los vi, Usher, los vi follando en la parte de atrás del coche, en el garaje de mi casa y eso fue... lo más duro de todo. No por él, creo que nunca lo quise realmente, pero ella, ella era mi hermana y me traicionó.

Sacudió la cabeza y se dejó caer sobre él.

—Y ahora es cuando tú me dices que nada de eso ha sucedido y que lo he soñado, que ella es una santa y que...

—Es una *banshee*.

Se incorporó de golpe.

—¿Una qué?

—Una *banshee*, una mensajera de la...

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Se incorporó, sentándose también y le acarició el pelo.

—No, no es momento de bromear —aceptó serio—. Ella es una *banshee*. La he rastreado desde el momento en que te convertiste en mi deudora. Las deudas del *Circus* estaban a tu nombre, pero ni siquiera fue ella la responsable de esas deudas, había alguien más moviendo los hilos.

—¿Quién?

—Alguien que siente debilidad por cierto tipo de mujeres y que haría lo que fuese necesario para arrastrarlas a su abismo.

Arrugó la nariz.

—No tengo idea de que me estás hablando.

—Y el motivo de que no lo sepas, es porque ella te ha protegido todo este tiempo, a costa de vuestra amistad y del daño que ha podido hacerte a raíz de ello.

Se lo quedó mirando, parpadeando sin acabar de comprender sus palabras.

—Espera, espera, espera... —levantó ambas manos—. A ver que lo entienda. ¿Me estás diciéndome que me ha hecho un favor al llevarse mi dinero, dejarme en la calle y echar un polvo con mi ex?

Se echó a reír, no pudo evitarlo, sonaba todo tan surrealista.

—Por favor, Usher, eso es demasiado bizarro incluso viniendo de ti.

Su respuesta fue ondear una mano y al momento acabó vestida de nuevo con su camisa y la chaqueta que le brindó la Mansión.

—Sé lo que puedes pensar con respecto a eso —le cerró la chaqueta y la envolvió con los brazos—, pero para entenderlo realmente debes ver a tu amiga como lo que es, un miembro de otra... raza, alguien de mi mundo. Desde el instante en que decidiste ayudar a una *banshee* herida sin pedir nada a cambio, te convertiste en su humana, en su familia y morirá antes de hacerte daño o permitir que alguien te lo haga.

Le acarició el rostro y supo que esas palabras eran veraces.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué hizo todo eso? ¿Por qué *me* hizo todo eso?

—Para protegerte de alguien que te desea para él y que sé a ciencia cierta que habría destruido lo que eres, convirtiéndote en una cáscara vacía —confesó con absoluta seriedad—. Siempre has estado con un pie en mi mundo, aun así he tenido que ser yo quien descorriera el velo. Hubiese preferido no tener que decirte nada de esto y solucionarlo por mi cuenta, ya que forma parte de mi trabajo como recolector del *Circus*, pero sé que ocultártelo solo te haría más daño y sembraría una desconfianza que no quiero que haya entre nosotros. Es tu vida, tienes que poder decidir por ti misma el camino que deseas recorrer.

Y esa era una de las cosas que más agradecía de él, no intentaba dictar sus pasos, no le decía cómo debía hacer las cosas o cómo comportarse. Ella era la que tenía siempre la última palabra y en ocasiones incluso la única, para decidir sobre su destino.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por verme —admitió acariciándole la barbuda mejilla—, por verme de verdad.

Sonrió y la besó con ternura.

—Creo que eso es algo que debería agradecerte yo a ti —aseguró—. Tú has conseguido ver más allá de lo que soy y no es algo que muchos consigan.

—Supongo que nos parecemos más de lo que creía, cola aparte.

Se rió entre dientes.

—Te gusta mi cola más de lo que estás dispuesta a admitir.

—Me reservaré mi opinión. Cada vez que tu cola está de por medio, terminamos enredados y desnudos.

—¿Y eso es malo?

—Si sigues así, lo será —señaló a su alrededor—. ¿Has visto a dónde me has arrastrado?

—La próxima vez seré más creativo.

—No, gracias —se echó a reír—. Me conformo con una cama suave.

—En ese caso, tengo la cama perfecta. —Con eso la envolvió en sus brazos y la acostó de

nuevo sobre la peluda manta—. La nuestra —declaró besándola, distrayéndola de esa sensación de caída libre que terminó con ambos en la cama de su dormitorio con las primeras luces del alba asomándose en el horizonte a través de la ventana.

## CAPÍTULO 44

Gwenevere no podía dejar de mirar a los hombres allí reunidos. Después de compartir un agradable desayuno en la cama con su amante, la había arrastrado hasta el enorme salón de molduras victorianas y mobiliario moderno en el que estaban reunidos los miembros de la Mansión.

Por suerte, todos parecían haber decidido adquirir una apariencia humana, lo cual evitaba que se les quedase mirando boquiabierto. O al menos, el efecto era menos impactante, ya que, siendo honesta, por momentos se sentía en un casting de hombres mortalmente sexys.

Apenas si había tenido tiempo para digerir la información que había dejado caer Usher sobre su cabeza cuando se encontró allí en medio, ocupando uno de los sillones, mientras él volvía a sacar a la luz lo sucedido. A los presentes no les importaba tanto su situación y por lo que había pasado, como la misteriosa persona que estaba detrás de ello.

Maise, su Maise, era una *banshee*, una criatura sobrenatural, un heraldo de la muerte, según podía recordar de sus clases de folclore irlandés y escocés en la universidad. El descubrimiento se le hacía tan difícil de digerir cómo el hecho de que cada una de las cosas que le había hecho, obedecían a un papel, una magistral interpretación para alejarla del peligro que siempre la había rondado.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Por qué nunca sospechó que había alguien con tales intenciones detrás de ella?

Cerró los ojos ante el escalofrío que la recorrió y volvió a abrirlos al notar la mano de Usher resbalando por su espalda, haciéndole notar su presencia.

—Tranquila, todo irá bien.

Levantó la cabeza para encontrarse con los ojos azules de su amante. Él parecía genuinamente convencido de ello y esa seguridad evitaba que cediese a ese ahogante miedo que todavía le comprimía las entrañas de vez en cuando.

—Si Kaliel está detrás de esto, tendrá que responder ante mí —sentenció Brishen. El hombre parecía en ese momento un ejecutivo de alguna importante empresa, llevaba un traje a medida de un color gris paloma y una camisa rojo sangre sin corbata, que realzaba el tono bronceado de su piel. Sus ojos verdes parecían refulgir mientras hablaba, dejando patente que el nombre pronunciado no correspondía con alguien precisamente querido.

—Desde luego, es el que ha puesto precio a la cabeza de la *banshee* de Gwenevere —comentó Fey, quien permanecía alejado de todos ellos, con los brazos cruzados sobre el pecho y un pie apoyado en la pared en la que se recostaba.

—Ella no es mi *banshee*.

—En realidad sí, en el momento en que ella se presentó ante ti y la ayudaste sin pedir nada a cambio, te convertiste en su dueña —explicó Gawrin. Con las manos en los bolsillos y gesto

relajado, se apoyaba en uno de los muebles cerca de Fey—. Ella se quedará junto a ti y tu familia hasta el final de los tiempos.

Se estremeció, hablaban de la inmortalidad como si fuese algo que pudiese adquirirse en un supermercado y era un concepto ajeno a ella.

—Eso es mucho tiempo —murmuró.

—Los mensajeros de la muerte no tienen edad —resopló Fey.

—Pero sí pueden morir —añadió, recordando otra de las cosas que acababa de descubrir y que Usher no le había dicho.

Ese hombre, fuese quién fuese, había puesto precio a la cabeza de Maise por el simple motivo de haberse negado a facilitarle el camino para llegar hasta ella. La mujer que la había desplumado, que se había involucrado con su ex prometido, estaba en peligro por el simple hecho de protegerla.

—Todos somos susceptibles a dañarla antes o después —insistió Fey. Gweneveré no le conocía bien, de hecho, había algo en él que le provocaba una abierta desconfianza y no era solo ese aire de arrolladora sexualidad que proyectaba y le aceleraba el corazón. Existía una oscuridad en él, una que le provocaba escalofríos—. A unos nos lleva años y a otros siglos...

Sus últimas palabras fueron como una bofetada, inconscientemente recorrió a cada uno de los presentes con la mirada hasta posarla sobre su amante, que ocupaba el brazo del sillón en el que ella estaba.

No era humano, tuvo que recordarse pues tendía a olvidarlo con bastante facilidad, era un demonio, todos los presentes a excepción de Helena y ella misma, pertenecían a una raza sobrenatural.

—Somos como las cucarachas, pastelito —replicó Gawrin desde el otro lado de la sala, distrayéndola momentáneamente—. Nacemos, crecemos, morimos y desaparecemos, la única diferencia es que nos lleva un poquito más de tiempo.

—¿Y cuánto es exactamente un poquito? —preguntó mirando directamente a Usher, quién le sostenía la mirada.

—Um, esta conversación me provoca cierto *déjà vu* —murmuró Helena, mirando a su marido con cierta ironía.

El *sanguinar* puso los ojos en blanco y miró a Usher, invitándole con un gesto a dar una respuesta.

—Yo ya estuve ahí, te toca.

Esos iris azules parecieron oscurecerse un poco, se lamió el labio inferior y dejó escapar un pequeño suspiro antes de proceder con una tarea que no parecía gustarle demasiado.

—Dependiendo de la clase de demonio de la que estamos hablando, suelen tener una media de vida bastante más elevada que los seres humanos —respondió, inclinándose sobre ella, deslizando los dedos sobre su pelo para apartárselo del rostro—. Cuando decidimos emparejarnos, esa longevidad, digamos que se acorta, ya que nuestra vida pasa a ser compartida con nuestra pareja. De ese modo, el tiempo de vida de ambos se equilibra y, en nuestro caso, me refiero a la parte no humana presente en esta sala, el metabolismo también lo hace...

—Ellos pasan a envejecer a un ritmo humano y sus parejas, léase nosotras, ganamos unos cuantos años más de juventud —lo interrumpió Helena, simplificándolo todo de modo que lo entendiese—. No es un mal trueque, créeme, no te gustaría vivir eternamente sin la persona que amas a tu lado o ver morir a aquellos que quieres antes que tú.

Las palabras de la mujer tenían sentido, entendía lo que quería decir, pero estaba teniendo

bastantes problemas para asimilarlo. Tendría que dejarlo a un lado, como muchas otras cosas, para analizarlo en profundidad cuando su cerebro decidiese cooperar.

—¿Qué edad tienes? —Se encontró preguntándole de nuevo a Usher, el cual se limitó a sonreír de manera petulante.

—Más que tú.

—No te canses, Gwenevere, eso parece ser un tabú común a todos los miembros de esta casa —replicó la mujer con un resoplido—. Todavía no he conseguido sonsacárselo a mi marido.

—Retomando el tema que nos ha reunido aquí a todos —les recordó Gawrin, recuperando el hilo de la conversación—. Deberíamos dar de nuevo con esa *banshee* e interrogarla, ella parece tener las respuestas a cada una de las incógnitas que todavía hay sobre la mesa.

—¿Qué sabéis de ese tal Kaliel? —preguntó Helena, mirando a su marido y a los demás.

—Pertenece a mi corte —informó Brishen con voz fría, sus brillantes ojos parecieron oscurecerse mientras proseguía—. Fue uno de los consejeros del antiguo Gran Lord, alguien con su misma filosofía de vida, una que no tiene cabida en el régimen actual. Es un hombre poderoso, temido más que respetado y, hasta ahora solo había escuchado rumores a los que no quise dar mayor credibilidad, obviamente, debía estar más atento.

Hizo una pausa, parecía estar buscando las palabras adecuadas para proseguir con su explicación.

—Lo que se decía sobre él era que tenía especial predilección en el género humano, unos apetitos poco saludables y que tenían mucho que ver con su oscura naturaleza —continuó en un tono de voz cada vez más helado—. Se decía que tenía un harem de hembras a su disposición y un especial apetito por las mujeres humanas.

—Un apetito que yo mismo comparto —añadió Fey en voz baja, mirando a su amigo—, vivo de mi harem, literalmente.

El silencio se hizo durante unos segundos en la sala, uno incómodo, que parecía dejar en el aire algunas veladas acusaciones.

—Tú cuidas de las hembras de tu harem, incubo —continuó Brishen sin apartar la mirada de la del otro demonio—, mantienes un equilibrio simbiótico, pero lo que yo he visto... No había vida en esas mujeres, estaban rotas y no solo físicamente, su mente se había esfumado, eran cáscaras vacías, en muchos casos, lanzadas a los perros para satisfacer muchos de los oscuros vicios que se dan en lugares que no has pisado en la vida.

Gwenevere se estremeció ante sus palabras, pero Fey no pareció inmutarse, se quedó en la misma posición, sin dar más indicios de emoción que un ligero palpar en su mandíbula.

—Fey...

La voz surgió del hombre que estaba sentado a su lado, levantó la cabeza y vio el dolor en los ojos de Usher, algo que la sorprendió.

El incubo encontró la mirada de su compañero y negó lentamente con la cabeza.

—Ni siquiera lo intentes, chamán, ya has hecho más que suficiente.

Usher acusó el golpe de sus palabras, pudo darse cuenta por la manera en que se tensó. Estaba claro que entre ellos había una historia de algún tipo y posiblemente reciente. Sin pensarlo, extendió la mano hacia él y envolvió los dedos en los suyos, llamando su atención.

Se inclinó sobre ella y la besó en la sien, apretando al mismo tiempo su mano en un silencioso agradecimiento.

—Ese hombre no se acercará a ti —le prometió con una fiera firmeza.

—Si la *banshee* puede confirmar lo que le ha contado a Usher, arrastraré con suma felicidad

el culo de ese hijo de puta de vuelta a la *Corte Flameris* para que sea juzgado y sentenciado a muerte.

La implicación de aquellas palabras y la extrema tranquilidad con la que anunció la ejecución de alguien le provocó un escalofrío.

—¿A muerte? —No pudo evitar repetir.

Brishen se giró hacia ella, sus ojos parecían dos témpanos de incendiado jade, no había emociones en su rostro, de hecho, este parecía haberse afilado y oscurecido provocándole un inmediato terror.

—Piensa en él como un tratante de blancas, como un proxeneta, ¿dejarías que siguiese por ahí sembrando dolor, destrucción y causando la muerte de mujeres inocentes?

Se esforzó para tragar el nudo de terror y negó con la cabeza

—No —sabía que le temblaba la voz, pero no podía evitarlo, aquel hombre se había convertido en un fiero demonio sin apenas haber cambiado su aspecto—. Por supuesto que no, pero no soy un Dios para decidir sobre la vida o la muerte de alguien.

Sus labios se curvaron en una siniestra sonrisa.

—Por suerte para ti, no vives en mi corte, allí, yo soy lo equivalente a una deidad.

Tragó, le costaba identificar al hombre que la había ayudado tras el accidente, que la había tratado con cuidado y amabilidad con el frío y letal ser que hacía que sudase frío.

—Brish, relájate, la estás asustando —mencionó Gawrin, posando una mano sobre el hombro de su amigo—. Ella solo es una pequeña humana que acaba de caer en el regazo de Usher, dale tiempo para aprender las normas.

El aludido miró a su compañero con esa misma falta de empatía, entonces, suspiró audiblemente y se giró de nuevo hacia ella, ahora con el rostro relajado y amable que conocía.

—Te pido disculpas, Gwenevere, es un tema que me afecta directamente.

Asintió, sin saber qué hacer.

Ellos hablaban de algo que le era ajeno, algo que, si tenía que creer en su palabra, siempre había estado a su alrededor, acechándola sin que fuese consciente de tal peligro.

—¿Por qué nadie lo ha detenido hasta el momento? ¿Si sabíais lo que era capaz de hacer...?

—Porque no es algo que salga en los noticiarios, ni en los programas de televisión —la atajó Fey, mirándola—. Porque el que ha hecho esto pertenece al mundo sobrenatural, uno del que tú solo has visto la versión cándida y luminosa, pero que tiene también una muy oscura, una en la espero que nunca tengas que asomar la nariz.

—Fey, ya basta, tus asuntos son conmigo, no con ella.

El siseo de Usher y su rápida reacción la cogió por sorpresa, pero el ícubo se limitó a abandonar su puesto contra la pared y mirarlos a ambos.

—Chicos, chicos, este no es el momento ni el lugar —los atajó Gawrin, quién se puso estratégicamente entre ellos—. Además, tenemos dos impresionables damas delante.

—¿Lo de *impresionables* va por mí, Gaw? —bufó Helena.

—En estos momentos diría que por Gwene —aseguró dedicándoles un guiño a ambas.

—Lo importante ahora es dar con ese hijo de puta —musitó Fey, quién parecía estar haciendo un verdadero esfuerzo para contenerse—, y evitar que mujeres como Gwenevere, puedan ser utilizadas para sus perversos fines.

La sola idea de estar en su punto de mira le provocó un escalofrío.

—No puedo creer que haya tenido a un fanático tras de mí y no me haya dado ni cuenta —suspiró—. Es que no tiene sentido. Quiero decir, mírame, no soy alguien a quién le guste

precisamente destacar. Me lo creería sin dudar si se tratase de mi madre, pero yo...

—Eso es lo que atrae a personas como él, se sienten atraídos por la inocencia, la ternura, lo que sea que puedan corromper.

Y su única línea de defensa, en su caso, había sido una mujer, su mejor amiga, aquella a quién había insultado y llamado de todo los últimos meses.

—¿Sabéis dónde está *ella*?

—Si es inteligente, seguirá oculta para no llamar su atención —comentó Aric.

—Yo sé cómo localizarla —admitió Usher, volviéndose hacia ella—. No quiere ponerte en peligro, se niega a acercarse, pero tampoco puede permanecer lejos y ese cabrón lo sabe. Se ha estado ocultando y seguirá haciéndolo hasta que sepa que tú estás completamente a salvo.

Sus palabras le provocaron un nudo en el estómago.

—Ha sido mi hermana durante gran parte de mi vida, nunca he podido darle las gracias o pedirle una explicación. —Se pasó una mano por la frente—. Y ahora me entero de que todo lo que hizo, por detestable que fuera, tenía un motivo de peso detrás. Necesito verla, necesito asegurarme que está bien, si le pasa algo... si le ocurre algo por mi culpa, no me lo perdonaré jamás, Usher.

—Lo sé, *amor mío* —aceptó dejando patente a quién quisiera escuchar, lo que ella significaba para él.

—Eres una humana extraña, Gwenevere.

El comentario llegó de Fey, quién la miraba con una inesperada intensidad.

—¿Y eso por qué?

—Tienes compasión —añadió Brishen, levantándose del asiento que había ocupado—, algo de lo que en ocasiones, nuestro mundo carece.

—Más bien, de lo que vosotros olvidáis que tenéis escondido en alguna parte de esa fantástica anatomía.

—Helena...

—Lo dicho, Aric, me encanta tu mujer —se rió Gawrin.

—¿Cuándo la vais a compartir? —añadió Fey, con tono distendido y pícaro—. Digo, por mirar.

—Es broma, ¿no?

—Llevan así desde que los conozco. Si no bromeasen de esa manera y se pelearan, empezaría a pensar que pasa algo y muy grave —admitió con una risita, entonces miró a Aric con indudable amor—. Además, ambos saben que soy mujer de un único demonio.

—Por suerte para mí —declaró él.

—¿Y tú que dices, Gwene? —ronroneó Gawrin—. ¿Te apuntas a un trío?

—Por encima de mi cadáver.

—Antes te destripo.

Los presentes se echaron a reír a carcajadas al escuchar la respuesta simultánea de Usher y suya.

—A eso le llamo sincronización.

—Tienen las ideas muy claras.

—Ignórales, suelen jugar siempre a los mismos juegos cada vez que hay una mujer nueva en casa —le dijo su compañero—. Deberíamos irnos, hay trabajo que hacer.

La mención de la nueva jornada de trabajo la hizo consciente de muchas cosas. Deseaba volver a la cafetería, pasar la mañana en alguna rutina establecida que le permitiese poner de

nuevo los pies sobre la tierra. Todo lo que había ocurrido, que ocurría delante de sus propias narices ahora mismo... era demasiado para procesarlo, tenía que pensar, poner un orden a su vapuleada mente y encontrar una salida.

—Estoy lista —le informó, poniéndose en pie—, sólo deja que coja mi mochila...

La detuvo cuando hizo el amago de marcharse, sus ojos se encontraron con los suyos y vio la comprensión que le brindaban.

—Me pondré en contacto con ella y buscaremos una manera de reuniros —le informó, pues sabía que era lo que necesitaba, aún si no lo hubiese puesto en palabras—, pero hasta entonces, te quedarás tranquila y no cometerás ninguna tontería que pueda ponerme los huevos de corbata. No tienes nada de lo que preocuparte, no dejaré que ese tipo se acerque a ti, ha cometido un gran error al llevar sus tejemanejes hasta el *Soul Circus*.

—Me ocuparé de mantener una... agradable conversación con ese hijo de puta —añadió Brishen, poniendo de manifiesto que estaban todos metidos en el mismo barco—. No volverá a molestaros ni a tu *banshee* ni a ti, Gwenevere, te doy mi palabra.

Y escuchándole, supo que estaba emitiendo una sentencia definitiva, una que cumpliría cayese quién cayese.

—Vamos, Gwen, te acompaño —se ofreció Helena, aprovechando para sacarla de aquel tumulto—, y por el camino me cuentas cómo has terminado no solo de deudora de Usher, sino como su empleada.

Miró a la chica, quién le sonrió tranquilizadora y luego a su compañero.

—Cogeré las llaves del coche.

—Gracias a dios.

El comentario arrancó algunas risas que se perdieron mientras ambas se alejaban por el pasillo dejando a los hombres en el salón. Las puertas se cerraron tras ellas y, la fingida tranquilidad que habían mantenido para beneficio de las dos chicas, se esfumó.

—La *banshee* está marcada para morir, la están cazando —le recordó Gawrin—, en el momento en que la encuentren...

—Encontradla primero y llevadla al *Circus* —sugirió Fey abandonando su distendida postura de brazos cruzados—. Nadie en su sano juicio atravesará las puertas sin el beneplácito de Banca.

—La *Mansión* tampoco —les recordó Aric—, y si la *banshee* le pertenece a tu deudora, será aceptada.

—Gwen no está todavía preparada para enfrentarse con ella, hay cosas que necesita resolver —comentó Usher—. No puedo permitir que pierda la familia humana que tiene, no puedo arrancarla de su humanidad.

—Entonces, ¿es oficial? —preguntó Aric mirándole a los ojos—. ¿Se quedará contigo?

—Lo será tan pronto concluya el servicio —replicó y miró hacia las puertas cerradas—. Tenemos un futuro compartido, el llegar a él, dependerá de las decisiones que tomemos ambos a partir de ese momento.

—Bueno, parece que tendremos a otra mujer en la casa, la familia crece, ¿quién creéis que será el siguiente en caer?

—Prefiero no saberlo —respondió Brishen al tiempo que se levantaba y anunciaba—. Voy a encargarme de ese cabrón.

—Brish, no hagas nada que afecte a tu corte.

—Usher, vivo para joder a mi corte, no me quites la diversión con tus malos augurios.

—Cualquiera te priva a ti de algo, *mi señor* —se burló Fey.

—Me pasaré por el *Underground* para ver que noticias hay y después echaré una mano en la cafetería, así tendrás tiempo para arreglar las cosas con *tu* Gwen.

Lo miró e hizo una mueca.

—Te aburres mucho, ¿no?

—Muchísimo —se rió.

—De acuerdo, compañeros, que empiece la fiesta —declaró Fey sonriendo maliciosamente.

## CAPÍTULO 45

Usher miró disimuladamente a la mujer que se movía entre las mesas. Iba de un cliente a otro sin parar, cogía los pedidos, recogía las mesas y las limpiaba, entregaba las consumiciones, se había pasado así toda la mañana. Cuando no estaba en el comedor, la encontraba detrás de la barra o incluso en la trastienda, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerse ocupada.

—Un té de limón y jengibre para la mesa del fondo —le pasó la comanda mientras vaciaba las tazas y los platos en el lugar destinado a ello—. Y una cerveza negra y fría para el señor Puig.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le sugirió—. Aprovecha para comer algo ahora que no hay mucha gente.

—Estoy bien y no tengo hambre —negó con la cabeza—. Con lo que desayuné hoy, no sé cómo no salí rodando como una peonza.

No discutió, sabía que no conseguiría hacerla cambiar de opinión, no cuando parecía tener tantas cosas en la cabeza con las que lidiar.

Optó por preparar las consumiciones y ponérselas en la bandeja.

—De acuerdo entonces, cuando quieras hacer una pausa, avísame —pidió y echó un vistazo al reloj—. Tengo que llevar unos papeles a la gestoría, me han citado a las cuatro y no sé lo que tardaré en salir de allí. ¿Podrás ocuparte tú sola de la cafetería hasta que vuelva?

—Por supuesto —aceptó al instante—. Y tranquilo, encontrarás todo tal y como estaba cuando regreses.

Sonrió, no pudo evitarlo. Su dulzura era algo único, tanto como esa inocente picardía de la que no sabía si era consciente, pero también podía ser bastante cabezota, lo suficiente como para cerrarse en banda cuando así lo quería. No iba a insistir en hacerla descansar, al menos no de momento, ya se las ingeniaría después para que dejase de correr de un lado a otro y comiese algo, solo entonces podría hacer algo para ayudarla con el batiburrillo mental que parecía darle vueltas en la cabeza.

Volvió a la faena, continuó con la reposición de las neveras y sacó las cajas para que las recogieran los repartidores en la entrada del almacén. Todavía había mercancía suficiente, así que no tendría que hacer un nuevo pedido hasta por lo menos el final de la semana, pensó mientras se deslizaba de nuevo detrás de la barra.

—Voy a mirar la tarta fría que metí en el congelador, ya debe estar lista —comentó pasando por su lado—, y hemos terminado la de zanahoria.

—A la gente le está gustando bastante —mencionó, siguiéndola con la mirada—, aunque yo sigo prefiriendo la de chocolate.

—Dime que no te la has comido toda de ayer a hoy —pidió deteniéndose en el umbral de la cocina.

—Has visto lo que quedaba de ella en el desayuno.

Ella jadeó y lo miró de arriba abajo.

—Por dios, ¿y dónde lo metes?

—Tengo un metabolismo rápido —se rió entre dientes—. Dejaré que me prepares otra para el fin de semana.

Su respuesta fue poner los ojos en blanco y desaparecer en la cocina.

La campanilla de la puerta anunció la llegada de nuevos clientes, se giró y posó la mirada en el recién llegado, cuya apariencia era cuando menos llamativa. Vestido como un gótico de la cabeza a los pies, el alto y delgado tipo conjuntaba unas botas de motorista con un largo abrigo de estilo pirata y un movimiento de caderas digno de una modelo de pasarela. Sus ojos, de un vibrante marrón, fueron como un detonante en su mente. Las compuertas se abrieron y como si se tratase de una cascada, vislumbró la información del recién llegado que era, nada más y nada menos, que David Loft, el hermano de Gwenevere.

Su aura era realmente fuerte y se reflejaba en la seguridad de su lenguaje corporal. Donde Gwenevere era delicada, tímida y reservada, este hombre era justo lo contrario. Él no se escondía, mostraba abiertamente su ambigua sexualidad e incluso parecía disfrutar de la atención que suscitaba en la gente.

Avanzó directo a la barra y ocupó uno de los taburetes que había frente a él, cruzó las piernas y apoyó un brazo en la superficie mientras le miraba directamente a los ojos.

—Buenos días —lo saludó, dejando el paño de secar a un lado y prestándole la debida atención—. ¿Qué va a tomar?

—Una cerveza de malta, fría.

—En seguida —aceptó con una suave palmada sobre la superficie de la barra. Le dio la espalda, abrió una de las neveras, sacó una cerveza y, tras abrirla, la dejó frente a él—. Supongo que estás aquí para ver a Gwenevere.

El hombre acusó la sorpresa en sus ojos, pero no dejó que trasluciese.

—¿Hoy trabaja?

Señaló la trastienda.

—Está liada en la cocina con los postres —le informó. Se acercó a la vitrina y sacó el último pedazo de tarta de limón que quedaba y se la puso delante—. Pruébala. Tu hermana tiene mucho talento. Invita la casa.

Sus ojos se angostaron y no le pasó por alto el rápido escáner al que lo sometió.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó con abierta desconfianza.

—Tus ojos son del mismo color que los de ella —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Y os parecéis, no mucho, pero sí tenéis un aire familiar. Además, comentó que tenía un hermano, así que... solo sume dos y dos.

Continuó con su escrutinio como si pudiese hacerse una idea de quién era él y si sus palabras eran reales o solo una comedia.

Usher casi podía jurar que el hombre estaba acostumbrado a ser mirado y cuestionado por su forma de ser o de vestir, especialmente por aquellos cercanos a él, por ello se escudaba en semejante atuendo, dándoles así algo de lo que hablar sin ahondar en nada más. Quería dar una imagen para que la gente se fijase en ella y olvidase lo que había detrás.

—Pareces saber mucho de ella para llevar tan poco tiempo trabajando para ti.

Enarcó una ceja ante la directa acusación y sonrió de soslayo.

—Di lo que quiera que hayas venido a decir —lo invitó, apoyándose en la barra—, está claro que no te has dejado caer por casualidad.

Él cogió la botella, desechando el vaso, entre los largos dedos y le dio un largo trago antes de devolverla a la barra y decir sin tapujos.

—¿Te estás tirando a mi hermana?

Desde luego, a ese tío no se le podía acusar de andarse por las ramas, pensó con ironía. Sus ojos no dejaban de evaluarlo, cómo si pudiese leer su propio lenguaje corporal en busca de una respuesta.

Lentamente, con esa petulancia bien estudiada, se inclinó hacia adelante, apoyó el brazo en la lisa superficie y, sosteniéndole la mirada, le habló en voz baja.

—Gwenevere es muy capaz de decidir por ella misma con quién quiere o no echar un polvo —le soltó con tono despreocupado—, y el que tú hayas hecho tal pregunta, es una afrenta hacia ella. Te agradecería que no la menospreciaras, no es algo que vaya a permitirte... ni a ti, ni a nadie.

Los ojos marrones se abrieron poco a poco, mostrando más que sorpresa cierto alivio y reconocimiento. Quizá había dado una impresión equivocada con sus palabras, o lo había hecho a propósito, pero detrás de toda esa actuación existía una genuina preocupación fraternal.

—Buena respuesta, *bombón*, buena respuesta.

Esbozó una mueca ante el apelativo escogido, sacudió la cabeza y se rió entre dientes.

—Me llamo Usher —le tendió la mano por encima de la barra—, suena menos insultante que «*bombón*».

El hombre esbozó una amplia sonrisa y correspondió a su saludo cogiéndole la mano con maneras muy femeninas.

—David Loft, aunque mis amigos y la gente que encuentro atractiva me llaman *Xera Delacourt* —replicó en abierto coqueteo—. Xera para ti, querido.

—Un placer conocerte, Xera.

—El placer es todo mío, créeme —aseguró mirándole con descaro. Le soltó la mano, se echó hacia atrás la larga melena que le caía sobre los hombros y suspiró—. Desde luego, mi hermanita ha ganado con el cambio, le das mil vueltas a esa comadreja desnutrida de su ex pareja.

—Me alegra saberlo —sonrió divertido.

—Su ex era un cabrón...

—Soy consciente de ello.

—Y ella se merece tener un poquito de suerte —continuó, parecía dispuesto a dejarle las cosas claras quisiera oír las o no—. Si tú eres el elegido que se la va a otorgar, estupendo. Ahora, si tus intenciones son menos que honorables... Mejor dilo ahora, *bombón*, así no tendré que volver después a romperte las piernas...

Enarcó una ceja ante la canturreante amenaza.

—Yo soy el afortunado por haberla encontrado y no permitiré que nadie, amigos, familia o un gilipollas, la lastime —confesó sin ambages—. Eso debería responder por mis intenciones.

Su interlocutor no pudo decir lo que pensaba al respecto, pues Gwenevere eligió ese momento para traspasar el umbral que separaba las dos áreas del local con una tarta en las manos.

—Ya tenemos el postre fresco listo para esta tarde, Usher, lo pondré en la vitrina y...

Sus palabras se cortaron abruptamente cuando vio a la persona sentada al otro lado de la barra. En unas décimas de segundo, vio cómo sus ojos pasaban de la sorpresa al alivio y su lenguaje corporal mudaba a una prudente cautela.

—David, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Cassie está bien?

El aludido levantó una mano para interrumpirla y puso los ojos en blanco al responder.

—Cassie lleva con una crisis monumental desde que la confrontaste en el probador —le informó con evidente fastidio—. Nena, tienes que avisarme cuando decidas hacer esas cosas. ¡Me lo he perdido! Gladis dijo que fue como ver a una altiva y justiciera *Lady Godiva* a caballo por el medio de su pueblo.

—*Lady Godiva* se paseó por el pueblo completamente desnuda —apuntó divertido, viendo el intercambio de los dos hermanos.

—Pues aquí, *Lady Gwene*, sin caballo y desnudando el alma —sonrió con coqueteo antes de prestarle toda su atención a la chica—. Tiene tal drama montado que podría ganar el próximo Oscar de la Academia a la mejor actriz dramática.

Gwenevere resopló y se apoyó contra la barra.

—Debía haberme quedado callada...

—Hiciste lo que necesitabas hacer —le recordó resbalando la mano por su espalda y deteniéndose a la altura de su cintura.

—¿Estás loca? —intervino también Xera—. Es lo mejor que has hecho en la vida, sin mencionar a *tu hombre* aquí presente...

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Qué le has dicho?

—Me preguntó si me estaba tirando a su hermana —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Me limité a explicarle nuestra relación...

—Usher... —siseó por lo bajo, entonces se giró como una exhalación hacia el otro lado de la barra—. Y tú, ¿cómo te atreves a preguntar tal cosa?

—Cariño, necesitaba tantear el terreno —chasqueó con afectación—, no todos los días se te presenta delante un *polvazo* como él.

—Ignórale —resopló, apoyándose contra él—. Se cayó de la cuna de cabeza y este es el resultado.

Se rió entre dientes y resbaló la mano por su cintura, abrazándola desde atrás.

—Lo siento, *Xera*, pero soy todo suyo —replicó lanzándole un guiño.

—Que lamentable pérdida —dramatizó, con la risa burbujeando en sus ojos—. Qué remedio. Mi hermanita se ha quedado con el premio gordo. Podré soportarlo, pero solo si me invitas a comer, Gwene.

—No sé si te has percatado de ello, pero estoy trabajando.

—Ya no —declaró sin darle más opciones. Con un rápido movimiento le soltó el delantal y se lo quitó—. Te libero. Ve con Xera, llevas toda la mañana trabajando sin parar, así que te lo has ganado.

—Usher...

—Ahórrate el tonito conmigo, Gwenevere, ya sabes que no me afecta lo más mínimo —le soltó divertido, entonces se giró hacia su hermano—. No dejes que vuelva antes de las cuatro.

—¡Hecho, *bombón*! —declaró Xera poniéndose en pie—. Gwene, vamos, mueve el *culete*. Oh, pero antes. —Cogió el cubierto en el platillo y procedió a probar la tarta. La serie de ruiditos que empezaron a emerger de su garganta casi lo hacen reír a carcajadas—. Dios del cielo, cariño, esto es... el paraíso. ¿De verdad lo has hecho tú? ¿Y qué coño has hecho todo este tiempo encerrada en una oficina? ¡Lo tuyo es la repostería! Oh, por dios... —volvió a comer otro trozo—. Celestial, sí, sí, sí, celestial... ¿Crees que podrías preparar unas... diez de estas para la semana que viene? Serían perfectas para la inauguración de la obra.

—¿La inauguración de qué?

El tipo se hinchó como un pavo y se señaló a sí mismo de arriba abajo.

—Mi obra, por supuesto, la gran y maravillosa *Xera Delacourt*, hará su debut en un musical —declaró con inusitado fervor, se giró hacia el resto del comedor y alzó la voz—. Estáis todos invitados a venir al espectáculo más fabuloso del mundo. El estreno es dentro de dos semanas, en el *Teatro Madison*. Las entradas ya están a la venta y podréis verme a mí.

Risas, aplausos y comentarios de apreciación correspondieron a la teatrera presentación, al parecer los clientes que esa mañana disfrutaban de sus consumiciones, también lo hacían del espectáculo.

—¿Vas a actuar en un musical?

Su rostro se dulcificó y asintió, la mirada en sus ojos hablaba de esperanza, de alegría y también de cierto temor por la respuesta de ella.

—Soy *una* de los protagonistas —admitió, le cogió la mano por encima de la barra y le acarició los dedos—. Ven, come conmigo y te lo cuento todo.

Una mano tendida, una oportunidad para retomar algo que había quedado olvidado en el pasado, probablemente relegado por las decisiones que una y otra habían tomado y que ahora podían enmendar.

Usher no podía decirle que hacer, no podía obligarla a elegir un camino, pero podía estar allí para ella.

—Recupera tu vida y a los que quieres que sigan en ella —le susurró al oído, empujándola hacia el otro lado de la barra.

La mirada que vio en sus ojos le recordó que todavía tenía un largo camino por andar, pero se encargaría de estar justo allí, a su lado, para ayudarla a levantarse cuando tropezase, para hacerle ver que podía seguir adelante si ese era su deseo. Siempre estaría a su lado, siempre la amaría, no había nada que impidiese que esa dulce mujer que se había colado en su corazón, lo abandonase.

—Volveré antes de las cuatro.

Le guiñó el ojo en respuesta.

—Disfrutad del reencuentro —les deseó a ambos.

Xera la envolvió en un abrazo que prácticamente engulló a la pequeña mujer.

—Gracias por hacerlo posible —murmuró antes de apretar a su hermana y empezar a parlotear mientras la empujaba hacia la salida—. ¡Te la devolveré para que la sigas adiestrando, *bombón!*

Sacudió la cabeza intentando contener la risa, mientras veía a Gwenevere pegándole un puñetazo en el hombro a su acompañante, con una amplia sonrisa en el rostro.

## CAPÍTULO 46

—Parece un buen tipo, alguien decente, además está buenísimo —admitió David con un ronroneo—. Has hecho una buenísima elección.

El comentario la llevó a levantar la mirada de la degustación de sándwiches que habían pedido para comer. Aquel era un ritual que había olvidado, algo que solían hacer a menudo; compraban unos sándwiches, unas bebidas y se iban a uno de los parques públicos, ocupaban una mesa a la sombra y disfrutaban el aire libre así como de la mutua compañía.

—Más bien ha sido él quien me ha elegido a mí —respondió a su comentario.

—No te subestimes, Gwene, nadie con ese cuerpo y esa cara se conformaría con poca cosa —sentenció limpiándose los dedos con una de las servilletas—. Y solo hay que ver cómo te mira... o cómo lo miras tú. Ay, cariño, saltan chispas, corazones y unicornios. Es puro *love*, un flechazo instantáneo.

Gwenevere se limitó a sonreír, si él supiera que tan instantáneo y fuerte había sido. Nunca pensó que se pudiese necesitar tanto el contacto de alguien, el que la sola presencia de esa persona le hiciese latir el corazón a toda velocidad y, sobre todo, llegar a aceptar algo tan irreal y aterrador como su apariencia demoniaca como algo sexy e incluso protector.

—Usher me hace sentir que puedo ser yo, que no necesito ocultar lo que soy o lo que pienso, de algún modo me ha hecho ver que puedo vivir y no limitarme a sobrevivir.

—Y eso lo convierte en un hombre único e inteligente, mucho mejor que esa babosa con la que estabas antes.

Su comentario hizo que bajase la mirada hacia el sándwich a medio comer abandonado en una esquina del plato de papel y arrugase la nariz.

—¿Cómo he podido equivocarme tanto con Greg? —preguntó, dando voz a sus pensamientos, a esa pregunta que tantas y tantas veces se había hecho los últimos meses.

Él respiró profundamente y le cogió la mano por encima de la mesa.

—Debí haberme dado cuenta mucho antes de que ese imbécil no te hacía feliz, que no existía el brillo que ahora hay en tus ojos —declaró apretándole la mano en un mudo gesto de apoyo—. Si hubiese estado más pendiente de ti... —Sacudió la cabeza y casi pudo saborear su culpabilidad—. No he sido precisamente *el hermano* que debía ser... O *la hermana* que siento que soy. Tenía que cuidar de ti, era mi deber tras la partida de nuestro padre, pero mis propios problemas me cegaron a cualquier cosa que no fuese... Yo.

Gwenevere no pudo pasar por alto el hincapié que acababa de hacer en el género, cuestionándose su propia sexualidad, su propia personalidad y haciéndolo con la efectividad que necesitaba alguien que también había estado ciega, que no había querido ver lo que estaba delante de sí misma por los mismos motivos que había expuesto; centrarse en ella y aislarse de todo lo demás.

—No fuiste el único que se encerró en su burbuja y se aisló del mundo. Debí darme cuenta de lo que sucedía, debí estar ahí para apoyarte, para apoyarte cuando decidiste *quién* necesitabas y querías ser —admitió acariciándole el brazo a través del abrigo—. Te dejé con mamá, dejé que lidiases con ella y con sus... locuras...

—Yo puedo lidiar con mamá, corazón, me habría preocupado mucho más que la que se hubiese quedado junto a ella hubieses sido tú. Su forma de ver la vida, de hacer las cosas... te habría llevado a la locura y lo más probable es que hubieses terminado ahorcándola.

—Sí, casi lo hago en la trastienda de la boutique de novias.

—Gladis no dejaba de abanicarse mientras hablaba de ti y *tu despertar*, como ella lo llamó, estaba orgullosísima, tan orgullosa de la mujer fuerte que eres...

—Yo no soy fuerte...

—Gwenevere Augusta Loft, te has enfrentado al mismísimo infierno y has bailado con el diablo —aseguró con gesto serio—. Si eso no es fortaleza, que baje Dios y me lo diga. —Soltó un fuerte resoplido y continuó—. Cuando supe lo de Maise, lo que mamá había hecho... Dios, cómo me enfurecí. No podía creer que se hubiese atrevido a ir tan lejos —chasqueó—. ¡Robarle el novio a tu mejor amiga! Nunca me di cuenta hasta ese momento de lo ciega que he estado con ella, de lo permisiva que he sido y de las veces que la he justificado solo para que me dejase en paz y pudiese seguir con mi vida, haciendo lo que yo quería hacer. Si Gladis hubiese estado delante, se habría escandalizado, créeme, solo nos faltó llegar a las manos como lo harían dos gatas.

Sacudió la cabeza haciendo volar la larga melena y, ese simple gesto, hizo que reparase una vez más en algo que siempre había estado ahí y que, sencillamente, había decidido ignorar.

Y dolía, el comprenderlo ahora dolía mucho más que cualquier herida pasada, porque se daba cuenta de lo sola que había estado en realidad, de lo mucho que había perdido en el camino.

—¡Y Maise! Te lo juro, por más vueltas que le doy a lo ocurrido, no puedo creerme que ella te haya traicionado de esa manera —continuó con un femenino resoplido—. Llegué a convencerme de que aunque yo no estuviese ahí, aunque Cassie metiese la pata, siempre la tendrías a tu lado. ¡Ella tu fiel defensora! Imagínate que llegué a pensar si no estaría enamorada de ti... No te haces una idea de las broncas que tuvimos, de las veces que esa pequeña y voluptuosa morenita se enfrentó a mamá por ti, para defenderte... ¿Y entonces ocurre esto? No, querida, aquí hay algo que falla.

Aquello era algo nuevo, pensó con cierto sobresalto. Sabía que su familia la conocía, de hecho, siempre pensó que no se llevaban bien por algo, pero de ahí a enterarse que su amiga la había defendido con uñas y dientes...

La mención de su amiga la sobresaltó, lo que su hermano le decía no tenía sentido para ella. Sabía que se habían conocido, por supuesto, pero de ahí a tener encontronazos para defenderla...

—Sinceramente, Gwene, no puedo creer que te haya lastimado de esta manera, aunque, bien mirado, casi te ha hecho un favor al liarse con ese imbécil de Greg y sacarlo de en medio —admitió con retintín.

—La verdad es que acabo de enterarme de que Maise ha tenido razones de peso más que suficientes para montar... todo este teatro.

La manera en que enarcó la ceja y la miró de soslayo, decía mucho sobre lo que estaba pensando.

—¿Teatro? —carraspeó—. Corazón, no quiero meter el dedo en la llaga, pero... te desplumó como a una gallina y se cepilló a tu prometido.

Y ese era el único cabo suelto que no acababa de comprender, especialmente porque Maise

nunca había soportado a Greg, no podía ni verlo delante o eso era lo que siempre había creído... hasta que los vio.

—¿Tú te acostarías con alguien que no soportas? —preguntó con repentina necesidad de encontrar la respuesta.

—No, le arrancaré la polla y se la haré comer —declaró al tiempo que se miraba las uñas—. Ese es más bien mi estilo.

Hizo una mueca ante la sangrienta escena y sacudió la cabeza.

—El que se acostaran, el pillarlos así, tendría que haberme dolido —musitó pensando en aquel momento—. Por lo menos tenía que haber sentido rabia, desilusión a causa de la traición de Greg, pero lo que realmente me dolió fue el pensar en que ella me había traicionado, en que hubiese puesto en peligro mi hogar... Nuestro hogar.

—Cariño, tú no amabas a Greg —le dijo con suavidad—. Por eso te haces tantas preguntas y por eso te has colado como una loca de ese hombretón.

Suspiró, sabía que tenía razón.

—No, no lo amaba —admitió en voz alta, para sus propios oídos—. Y ha tenido que venir a llamar a mi puerta y pedirme dinero, para que cogiese a Ruperta y quisiera volarle los huevos.

—¿Qué hiciste qué? —El gritito que soltó casi la deja sorda.

—Shh, baja la voz —pidió, recordándoles a ambos que estaban en un espacio público.

—¿Le disparaste a ese cabrón? —Se inclinó sobre la mesa para poder mantener cierta privacidad.

—Un amigo de Usher impidió que le disparase.

—¡Gracias al cielo! —aceptó llevándose la mano libre al pecho—. Aunque un buen agujerito en cierta parte de su anatomía, habría solucionado muchas cosas...

Puso los ojos en blanco y evitó no conjurar esa imagen.

—Y sin embargo, ahora creo... no, sé que hay una traición mucho mayor y que es la que más me ha dolido, una que no... que no soy capaz de perdonar...

—Mamá —respondió por ella sin vacilar un solo segundo—. Lo sé o al menos, creo que llegué a intuirlo, aunque no quería aceptarlo. A ver, sigue siendo nuestra madre, pero... reconozco que lo que hizo no tiene disculpa alguna. Me he convencido de que esa mujer no piensa, es de esas que dónde pone el ojo... ve un anillo y va a por él.

—No va a ser feliz, no con ese hombre —negó convencida de ello—. Ya no se trata de la diferencia de edad, sino de que ella es un espíritu libre, siempre está buscando algo, pero no lo encuentra. Lo intenta, una y otra vez, pero nunca conseguirá lo que realmente quiere...

—Aunque diga lo contrario, estuvo muy enamorada de nuestro padre —corroboró con un suspiro—. Y no lo ha olvidado...

—No. Necesita encontrar su lugar, pero no lo hará hasta que se olvide de él o encuentre a alguien que le pare los pies y no le de todo lo que quiere.

—No crees en este próximo matrimonio.

—¿Tú sí?

Negó con la cabeza.

—No. Sé que solo es un capricho y que terminará por echarlo de su lado como a todos los que pasaron por la vicaría antes que él —aceptó con un mohín—. Y eso es lo que más me fastidia, porque no duda en arrasar con todo lo que encuentra a su paso para conseguirlo, sin importarle quien caiga, incluso si son sus propios hijos.

Respiró profundamente y continuó con mayor desazón y un inesperado rencor.

—No fuiste la única a la que olvidó, Gwene, la única a la que dejó de ver realmente.

Sus palabras iban envueltas en dolor y rabia, unas emociones que intuía que siempre habían estado ahí y nunca había sido capaz de ver. Y no lo había hecho porque, a su manera, ella también había estado ciega, encerrada en su burbuja, atrapada en una rutina a la que ni siquiera podía llamar vida... Usher tenía razón, necesitaba recuperar las riendas de su vida, hacerla suya y aprender a vivir de nuevo con sus propias decisiones y no bajo la sombra de las de alguien más.

Sacudió la cabeza una vez más y se fijó en la persona que tenía delante, en la mujer cuyos ojos eran el reflejo de los suyos propios, en su *hermana* mayor.

—Me gusta tu estética, por cierto, estás... increíble, de una forma rara, ¿vale? —admitió y se echó a reír al confesar—. De verdad, nena, es que te maquillas mejor que yo y tienes el pelo de un brillante... Creo que te odio un poco ahora mismo.

Ella se echó a reír, lanzó la melena hacia atrás con gesto teatral y le dedicó un guiño.

—Tú no necesitas maquillaje, tienes una cara dulce y preciosa que enamora y un pelo totalmente *chic* —aseguró y señaló con el pulgar por encima del hombro—. A tu bombón solo le faltaba ponerse a babear mientras te miraba.

Sonrió en respuesta y suspiró.

—¿Cuánto hace que no hablábamos de esta manera?

—¿Años? —sugirió con un ligero encogimiento de hombros.

—Es increíble cómo las dificultades son las que nos hacen darnos cuenta de todo lo que ocurre a nuestro alrededor, las que nos hacen tocar fondo para poder emerger y hacerlo con más fuerza.

—Has madurado de golpe en estos últimos meses, Gwene. Tu rostro se ve más sereno, se te nota más ligera, cómo si te hubieses sacado un peso de encima —admitió mirándola con atención—. Las dificultades te han hecho crecer y el amor florecer... —suspiró con una pasión que la hizo reír—. Te sienta tan bien estar enamorada. Estás preciosa, hermanita, más hermosa de lo que te he visto nunca.

—Sigue adulándome así y verás cómo me hincho como un pavo.

Se rió y su risa resultó contagiosa.

—Te he echado de menos, ¿sabes? —admitió Xera—. Esto, las risas, las charlas... Lo he echado de menos. Me has hecho más falta de lo que pensaba...

—Pues ahora ya estoy aquí —afirmó con seguridad, dejando que sus labios se curvasen por sí solos—, y creo que ya va siendo hora de que te vea cómo tú deseas que te vean, señorita *Xera Delacourte*.

El brillo de humedad que apareció en los ojos fue alejado a base de aleteo de pestañas.

—Vale, vale, vale, no nos pongamos sensibleras, ¿eh? —Se abanicó con la mano—. Tengo ensayo a última hora de la tarde y no puedo llegar congestionada y con los ojos rojos como amapolas.

—¿Cómo demonios has terminado en un musical sin que yo me haya enterado? Ni siquiera sabía que cantabas.

—Mis amigas me arrastraron a ello después de escucharme en un karaoke. Ha sido una locura de año, sobre todo cuando me eligieron para el papel principal —chilló excitada—, pero encima del escenario, con ese maravilloso vestuario... Nunca un show *Drag Queen* me ha aportado tanto.

—¿Dijiste que el estreno era dentro de dos semanas?

Asintió emocionada.

—Será un nuevo espectáculo, una apuesta arriesgada, pero estamos encantadas de llevarlo a

cabo —admitió ilusionada al máximo.

—Pues ya estás consiguiendo un par de entradas para mí —le apretó la mano—, y que estén en primera fila, por favor, no quiero perderme tu debut.

—¿Estás segura?

La pregunta le provocó una punzada en el corazón, pues había escuchado el deseo y el miedo detrás de esas dos palabras.

—Estoy segura de que quiero ver a *mi hermana* brillar sobre el escenario —aseguró con firmeza, luchando con sus propias lágrimas—. Y pienso arrastrar a Usher conmigo, así que...

Con un chillido, se levantó y la arrancó de la silla para engullirla en un enorme abrazo.

—Mi Gwene, mi dulce y preciosa Gwene —murmuró en su oído—, no dejes que se te escape, cariño, cualquier hombre que obre tales milagros, merece la pena ser conservado para siempre.

—No lo dejaré escapar, ahora que nos hemos encontrado, nos aguarda el mismo futuro —replicó devolviéndole el abrazo—. Me quedaré a su lado, tanto como él quiera que esté.

Y esperaba que fuese para siempre.

## CAPÍTULO 47

Había momentos en los que debías aprovechar las opciones que el destino ponía a tu alcance, sobre todo cuando actuaban a tu favor y te ofrecían la excusa perfecta para resolver los pendientes que todavía tenías en tu haber. Y el que se hubiese presentado el hermano de Gwenevere en el *Kerrigan's*, era una que su mujer no podía permitirse desperdiciar.

Apenas quedaban tres días para que se cumpliera el tiempo del servicio, momento en que ella volvería a ser totalmente libre, en el que debería dejarla ir y permitirle elegir el camino que quisiera seguir. Sabía que tenía mucho trabajo por delante, que pasaría algún tiempo hasta que comprendiese que era dueña de su propia vida, de que tuviese la fuerza necesaria para enfrentarse a cada pequeña batalla, pero al menos lo haría sabiendo que cualquier posible traición o amenaza habría quedado atrás para siempre.

Lo primero era lo primero, pensó Usher esperando ver aparecer a la coqueta camarera con aspecto hispano que atendía el local, en el que la había localizado la primera vez. Necesitaba recoger a esa pequeña y escurridiza *banshee* y ponerla a salvo.

Mientras Kaliel Rush estuviese ahí fuera y la orden de caza que pesaba sobre su cabeza siguiese vigente, no cesaría la amenaza. Y, perseguir a esa chica, era como si lo hiciese a su propia mujer.

Gwenevere no superaría jamás el que le pasase algo a Maise, no cuando existía un vínculo tan fuerte entre las dos, uno que sabía se mantendría en el sitio y se perpetuaría a través de su línea de sangre hasta que esta desapareciera. Las mensajeras de la muerte solían vincularse a una familia para toda la eternidad y serían fieles a ella hasta que la última gota de sangre de esa línea se extinguiese. La *banshee* seguiría aquí incluso después de que su ama hubiese pasado al otro lado, velaría por sus hijos y los hijos de sus hijos hasta que el último de ellos abandonase la tierra. Sería en ese momento y solo en ese momento, cuando la mensajera quedaría libre de su tarea y podría reunirse con ellos en el más allá.

Examinó con atención los alrededores, asegurándose de que no hubiese sorpresas esperándole en alguna esquina. Había rastreado el lugar antes de venir y, una vez allí, había extendido un hechizo protector que lo avisaría en caso de que alguien, no humano, intentase pasar sus salvaguardas con intenciones menos que pacíficas.

La tarde se había encapotado, la brisa empezaba a anunciar la próxima entrada del invierno aun estando a finales de octubre, pero aquello no parecía desanimar a los comensales que ocupaban las mesas exteriores del local.

Vio su pelo negro por el rabillo del ojo incluso antes de ser consciente de su presencia. La chica se las había arreglado para parecer completamente humana enmascarando su sobrenatural presencia detrás de un cuidado *glamour*; eso haría que pasase desapercibida para cualquiera que no estuviese buscándola con mucha atención. La vio sonreír, intercambió algunas palabras en

español con un veterano y dejó sobre la mesa la comanda que traía antes de dar media vuelta y regresar al interior del local. Sin embargo, no llegó a entrar, se detuvo en seco a unos pocos pasos y se giró en su dirección. Sus ojos verdes se oscurecieron y, durante un brevísimo segundo, vio ese rostro esquelético reflejado en sus hermosas facciones.

Usher dejó su vigilancia y avanzó hacia una de las mesas vacías cercanas al bajo edificio de una sola planta, se sentó, posó el móvil encima de la mesa y esperó paciente a que ella se acercase.

—¿Gwenevere está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

La ansiedad mal disimulada en su voz no hizo más que corroborar sus previos pensamientos sobre el vínculo que las unía.

—Tu *ama* está perfectamente bien, un poco vapuleada por los recientes acontecimientos, pero decidida a seguir adelante —declaró en voz baja—. Quiere verte.

Sus palabras hicieron que ella se sobresaltase y empezase a negar con la cabeza.

—No. No puedo. Si me acerco a ella, él la encontrará —negó y el temor que tiñó sus palabras, se convirtió instantáneamente en fiereza—. No puedo ponerla en peligro.

—El *Gran Lord* de la *Corte Flameris* ha convocado a Kaliel en una audiencia —le informó con ese tono despreocupado que procuraba quitarle hierro al asunto—. Es cuestión de tiempo que acabe ante la justicia de la corte y sea condenado por sus delitos.

La manera en que abrió los ojos, la duda mezclada con el alivio y la incertidumbre que paseó por ellos, le mostró la duda que la embargaba; no estaba segura de creer en sus palabras, aunque tenía deseos de hacerlo.

—Él no se plegará a la justicia, alegrará que cada una de las mujeres que entraron en su harem, lo hicieron voluntariamente —negó con gesto decidido—. Se libraré como tantas otras veces... e irá tras tu mujer, irá tras mi ama y la matará.

—Gwenevere es humana, si se atreve a respirar siquiera cerca de ella, estará muerto antes de que tenga tiempo de pensar en qué lo ha golpeado —replicó con mortal frialdad—. El *Gran Lord* que rige ahora la corte, no tiene nada que ver con el antiguo. Él será quien haga resurgir el fuego que se ha extinguido y purifique lo que fue contaminado... Tu ama está a salvo y tu deber es estar a su lado, sobre todo ahora.

Ella tragó, podía ver en su mirada la necesidad de acatar sus órdenes, de responder de inmediato a esa necesidad, pero el miedo a poner en peligro a su amiga, a la persona que se había compadecido de ella y la había salvado, era demasiado grande para hacerle frente. Su vida le pertenecía a la humana y si dándola podía salvarla, lo haría sin dudar.

—La has herido, la has dejado con preguntas a las que solo tú puedes dar respuesta —insistió, buscando esa rendija a través de la que sabía llegaría a tocarla—. No sé cómo, pero ha mantenido la esperanza contigo a pesar de todo lo ocurrido y de las pruebas que pusiste ante sus ojos, se ha negado a pensar en ti de la manera en que querías que lo hiciese. Oh, sí, la has herido, lo has hecho profundamente, así que deja de temblar, recoge tu maldito orgullo y enfréntala. Te ha dado una oportunidad para hablar, está dispuesta a escuchar lo que tengas que decirle, así que mueve el puto culo, *mensajera*, porque empiezo a cansarme de dialogar.

La chica acusó el golpe de sus palabras, llegó incluso a dar un paso atrás mientras llevaba la mano a la cadera en busca de algo que ya no estaba allí. Esa criatura era de estirpe guerrera y lucharía, lo haría hasta el último aliento.

Respiró profundamente y continuó.

—Tienes dos opciones, permanecer entre las paredes del *Soul Circus Casino* hasta que ese

chiflado esté ardiendo en el infierno —sentenció—, o venir a La Mansión, dónde está Gwenevere y dónde serás bien recibida. En ambos lugares estarás a salvo de los cazadores y de la orden que pesa sobre tu cabeza.

Parpadeó rápidamente, se retorció las manos y le dio la espalda un segundo. Empezaba a pensar que daría media vuelta y lo dejaría allí, rechazando su oferta y volver con la persona con la que quería estar.

—No tengo todo el día, muchacha.

La chica se tensó, apretó las manos a ambos lados en sendos puños y dejó escapar el aire.

—Llévame con mi ama, chamán —musitó en voz baja, entonces ladeó la cabeza para mirarle por encima del hombro y vio las lágrimas brillando en sus ojos—, y la serviré hasta el final de mi vida.

—Ya era hora —masculló con un aliviado suspiro, dejando el asiento y señalando el restaurante con un gesto de la barbilla—. Diles que renuncias, que te paguen la jornada y vámonos a casa.

El rostro de la mujer pareció rejuvenecer, asintió con un gesto y empezó a desanudarse el delantal al tiempo que avanzaba hacia el local al grito de: *¡Busca alguien más a quién explotar, cabronazo, que yo me largo!*

Sonrió para sí, al parecer había jefes que no sabían cómo tratar correctamente a sus empleadas, solo había que ver el cariño con el que dejaban sus trabajos.

## CAPÍTULO 48

—¿Dónde está?

El sirviente casi se mea en los pantalones al verle atravesar el umbral de la casa. Brishen era consciente de lo que su presencia suponía para el hombrecillo, para toda su gente él era el etíope de la maldad y su odio hacia su predecesor se extendía sobre la corte en mil y una versiones de tortura, castigos y destierros que llegarían bajo su nuevo gobierno. Su presencia era motivo de terror, de castigo y mil y uno holocaustos más... aquella era la leyenda que habían creado a su alrededor y de la que no tenía inconveniente en usar para su propio beneficio.

—Mi... mi señor...

—¿Dónde está Lord Kaliel! —Alzó la voz dejando que su naturaleza demoníaca se reflejase en sus ojos—. ¡Que se presente ahora mismo ante mí!

El lastimoso tipo se lanzó inmediatamente al suelo, postrándose sobre sus rodillas con gesto suplicante.

—Mi amo no está en casa, *milord*, este pobre siervo no sabe de su paradero, oh *Gran Lord*.

No. Nadie parecía saber del paradero de Kaliel o, en caso de saberlo, tenían demasiado miedo cómo para que su nombre se relacionase con el suyo al saber que el *Gran Lord* de la *Corte Flameris* lo estaba buscando. Había sido consciente de ello cuando se presentó en la oscura sala del trono y vociferó llamándolo a su presencia.

Lo había hecho a propósito, sabiendo que se correría rápidamente la voz y que el aludido intentaría hacer cualquier cosa para evitarle a él y su convocatoria.

Había enviado a las *Sombras*, la guardia personal que solo seguía las órdenes del *Gran Lord* de la corte, a rastrear su paradero y eso lo había traído hasta aquí, a las puertas de la propia casa del antiguo consejero.

—Solo lo preguntaré una vez más —informó al aterrado siervo, que temblaba como una hoja sobre el suelo—. ¿Dónde está tu amo?

Su tono de voz hizo provocó que el siervo perdiese el dominio sobre sí mismo y el caliente olor de la orina llegase a su sensible nariz. Hizo un gesto de asco y se apartó al ver cómo el tipo se meaban en sus propios pantalones.

—*Milord*... por favor... piedad...

A un gesto suyo, el hombre fue rápidamente arrancado del suelo y sostenido, chillando y suplicando piedad, por dos *sombras*.

—¡*Milord*, piedad, os lo ruego, tened piedad!

Lo ignoró y se limitó a mirar a su alrededor, buscando, agudizando sus sentidos en busca de ese hijo de puta. El *lord* de la corte vivía con todo tipo de lujos y opulencia, su mansión se encontraba dentro de la fortaleza, como la de otros lores de la corte que darían hasta un brazo con tal de no perder su posición. El lujo y el poder, así como una posición elevada, eran lo que

muchos perseguían y Kaliel había resultado ser uno de los más codiciosos y peligrosos miembros de un consejo que no le había dado otra cosa que quebraderos de cabeza.

—Arrancadle los ojos —ordenó con una calma tan letal que parecía que estuviese pidiendo que le hiciesen cosquillas—. Quizá entonces recuerde que no es sabio mentir a su señor...

Los gritos subieron de decibelios, aunque esta vez contenían algo más que súplicas.

—¡En el *Circo*! ¡Está en el *Circo*! —Chillaba como un cerdo al que se le lleva al matadero.

Levantó la mano, deteniendo a su guardia de cumplir sus órdenes.

—¿Qué es el *Circo*?

El hombrecillo, olvidada ya su lealtad para con su amo frente a su deseo de seguir con vida y evitar que lo mutilasen, se apresuró a añadir.

—En el nivel inferior, está en el nivel inferior —insistió golpeando el suelo, cómo si esperara que se abriera de un momento a otro bajo él—. Llegó anoche y se fue directamente al *Circo*.

Se inclinó hacia delante para que pudiese mirarle a los ojos.

—Llévame hasta él.

En su precipitación por obedecer, cayó varias veces, levantándose con premura o terminando por arrastrarse e ir a gatas para cumplir con sus órdenes, sin duda una prisa que tenía que ver con mantenerse lejos de las sombras que no dudarían en arrancarle los ojos a una sola orden suya.

Ese infecto despojo de criatura, una con la apariencia rechoncha de un humano de baja estatura, estaba muerta de miedo. Podía olerlo y ese aroma le asqueaba casi tanto como el de la orina que le humedecía los pantalones. Se esforzó por no dejar traslucir su disgusto y lo siguió a través de la planta baja de la casa hasta el ala más alejada, atravesaron una puerta cerrada con clave digital y continuaron descendiendo por un largo pasillo.

Nada más poner un pie más allá del umbral sintió la presencia de la muerte. Habían sido tan cercanas durante una época de su vida, que su huella había quedado para siempre tatuada en su alma. Descendió todo el camino hasta un elegante pasillo de suelo de damero y paredes pintadas de un oscuro tono borgoña decoradas por arcaicas lámparas de estilo victoriano e inquietantes obras de arte, que bien podían haber sido sacadas de un oscuro burdel.

La presencia de la muerte se hizo más intensa en ese lugar, casi podía saborearla y, mientras sus ojos repasaban las paredes, el suelo y el techo, fue dándose cuenta de los anclajes que colgaban de algunos puntos de la pared, muchos de los cuales incluso tenían cadenas con grilletes.

Con cada paso que daba por el pasillo, crecía su rabia, todo su cuerpo se tensó en previsión de lo que estaba convencido que terminaría encontrando. Lo más perturbador de todo fueron el silencio, la ausencia de cualquier sonido y el hedor que empezó a perfumar el aire a medida que se acercaban a una nueva puerta.

—Ábrela —ordenó al sirviente, quién se había parado en seco frente a las dos hojas de descomunales dimensiones.

—Mi señor, el amo Kaliel es el único que tiene acceso, solo él tiene la llave —musitó entre atronadores temblores.

Miró de nuevo las inmaculadas hojas de un prístino color blanco.

—¿Qué hay detrás?

El hombrecillo palideció aún más, si eso era posible y empezó a sacudir la cabeza, retrocediendo con los ojos llenos de desesperado terror.

—No lo sé, mi señor, nadie del servicio puede acceder aquí abajo y, los que podemos, tenemos estrictamente prohibido pasar de este punto —informó atropelladamente—. Es el *Circo*. Solo los elegidos por Lord Kaliel pueden acceder y siempre lo hacen encapuchados y bajo tupidas

túnicas oscuras que ocultan su identidad.

La información hizo que se le revolvisen las tripas, aunque no le sorprendía que hubiese miembros de la corte que tuviesen tratos de cualquier clase con Kaliel, el hombre podía llegar a ser realmente encantador cuando se lo proponía y era un extorsionador de primera.

Apretó los dientes, más personas implicadas significaba un mayor número de infecciones en sus dominios, un mal que podía extenderse con una rapidez pasmosa, sobre todo porque la mayoría de los que se relacionarían con el lord, pertenecían al mismo círculo social y no habían recibido con agrado el hecho de que él fuese quién hubiese heredado el liderazgo de la *Corte Flameris*. No podía dejar que esto se saliese de control, no podía permitir que aquellos que habían estado al lado de su antecesor, siguiesen contaminando la corte de aquella manera y saliesen impunes.

No volvió a preguntar por la apertura, se limitó a levantar la mano y apoyar las yemas de los dedos sobre la fría superficie con un escalofrío de desagrado; aquel era el tacto de la muerte. Luchó con la imperiosa necesidad de retirarse e imprimió su propia huella, dejó que el calor lo envolviese y fluyese de sus dedos hacia las duras hojas de acero que empezaron a derretirse como si las estuviese consumiendo la lava.

El olor del metal derretido se mezcló al instante con el de la sangre y la muerte, un hedor insoportable que le provocó una arcada que reprimió a duras penas. Los chillidos del sirviente resonaban en el lugar mientras traspasaba el umbral, esa pequeña muestra de su poder lo había llevado al límite. Las luces empezaron a encenderse una tras otra como si hubiesen sido accionadas por algún sensor de movimiento y la oscuridad se diluyó dejando a la vista a la mismísima muerte.

Nueve pilares se alzaban alrededor de la enorme y cavernosa habitación que pretendía imitar un circo romano, entre cada uno de ellos, unos perfectos aros enmarcaban la presencia de exquisitas estatuas de mármol blanco que se alternaban con elaboradas tribunas vestidas de terciopelo negro.

Deslizó la mirada sobre las columnas y apretó los dientes ante el silencioso y oscuro recordatorio de otra vida, una que se asemejaba bastante a ese infierno. De cada una de ellas colgaba el cuerpo sin vida de una hembra, humanas y no humanas, según pudo adivinar en ciertos casos, ataviadas con sedas y gasas que mostraban la crueldad sobre los delicados y jóvenes cuerpos.

El fuego se agitó en su interior y su visión se oscureció durante unos instantes. Se sentía arder, su naturaleza *draconia* tomó el mando y un latido después, cada una de esas ocho figuras, fue envuelta en un abrasador y poderoso huracán ardiente que calcinó en un abrir y cerrar de ojos a las víctimas de aquella horrible masacre.

Deslizó la mirada por la última de las columnas y se giró hacia el altar que había instalado en el medio de la sala sobre el mismo suelo de damero gris y negro manchado por la sangre que goteaba desde la losa de mármol en la que reposaba el noveno cadáver.

Avanzó hacia él. La sangre lo empapaba todo, formaba un charco sobre la mesa que rebosaba y goteaba hacia el suelo procedente de las numerosos cortes que lo asaetaban, así como también del cuchillo clavado en su pecho y del cercenado cuello. Ladeó la cabeza, su atuendo le daba una pista sobre su identidad, pero esta quedó confirmada cuando se agachó y vio el desaparecido cráneo al otro lado de la mesa, con los ojos abiertos de par en par y una mueca de horror curvándole los labios.

—Y el verdugo se convierte en víctima.

Lord Kaliel Rush había sido asesinado, apuñalado y decapitado en su propio infierno, uno en el que se aseguraría que ardiese durante toda la eternidad.

Se incorporó y, levantando una vez más la mano, envolvió los restos del lord de la corte en llamas, un fuego que lo consumiría poco a poco. No obtendría una partida rápida ni piadosa, no lo convertiría en cenizas con tanta rapidez, se merecía el mismo trato que había dado a sus víctimas, solo le fastidiaba no poder hacer aquello mientras estuviese con vida y gritando de pura agonía.

—Registrad la casa y sacad a aquellos que no tengan una sola gota de esa sangre en sus manos —declaró en voz alta, dirigiéndose a sus sombras—, el resto arderá junto con este maldito lugar.

No necesitó confirmación verbal, su guardia de élite obedeció al momento desapareciendo en la oscuridad para peinar la casa a la velocidad de la luz y extraer de ella a aquellos que fuesen inocentes; si es que había alguno.

Brishen se giró lentamente hacia el siervo que lo había conducido hasta allí. Él había vuelto a la entrada, los ojos desorbitados miraban con asombro y horror lo que había al otro lado del umbral.

—Dame los nombres de los *lores* que han entrado en esta sala.

—Mi... mi... se... señor... yo no... yo no lo sé... —gimió, incapaz de articular las palabras con cierta coherencia—. Sus caras... nunca se les veían las caras... Llevaban túnicas, túnicas de distintos colores, todas oscuras, pero no sé... no sé quiénes eran... no sé...

—Dame-los-nombres —insistió con voz oscura, mortal, no había piedad en el ser en el que se había convertido, no después de haber presenciado el horror de aquella sala.

—Mi señor, os lo ruego, ¡piedad!

Extendió la mano hacia él y vio el horror, el miedo a la muerte en sus ojos mientras las llamas empezaban a lamerle unos dedos que ya no eran humanos.

—No existe la piedad.

No para alguien cuya alma estaba tan manchada de sangre como la de su amo, para alguien que no había movido un dedo para evitar aquella crueldad, que había ayudado y conducido a otros a formar parte de ese horrible destino.

—Que arda hasta tu alma.

Las llamas nacieron bajo sus pies, los chillidos empezaron en el momento en que se dio cuenta que no podía escapar, que ni siquiera podía moverse del lugar.

Brishen pasó por su lado, ajeno a los alaridos, a las súplicas y a la muerte que dejaba tras de él. Echó un último vistazo hacia la enorme sala, sus ojos se posaron en la única columna que no había sido manchada por el fuego, cuyos grilletes estaban abiertos y que, con toda probabilidad, habría contenido a la víctima que se había convertido en verdugo de su propio captor.

«*Milord, la casa ha sido purificada*».

La voz de ultratumba de las sombras resonó a su espalda, asintió en respuesta y, girando sobre sus talones, abandonó aquel lugar dejando tras de sí el sobrenatural fuego que devoraría y licuaría incluso las piedras.

## CAPÍTULO 49

Gwenevere levantó la cabeza al escuchar la campanilla de la puerta, el último de los clientes se había marchado hacía ya media hora. Tras echar el cierre y darle la vuelta al cartel, se refugió detrás de la barra con un té y un pedazo de la tarta.

La reunión con su *hermana* le abrió los ojos en más de una manera, la hizo darse cuenta de todo lo que había dejado atrás, del tiempo desperdiciado, de que nunca había vivido de verdad, sino que se había limitado a sobrevivir. Y ya era hora de ponerle remedio.

Se encontró con la cálida mirada de Usher, quién agitaba su propio juego de llaves en la mano mientras sostenía la puerta abierta para dejar pasar a la persona que venía con él. Con unos gastados *jeans*, zapatillas deportivas y una sudadera bastante grande para el delgado cuerpo que la llevaba y con la capucha ocultando su identidad, el desconocido entró con cierta prisa, echando furtivas miradas hacia atrás antes de que el dueño del *Kerrigan's* cerrase de nuevo con un solo gesto de la mano.

—¿Qué ha pasado?

El nerviosismo del desconocido la llevó a dejar su asiento y rodear la barra mientras alternaba la mirada entre uno y otro.

—¿Estáis bien? —preguntó uniendo al recién llegado en su preocupación.

Su amante pasó ante su acompañante y llegó hasta ella.

—No ha pasado nada, tranquila —la calmó, posó una mano sobre su hombro y se giró de nuevo hacia su acompañante—. He traído conmigo a alguien... que quería verte.

Sus palabras llevaron al encapuchado a tirar de la capucha hacia atrás, dejando a la vista una larga melena negra y unos rasgos hispanos en los que destacaban unos intensos ojos verdes que se clavaron en ella con una mezcla de alivio y vergüenza.

—Maise...

El nombre brotó de sus labios trayendo a su mente al momento la última vez que habían estado cara a cara. Las acusaciones, la burla en esos ojos, el sarcasmo en sus palabras y el dolor que ella había sentido por cada una de esas cosas, la incomprensión que la había llevado a renegar en un primer momento de la crueldad de esa mujer, solo para darse cuenta de que su vida se había ido a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Maise Cooper era la responsable de que hoy estuviese en este lugar, indirectamente, ella la había conducido a este momento y todo, ahora lo sabía, para protegerla de algo de lo que jamás habría sido consciente hasta que fuese demasiado tarde.

—Hola Gwenevere —dijo en voz suave, pareciendo tantear el terreno en el que estaba—. Sé lo que debes estar pensando ahora al verme, yo solo puedo decirte que...

—No, dudo mucho que sepas lo que estoy pensando en estos momentos, porque ni yo misma estoy segura de ello —la interrumpió con quizá demasiada brusquedad—, pero me alivia ver que estás bien.

—Lo siento, de verdad, siento mucho haberte metido en todo esto —declaró la chica con fervor—. Te hice daño y entiendo que no puedas perdonarme, pero no podía hacer otra cosa, no podía decirte que yo soy... lo que soy.

—Una *banshee* —dejó que la palabra brotase de sus labios, que encajase en el lugar que debía encajar, aceptando una realidad que, hasta hacía poco más de una semana, había sido motivo para considerarla una chalada—. Ahora lo sé... Sinceramente, no estoy muy segura de lo que implica exactamente eso a pesar de que me lo han explicado.

Hizo una pausa, sacudió la cabeza y resopló.

—Esto es de locos, ¿vale? —admitió y la señaló—. Tienes muchas explicaciones que darme y hay mucho de lo que tenemos que hablar. Sí, tenemos que hablar largo y tendido de ciertas cosas,

pero... Mierda, Maise, no puedo odiarte cuando has sido como una hermana para mí, cuando has estado a mi lado cuando nadie más lo ha estado y cuando yo misma sabía que tenía que haber un motivo oculto para que hicieras todas las estupideces que hiciste...

La chica dejó escapar el aire que no sabía ni que había estado conteniendo, entonces, dio el paso que ella misma no se había atrevido a dar y acortó la distancia entre ambas para abrazarla.

—Lo siento, Gwene, si hubiese existido otra manera de hacerlo, de mantenerte a salvo, lo habría hecho —le susurró al oído, al tiempo que le acariciaba el pelo—. Perdóname, pero si volvieses a estar en peligro, volvería a hacer lo mismo.

Hizo una mueca y se separó para mirarla a los ojos y decirle.

—Más te vale que no te acerques a ese demonio, porque por él sí que soy capaz de arrancarte los ojos.

La *banshee* acusó con sorpresa la declaración impresa en sus palabras, parpadeó un par de veces cómo si no pudiese creerse esa amenaza y finalmente se echó a reír.

—Oh, Gwenevere, ya era hora de que encontrases a la horma de tu zapato —aseguró entre risas.

Sonrió, no pudo evitarlo y correspondió a su abrazo.

—Prométeme que jamás volverás a hacer nada tan estúpido, Maise, que no volverás a ponerte en peligro para protegerme —pidió, entonces se separó de nuevo de ella y añadió mirándola a los ojos—. Y sobre todo, que no volverás a urdir un plan tan estúpido.

La chica retrocedió a su vez, le apartó un mechón de pelo de la cara y le cogió la mano con firmeza.

—No puedo prometerte que no vaya a salir en tu defensa cuando te encuentres en peligro, es mi naturaleza, Gwenevere, es lo que soy, es parte del vínculo que me une a ti —declaró con total seriedad—, pero te prometo que consultaré contigo las cosas antes de hacer algo tan estúpido de nuevo.

Resopló ante sus palabras y la miró, se obligó a sí misma a ser consciente de su presencia, de la mujer a la que había echado la culpa de lo que le había ocurrido, pero era incapaz de encontrar en su interior un solo gramo de desagrado, ira o rencor hacia ella.

—Tendrá que valer —dijo después de un largo suspiro, entonces se llevó las manos a las caderas y se liberó—. Dios, Maise, me has hecho atravesar un infierno, me han salido nuevas canas, he pasado un mes horrible y... y he terminado cayéndome dentro de un agujero de conejo, al puro estilo de *Alicia en el País de las Maravillas*, para acabar con él.

Señaló a Usher, quién se había mantenido en un segundo lugar, detrás de la barra y que levantó la cabeza al escuchar su nombre.

—En realidad acabaste en el *Soul Circus Casino*, vestida de etiqueta, con zapatillas deportivas y una botella de vino blanco encima.

—¿Qué botella de vino blanco? —preguntó la *banshee*, volviéndose hacia ella con una pregunta clara en los ojos.

Hizo una mueca y bajó el tono de voz.

—Esa botella de vino blanco.

La chica parpadeó varias veces, con gesto incrédulo.

—¿Te bebiste esa botella entera tú sola?

—En realidad, no me la bebí entera —replicó girándose para enfrentarse con él y fulminarlo con la mirada—. Tú no estabas allí cuando la abrí, así que, no opines.

Se rió entre dientes.

—No, no estuve en ese momento, Gwenevere, pero... lo vi —confesó con un ligero encogimiento de hombros—, y sí estuve presente durante el resto de la noche...

Sus mejillas se colorearon al momento, le dio la espalda y se dirigió ahora a la recién llegada, cuyos labios se habían curvado ligeramente.

—¿En serio te la bebiste?

—Qué habrías hecho tú si de la noche a la mañana te encuentras sin prometido, con la hipoteca a punto de expirar y el banco queriendo quedarse con tu casa, ¿eh?

La chica se quedó de piedra, mirándola sin entender.

—Gwene, ¿de qué estás hablando? ¿Qué ha pasado con la hipoteca? —preguntó en apenas un hilito de voz—. ¿Y qué es eso de que el banco quería quedarse con tu casa?

Su preocupación era palpable, tanto que no podía fingirla.

—Greg insinuó que tú te llevaste el dinero de la hipoteca de los últimos meses —le informó—. Os lo daba a vosotros para que lo ingresaseis y nunca lo hicisteis. Además, dijo que tú te habías llevado todo, por eso vino a mi casa.

Frunció el ceño ante su comentario.

—Gwenevere, te juro por lo más sagrado que ingresé ese importe en la cuenta que me diste cada vez que me tocaba a mí hacerlo —aseguró poniendo los ojos como platos—. No me he retrasado ni una sola vez con el pago, si incluso guardé cada recibo...

—Maise, hablé con el del banco, me lo dijo en mis propias narices, que llevaba varios meses de retraso y, no solo eso, sino que el mismo día en el que os largasteis, desapareció todo el dinero de mi cuenta.

Negó con la cabeza, el pelo negro volando en todas direcciones, entonces se quedó estática, como si de repente le hubiese venido algo a la mente. Su rostro pareció vibrar y desdibujarse y, sobre los rasgos femeninos que tan bien conocía, apareció la silueta de una oscura calavera que la llevó a apartarse de ella en ese mismo instante y retroceder hasta quedar con la espalda pegada a la barra.

—Ese hijo de puta es hombre muerto...

—Tshh, abajo, *banshee*, estás acojonando a tu ama —declaró Usher a su espalda, un segundo antes de aparecerse como por arte de magia delante de ella—, y llamarás la atención de aquellos que intentas mantener al margen.

Escuchó un bajo siseo, algo parecido a un grito que empezó a hacerle daño en los oídos, pero tan rápido como vino se fue, quedando tan solo la airada voz de la chica.

—¡Tenía que haberle cortado las pelotas y hacerle comer su propia polla! —la escuchó gritar—. ¡Cabrón mal nacido! Tenía que haber hecho algo antes, tenía que haberle desenmascarado mucho antes.

Gwenevere se apoyó en la espalda de Usher y asomó la cabeza por un lado para ver de nuevo a su amiga, sulfurada, sí, pero totalmente humana.

—¿Qué mierda era... eso? —musitó.

—*Tu banshee* —replicó él, echando el brazo hacia atrás para rodearle la cintura—. Es una mensajera de la muerte, tenlo siempre presente, de ese modo no te saltará el corazón del pecho.

—Sí, bien... preferiría que obviara esa... faceta —admitió, pues el corazón le estaba latiendo a toda velocidad.

—Maldita sea, Gwene, tenía que haberlo sacado de tu vida mucho antes —continuó con tono irritado—. Sabía que no era de fiar, que lo único que buscaba de ti era el dinero, la comodidad, pero tú parecías tan... tranquila y en paz con él... No quería quitarte eso.

—¿Estamos hablando de quién creo que estamos hablando?

—Llevaba tiempo tirándome los tejos. A él solo le importaba tu cuenta corriente, no te quería, si incluso te puso los cuernos... Pero tú no lo veías, no querías verlo, así que no me quedó otro remedio que hacer algo drástico y encontré la excusa perfecta cuando tu madre decidió tirarse a Stuart...

Se pasó una mano por la frente, pues empezaba a tener jaqueca.

—Espera, alto, ¡*Stop!* —Dio un paso adelante, saliendo de la protección de su compañero—. ¿Me estás diciendo, que el hijo de puta que vino a llorarme y pedirme dinero, fue el único que se ha estado apropiando del dinero de la hipoteca y quién me ha vaciado la cuenta?

La chica asintió sin dudar.

—La madre que lo parió. —Ahora fue ella la que siseó—. Joder, debí haberle volado las pelotas con *Rupert*.

—¿Le has disparado con esa antigualla?

—¡Sí! Pero Gawrin, un amigo de Usher, me la quitó de las manos antes de que pudiese acertarle.

—Y gracias al cielo por ello —declaró el aludido, llamando la atención de ambas—. Chicas, sé que tenéis cosas que discutir, gente a la que planear matar y esas cosas, pero, ¿qué os parece si lo hacéis en la *Mansión*?

Las miró a ambas y Maise reaccionó al momento, volviéndose hacia la puerta antes de dar un paso hacia él y asentir.

—¿Quién es realmente ese hombre y qué demonios quiere de mí, Maise? —le preguntó a su amiga.

—Alguien que haría que los monstruos de tus pesadillas, pareciesen simples osos de peluche, Gwenevere —aseguró mortalmente seria—. Ese hombre es peligroso, él...

—Está muerto.

La inesperada voz masculina resonó en la sala al mismo tiempo que una oscura forma se materializaba cerca de la puerta. Maise se movió, colocándosele delante, mientras Usher abandonaba su lado y avanzaba con palpable tranquilidad hacia el recién llegado; Brishen.

—¿Lo has encontrado?

El hombre asintió, su mirada cayó primero sobre su amiga y luego sobre ella. De algún modo, Gwenevere era incapaz de quitarse de encima la visión oscura y mortal que había visto de él en el salón de la *Mansión*. Daba igual que pareciese casi aburrido en esos momentos o que se hubiese comportado con exquisita educación cuando se conocieron, su parte demoníaca le ponía los pelos de punta.

—Alguien se nos adelantó —murmuró en voz baja—. Se han encargado de darle el mismo trato que él dio a sus víctimas.

La manera en que Usher posó la mano sobre su hombro y el intercambio de silenciosas miradas que pasó entre los dos hombres, fue una privada comunión entre ambos.

—Eres el *Gran Lord* de la corte *Flameris* —escuchó musitar a su amiga, quién no le había quitado el ojo de encima—. Has sido besado por la muerte.

Brishen le dedicó una elegante reverencia un tanto burlesca.

—*Banshee* —la reconoció como lo que era, entonces añadió—. Quién ha puesto precio a tu cabeza, ya no podrá cobrar su recompensa. No en este mundo, al menos.

Gwenevere vio como trastabillaba, dando un paso atrás y dejaba escapar un delicado jadeo.

—Entonces, ¿es verdad? Él... está...

No fue necesario que terminase la frase, pues tanto él como Usher correspondieron a su respuesta con una afirmación.

El alivio se vertió sobre el cuerpo femenino, sus ojos se empañaron ligeramente y al volverse, la vio esbozar una tierna sonrisa.

—Se acabó, Gwene, al fin se ha terminado...

Sí, la pesadilla de su amiga, el hijo de puta que había provocado que ella la abandonase para mantenerla a salvo, había llegado a su fin.

—Hablaemos de los detalles en la *Mansión* —escuchó que Brishen le decía a Usher—. Parece que su fijación por tu deudora no era más que la punta de un complicado y enorme iceberg, uno que puede haber enraizado en mi propio hogar.

Su amante se limitó a asentir en respuesta, entonces se volvió hacia ella y le tendió la mano.

—¿Gwenevere?

No dudó un segundo, le acarició el brazo a Maise al pasar junto a ella y tomó la mano de Usher.

—Vámonos a casa —musitó dejando que la atrajese hacia él—. Voy a necesitar una enorme tetera y unas cuantas pastas de canela para conseguir sacar algo en claro de todo esto. ¿Crees que la *Mansión* podría proporcionármelas?

—No tienes más que pedírselo, algo me dice que jamás te negará nada.

Por ahora se contentaría con que se lo diese hoy, solo así podría enfrentarse con la interminable cantidad de preguntas que ya le burbujeaban en la cabeza.

## CAPÍTULO 50

*Más tarde, esa misma noche...*

El cansancio se evidenciaba en cada uno de los suspiros que dejaba escapar la mujer que tenía en brazos, Usher la apretó contra sí, disfrutando al fin de ese momento de paz que habían encontrado en el jardín cubierto. La oscura noche cuajada de estrellas les ofrecía un techo perfecto, mientras la suave manta sobre la que yacían los aislaba del frío suelo. Se había asegurado de que ninguno de los miembros de la casa tuviese la intención de buscarles ni a ella ni a él hasta por lo menos el día siguiente. Gwenevere necesitaba un descanso, después de la cantidad de emociones en las que se había visto sumergida en un solo día, su alma prácticamente había suplicado un interludio para poder procesar todas y cada una de esas vivencias.

La comida compartida con Xera la había ayudado a recuperar una de las piezas del puzle de su pasado, reencontrarse con Maise había dado respuesta a muchas de las preguntas que no había dejado de hacerse desde el momento en que ella se marchó, pero también había traído algunas nuevas que serían respondidas con el tiempo.

Por ahora, la aliviaba sobremanera el saber que su amiga no había sido responsable de la ausencia de pagos de la hipoteca o del desfaldo en sus cuentas. Era algo que él había sabido desde el primer momento, pero no le correspondía revelárselo, no cuando el desenlace de todo aquello había estado claro en su mente.

Gwenevere necesitaba esto, necesitaba liberarse de cada capa de suciedad por sí misma, debía abrirse camino ella sola y alcanzar la meta que la esperaba, solo así comprendería que tenía la fuerza suficiente para enfrentarse al futuro tal y como quisiera dibujarlo. Sin duda, la cantidad de insultos y amenazas de muerte que escuchó a gritos a través de la casa en relación a su ex, había sido una buena terapia para ella.

Bajó la mirada sobre el dulce cuerpo que tenía entre los brazos y que se revolvía buscando una posición más cómoda.

—No puedo creer todo lo que ha pasado el día de hoy, tengo la sensación de que en vez de horas, han pasado semanas, incluso meses —suspiró y se acurrucó contra él—. Tengo la cabeza como un bombo, te lo juro.

—Te creo.

Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—¿Qué es lo que crees exactamente? ¿Qué he perdido la cabeza? ¿Qué me va a explotar el cerebro? ¿Qué se me han derretido las neuronas?

—Que necesitas dejar de pensar y descansar —resumió deslizando los pulgares sobre sus

sienes—. Tus preocupaciones irán desapareciendo poco a poco, solo tienes que dejar que las cosas se asienten.

Suspiró audiblemente y volvió a recostar la cabeza en su brazo mientras jugaba perezosa con los botones de su chaleco.

—Mi *hermana* protagoniza un espectáculo musical —murmuró más para sí que para él—. Mi mejor amiga vuelve a mi lado y lo hace echando por tierra un montón de ideas que preconcebí sobre ella. Me da hasta vergüenza pensar que la he culpado de todo esto, de quitarme mi casa, cuando detrás de ello estaba el hijo de puta de mi ex prometido. Y la reciente pesadilla que parecía cernirse sobre mi cabeza como un nubarrón, ha desaparecido y todavía no sé ni cómo y, siendo honesta, me da miedo el siquiera preguntar.

Brishen le había hecho partícipe de lo que había visto al otro lado de aquella puerta, de cuál había sido el resultado de la búsqueda y cómo había acabado esta; con Kaliel muerto, pero no por su mano.

Sin duda su amigo tenía un misterio entre manos, uno que con toda probabilidad traería a su corte muchos más problemas de los que ya tenía.

—Solo piensa en que se ha erradicado un mal mayor de la faz de la tierra y que, tanto Maise como tú, ya no tendréis de qué preocuparos —resumió con sencillez—. Has recuperado a una parte de tu familia, eso es lo que tienes que tener presente y de lo que tienes que alegrarte.

—¿Crees que todavía estoy a tiempo?

—¿A tiempo de qué?

—¿De recuperar a *toda* mi familia?

Sonrió para sí y deslizó la mano sobre su brazo, por encima de la chaqueta.

—Cada persona sigue su propio camino, unos tienden a acercarse y otros a alejarse, pero en algún momento de la vida, te encuentras con un cruce dónde es inevitable no encontrarse —mencionó—. El que no hables con ellos todos los días, el que no tengas una relación tan estrecha, no significa que no sean parte de ti. Mi abuela podría darte una charla sobre ello y ponerme a mí como protagonista, pues no la veo muy a menudo.

—¿A qué llamas tú «*no muy a menudo*»?

—Este año ha cumplido unos orgullosos y bien llevados ciento tres años, para una mujer humana.

Gwenevere jadeó y se incorporó de golpe.

—¿Ciento tres años? ¿Y sigue viva?

—No me han llegado noticias de lo contrario, así que imagino que sí.

Ella parpadeó ante su respuesta, entonces entrecerró los ojos.

—¿Y cuánto hace que no la ves? ¿Qué no hablas con ella?

—Seis años... por lo menos... quizá un poco más. —Se encogió de hombros—. Mi madre dice que cuando vuelva a poner los pies en la tierra de mis antepasados, se me caerá la cola. Mi padre, por otro lado, está convencido de que si vuelvo, los ancianos me romperán la cabeza con sus reproches hasta que quisiera calcinarlos, ya que quieren que ocupe su puesto en el futuro... Él es humano, el chamán de la tribu, mientras que mi madre... es quién me ha dado esa cola que tanto te gusta.

—Tu madre es un demonio.

—Es una *Priya* —concretó—. Está conectada con los elementos, es capaz de prever si habrá sequía un año, si habrá inundaciones y, en ocasiones, incluso habla con los espíritus.

—Así que tu padre es humano y tu madre... un demonio.

Él asintió.

—¿Y tienes hermanos?

—Fui hijo único —le contó, queriendo hacerla partícipe de un trocito de su vida—. Mamá llegó a la conclusión de que criar a uno como yo era más que suficiente.

—¿Tan travieso eras?

—Fui un verdadero ángel, un demonio modélico.

—Y voy yo y me lo creo —se rió ella y agitó un dedo ante su cara en firme negativa—. No cuela, Usher.

—Tenía que intentarlo.

Sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia el techo de cristal.

—Me gusta la paz que transmite este lugar, el silencio, los aromas... Resulta tan tranquilizador —musitó y dejó escapar un suspiro—. Podría quedarme aquí para siempre.

Se dejó caer hacia atrás, volviendo a sus brazos.

—¿Qué pasará ahora? —murmuró ladeando la cabeza para encontrarse con su mirada—. No queda mucho para el final del servicio.

No, no quedaba, en un par de días debería dar por concluido el pacto que los unió en la Arena.

—Todo lo que te ha aquejado, todo aquello que te ha provocado dolor, todo ello ha llegado a su fin, tu vida volverá a ser completamente tuya a partir de la media noche del séptimo día —le explicó—. Podrás volver a empezar, es el momento de mirar hacia el futuro.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué pasará contigo?

—Mi misión terminará y tendré que dejarte ir, mi deudora.

Se lamió los labios y volvió a incorporarse, para tener una posición más elevada.

—¿Y si no es lo que quiero?

—¿Qué es lo que quieres entonces, Gwenevere?

—A ti —admitió con sinceridad—. Quiero quedarme junto a ti, si es lo que tú también deseas, claro...

—¿Te quedarías a mi lado, Gwen? ¿Aun sabiendo lo que eso significa?

Sus mejillas se colorearon suavemente.

—Ya has vislumbrado nuestro futuro, Gwen, solo tienes que elegir el camino...

—Y elijo ese, Usherian, elijo el que me ha traído hasta ti y me conduce a ese momento que me enseñaste —confesó convencida de sus palabras.

—¿Estás segura de eso?

—Te quiero, quiero todo lo que eres, hasta lo más hondo de tu ser, así que, por favor, no me dejes ir después del séptimo día, quédate conmigo y no me sueltes jamás.

—Solo tú podías llegar a mi vida y hacer realidad el mayor de mis sueños —musitó acunándole el rostro con una mano y acariciándole la mejilla en el proceso—. Te quiero, mi dulce deudora, mi futuro, mi amor, no hay camino que quiera recorrer si no es contigo a mi lado.

No, ningún otro lo haría tan feliz cómo lo era ahora mismo con esa mujer entre sus brazos, su cálido cuerpo pegado al suyo y su boca entregándole toda esa dulzura, todo ese amor.

## EPÍLOGO

*Dos semanas después...*

El atardecer teñía el cielo de rosas y naranjas, la brisa del mar le acariciaba el pelo mientras hundía los pies descalzos en la arena que daba a la pequeña e íntima ceremonia que se estaba llevando a cabo cerca de la orilla.

Cambió los zapatos de mano y se apoyó en el fuerte brazo que la ayudaba a mantener el equilibrio, avanzó paso a paso hasta detenerse detrás de la última fila de invitados. Sonrió a la mujer que se giró hacia ella desde la primera fila y le guiñó el ojo a su hermana, quién, sin duda, opacaba drásticamente el sencillo vestido de la novia.

La ceremonia prosiguió, la pareja intercambió los votos y cuando llegó el momento en el que el juez preguntó si alguien tenía algún impedimento para que la boda se realizase, Gwenevere notó la mano de Usher sobre su hombro, un mudo recordatorio de lo que habían hablado esas últimas semanas.

Permaneció inmóvil, observando a la dispar pareja, analizando las miradas, las fugaces caricias y delicadas muestras de cariño que se prodigaban como quién representaba un papel.

Su madre estaba muy hermosa, Cassie siempre había sido ese tipo de ave exótica e intemporal que llamaba la atención allí por dónde iba y que por lo mismo resultaba inalcanzable. Vestía un modelo un poco más discreto del vestido que se había probado en la tienda de novias y, aun así, lo encontraba bastante atrevido para una mujer de su edad.

El novio, por su parte, seguía esa línea elegante que recordaba haberle visto en las reuniones laborales e incluso en la fiesta de empresa en la que los protagonistas de estos esponsales, se habían conocido. Había tenido que convencer a Maise de que necesitaba hacer aquella visita por sí misma, dar ese nuevo paso en su camino para no mirar en el futuro hacia atrás y arrepentirse por no estar presente en esta boda.

Estaba aquí por esa mujer que comparecía ante el juez de paz para casarse por cuarta vez, había venido por las dos personas que asistían a la ceremonia en primera fila y sobre todo, lo había hecho por sí misma, porque recientemente había aprendido que para abrazar el futuro, primero debía hacer las paces con el pasado.

Notó la mano de su pareja en la espalda, levantó la cabeza y se encontró con su cálida mirada. Usher la contemplaba de una manera que hacía que se le licuase la sangre, que su corazón bombease a toda velocidad y le flaqueasen las piernas. No se trataba solo de la sensualidad en esos ojos azules, sino el profundo y transparente amor que se reflejaba en ellos y que la hacía sentirse la mujer más feliz de la tierra.

Y esa felicidad era lo que la había empujado a dar ese último paso, a dejar atrás la última pieza de equipaje de su pasado y enfrentarse al futuro con optimismo.

—... yo os declaro, marido y mujer... —escuchó la declaración final del juez, quién miró a uno y a otro—. Ya puedes besar a la novia.

Los aplausos sucedieron al beso, la flamante nueva pareja de esposos se giró hacia sus invitados y empezaron a recibir las primeras felicitaciones. En honor a la verdad solo reconoció a su tía y a Xera entre los presentes, la mayoría de caras ni siquiera le sonaban, con lo que debían venir por parte del novio o ser algunos nuevos conocidos de su madre.

La pareja sonrió, agradeció los buenos deseos y avanzó por el pasillo abierto entre los asistentes, charlando, riendo y haciéndose carantoñas hasta que su madre se percató de su presencia y sus ojos se abrieron en toda su amplitud y sus labios gesticularon su nombre.

—Gwenevere.

No le pasó por alto el rápido repaso que le dedicó a Usher antes de volver a posar la mirada sobre ella, curvando los labios con esa sonrisa estudiada que siempre tenía guardada para las situaciones incómodas.

—Cariño, qué feliz me hace que hayas venido —declaró abriendo los brazos con intención de darle un teatrero abrazo.

Dando un estratégico paso atrás, tomó sus manos, cosa que la sorprendió, antes de besarla en la mejilla.

—Tenía que venir, necesitaba estar aquí y verte vestida de novia —declaró con sinceridad—, y desearte felicidad y prosperidad en tu nuevo matrimonio.

El nuevo recién estrenado marido de su madre acudió al lado de su esposa y le sonrió al verla.

—Gracias por venir, Gwene, de verdad.

Levantó ligeramente la barbilla, su ex jefe era un hombre casi tan alto como Usher, pero le faltaba carácter, le faltaba ese aire letal que tenía su demonio y que hacía que le temblasen las piernas con solo una sonrisa.

—Felicidades —le tendió la mano—. Espero que sepas dónde te has metido y que este matrimonio os aporte a ambos buenas experiencias y una convivencia agradable.

Dejando al novio un poco confundido por sus palabras, los miró a ambos y dijo lo que había tenido que decir.

—Tenía que venir y despedirme —declaró mirando a su madre—. Ha llegado el momento de separar nuestros caminos, de que yo siga el mío y viva mi vida cómo deseo, al lado de la persona con la que quiero compartir mis momentos, mi presente y mi futuro —declaró girándose a Usher, para cogerle la mano y sentir a cambio su apretón—. Eres mi madre, me diste la vida y siempre te querré por ello, pero no soy como tú, no busco lo que he dejado atrás, no quiero vivir anclada en los recuerdos y estar buscando algo que no existe. Te deseo felicidad, mamá, deseo que algún día encuentres lo que buscas y conozcas de verdad lo que significa amar a alguien sin importar nada más.

Se inclinó sobre ella y le dio un último apretón en las manos.

—Adiós.

Con eso, dejaron a la pareja allí parada, entre sorprendidos y anonadados, para ir a saludar a su tía y a Xera, quienes no dudaron en engullirla en un abrazo y mostrarse igual de alegres por la presencia de Usher.

—Corazón, acabas de convertirme en la hermana mayor más orgullosa de la faz de la tierra —le aseguró Xera, apretándole ambas manos—. Soy muy fan, que lo sepas.

Se rió y le apretó las manos en respuesta.

—Yo sí que soy muy fan tuya, cariño —le aseguró—. Casi muero de emoción durante tu actuación, le he dicho a Helena que tiene que venir conmigo de nuevo a verte.

—De hecho, se lo ha dicho a todo aquel o aquella que se ha encontrado delante —aclaró Usher, mirándola de soslayo con cierta picardía.

—No podía tener mejor relaciones públicas —se rió su hermana—. Y tú, *bombón*, ¿cuándo piensas arrastrar a mi hermanita al altar?

—No corras tanto, todavía se están conociendo —añadió Gladis, abrazándola a su vez—. Has hecho lo que debías, hija, quizá ella ahora no se dé cuenta y no lo valore, pero recordará este día.

—Y yo también, tía —aseguró devolviéndole el abrazo—, yo también recordaré que hoy, por fin, he elegido mi propio camino.

Su mirada se cruzó con la de su demonio, quién la miraba cómo si no hubiese nadie más alrededor.

—Siempre a tu lado, amor mío —le dijo, sin importarle quién estuviese delante, arrancándola de los brazos de su tía para atraerla a los suyos—. Y estoy dispuesto a casarme contigo si tú lo estás.

Ella se rió al escuchar su propio juego de palabras.

—¿Esa es una petición de matrimonio formal, señor Kerrigan?

—Tan formal cómo puede hacerla un demonio, amor mío.

—Entonces mi respuesta es sí, Usher. Para siempre y eternamente, sí.

—¡Parece que tenemos otra boda en ciernes! —estalló su hermana en una alegre carcajada—. Gladis, ve preparando la pamea que nos vamos de bodorrio.

Gwenevere no pudo hacer otra cosa que estallar en risas, antes de rodear el cuello del hombre que amaba con los brazos y entregarse completamente a su caliente y demoníaca boca.

**FIN**